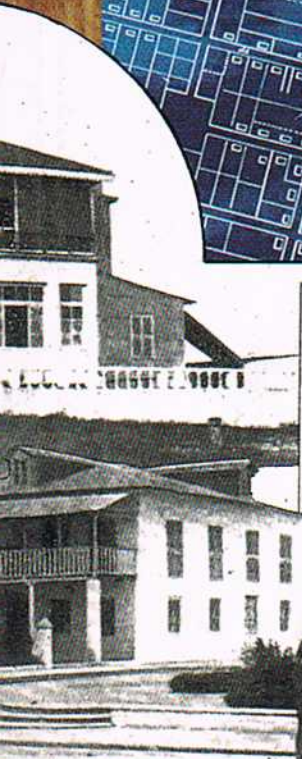


Á. Martín del Molino

PLANO TOPOGRÁFICO

LA CIUDAD DE CLARENCE

Santa Isabel de Fernando Poó — 1890



CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
MALABO



AMADOR MARTIN DEL MOLINO

Doctor en Antropología por la U. Complutense de Madrid y profesor de Etnología de dicha institución. En estrecha relación con la Escuela de Antropología de Viena profundiza teórica y metodológicamente su acercamiento a las realidades de Guinea Ecuatorial. Su convivencia durante 24 años con los pueblos que constituyen el entramado socio-cultural de aquel país le ha permitido contrastar el valor de las teorías etnológicas y antropológicas vigentes. En 1959 fundó el Instituto Claretiano de Africanistas, en cuyo seno se formó el mejor museo y biblioteca de Africa asentado en Guinea Ecuatorial. Se le considera el descubridor de dos mil años de presencia del pueblo Bubi en la Isla de Bioko. Su profunda dedicación al estudio y establecimiento de un trato igualitario y amistoso con estos pueblos del mundo negro subsahariano ha dado pie a la aparición de una obra voluminosa y compleja que ha facilitado claves de acceso a realidades culturales insuficientemente conocidas por estudiosos y público en general. Reside en la actualidad en Arequipa, Perú.

LA CIUDAD DE CLARENCE

A. Martín del Molino

LA CIUDAD DE CLARENCE

Primeros años de la actual ciudad de Malabo,
capital de Guinea Ecuatorial, 1827-1859

Prólogo de:

CARLOS GONZALEZ ECHEGARAY



CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
Ediciones

EDITADO EN CUMPLIMIENTO DE LOS
PROGRAMAS DE COOPERACIÓN
CULTURAL DE LA COOPERACIÓN
ESPAÑOLA CON GUINEA ECUATORIAL.
MADRID-MALABO, 1993

© Amador Martín del Molino

Editado por: INSTITUTO DE COOPERACION PARA EL DESARROLLO (ICD/AECI)

Avda. Reyes Católicos, 4. 28040 MADRID

Centro Cultural Hispano-Guineano

MALABO (R. Guinea Ecuatorial)

Apdo. 180. Tel.: 2720

ISBN: 84-7232-974-7

Depósito legal: M. 458-1994

Portada: J. y Manuel Tardío

Fotografías portada: José Manuel Palomares

«Plano topográfico de Santa Isabel por D. E. Bonelli, 1890», perteneciente al Inst. Geográfico del Ejército (CARTOTECA HISTORICA), c/ Dario Gazapo, 8. 28024 MADRID

Impreso en FARESO, S. A.

Paseo de la Dirección, 5

28039 Madrid

AGRADECIMIENTOS:

Damos públicamente las gracias al autor de la presente obra por la voluntad manifestada y el esfuerzo desarrollado en llevar a cabo el proyecto que hoy sometemos a la consideración de los lectores. Al tiempo, aprovechamos la oportunidad de mencionar el espíritu de colaboración de los responsables y trabajadores de la Cartoteca Histórica, del Instituto Geográfico del Ejército por la cesión de los derechos de copia fotográfica del mapa titulado «Plano Topográfico de Santa Isabel» por D. E. Bonelli, 1890, utilizado en la composición de la portada del presente libro. Y a todas aquellas personas que de un modo u otro han permitido la aparición de esta obra.

EL EDITOR

PROLOGO

Mi primer contacto con el P. Amador Martín del Molino fue indirecto, ya que antes de conocernos habíamos trabajado ambos en un mismo yacimiento arqueológico de la isla de Fernando Poo, el llamado de Carboneras, en la playa de este nombre de la bahía de Venus, no lejos de la capital, Malabo, entonces llamada Santa Isabel. Mis prospecciones fueron las de un profano en materia de arqueología y prehistoria, pero cuando llegó Amador Martín y comenzó sus trabajos, lo que no había pasado de ser un «hobby» para mí, se convirtió para él en unas excavaciones serias que con la ayuda del doctor Ligerero Morote y del Hno. Ramón Perramón, se desarrollaron entre los años 1962 y 1966, lográndose también algunos apoyos oficiales de carácter económico.

El P. Amador Martín llegó a Guinea Ecuatorial a principios de la década de los cincuenta, como tantos otros misioneros del Corazón de María (claretianos) que desde hacía más de medio siglo se encargaban de la evangelización de aquellas tierras. Su formación científica —era doctor en Antropología— y su inquietud investigadora iba a encontrar en la entonces colonia española un campo ideal para llevar a cabo sus actividades de antropólogo, sin descuidar sus tareas religiosas.

Su destino en la isla de Fernando Poo (hoy Bioko) le puso en contacto con los nativos de la isla, los bubis, y a ellos dedicó su curiosidad científica a través de dos campos diferentes: la prehistoria y la etnología; y dentro de ésta, el estudio de la religión autóctona. Con su bagaje intelectual y su innata bondad de trato, consiguió ganarse la confianza plena de los más ancianos, quienes volcaron en él sus conocimientos ancestrales y el secreto de sus costumbres.

La elaboración de los datos recogidos le permitió publicar en 1956 un libro titulado «La figura del Abba en la religión de los Bubi» que vino a ser el embrión de su obra magna «Los bubis: ritos y creencias», cuya segunda edición ha salido recientemente. En el campo de la arqueología prehistórica dio a luz los siguientes trabajos: «Tipología de la cerámica de Fernando Poo», Santa Isabel, 1960; «Las industrias líticas de Fernando Poo», Santa Isabel, 1962; «Secuencia cultural en el Neolítico de Fernando Poo», Madrid, 1965, y «Etapas de la cultura Carboneras de Fernando Poo en el primer milenio de nuestra era», Madrid, 1968. También se ocupó de la lengua bubi en algunos artículos publicados en la revista «La Guinea española». Otras realizaciones culturales suyas fueron la creación del Instituto Claretiano de Africanistas y su Biblioteca y Museo, especializados en temas de Guinea Ecuatorial y ricos en ejemplares de gran rareza, tanto en el aspecto bibliográfico como en el museístico.

En su obra «Los Bubi» que hemos citado, ya se advertía en su introducción cuán exhaustivo había sido por parte del autor el manejo de fuentes bibliográficas de la primera mitad del siglo XIX, referentes a Fernando Poo. Ahora con esta obra se confirma aquella idea, ya que esas consultas deben de ser las que han permitido al autor rehacer a base de esas referencias el pasado anterior a la presencia efectiva y permanente de los españoles en el Golfo de Guinea.

La etapa historiada por el P. Amador Martín es muy interesante y poco conocida, debido a la escasa documentación sobre el tema existente en los archivos españoles, ya que durante la primera mitad del siglo XIX esos territorios eran prácticamente desconocidos para la generalidad de los españoles, unas tierras remotas y ocupadas «de facto» por los ingleses. No hay que olvidar que hubo un momento en que sólo la opinión pública a través de la prensa pudo parar el proyecto presentado a las Cortes para vender aquella colonia al imperio británico.

La instalación en la costa norte de Fernando Poo del Tribunal de Represión de la Trata por parte de los ingleses, justificó la creación de una pequeña ciudad llamada Clarence, después Santa Isabel y hoy Malabo; según el geógrafo D'Avezac hubo un período breve en que se llamó Puerto Regente en homenaje a Espartero, entonces regente del reino. Todo esto fue dejando, a pesar de la ocupación española a partir de mediados del siglo, una impronta anglosajona, sobre todo en el comercio y también en las misiones anabaptistas que perduraron algunos años en la isla. Por otra parte, en la etapa del tribunal fueron desembarcados allí esclavos libertos de los barcos apresados por los ingleses, que iban asentándose en Fernando Poo y que darían origen a una clase burguesa llamada «fernandina», cuya procedencia eran los países de la costa: Liberia, Sierra Leona, Costa de Oro, etc.

Considero muy interesante esta aportación del P. Amador Martín del Molino, y espero con confianza que su destino en América del Sur sea de carácter temporal y pueda volver a dedicarse en paz y con entusiasmo a su entrega al pueblo bubi y su cultura, donde todavía tiene un extenso campo para investigar y para que el mundo intelectual de los africanistas pueda conocer a fondo las bases culturales de esta etnia tan vinculada a la historia del ultramar español en los dos últimos siglos.

CARLOS GONZALEZ ECHEGARAY

INTRODUCCION

Malabo es actualmente una ciudad bonita y coqueta, de unos 30.000 habitantes, asentada al norte de una de las islas más maravillosas de la tierra, según la expresión que sale de la boca de todos los viajeros que se acercan a ella. Isla tropical, la isla de Bioco, de unos 70 kilómetros de longitud por 30 de anchura, derrocha verdor y cascadas, subiendo desde el mar hasta una altura de 3.000 metros. Situada en el centro del golfo de Biafra, se eleva frente al Pico del Camerún del vecino continente africano, del que le separa únicamente la franja azul del mar de unos 30 kilómetros.

La ciudad de Malabo ha recibido a través de su historia los nombres de Santa Isabel y de Clarence. Con este nombre nació el 25 de diciembre de 1827, y con este nombre dio sus primeros pasos y, aunque oficialmente lo cambió por el de Santa Isabel en 1843, siguió siendo Clarence hasta 1858, en que comenzó a ser gobernada por españoles.

La fundación de Clarence, la segunda ciudad bajo influencia europea del Africa Occidental, después de Freetown, marca el inicio de la historia de Bioco, en el sentido en que suele emplearse esta palabra para designar el conocimiento del pasado del hombre fundado en la documentación escrita. De ahí la importancia que tiene el estudio de la ciudad de Clarence y de su influencia en la isla. Difícilmente llegaremos a comprender los cambios o transformaciones sociales y culturales que ha experimentado la isla a través del tiempo hasta el presente sin un estudio previo del punto de partida. Los contactos esporádicos que tuvo la isla con el exterior antes de esta fecha sólo pueden encajar dentro de la denominada protohistoria.

Clarence no fue propiamente una colonia europea, sino más bien una colonia africana, formada por negros liberados, procedentes de Sierra Leona y de todas las costas del Africa Occidental y Central. Los ingleses fueron los que la promovieron y la lideraron en estos años. Por ello podríamos designar a este tiempo como el período de influencia inglesa, para distinguirlo del siguiente período, de 1850 a 1900, en que predomina la influencia española.

No creemos que en el siglo pasado pueda hablarse de colonización europea, sino más bien de inicios de colonización, la cual comienza propiamente en 1900. Hasta esta fecha España no se decide a «gastar» para colonizar. En 1900, después del tratado de París, España organiza un presupuesto de colonización y de administración de la isla bajo el control del gobierno central. Durante el siglo pasado la colonización de la isla es obra principalmente de la comunidad fernandina, que

desde Clarence se extendió por todo su litoral estableciendo al principio factorías comerciales y después, junto a ellas, fincas de cultivos tropicales. Dicha comunidad fernandina y con ella la comunidad bubí son el objeto preferente de nuestro estudio.

Dividimos este período de influencia inglesa en cinco etapas. Después de la primera etapa de fundación de la ciudad en 1827 sigue otra de consolidación y desarrollo bajo el gobierno de Owen y Nicolls de 1827 a 1835. Su natural evolución se interrumpe con la retirada de Inglaterra en 1835, iniciándose la tercera etapa hasta 1843, en que la ciudad vive sin dependencia de ninguna nación, teniendo que desarrollarse por sí misma. En 1843 comienza la cuarta etapa al ser nombrado Beecroft gobernador de la isla por parte de España. La intervención de España es mínima y Beecroft logra mediante la actividad comercial dar personalidad y auge económico a la ciudad de Clarence. Termina esta etapa con la muerte de Beecroft en 1854. De 1854 a 1858 parece continuarse la etapa anterior, pero, con la actuación de Lynslager, la ciudad entra en conflictos internos que la hacen distinguir de la etapa anterior.

Al mismo tiempo, en el desarrollo de la comunidad fernandina podemos ver tres etapas. La primera es de nacimiento y formación, desde 1827 a 1840, durante la cual la comunidad fernandina vive replegada a la ciudad. La segunda, de 1840 a 1850 se caracteriza por su expansión hacia fuera con el establecimiento de factorías por toda la isla. En la tercera, en la década de los cincuenta, se inicia la nueva actividad de los cultivos tropicales junto a las factorías, que culminará en la introducción del cultivo del cacao, que dará fama a la isla.

No poseemos datos que nos permitan seguir convenientemente los cambios en la sociedad bubí, pero por la demanda de los objetos que les ofrece la ciudad de Clarence podríamos distinguir al menos dos etapas en este período. La primera corresponde al pedido, en los primeros años, de instrumentos de hierro, con los que pudieron cambiar los medios de su economía tal como había permanecido durante siglos. La segunda, que se inicia en los 40, se verifica cuando los bubis se dedican en gran escala a la producción del aceite de palma, que llega a la exportación de mil toneladas por año a cambio de ron, tabaco, fusiles, pólvora y otros productos domésticos que influyeron en los hábitos de la caza, en las fiestas, en la preparación de alimentos y en los modos de vida.

El presente trabajo pretende ser una contribución a la historia de Guinea Ecuatorial, que habrá de realizarse principalmente, creemos nosotros, por los mismos guineanos.

Queremos agradecer la ayuda prestada por el Instituto de Cooperación al Desarrollo por la beca otorgada para nuestra investigación en Inglaterra, a la comunidad de misioneros claretianos de Hayes por sus consejos en la ciudad de Londres, al secretariado de la Sociedad Misionera Baptista por las facilidades concedidas para investigar en sus archivos y al doctor Armando Ligeró Morote por sus advertencias al leer nuestro trabajo.

Equivalencia de nombres.—La geografía de la isla ha ido recibiendo diferentes nombres según se trate de mapas ingleses, españoles y últimamente guineanos. Para facilitar la lectura de este trabajo es conveniente indicar aquí los principales.

| | <i>Inglés</i> | <i>Español</i> | <i>Guineano</i> |
|-----------|---------------------|----------------|-----------------|
| Ciudad de | Clarence | Santa Isabel | Malabo |
| Isla de | Fernando Po | Fernado Poo | Bioco |
| Punta | Williams | Fernanda | Unidad Africana |
| Punta | Adelaide | Cristina | Cristina |
| Bahía de | Maidstone | Venus | Venus |
| Bahía de | N. W. Bay, George's | San Carlos | Lubá |
| Bahía de | Conception | Concepción | Riabba |
| Punta | Bullen | Europa (Prior) | Europa |
| Punta | Barrow | Santiago | Santiago |

Abreviaturas:

- C. O. : Colonial Office
 F. O. : Foreign Office
 P. P. : Parliamentary Papers
 B. M. S. : Baptist Missionary Society.
 The M. H. : The Missionary Herald
 Diario de J. C. : Diario de John Clarke.

CAPÍTULO I

CRONICA DE LA FUNDACION DE CLARENCE (25 de Diciembre de 1827)

En 1827 Inglaterra poseía únicamente tres enclaves en la costa del Africa Occidental: Bathurst, en Senegambia, Cape Coast, en Costa de Oro, actual Ghana, y Freetown en Sierra Leona. De éstos, el principal, que era Freetown, se había convertido en el «cementerio del hombre blanco». Como diría más tarde, don Joaquín Navarro, «Inglaterra tenía que disponer de dos gobernadores, uno en camino de Inglaterra, moribundo, y otro en camino para reemplazarlo» (1). Freetown había caído en desgracia.

1. EL CAPITAN OWEN (Fig. 1)

En ese año se encontraba en Londres el capitán Owen, corrigiendo sus cartas marinas en el Instituto Hidrográfico de Greenwich, cuando recibió una orden del almirantazgo, comunicándole una nueva misión: fundar una colonia británica en la isla de Bioco.

William Fitzwilliam Owen había nacido en Inglaterra en 1774, en el condado de Montgomery, de una ilustre familia al frente del condado (2). Su vida se había caracterizado por el mando de expediciones a todos los océanos y por sus servicios a la cartografía marina, donde había descollado como uno de los principales en esa ciencia. En 1803, al mando del «Sea Flower» recorre las indias orientales, explora las islas Maldivas y la Costa Oeste de Sumatra. En 1808 es capturado por los franceses en la guerra napoleónica y llevado prisionero a la isla de Mauricio. Liberado al finalizar la guerra, es promovido a superintendente en Madrás, encargándose de los transportes entre esa ciudad y la isla de Mauricio. Trasladado al Oriente, toma parte con éxito en el sitio y cerco de la capital de Java, por lo que es ascendido al grado de capitán.

El nuevo capitán retorna a Inglaterra en un convoy en 1813 y a los dos años es enviado a Canadá para la exploración de los Grandes Lagos.

Pero su mayor servicio, como marino y como hidrógrafo, lo prestó en Africa,

(1) NAVARRO, J.: *Apuntes sobre el Estado de la Costa Occidental de Africa y principalmente de las posesiones españolas en el Golfo de Guinea*, Madrid, 1859, pág. 14.

(2) Cf. BURROWS, E. H.: *Captain Owen of the African Survey*, Rotterdam, 1979, págs. 1.5.

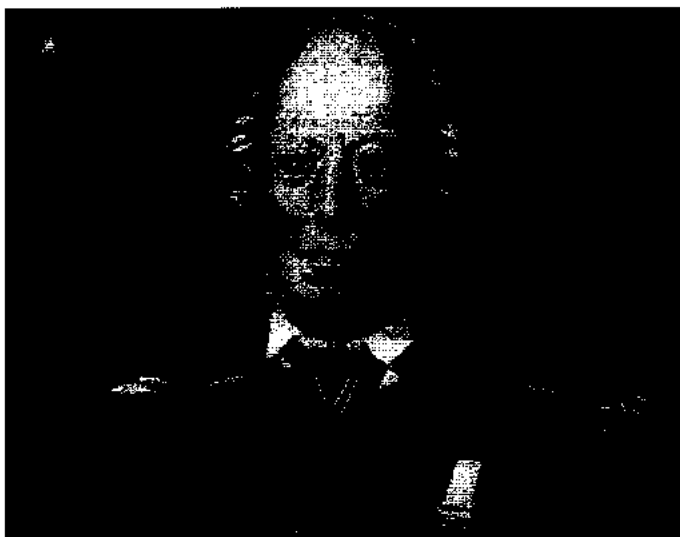


Fig. 1.—El capitán William Fitzwilliam Owen, fundador de la ciudad de Clarence (Burrows, E. H., pág. 1).

explorando tanto el Africa Oriental como la Occidental. Aún ahora los mapas de las costas africanas se basan principalmente en las aportaciones del capitán Owen en los años 1821 a 1826 (3). En la costa oriental africana se da cuenta de la magnitud e indignidad del tráfico de esclavos, sostenido por los árabes, y pretende fundar una colonia británica en Mombasa, que le es denegado por el gobierno de Su Majestad, Jorge IV.

En Africa Occidental, además de levantar la carta de todas su costas, designa a sus subordinados Vidal y Boteler para una exploración de la isla de Bioco, cuyo informe motivó que Owen elevase una solicitud al Gobierno para fundar en ella un establecimiento.

El 3 de febrero de 1827 tenía ya nombrados los oficiales que habían de estar a sus órdenes en la nueva colonia, entre ellos el comandante Hezkiah Cooke Harrison, que moriría en Bioco como gobernador civil, y el teniente James Badgeley, a quien se debe el mapa de la isla que permaneció intocable hasta el nuevo del Servicio Geográfico del Ejército. A Owen se le encomendó preparar todo lo necesario para el comienzo y pervivencia de la colonia en todos sus aspectos, desde la construcción de los edificios, el mantenimiento de provisiones, hasta su defensa. Cinco meses empleó el capitán Owen en estos preparativos. Logró 16 casas prefabricadas, 26 cañones, provisiones de alimentos y todos los útiles necesarios para el corte de la madera, de ferretería, albañilería, pintura, etc. Por parte del almirantazgo se le cedía la fragata *Eden* y el carguero *Diadem* (4).

El 1 de julio de 1827, en el pueblecito de Wolwich, el capitán Owen, juntamente con los oficiales y la tripulación, acudieron al divino servicio de la parroquia local para orar por el éxito de la expedición.

(3) Cf. DIKE, K. O.: *Trade and Politics in the Niger Delta, 183-85*, Londres, 1956, págs. 15-16. Cf. BURROWS, E. H., págs. 149-178.

(4) Cf. BURROWS, E. H., pág. 183.

2. RUMBO A LA ISLA DE BIOCO

Al siguiente día la fragata *Eden* partía de Londres, remolcada por un vapor, hasta Nortfleet, donde cargó cañones, fusiles y pólvora, para dirigirse después a Plymouth. Aquí se celebró la despedida de Inglaterra. Se revistió al acontecimiento de gran solemnidad. El Duque de Clarence, futuro rey Guillermo IV, la Duquesa, los altos cargos del almirantazgo, con 300 capitanes y otros oficiales, los esperaban en el puerto. El Duque, Gran Almirante, y la Duquesa habían llegado en el yate *Royal Sovereign*. Saludos, parada militar, almuerzo y brindis significaron la importancia de la empresa (5). En Plymouth subieron a bordo el Rev. Mr. Deacon, 19 artesanos y directores de obras (6) y un personaje misterioso, el ciego James Holman, a quien se le otorgó el cargo de teniente, pero que en realidad era un viajero que había decidido sobreponerse a su ceguera, escribiendo en una maquinita portátil cuanto aconteciera en su entorno, convirtiéndose en el principal cronista de la expedición (7).

Después de tocar en Tenerife y en Santiago de Cabo Verde, el 1 de septiembre anclaban en el puerto de Freetown.

Freetown había sido fundada en 1787 con 400 negros libertos y 60 blancos, provenientes de los Estados Unidos, al término de la guerra americana, que se asentaron en una pequeña península al Oeste de Sierra Leona. Freetown habría de ser como la hermana mayor de Clarence y a lo último su rival que la hizo perecer.

Freetown se componía entonces de unos 5.000 negros, la mayoría liberados de los barcos de la trata, y 110 europeos (8). Owen decidió permanecer en ella más de un mes; necesitaba de la experiencia de Freetown para el proyecto que intentaba realizar.

En los negros liberados estaba naciendo una cultura nueva, la cultura criolla, caracterizada por el mestizaje de la cultura occidental con la cultura negra. Esta nueva cultura de los sierraleonas formará el núcleo fundacional de la ciudad de Clarence. De ahí la importancia que tuvieron los 39 sierraleonas, en su mayoría artesanos, que aquí recoge Owen para formar la primera ciudadanía del nuevo establecimiento británico.

Formada al principio Freetown con negros de Estados Unidos, éstos se vieron obligados a replegarse en torno a los europeos por el rechazo que tuvieron de las tribus vecinas. Inglaterra tuvo que enviar 550 nuevos colonos como refuerzo y defensa en 1800 y declarar la independencia de la ciudad en 1808. Desde la abolición de la esclavitud, aprobada por el Parlamento británico en 1807, Freetown se convierte en el punto estratégico en la lucha contra el tráfico de esclavos. Comenzó a funcionar el tribunal de la Comisión Mixta en 1820, que juzgaba a los barcos negreros y asentaba a los negros liberados en el Caribe, pero principalmente en torno a Freetown. Entre ellos surgió una pequeña burguesía próspera, casas construidas con material permanente, factorías, huertas de nuevos cultivos tropicales —algunos venidos de América— alrededor de sus casas. Pero sobre todo recibieron enseñanza y se formaron comunidades cristianas en torno a la

(5) Cf. BURROWS, E. H., pág. 184.

(6) Cf. DIKE, E. H.: *Trade...*, pág. 55.

(7) Cf. HOLMAN, J.: *Travels in Madeira, Sierra Leone... Fernando Po*, Londres, 1840, I, págs. 9-61.

(8) Cf. HOLMAN, J. *Travels...*, I, págs. 113-14.

parroquia (9). Los cinco mil negros se agrupaban en ocho barrios con sus propios nombres y capillas, cuyos titulares eran: S. George, S. Patrick, S. Francis, S. Michael, S. Paul, S. Thomas, S. Edward, S. Andrew, S. Charles, S. Peter and James, S. John (10). En esta labor cultural sobresalían la Church Missionary Society y los metodistas, que formaron en la sociedad criolla a maestros y catequistas (11). Freetown se distinguía además por su gran mercado y por la saca de madera que se exportaba a Inglaterra.

Dada la experiencia de Freetown y asimismo de Monrovia, fundada en 1821 por negros americanos, sujetos a fuerte resistencia y combates por parte de los nativos, el capitán Owen pensó también en pertrecharse para la defensa de la futura colonia. La fragata *Eden* recibió a bordo a 60 negros de la Royal African Corps y aceptó el ofrecimiento del pequeño vapor *El Africano*, que sería el primer vapor de Guinea Ecuatorial. Compró además *El Horatio*, de 150 toneladas, una goleta de un cañón, como embarcación auxiliar (12). James Badgeley tomaría posesión de *El Africano*, que se distinguiría en la captura de barcos negros conducidos a Clarence, y asimismo George Dawood, del *Horatio*.

Con esta flotilla de cuatro barcos, el capitán Owen zarpaba el 4 de octubre para el golfo de Guinea. La primera parada fue junto al Cabo Palmas, enfrente de Seta Kru, donde subirían a bordo un centenar de crumanes, además de los 30 que habían subido ya en Freetown.

Por el protagonismo que tendrán los crumanes en algunos hechos importantes en este primer período de influencia extranjera en la isla de Bioco, conviene apuntar aquí alguna breve nota sobre ellos.

Los crumanes eran magníficos pescadores y marinos, habitantes de la costa, no lejos al Oeste de Cabo Palmas. En 1827 era casi el único pueblo de la costa de Africa Occidental que emigraba voluntariamente fuera de su país. A Freetown habían emigrado mil de ellos, que el Consejo de la Ciudad tuvo que reducir a 600 para impulsar a los negros liberados al trabajo de la pesca, la mecánica y de la marina en los barcos (13).

La razón para emigrar se apoyaba en su deseo de adquirir la suficiente riqueza que les permitiera obtener varias esposas. Por unos años pasados fuera de su país, podían vivir, a su edad madura, en el confort y la indolencia, pues serían sus mujeres las dedicadas a trabajar los campos, atender a los deberes domésticos, servir en los recados y en las obligaciones con los huéspedes.

En Sierra Leona se habían agrupado en un barrio. Cuando uno era joven y recién llegado, se ponía a disposición de un capataz o maestro con el que aprender el «white man fashion». Los beneficios del trabajo en su juventud los recibía siempre el maestro, el cual le repartía una porción de los mismos.

Al volver a su país, el cúmulo de ganancias obtenidas se sometía a deliberación de los viejos de la familia, quienes seleccionaban y compraban una mujer para él. Al regreso de una nueva emigración podía ya construir una bonita casa y adquirir la segunda esposa o incrementar su patrimonio —si era necesario con

(9) Cf. FLINT, J. E.: *Cambridge History of Africa*, vol. V, págs. 170 y ss.

(10) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, págs. 113-14.

(11) Cf. FLINT, J. E.: *Cambridge History of Africa*, vol. V, pp. 170 y ss.

(12) Cf. BURROWS, E. H., pág. 185.

(13) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 178.

una tercera emigración— hasta llegar a poseer seis o más mujeres, que le situarían en el status social de hombre afortunado.

Careciendo de unidad de gobierno, las guerras eran frecuentes entre ellos, pero no permitían ningún género de esclavitud, lo que entonces constituía una característica muy a su favor (14).

Continuando rumbo a Bioco, del 13 al 20 de Octubre se detienen en Cape Coast (Cabo Costa, actual Ghana), donde suben a bordo algunos indígenas fanti. Cuando por fin el convoy enfila sus proas hacia la isla de Bioco, el personal que iba a fundar la nueva colonia estaba constituido del siguiente modo (15):

| | |
|--|-------|
| Oficialidad y tripulación de cuatro barcos | 150 |
| Real Cuerpo Africano | 60 |
| Maestros de obras ingleses | 19 |
| Artesanos de Sierra Leona | 39 |
| Fanti de Cabo Costa | 4 |
| Crumanes pescadores y trabajadores | 130 |
| | <hr/> |
| Total: | 402 |

Después de cuatro días de navegación, cruzando el golfo de Guinea, a las siete de la mañana del día 26 divisan la isla de Bioco, la isla más maravillosa y bonita que pueda conocerse, según la expresión que sale de la boca de todos.

Al día siguiente, 27 de Octubre, ponen proa hacia tierra y arrojan anclas en la bahía de Maidstone (bahía de Venus), a las tres y media de la tarde (16), probablemente cerca del río Timbabé. La bahía de Maidstone, así llamada por el comodoro Bullen, abarcaba desde Punta Bullen (actual Punta Europa) hasta Punta William (actual Punta de la Unidad Africana). Owen llevaba las cartas del capitán Marwood Kelly sobre George's Bay (actual bahía de Lubá) y las cartas confeccionadas por el comodoro Bullen, actualizadas por la expedición Vidal-Boteler, el año anterior, 1826, sobre Maidstone (17). Un estudio de ambas bahías le llevó a escoger la segunda por su posición estratégica, más cercana a la costa, para la represión del tráfico de esclavos. Faltaba sólo determinar en qué punto de esta bahía se decidía a escoger un terreno en el cual fundar la ciudad.

3. EL PRIMER ENCUENTRO CON LOS BUBIS

De los escritos del misionero John Clarke, en 1841, nos ha quedado un relato de un bubí de Basupú (del actual Basupú Fiston) que nos narra la reacción de los bubis ante la presencia de los barcos ingleses. «Un nativo, llamado Biso, que vive en Basupú —escribe John Clarke— fue el primero que se aventuró a acercarse a la playa, frente a la cual ancló el primer barco inglés. Dice que la gente venía entonces de las fincas, cuando él vio que un barco se aproximaba. Corrieron hacia abajo.

(14) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 184-87. Cf. BEHRENS, C.: *Les Kroumen de la côte occidentale d'Afrique*, Bourdeaux, 1974. Cf. SUNDIATA, I. K.: «The Rise and Decline of Krou Power: Fernando Po in the Nineteenth Century», *Liberia Studies Journal*, Newark, 1975.

(15) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 195-231.

(16) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 240.

(17) Cf. BURROWS, E. H., pág. 189.

hacia el mar, y él se ocultó en el bosque, muy cerca de la costa, para vigilar el barco. Después de mucho tiempo decidió acercarse al barco montando en un cayuco. Los oficiales fueron amables y le arrojaron desde el barco regalos de piezas de hierro, etc., con los cuales decidió volver a tierra. Fue entonces cuando otros se decidieron también a llevar sus cayucos junto al barco y comenzaron a cambiar ñames y gallinas por piezas de hierro, pues no teníamos —dice— machetes ni ningún instrumento de hierro antes de que viniese el capitán Owen» (18).

Por su parte los ingleses de la tripulación del *Eden* nos han dejado el siguiente testimonio:

«El *Diadem* había llegado pocas horas antes que nosotros. Media hora después de haber anclado, varios cayucos de nativos, que habían estado traficando antes cerca del *Diadem*, se aproximaron a nosotros a fin de cambiar sus productos de la isla: ñames, gallinas, vino de palma en calabazas, pescado, algunas bolsas hechas de fina fibra, monos y pieles de serpiente, con otros artículos sin importancia, por trozos o piezas de hierro de algunas pulgadas de longitud. Estas barritas de hierro las transforman después en navajas o cuchillitos de doble filo, puliéndolas en piedras, hasta que se transforman en hojas para su propósito, que insertan después en un mango de madera de cuatro a seis pulgadas de longitud».

«Al principio, sin embargo, evidenciaban considerable dubitación y timidez, pues, mientras un hombre permanecía en la delantera del cayuco para conducir el comercio, los otros estaban prestos para emprender la huida a cualquier signo de posible hostilidad. En vano intentamos inducirles a subir a bordo, puesto que, señalando, como réplica, su fetiche, nos daban a entender que tal cosa les estaba prohibida o era imprudente».

«Era fácil percibir que los nativos son de mirada sutil, activos, de estatura media, con una agradable y animada expresión en su semblante. No podíamos llegar a distinguir el color natural de su piel, pues tenían todo el cuerpo cubierto de una composición de barro o de ocre mezclado con aceite de palma. En unos prevalecía el color rojo, que podría indicar su pertenencia a la clase superior, en otros el amarillo y otros ofrecían pigmentos de color gris ceniza. La cara estaba surcada por cortaduras y las otras partes del cuerpo, particularmente el abdomen, estaban llenas de tatuajes. Cada uno llevaba en su mano tres o cuatro lanzas o jabalinas con la punta endurecida al fuego y terminada en barbas. Después nos enteramos que éstas no son las únicas armas que utilizan para su defensa, sino que emplean también hondas que manejan con gran destreza».

«Los cayucos parecen ser de unos cinco a ocho metros de largo, capaces para llevar de tres a doce personas. Están provistos de velas de forma cuadrangular u oblonga, tejidas a modo de esteras, y erigidas en el cayuco con una pértiga. Llevan además una vara larga y cimbreante en la proa con un manojo de plumas o fibras en su cima».

«Cuando nuestros fusiles hicieron fuego a la caída del sol, inmediatamente todos huyeron, como alarmados; los más de ellos izaron sus velas y se lanzaron hacia la playa con toda la celeridad posible» (19).

Más tarde declararí Holman: «En nuestra primera bajada a tierra percibimos que tenían guardias regularmente estacionados para vigilar y seguir nuestros movimientos. Tengo la impresión de que tienen establecido un sistema de defensa

(18) Diario de John Clarke, vol. II, pág. 574. Archivos de la B.M.S. A/2.

(19) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 245-47.

que debe extenderse hasta el interior, pues, en mi visita a Basupú, noté que algunos hacían ronda por la noche alrededor de la casa, dispuestos a intervenir en cualquier momento» (20).

4. DECISION SOBRE EL LUGAR DE LA CIUDAD (Fig. 2)

Tres días empleó Owen en decidirse por el lugar donde había de nacer la futura capital de Guinea Ecuatorial. Había preferido la bahía de Maidstone con detrimento de la bahía de Lubá, frecuentada ya por los barcos del comercio del aceite. Maidstone tiene cuatro millas y media y la tranquilidad de sus aguas, sus ventajas como fondeadero, la abundancia de agua fresca como la del río Barracouta (probablemente el Timbabé) y de otros arroyos, la riqueza de pescados y de tortugas, con tres especies distintas, y su cercanía a la costa para vigilar el tráfico de esclavos, le cautivaron hasta el punto que ni siquiera se le ocurrió visitar la bahía de Lubá, que no conocía (21).

Pero dentro de la bahía de Maidstone había de escoger el lugar más apto para un puerto bien protegido y junto a él levantar la ciudad que reuniera las mejores condiciones para ser defendida, las mejores condiciones para sanidad y con un espacio en su cercanía que permitiera su expansión futura. Owen conocía otros puertos de Africa y los enclaves europeos levantados junto a ellos, entre los que podía recordar a Freetown, extendido sobre una península.

El día 28 bajó a tierra en varios puntos de la bahía, juntamente con el teniente Robinson y su tropa, con el fin de investigar los alrededores con vistas a seleccionar el mejor sitio para establecerse. Varios nativos trataron de aproximarse al teniente ofreciéndole fiames, pero no se atrevían a acercarse demasiado mientras sus hombres permaneciesen armados con fusiles. Habiendo manifestado los nati-



Fig. 2.—Bahía y puerto de Clarence con la Punta de la Unidad Africa (Punta Fernanda) donde Owen decidió fundar la ciudad.

(20) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 309.

(21) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 247-49.

vos que querían se desprendiesen de ellos, ordenó Robinson que los arrojara a tierra para inspirarles confianza, mientras él y Mr. Jeffrey avanzaban hacia ellos. La angustia creció cuando, no teniendo piezas de hierro para el cambio, no pudieron corresponder a sus ofertas.

La confianza de los nativos, sin embargo, había crecido en estos días. Desde la mañana hasta la tarde los barcos se habían visto rodeados de numerosos cayucos. El deseo de adquirir barritas de hierro les tenía obsesionados. Ahora admitían también cuchillos y pequeñas hachas y en un segundo plano las tijeras y navajas. Con un trozo de hierro viejo de seis pulgadas se podía comprar media docena de ñames, de 6 a 12 libras de peso cada uno. El comercio les daba alas para vencer la timidez. Algunos de ellos se aventuraron a subir a bordo. El primero que lo hizo fue un niño de unos 12 años, a quien los suyos le permitieron escalar el barco. Se le fue mostrando diversos objetos y artículos de las estancias del barco. Lo que más atrajo su atención fue un espejo y el sonido de una campanilla.

Vista la confianza de los nativos y su afán por comerciar y habiendo reconocido los diferentes ríos y salientes de la bahía de Maidstone, Owen decidió escoger la pequeña península que se proyecta 600 yardas en el mar, como el lugar más adecuado. A ésta la nombró Punta Williams, nombre del gran Almirante, el Duque de Clarence, y a la otra pequeña península, que con la anterior cierra la caleta, Punta Adelaide, en honor de la Duquesa. La ciudad y su puerto recibirían el nombre de Clarence, en honor del Duque, con el que será conocida en la literatura inglesa en todo el siglo pasado y, oficialmente, hasta el año 1843, en que Lerena lo cambiaría por el de Santa Isabel. Sin embargo, en el período que ahora historiamos hasta el año 1858, el nombre de Santa Isabel será prácticamente desconocido.

Holman en su libro, recogiendo lo que sentían los fundadores, escribe: «Owen se decidió a fijar aquí el pequeño establecimiento, que está destinado a ser un emporio de comercio, así como el centro de la civilización de esta parte del globo, dando así cumplimiento a los deseos de su alteza real, Gran Almirante, Duque de Clarence» (22).

5. ENTREVISTAS CON LOS JEFES

El 30 de octubre de 1827 un grupo de 100 crumanes y otros trabajadores negros, bajo el mando del teniente Vidal, comenzaron a desbrozar la pendiente que sube del mar hacia donde comienza la pequeña península de la Unidad Africana (Punta Fernanda). Una espesa jungla cubría el lugar. Con penoso esfuerzo se abrió una trocha entre lianas, arbustos y altísimos árboles, como las ceibas. Los monos chillaban y las serpientes huían. Mr. Galler se divirtió tirando con el fusil a los monos, lo que provocó la admiración e hilaridad de los nativos, sobre todo cuando fallaba en la puntería (23). Comenzaron después a derribar los árboles, cortarlos en trozas y arrastrar éstas con bueyes a un lugar designado.

Tenemos el testimonio de un ubi que comentaría la impresión que esto le produjo: «Cuando bajaron por primera vez un buey a tierra y empezaron los crumanes a derribar árboles, pensamos que lo que se intentaba era la guerra. Nosotros sólo conocíamos a nuestros búfalos, que nos acometían en el bosque.

(22) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 250.

(23) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 250. Cf. BURROWS, E. H., pág. 189.

Nos reunimos entonces y nos preparamos para la lucha. Pero poco a poco nos fuimos apaciguando y nos hicimos amigos del capitán Owen» (24).

Los bubis conocían a los europeos principalmente como mercaderes que venían a ellos para traficar desde sus barcos, pero también, a principios del siglo, como diremos más adelante, los conocieron como depredadores que se internaban en su territorio, sirviéndose de los negros del Camerún, para secuestrarlos como esclavos. Owen necesitó utilizar toda su diplomacia para tranquilizarlos. Y en ello resultó un maestro consumado (25).

Owen se resolvió a tener entrevistas con los jefes. Dirigió su primera embajada al que suponía era el jefe de la isla, pero que, por los datos que aporta Holman, no era sino el jefe de un pueblo pescador que se asentaba junto al río Barracouta, probablemente el río Timbabé, frente al cual aún se mantenía Owen en su fragata *Eden* (26). Para la embajada, llevada por Mr. Morrison y el mismo Holman, se sirvieron como intérprete de un soldado de Sierra Leona, que decía tener ciertos conocimientos de la lengua de los isleños, quizás por haber estado en Lubá con los comerciantes del aceite, pero que en realidad su vocabulario no sobrepasaba del que puede aprenderse en un mes y, por otro lado, su inglés era tan defectuoso que se vieron en la necesidad de asignarle otro que lo conociera (27). El jefe aceptó en principio la invitación que se le hizo de rendir una visita al capitán Owen, pero la fuerte oposición que tuvo de parte de los que estaban con él en su casa, lo dejó indeciso. Por lo cual optó la embajada a que se quedase aquella noche el soldado de Sierra Leona, Anderson, entre ellos, y los convenciese de ir a visitarles en la mañana siguiente.

A las nueve de la mañana del siguiente día el jefe de Barracouta, acompañado de un hermano y de otros cinco jefes, subieron a bordo del *Eden* y fueron conducidos a la cabina del capitán. Los jefes venían con las manos vacías; en su cayuco traían provisiones de algunas calabazas de vino de palma, que distribuyeron entre el capitán y los presentes con liberalidad. Los siete de la embajada bubi venían revestidos de los indicadores de su posición social. El cuerpo del jefe principal estaba pintado con líneas de color amarillo, mientras el de sus compañeros ofrecía sólo el color carmesí de la *ndola*. La cabellera se extendía hacia atrás en alargadas trenzas, endurecidas con ocre y aceite. Por delante las trenzas se separaban en arco hacia las orejas. En algunos, unidas en la frente, se sujetaban siete u ocho sargas de abalorios, que descendían después hacia las orejas y sus extremos caían en las espaldas. El sombrero semejava un yelmo de estrecha ala. Hecho de fibras, estaba cubierto por hojas, huesos de monos y otros animales y rematado en la cima con algunas plumas de color ceniciento que parecían haber sido sumergidas en sangre (indudablemente plumas de loro). El sombrero se sujetaba a la cabeza con un gran pasador que partía de su corona y se hundía en el mechón del vértice de la cabellera. El cuello, brazos, muñecas y debajo de las rodillas estaban ceñidos por bandas de abalorios. De su cintura pendía la piel de un animal, que en algunos estaba decorada con mechones de hierba. El jefe, sin embargo, como señal de distinción, tenía otra piel, ancha; que le cubría por detrás.

(24) Diario de John Clarke (Ms), vol. I, 18 de marzo de 1841, pág. 261.

(25) Cf. Journal of Captain W. F. W. Owen, R. N. (Ms) Owen Sound Library, Owen Sound Ontario. Private Narrative.

(26) El nombre de Barracouta alude al nombre de este barco de la expedición Vidal-Boteler de 1826.

(27) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 250.

Después de la entrevista, en la que fueron obsequiados con vino de Madeira, pudieron recorrer y detenerse por las diferentes estancias del barco. Con singular complacencia se detuvieron en la que hacía de corral del ganado, admirando los caballos, los cerdos y en particular los bueyes. A una mansa vaca la cogieron especial cariño: cada uno pudo sujetar la cola con las manos y frotarlas suavemente sobre su pelambre. Sin duda, desapareció su temor a los bueyes, a los que no conocían sino como salvajes (28).

Al final se les obsequió con toda clase de objetos de hierro, preparados especialmente para esta ocasión. Al jefe se le dio la mitad de los objetos, más el obsequio de media docena de anzuelos; al hermano, la otra mitad y a los demás una pieza larga de hierro. Algunas disputas ocurrieron entre ellos, que terminaron felizmente y, despidiéndose con aparente buen humor, manifestaron su complacencia por la visita (29).

El jefe de Barracouta no era el dueño de los terrenos que ahora se estaban profanando con el desbosque. El día 4 de Noviembre se presentaron unos jefes nativos, probablemente del vecino pueblo de Banapá, sito en los terrenos del actual patio Natividad, entre el río Campillo y el Ericorico (30). El capitán Owen les ofreció asiento en las sillas de los oficiales. En seguida les regaló cuchillos y algunos espejos, que aceptaron con grandes muestras de alegría.

Durante la visita, después de largas conversaciones, se llegó al acuerdo de establecer un mercado en tierra, en la plataforma sobre el mar, probablemente en lo que es ahora la plaza de la Independencia. No significaba esto un gran cambio para los bubis. En vez de comerciar junto a los barcos, teniendo que trasladarse en cayucos, se le proponía que las mercancías se presentasen en un espacio abierto y desboscado, semejante a las plazuelas que ellos mismos utilizaban para el trueque entre comarcas.

Al aceptar así un mercado en su propia tierra, los bubis quedaban atados a guardar respeto a la colonia, por el beneficio de la adquisición del hierro, del que tan ávidos se mostraban.

Se propuso al jefe principal que algunos de los oficiales lo acompañaran hasta su casa. El jefe vaciló, pues era consciente que no estaba preparado para hacer honor a la visita. Pero al fin accedió ante la insistencia del capitán Smith, de Mr. Jeffrey y del teniente Holman. Como el intérprete Anderson había estado en su pueblo y conocía el camino, no podían desviarlos y llevarlos a otro lugar. Tuvieron que subir a un bote y arribar a una playa, situada al Este, al otro lado de la caleta de Clarence. El sendero era resbaladizo e interrumpido por raíces de árboles y charcos de agua. La cabaña del jefe, donde recibía, estaba sostenida por unos postes, con aleros que llegaban casi hasta el suelo, y protegida sólo de un lado por una pared para la lluvia. Los asientos eran troncos de madera y una tabla inclinada servía de tumbona, con un madero para apoyar la cabeza. La tumbona se elevaba en su parte alta mediante dos soportes de tres a cuatro pulgadas. (Fueron recibidos por lo tanto en el *riebapuá*).

El jefe se lamentó de no poder obsequiarles con nada en un rasgo de sencillez, porque muy pronto presentó una calabaza de vino de palma, de la que él se dignó tomar primero, costumbre africana para indicar que no contenía veneno. Después

(28) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 251.

(29) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 254.

(30) Cf. Mapa del Servicio Geográfico del Ejército. Madrid (s.d.).

de las muestras de amistad los oficiales regresaron al bote. Desde ese momento las visitas de los jefes de Banapá al barco *Eden* fueron frecuentes y amigables (31).

Pero el jefe principal de la comarca no era el de Banapá. A los dos días se presentó Anderson en un cayuco de 17 remos con los jefes y un hijo del jefe principal, que era el de Basupú, situado por los terrenos actuales de Basupú Fiston. Antes de acercarse a la fragata dieron una vuelta a su alrededor cantando muy recio y con gran alborozo. El capitán Owen estaba ausente. Aun así se les permitió subir a bordo. Presente ya el capitán, celebró con ellos una larga entrevista y obsequió a cada uno con diversos regalos. Uno de los jefes, que parecía el de mayor rango, fijó sus ojos codiciosos sobre un hacha, que, sin duda, constituía para él un gran signo de poder (32). Owen no quiso en ese momento satisfacer su codicia, pero le prometió que sería el presente que le entregaría en su próxima entrevista con él, en su pueblo. Se concertó entonces la visita oficial al jefe de la comarca.

A las nueve de la mañana del día siguiente, 7 de Noviembre, Anderson comunicaba que algunos jefes estaban ya en la playa para conducirlos a Basupú. A las once, el capitán Owen, acompañado por varios de sus oficiales, la banda y un grupo de marineros, descendieron a tres botes, los cuales siguieron al cayuco de los jefes hasta una pequeña cala, a cinco kilómetros al Este, que bautizaron con el nombre de «King's Cove» (33) (probablemente en la desembocadura del río Ko). Fueron a pie a una plazoleta a unos cien metros de distancia, que se abría en medio del bosque y no lejos de la costa, donde los nativos tenían construido como un pequeño puerto. Arrojando piedras al mar habían hecho un canal, donde podía penetrar un solo cayuco para facilitar su amarre, carga y descarga.

Se sentaron todos en la plazoleta sobre piedras y el capitán fue agasajado con un carnero, y todos, con varias calabazas de vino de palma. Después de esperar una hora, se presentó el jefe de la comarca. El capitán se levantó en el acto, sonó la banda y lo saludó. Después, le rogó que aceptase la insignia de una capa roja y un bonete de terciopelo. El propio capitán le impuso la capa y, como el jefe llevara su tiara con un par de cuernos en su frontis, le colocó el bonete de terciopelo encima de la tiara. Acto seguido, le mostró los regalos que había traído y en especial los variados objetos de hierro, lo que excitó tal entusiasmo en el jefe y su comitiva que el orden que se había mantenido hasta entonces, estalló en jubilosa danza y confusión de lenguas. El jefe de la comarca se encargó de distribuir los regalos entre los demás jefes. El número de nativos que habían bajado acompañando al jefe pudo calcularse en unos 2.000, incluyendo a las mujeres que se mantuvieron apartadas de los hombres.

Mr. Galler intentó en vano hablar con ellos, pues daban muestras de no entenderle, aunque los hombres se afanaron en demostrar familiaridad y algunas jóvenes ponían sus manos sobre él para tocarle y manifestarle su amistad. Observaron que algunos estaban sin ambas manos y otros con una sola, lo que les indujo a pensar que sería a causa de un castigo impuesto por algún crimen. Todavía

(31) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 257.

(32) Se han hallado varias hachas ceremoniales en la última fase Buelá de la prehistoria. Cf. A. MARTÍN DEL MOLINO, *Secuencia Cultural en el Neolítico de Fernando Poo*, Madrid, 1965, lám. XIII.

(33) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 263.

duraba la escena de confusión, cuando el capitán Owen consideró llegado el momento de retirarse y volver a los botes (34).

En este encuentro se vio aún más la necesidad de un buen intérprete. El capitán Owen decidió que un joven inglés, inteligente y activo, de nombre Elwood, residiese al menos por una semana en una aldea del interior para aprender la lengua de los bubis y conocer su vida y sus costumbres. Pero Elwood no pudo aprender su lengua; pronto enfermó y murió.

Podrá observarse que el capitán Owen no logró entrevistarse con el jefe de la comarca en su propia residencia. Nadie podía acceder a la residencia de un jefe supremo si no eran los jefes de las aldeas y menos un extranjero. En todo caso tendría acceso a la casa del segundo jefe o del sacerdote. Holman, tal vez por ser ciego, pudo visitar una de estas casas del poblado del gran jefe (35).

Holman fue guiado por Anderson, en quien reconocía su gran habilidad para el trato con los bubis. Fue recibido en el poblado por Elwood, quien había vivido una semana entre ellos. En su relato nos aporta algunas notas etnológicas de gran valor.

Desembarcó en King's Cove y pasó la primera noche en casa del jefe de la aldea de pescadores. El sendero, hasta la mitad del camino, era tolerablemente bueno. Más adelante se convirtió en pendiente escabrosa y resbaladiza, sobre todo después del segundo arroyuelo que tuvieron que cruzar. Muchos nativos acudían para verle, y uno de ellos le cogió del brazo para ayudarle en los últimos tramos del camino. Salió a recibirle el jefe particular de una aldea, a quien llamaban Canning, conocido ya por sus visitas a los barcos, donde se hospedaba el inglés Elwood. A Holman le aposentaron en casa de un sacerdote.

La entrevista con el jefe se limitó a un intercambio de regalos y al sacrificio de una cabra en el último día fuera de su casa. Lo que llamó la atención de Holman fue la conducta del sacerdote. Cada mañana se ocupaba primero en pintarse con arcilla roja. Se dedicaba después a ceremonias que Holman no comprendía. Una de las ceremonias consistía en repeticiones de estribillos, respondido unas veces por un solo individuo y otras veces en unión con otros. En los intervalos de estos estribillos el sacerdote sacudía un manojo de varillas o fibras sobre la cabeza de su cliente, emitiendo al mismo tiempo oscuros sonidos. Una mujer acudió con una grave inflamación en la mano. Después de hacer una incisión en el tumor, presionó de tal modo sobre la mano para extraer el líquido que hizo reír de dolor a su paciente. A otra persona, con un absceso en el ojo, que supuraba, le aplicó la boca, succionando y escupiendo con tal fuerza y perseverancia que daba impresión de estar arrancando el mal de la enfermedad.

«Estos sacerdotes —comenta Holman— parecen ser más curanderos que clérigos» (36). Había un rincón sagrado en la choza y en él un asiento especial que nadie sino él podía utilizar. Además, un receptáculo con bolas de barro para las unciones y una gran piedra apoyada sobre otras de menor tamaño. No pudo asistir a ninguna ceremonia funeraria, pero al salir del poblado pasó por una choza, que estaba cerrada, con cinco sombreros colgando en frente de la puerta, cuyo propietario, según le informaron había muerto recientemente.

(34) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 264.

(35) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 271-91.

(36) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 278. Acerca de los poderes curativos del sacerdote, cf. A. MARTÍN DEL MOLINO, *Los Bubis. Ritos y creencias*, págs. 275-77.

En la playa, Holman tuvo que pasar la noche en una «casa comunal», un cobertizo, con alero de hojas que llegaban cerca del suelo y que no evitaron que entrase el agua de un tornado. Había en él 20 personas, que no pudiendo dormir, se dieron a la locuacidad y a la diversión. Después se enteró que habían ido para la gran fiesta del ñame.

Holman se empeñó durante su visita de cinco días en obtener algún conocimiento de la lengua bubí. Su experiencia fue desalentadora. «Los bubis —dice— son celosos en poner impedimentos para enseñarla, mientras manifiestan mucho interés en conocer la nuestra. No nos comunican ni sus nombres. Usan diferentes palabras a lo que preguntamos para confundirnos, hasta el punto que uno siempre se queda con la duda sobre el propio término que nos han indicado». A continuación ofrece un vocabulario pobre de 80 palabras conseguidas con mucho trabajo (37).

6. ACUERDO DE LIMITES DE LA CIUDAD Y COMPRA DEL TERRENO (Fig. 3)

Entretanto proseguía el desmonte de árboles en la pequeña península. Los bubis habían presentado ya sus quejas contra grupos de crumanes que abatían las palmeras de aceite fuera de la península para construir sus cabañas. Asimismo estaban muy enojados por el frecuente fuego de los fusiles. Mr Jeffrey, encargado del mercado, que se había convertido en una especie de foro público donde hablar con los bubis, trató de explicarles que el fuego procedía únicamente del interés de los oficiales en cazar monos. Y para confirmarlo venía en aquel instante, muy afortunadamente, un oficial, contador del barco, con un gran mono y un pequeño antílope. No parecieron quedar satisfechos y amenazaron que si los colonos persistían en echar abajo las palmeras y se extendía el hacer fuego por el interior del país —contra el deseo probablemente de los espíritus protectores— tomarían represalias.

La discusión terminó en el acuerdo de fijar los límites de la colonia, fuera de los cuales la colonia no se haría responsable. A corta distancia de donde se había iniciado el desbosque, es decir: al comienzo de la península, se puso ante sus ojos una cantidad de hierro, dándoles a entender que se les daría el hierro que fuera necesario por el terreno contenido más allá de la línea. El tratado que se les proponía pareció que lo entendieron bien, pues ellos mismos comenzaron a poner algunas estacas en la linde del terreno y Mr. Jeffrey marcó un árbol, como signo del consentimiento por parte de la colonia. Volvieron todos a la plaza del mercado y allí celebraron el acuerdo con abundantes libaciones de vino de palma. Concluyó la fiesta prometiendo que el acuerdo sería ratificado por los altos jefes de ambas partes.

El 12 de noviembre llegaron a la plaza-mercado de Clarence numerosos jefes, que fueron recibidos por el capitán Owen y sus oficiales. Owen les explicó el alcance del acuerdo, ofreciéndoles por la compra dos barras de hierro (38) y prometiéndoles otros pagos adicionales. La toma de posesión de la propiedad de una milla cuadrada se verificaría en un acto público solemne, que sería notificado cumplidamente. Y para asegurar los límites con exactitud, el mismo Owen fue

(37) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 290-91.

(38) Cf. BURROWS, E. H., pág. 189.

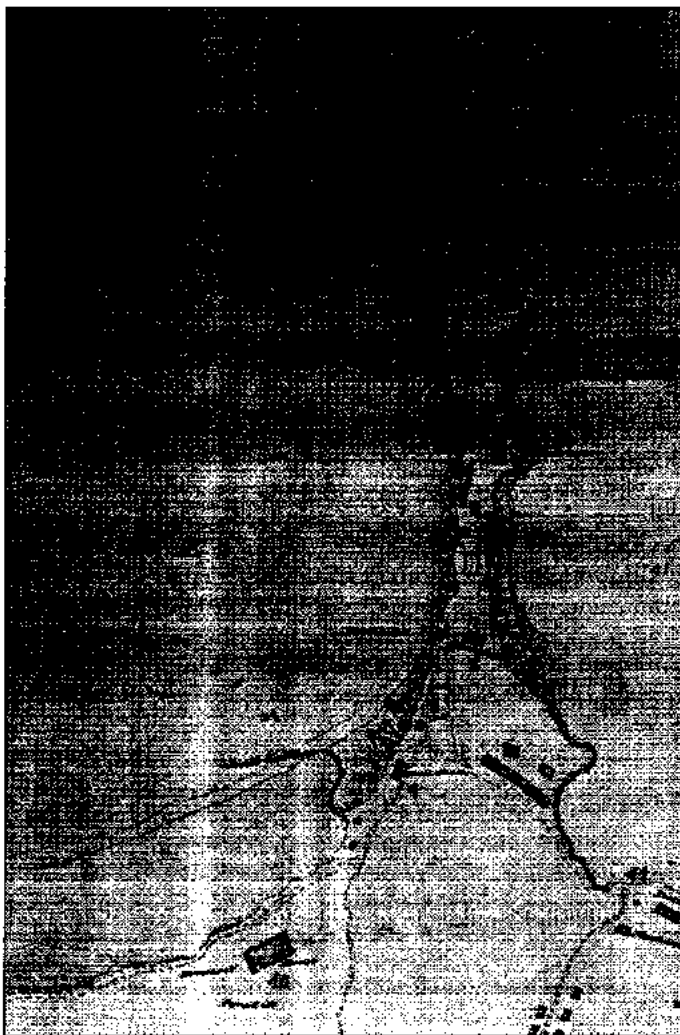


Fig. 3.—En este plano de la ciudad recién fundada pueden distinguirse: 1. El asta para izar la bandera. 2. El hospital. 3. El patio de los crumanes. 4. El edificio de la Comisión Mixta. 5. La casa-comercio de Smith. 6. La zona militar. 7. La casa de piedra, como defensa. 8. El parapeto. 9. La casa civil del capitán Harrison. 10. La casa del Gobernador Superintendente, capitán Owen. 11. El embarcadero en la bahía de Goderich (Blaibich) (Burrows, E. H., pág. 188).

marcando el número adicional de árboles que le pareció necesario. Seguidamente fueron invitados cuatro de los jefes a bordo de la fragata *Eden*, donde fueron obsequiados con vino de palma y variedad de regalos. La paz quedó restablecida por el momento (39).

(39) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 258.

7. EL MERCADO

Ya hemos indicado antes que el mercado fue la primera institución que se formó en la ciudad, concretamente el 5 de Noviembre. Los 402 fundadores necesitaban comer alimentos frescos, que los bubis podían proporcionarles con sus fiamas, gallinas, ovejas, cabras y vino de palma. Por su parte, los bubis tenían mejor oportunidad en el mercado para adquirir objetos de hierro de aquellos extranjeros. Holman narra así esta experiencia: «Al tomar tierra nos vimos rodeados de un gran número de nativos que se acercaban con más confianza que en las precedentes visitas, reclamándonos, hombres y mujeres, de los más jóvenes hasta los más viejos, por el hierro. Era casi dañoso atenderles individualmente porque se acrecentaban en sus impertinencias».

Por otro lado, el comercio desde los barcos resultaba ya incontrolable. Ya no les apetecía a los bubis únicamente las barritas de hierro, sino las mismas hachas.

Un bubí cayó en el gran pecado de dejarse llevar de la codicia. A hurtadillas se apoderó de un hacha que pudo ver en una habitación del barco. La guardó primero debajo de una lona. Y denunciado por el maestro de obras, huyó con ella saltando de cayuco en cayuco, descubriéndose así como ladrón entre sus paisanos. Estos, que si algo odian es el robo, se pusieron furiosos ante tal infamia y lograron apresarle. Acudieron los jefes al barco y discutieron acaloradamente sobre el castigo que debía imponérsele, cogido como había sido en flagrante delito. El capitán Owen hubo de invitarles a que salieran del barco ante tal alboroto. Después, ante los ojos del capitán, comenzaron a golpearlo de todos los modos hasta dejarle mal herido. Le condujeron a un árbol y, de espaldas al árbol, le amarraron a él por los brazos y las piernas. Siguió nueva discusión en la que se impuso el parecer de un sacerdote. Entonces, un jefe, muy friamente, entre el silencio de la multitud, dio un paso hacia el prisionero. Y estaba ya procediendo con gran deliberación a cortarle el cuello, cuando el capitán Harrison y Mr Jeffrey, que dirigían las obras de desbosque, acudieron rápidamente y evitaron la perpetración del acto, agarrando al jefe del brazo y haciéndole señas de que estaba llegando el capitán Owen.

Este se presentó y convocándoles a una asamblea les expuso en ella que no era su deseo castigar a ese hombre tan severamente. Tomó al ladrón de la mano, lo sacó de la multitud y así pudo librarlo de la sanguinaria venganza de sus paisanos. Durante toda esta prueba, el prisionero no se quejó de las numerosas y dolorosas heridas que le infligieron al principio ni después indicó ningún síntoma de miedo (40).

El jefe que estuvo a punto de decapitar al prisionero fue apodado con el nombre de «Cut-throat», algo así como «Corta-cabezas» y vino a ser el mejor amigo de la colonia. Su verdadero nombre era Bololo o Riguese y después fue conocido también por el nombre de Glorio. Era jefe de una aldea de Banapá, a la que pertenecían los terrenos de la bahía de Clarence y de Blaybich. Guerrero atrevido de mucha fama, se le verá después intervenir en una guerra contra los de Bilélipa, de la que saldrá con cortaduras en la cara. Su porte y su figura fue plasmada por el capitán Filmore, de la Armada, dando a su rostro rasgos europeos (41) (Fig. 4).

(40) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 260-63.

(41) Diario de John Clarke, 18-5-1845, IV, pág. 229.



Fig. 4.—*Estampa romántica de Cut-throat, Glorio Bololo, el bubí amigo de la colonia, poderoso guerrero, jefe del buala de Banapá, sobre un dibujo de Boteler (Holman, J., pág. 425).*

Por la afluencia multitudinaria a la venta y compra de productos hubo necesidad de poner una cerca al mercado. Pero ésta muy pronto se vio destrozada, por lo que se llegó al acuerdo de no poner límites a su espacio, protegiéndolo por una guardia de soldados. Se fijaron los precios: un hacha podía cambiarse por una oveja o una cabra; una pieza de hierro de tres a cuatro pulgadas (10 cm) por dos y hasta cuatro gallinas, según su tamaño, por ocho o doce ñames o bien por dos o tres calabazas de vino de palma.

No sólo se vendía esto en el mercado. Los negros comenzaron a reclamar el aceite de palma para su consumo. Los bubis lo llevaban al mercado en cestas de

trenza muy fina, reforzado el interior con barro, con capacidad para cuatro litros o un cuarto de galón. Podían verse también en el mercado la pimienta, verduras como la baboche, carne de mono y pieles de serpiente o de gineta. Sin embargo, no parece que los bubis vendieran pescado, a pesar de ser expertos en la pesca del atún y de la pequeña sardina, sin duda porque la colonia trajo consigo a pescadores crumanes, que fueron los causantes de la desaparición de los pueblos pescadores bubis. Tampoco podían vender naranjas, limones, piñas, bananas o caña de azúcar, que serán introducidos por la colonia (42).

Además de Mr Jeffrey y de la guardia de la colonia, ponían orden en el mercado el jefe Bololo y un segundo jefe que los ingleses llamaron «Camaleón», ambos de Banapá, a quienes pertenecían los terrenos. Los bubis no quisieron al principio dar a conocer sus nombres; por eso los ingleses tuvieron que ponerles apodos. Camaleón se presentaba muy a menudo con diferente color. Unas veces de amarillo, otras veces de blanco, a veces de azul oscuro y más comúnmente de rojo. Parecía un «dandy» que empleara demasiado tiempo en la «toilette» y acicalamiento de su cuerpo, por lo cual recibió el sobrenombre de «Camaleón» (43).

A pesar de estas precauciones no se consiguió que reinara el orden totalmente en el mercado. Muchos no se atenían a las leyes marcadas. La avidez del hierro hacía que muchos hiciesen contrabando fuera del mercado y otros se atrevieran a traspasar la línea del establecimiento y allí, a espaldas de los vigilantes, llegaron a contratos particulares con los mismos trabajadores, adquiriendo incluso los instrumentos de albañilería y corte de la madera. Tal estado de cosas obligó al capitán Owen a tomar la decisión de trasladar más lejos el mercado. Un buen sitio sería al otro lado del río Hay (actual Cónsul) por terrenos del actual Hospital General.

Para ello se dirigió en comisión al jefe del pueblo de pescadores, asentado cerca del río San Nicolás. Al jefe, a quien dieron el nombre de Bottlenose, no le costó nada aceptar tal proposición ante los regalos que se le ofrecían y, sobre todo, por el prestigio que para él representaba. Tal solución no agradó a los bubis; había sido una intromisión demasiado lacerante en el organismo social bubí (44).

El enfrentamiento llegó a tal punto que un grupo de nativos se atrevió a lanzarse contra un guardia que vigilaba en las cercanías del río Cónsul, consiguiendo arrebatárle la bayoneta. El guardia pudo reaccionar y hacer fuego mientras los bubis se escabullían entre la maleza.

El capitán Owen tuvo que acudir a una asamblea de jefes. Las discusiones se hacían interminables para designar el lugar del mercado. Owen propuso un lugar neutral, buscando una salida a las continuas deliberaciones sobre la pertenencia de terrenos y la competencia de cada jefe. Fue aceptado y se convino abrir un espacio junto a la valla del establecimiento, algo así como «a la puerta de la ciudad». El 25 de noviembre se inauguró el nuevo mercado. Se levantó un poste en medio, donde había de quedar izada la bandera en las horas, las únicas horas, en que se podía comerciar. La ceremonia fue presenciada por muchos jefes y muchos nativos, así como por el capitán, oficiales y fernandinos. Al final brindaron todos con vino de palma. El buen entendimiento se había restablecido (45).

Sin embargo, algún conflicto surgiría muy pronto. Un trabajador negro de la

(42) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 302.

(43) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 291.

(44) Los pueblos pescadores no poseían terrenos propios. Más tarde veremos cómo estos terrenos pertenecían a Glorio Bololo.

(45) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 308.

colonia se permitió beber el vino de palma que había comprado sin que después quisiera pagarlo. En consecuencia, los bubis le arrebataron a la fuerza el pico que usaba en su trabajo. Enterado del robo el capitán Harrison, gobernador civil, se presentó en el mercado para manifestar su disgusto. Tal amonestación fue tomada como ruptura de la paz, lo que trae consecuencias imprevisibles para el ubi. Como el mercado hacía a la vez de foro público, el capitán Harrison dialogó con los jefes Bololo y Camaleón, que estaban allí con sus tropas respectivas para imponer orden. Ambos jefes mandaron al momento a sus tropas formar fila, portando cada hombre en la mano su equipo de jabalinas. Primero arengaron los jefes a sus hombres y después un sacerdote habló a toda la concurrencia, explicando lo sucedido y la obligación de aprehender al ladrón. En seguida cada pelotón realizó tres marchas en círculo, cobrando ánimo, y se pusieron en fila hacia el río Cónsul, para dirigirse de allí a los poblados. Los últimos, en su marcha, volcaron los montones de ñames y las calabazas y los más rezagados las pisotearon y la deshicieron.

No cabe duda que el robo constituía la mayor ofensa para el pueblo ubi, pero estos incidentes eran la señal de que crecía, al menos en ciertos sectores, la animosidad contra la colonia. A los pocos días llegaban al mercado un grupo de jefes llamando con ostentación a Mr Jeffrey. Habían logrado apoderarse del pico. Jeffrey los llevó al capitán Owen, que los obsequió con algunas piezas de hierro. No entregaron, sin embargo, a los ladrones. Después algunos subieron a bordo para hacer donación de una oveja como oferta de paz. Había que realizar el rito de un sacrificio. La oveja fue sacrificada y Owen ofreció a Bololo la pieza más indicada para él: la garganta (46).

El siguiente caso fue más grave. Mientras un grupo de crumanes estaba cortando árboles, se acercaron sigilosamente unos bubis, se arrojaron sobre ellos y les quitaron un hacha y un machete. El guardia que estaba de centinela dejó caer al suelo el fusil durante la pelea que se formó a continuación. Un ubi logró coger el fusil y huir, seguido muy de cerca por un crumán. El crumán consiguió recuperarlo no sin antes recibir un machetazo en la mano. Otro crumán resultó herido por una jabalina en la cabeza. Los bubis entonces hicieron frente con hachas y machetes. Contra Mr. Davis, el asistente maestro de obras, que accidentalmente pasaba por allí, se atrevieron también a arrojar sus jabalinas e intentaron hacerle prisionero, pero éste logró escapar al soltar la camisa, de la que estaban asidos.

Cuando esta pelea fue conocida por el capitán Owen, fue en seguida a la plaza del mercado. Encontró allí algunos jefes y les comunicó lo sucedido. Bololo se levantó en seguida, dirigió un discurso a sus paisanos, hizo formar filas a sus soldados, entonó un cántico de guerra y, después de tres marchas en círculo y otras evoluciones, se puso al frente de la tropa que se distribuyó por el bosque. En menos de una hora volvían agitando el hacha y el machete en la mano. El principal del grupo fue puesto en cadenas y después sometido a la flagelación de 39 latigazos.

Durante la siguiente semana ningún ubi apareció por el mercado. Posiblemente el cabecilla de éste y otros conflictos era Camaleón; nunca se le vio más por la colonia (47). Owen hubo de entenderse con Bololo y con Bottlenose, el jefe del pueblo de pescadores.

(46) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 308-11.

(47) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 336.

8. NACIMIENTO DE LA CIUDAD

Owen había designado a la pequeña península de la Unidad Africana (Punta Fernanda) como lugar de emplazamiento de la futura ciudad. La península, de unos 550 metros de longitud, apenas sobrepasa los 80 metros de anchura, a excepción de la base, en la que estaba la valla, que iba desde la caleta de Clarence hasta el río Cónsul, de 350 metros de longitud. Es claro que su proyecto no se limitaba a este pequeño enclave adquirido mediante un simulacro de compra con los bubis. Desde el principio pensó Owen colocar una batería en la otra pequeña península de Punta Cristina, que cerraba la bahía, y construir una trocha que uniera las dos penínsulas frente al mar (48).

Al sur de esta trocha, en una gran plataforma casi toda llana, podrían asentarse los barrios de los negros liberados. No podía olvidar la finalidad de la colonia: prestar apoyo a la represión de la trata llevada a cabo por la escuadra del Oeste Africano y el establecimiento del tribunal de la Comisión Mixta, que había de juzgar a los barcos negreros y liberar a los esclavos. Al mismo tiempo la colonia había de servir de punto de aprovisionamiento y protección del comercio inglés en la zona de las dos bahías, la de Benin y la de Biafra. En la plataforma, frente al actual Centro Cultural Hispano-Guineano, halló una fuente, cuya agua canalizada hacia la bahía, podría verter directamente en los toneles de los barcos. En los inicios, el aprovisionamiento de los barcos se hacía desde la playita del río Cónsul y continuaría ejerciendo de pequeño puerto para las embarcaciones menores. Pero habría que pensar en unir la ciudad con el puerto de Clarence mediante un camino que salvara con facilidad la pendiente del acantilado.

El 4 de Diciembre los trabajadores, dirigidos por Mr. Glover y los artesanos ingleses, comenzaron a subir a la pequeña península los materiales de las casas prefabricadas de madera y una casa de bloques, que el carguero *Diadem* había transportado desde Londres. En total seis casas de vivienda grandes y diez pequeñas. Subieron además seis cañones del 18 y dos del 9.

Un mes les había durado el desbosque de una tupida vegetación con árboles, algunos altísimos, como ceibas, moreras, ficus, entre chillidos de monos. Para salvar el desnivel entre el mar y la plataforma, de arriesgada pendiente, de unos 60 metros de altura, se excavaron en el terreno 150 peldaños, a los que se llamó la «Escalera de Jacob», que abocaba a un lugar llano, que se denominó «El Paraíso», junto al actual edificio de «Residencias Oficiales». Desde aquí una calle larga se había abierto que cruzaba por medio de la península. Por cierto, al desboscar este lugar se encontró una damajuana y más tarde unas monedas de cobre y otra de plata que llevaban la fecha de 1774 con la efigie de Carlos III. Se especuló con un posible fortín español, pero más bien habrá que pensar en los restos de la expedición que realizó Guillermo Carbonell alrededor de la isla en 1778 para determinar el lugar donde establecerse los españoles, que, al fin, escogieron la bahía de Riabba por el trato amistoso que aquí recibieron de los bubis.

A ambos lados de la calle los artesanos ingleses habían preparado los pilares para las futuras casas, todas de estilo colonial, derivado del que surgió en los trópicos del Caribe. Se había profundizado también una trinchera para aserrar maderas y en los islotes Enríquez se había instalado una fragua para preparar los hierros de las casas y las herramientas de trabajo. Los bubis acudían ahora a esta

fragua con las piezas de hierro que habían comprado al principio con el fin de aguzarlas y evitar el tener que pulirlas en las piedras (48).

9. MEDICION DE LA ISLA (Fig. 5)

Owen interrumpe su gestión al frente de la colonia el 11 de diciembre. Las escaramuzas de rebelión de parte de algún sector bubi no eran preocupantes. Solían subir a bordo, invitados por él, los jefes Cut-throat, Bottlenose o Good-Tempered Jack, el jefe del pueblo de pescadores de Basupú, con los cuales mantenía un diálogo amistoso. Bololo, el más relacionado, había pasado alguna noche en la misma fragata. A los servicios religiosos del domingo solían asistir unos cuatro bubis. Owen se dispuso a emprender el trabajo del que era un especialista: la cartografía marina. Se proponía levantar el plano hidrográfico de las costas de la isla, señalando las coordenadas de los puntos principales (49).

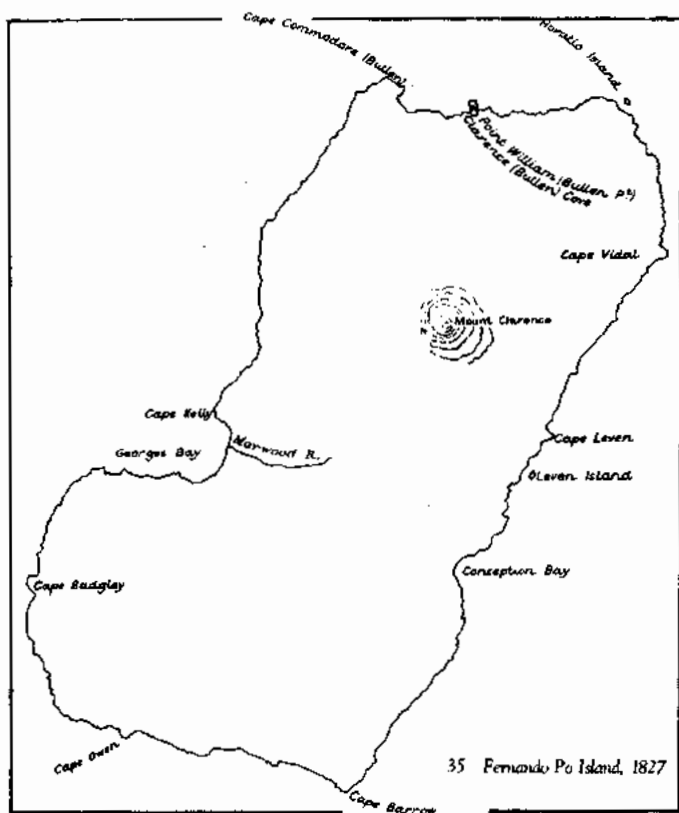


Fig. 5.—Mapa de la isla de Bioco, elaborado por Owen, que permaneció inalterable hasta el nuevo del Servicio Geográfico del Ejército de España (Burrows, E. H., pág. 192).

(48) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 331.

(49) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 319-24.

Siguiendo el movimiento de las agujas del reloj, se dirigió primero al Este. Consigo llevaba a Bololo y a Bottlenose y a un bubi prisionero que había mandado encarcelar. A éste lo entregó a sus paisanos en King's Cove. Muchos bubis salieron a recibirle en una playa frente a la isla de Horacio, isla que no consideró importante para darle un nombre, pero que más tarde sería llamada con el nombre del barco *Horatio* de su flotilla. Owen ordenó bajar a tierra para rendirles visita. Los bubis cambiaron sus ñames por piezas de hierro; «estaban tan impacientes que algunos se agitaban de un lado para otro por temor de perder la ocasión de adquirirlas». A las 5,30 de la tarde estaban ya en Punta Santiago, donde bajaron para pasar la noche.

Al alba subieron al *Eden* y a toda vela continuaron la circumnavegación por el Sur ante un paisaje «sublime con pintorescas cascadas que descienden de la montaña» (50). A mitad del recorrido, en una caleta muy abrigada, pudieron distinguir a unos nativos que se ocupaban en la construcción de cayucos y observaron a su lado gran cantidad de maderas apiladas, sin duda para fabricar remos.

Aquí divisaron en el mar a un barco, que al principio supusieron sería de los dedicados al tráfico de esclavos. Resultó ser *El Africano*, la goleta que había alquilado en Freetown. *El Africano* servía de enlace entre Clarence y aquella ciudad. Traía provisiones y la esperada correspondencia. Owen recogió allí las cartas, las primeras que recibía de Inglaterra, y prosiguió hacia George's Bay, la bahía de Lubá.

En la bahía de Lubá pudieron saludar a King George, el famoso bubi, jefe de los Baloketo, que antes de la fundación de Clarence comerciaba ya con los ingleses que desde Bonny y Calabar acudían a la hermosa bahía para surtirse de agua y de ñames. El doctor Burn, médico de la fragata, se dirigió a tierra con tres hombres y siguió por un camino cuatro kilómetros que le condujo a su residencia. King George se mostró muy enterado de las costumbres inglesas, hablaba unas cuantas palabras en inglés y tenía colgada al cuello una placa que le acreditaba como del Real Cuerpo Africano y, además, otra placa con las siglas G. K. Con su hijo acompañó al doctor Burn a bordo de la fragata, donde fue cumplimentado por el capitán Owen con pescado, ñames y vino de palma. Al final manifestó con ansiedad volver a tierra. Con esta visita del rey bubi los del barco podían empezar a intercambiar con los nativos. En tierra, se vieron pronto rodeados de muchos nativos importunos por adquirir hierro, ofreciendo a cambio ñames, vino de palma y gallinas. Se acercó un cayuco con doce bubis que traían unos cuantos ñames, pidiendo exorbitantes precios, una pieza de hierro por cada ñame, cuando en Clarence se podía cambiar por ocho o diez. Los bubis de la bahía de Lubá estaban más avezados en el comercio que los de Norte y sabían exigir lo que creían justo.

Dos días dedicó el capitán Owen a la exploración y medición de los fondos de la bahía. El día 14 entraba en el puerto de Clarence (50). Juntamente con el teniente Badgeley había realizado el mapa que, copiado por Francisco Coello en el atlas de Pascual Madoz de 1850 (51), serviría a los geógrafos españoles hasta la revisión llevada a cabo por el Servicio Geográfico del Ejército.

A continuación ofrecemos los puntos principales del mapa de Owen y su correlación con el mapa del Servicio Geográfico del Ejército:

(50) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 322.

(51) MADDOZ, P.: *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid, 1850.

Mapa de Owen

Punta del extremo Norte: Punta Bullen: 3º, 47', 3"; 8º, 39', 4".
Punta Williams: 3º, 45', 8"; 8º, 46', 0".
Cabo Horatio: 3º, 46', 25"; 8º, 54', 4".
Punta extremo Este: Cabo Vidal: 3º, 39', 3"; 8º, 56', 3".
Punta extremo Sur: Cabo Barrow: 3º, 11', 5"; 8º, 40', 4".
Punta extremo Oeste: Cabo Badgeley: 3º, 19', 0"; 8º, 24', 7".
Punta Charles: 3º, 21', 10"; 8º, 27', 7".

Mapa del Servicio Geográfico del Ejército

Punta del extremo Norte: Punta Europa: 3º, 47', 3"; 8º, 42', 50".
Punta Unidad Africana: 3º, 45', 8"; 8º, 46', 59".
Sipopo: 3º, 45', 52"; 8º, 53', 2".
Punta extremo Este: Cabo Vidal: 3º, 38', 2"; 8º, 56', 3".
Punta extremo Sur: Punta Santiago: 3º, 12', 25"; 8º, 40', 35".
Punta extremo Oeste: Sin nombre: 3º, 21', 10"; 8º, 25', 9".
Punta Argelejos: 3º, 28', 15"; 8º, 28', 52".

Las coordenadas del capitán Owen muestran una ligera desviación de la isla hacia el Este. Su máximo error está en Punta Argelejos y en Cabo Badgeley, desviados dos minutos hacia el Sur, con la consiguiente deformación de la zona del Sureste de la isla, mantenida después en los mapas españoles.

10. EL PRIMER EDIFICIO TERMINADO

A su regreso del periplo por la isla, el capitán Owen pudo ver el primer edificio terminado. Había nacido la primera casa de la ciudad. Situada hacia el medio de la península, constaba de un sólo piso de siete por siete metros. Se asentaba sobre pilares con un almacén en la planta baja. Con sus escaleras exteriores y galería en la parte delantera, marcará un tipo de casa que se hará común en toda la isla de Bioco.

La casa fue asignada a Mr. Glover, el maestro de obras que dirigía la edificación de la naciente ciudad, realizada principalmente por carpinteros ingleses y artesanos de Sierra Leona. Mr. Glover invitó al capitán Owen, oficiales y amigos a celebrar las primicias de la ciudad de Clarence, la actual Malabo.

Los demás edificios iban avanzando, aunque lentamente; la fragua necesitaba de más manos para responder a todas las necesidades, especialmente las casas grandes de doce por doce metros y la casa de piedra de catorce por nueve metros (52). Owen había señalado ya la fecha de inauguración de la colonia: sería el próximo 25 de diciembre.

(52) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 325.

11. LOS PRIMEROS SAOTOMES

Un día antes de la inauguración se presentaron a bordo tres hombres negros. Eran saotomés, pertenecientes al grupo que, juntamente con el fernandino y el crumán, serán los principales protagonistas de la colonización de la isla en el siglo pasado. Estos saotomés fueron los primeros católicos de la isla. Su número irá creciendo, unas veces escapando de la esclavitud que reinaba en la isla de Príncipe y otras al subir a los barcos que de Sao Tomé se dirigían al puerto de Clarence. A ellos y a los fernandinos se debe la introducción del cultivo del cacao en la isla.

No fueron éstos los primeros venidos a Bioco. Al Sur, por la región de Ureca, arribaban con alguna frecuencia procedentes de la isla de Príncipe, desde cuyas montañas en días claros puede verse el pico de Basilé. Los bubis los aceptaron sin grandes problemas; eran buenos pescadores, acostumbrados al mar y con los de Ureca formaron una cultura de mestizaje. Las casas de Ureca se atienden al patrón creado por Portugal en las islas de Sao Tomé y Príncipe. Por la zona de Ariha formaron «una especie de república que se gobernaba por leyes particulares, sin dependencia alguna de las leyes del país» (53). A estos saotomés los bubis los llamaban «angolanos».

Los verdaderos saotomés, conocidos por este nombre en la isla de Bioco, procedieron de Clarence. Y éstos que subieron a bordo de la fragata *Eden* fueron los primeros. Mientras estaban pescando cerca de la isla de Príncipe, un viento fuerte se levantó y los condujo mar adentro. Incapaces de luchar contra la fuerza del vendaval, juzgaron prudente dejarse llevar. Bajo el impulso de la corriente continuaron durante ocho días sin agua fresca y ninguna clase de provisiones, excepto el pescado que tenían antes de formarse el tornado. Exhaustos, llegaron a la isla de Bioco, en la zona del Sureste. Algunos nativos salieron hacia ellos en sus cayucos y los llevaron a tierra. Aquí se vieron obligados a permanecer durante seis meses y, sin esperanzas ya de retornar, vieron a la fragata *Eden* que realizaba su periplo por la isla. Se informaron del establecimiento europeo. Pensaron que en él habría más recursos para su vida. Caminando de noche para no ser vistos de los nativos, les guiaron los cañonazos que al alba y al atardecer resonaban en Clarence.

Al aproximarse a la ciudad fueron descubiertos por unos nativos de un poblado cercano que trataron de disuadirlos y forzarlos a volver al Sureste. Lograron resistir y se presentaron al capitán Harrison.

Uno de ellos era de origen *fanti* de Cabo Costa y conocido por uno de los trabajadores de la ciudad. Se les encomendó el dedicarse a la pesca y proveer así al establecimiento, donde ya empezaban a escasear los alimentos proteínicos (54).

12. LA INAUGURACION

El capitán Owen había prometido a los bubis que la toma de posesión del terreno comprado se haría de forma solemne. Este día representaba además la

(53) Cf. Documento Varela Ulloa. Descripción de la isla de Fernando Poo. 27 de septiembre de 1780. Ms. Simancas, E. Leg. 7411.

(54) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 333-34.

inauguración de la ciudad. Se hacía con un sólo edificio terminado, pero este edificio significaba ya el organismo en expansión que no se detendría con el tiempo. Hoy la ciudad de Clarence se extiende, incluyendo a San Fernando, por un espacio de cinco kilómetros cuadrados, con una población de unos 30.000 habitantes. El día escogido fue el 25 de Diciembre de 1827.

Ese día, a las siete de la mañana, el capitán William Fitzwilliam Owen, acompañado de todos los oficiales y de la Compañía que residía a bordo de los barcos, bajó a tierra y se detuvo en el lugar denominado «El Paraíso», frente al futuro palacio del gobernador general. A ellos se juntaron todos los demás trabajadores de la colonia, ante unos cuantos nativos que los contemplaban, destacando entre éstos el amigo de la colonia, Bololo.

Al toque de corneta se formaron para un vistoso desfile en el orden siguiente:

- 1.º Capitán Owen y capitán Harrison.
- 2.º Médico del hospital, Mr. Owen, y teniente Holman.
- 3.º Señores Jeffrey y Carter.
- 4.º Médico del *Eden* y contable del *Eden*.
- 5.º Maestros de obras ingleses comandados por el teniente Glover,
- 6.º Teniente Vidal con la mitad de la Compañía del *Eden*.
- 7.º Guardia marina de su división.
- 8.º La bandera, llevada por Mr. Wood.
- 9.º Banda de música integrada por cornetas, tambores y gaitas escocesas.
- 10.º Teniente Badgley con la otra mitad de la Compañía del *Eden*.
- 11.º Guardia marina de esta División.
- 12.º Teniente Mends, comandando a los marines y al Real Cuerpo Africano.
- 13.º Teniente Morrison, comandando la 1.ª División de la Milicia formada con los trabajadores.
- 14.º Teniente Abbot, comandando la 2.ª División de la Milicia de los trabajadores.
- 15.º Alférez Matthews, comandando la 3.ª División de la Milicia de los trabajadores
- 16.º Grupo Tom Liverpool bajo Bell.
- 17.º Grupo Gundo bajo Miller.

El desfile recorrió la sencilla avenida que transcurría desde el palacio del gobernador hasta la Punta de la Unidad Africana. Allí fueron reuniéndose en torno al mástil de la bandera que se elevaba frente al mar. Se izó la bandera al toque respetuoso de la corneta. Hecho lo cual, el capitán Owen leyó la siguiente proclamación:

«Ha sido grato a SU Majestad Jorge IV, Rey de Inglaterra e Irlanda, ordenar la fundación de una colonia en la isla de Fernando Po por los súbditos de Su Majestad. Su Alteza Real, el Gran Almirante, me escogió a mí para llevar a cabo este servicio con el título y denominación de Superintendente. En obediencia a las órdenes de su Alteza Real, el Gran Almirante, dirigi las obras de desbosque de un terreno en esta Punta, que comenzaron el primero de Noviembre pasado, y el diez y doce siguientes compré a los jefes nativos y a sus arrendatarios una pequeña parte del terreno que yo deseaba ocupar, con total derecho de propiedad y pose-

sión, por el cual se pagó la cantidad de tres barras de hierro, y los jefes nativos pusieron las señales de la marca que determinan la extensión del terreno así comprado. Por lo cual, en el nombre de Dios, por cuya gracia hemos podido realizar esto felizmente para sola utilidad y beneficio de Su Muy Graciosa Majestad, Jorge IV, tomo posesión, por este acto público, de todo el territorio comprado por mí, según lo arriba dicho, con el nombre, para el futuro, de Clarence, cuyos límites son: al Norte, el mar; al Este y Sur, el arroyo Hay (actual Cónsul), y al Oeste, por una línea que corre desde el mar hacia el Sur hasta encontrarse con dicho arroyo Hay, que incluye Punta Williams y el espacio hasta el árbol marcado por los nativos, que está 218 yardas de la puerta de la zanja, que cruza la garganta del comienzo de la Punta. Y en testimonio de este acto público, mando a todos los presentes que subscriban con sus nombres esta proclamación».

«Dado por mí en Punta Williams, en la colonia de Clarence, isla de Fernando Po, en 1827, en el aniversario del nacimiento de nuestro bienaventurado Salvador y Redentor, en el año octavo del reinado de Su Majestad» (55).

Leída esta proclamación, el capitán Owen añadió otra adicional del tenor siguiente:

«A fin de tener a los nativos más alejados de nuestros trabajadores, que son al presente muy molestados por ellos, y a fin de contar con terreno suficiente para nuestra colonia, por este acto, tomo formalmente posesión de los terrenos comprendidos dentro de los siguientes límites:

1.º La línea señalada que parte del arroyo Cockburn al Oeste y cruza hasta el arroyo Hay (Cónsul) al Sur.

2.º La línea marcada por dichos ríos.

3.º La línea costera entre ambos ríos, incluyendo los islotes llamados Adelaide (actual Enríquez), garantizando al mismo tiempo a los nativos de Fernando Po total seguridad y posesión sin molestias de todos los terrenos, dentro de dichos límites, que estén asignados a ellos o sean propiedad suya y que al parecer son: cuatro tierras que utilizan para almacén de fñames, las cuales serán compradas cuando los jefes puedan reunirse para este propósito y los dichos nativos estén dispuestos a recibir el equivalente de su valor» (56) (Fig. 6)

Las dos proclamaciones anteriores fueron contestadas mediante tres aclamaciones del contramaestre, coreadas por toda la concurrencia. A continuación la banda tocó el *God save the King*, seguido por fuego a discreción de parte de los voluntarios ingleses, los marines y el Real Cuerpo Africano, al que inmediatamente

(55) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 336-340. El original de la proclamación se conserva en el Museo Marítimo Nacional de Greenwich en Londres. Lleva la firma de 21 oficiales, 12 marinos, 58 de la tropa africana y unas 100 firmas de negros de Sierra Leona, crumanes y bubis, poniendo una cruz a nombres como «Never Fear», «Pea Soup», «Tom Lon Pipe», etc. National Maritime Museum, Londres, COO/3/A.

(56) *Ibidem*.



Fig. 6.—Cartografía realizada por W. Owen de los terrenos adquiridos para la ciudad, con la línea que va desde el arroyo Cockburn hasta el Cónsul. Publicado por Madoz y Sánchez Coello en 1850.

te respondieron con fuego de cañones la fragata *Eden*, un vapor de la Armada, la goleta *El Africano* y por último el pequeño cañón de la colonia.

Terminada la ceremonia, los diferentes grupos fueron marchando por orden a sus respectivos cuarteles, mientras la banda interpretaba el *Rule Britannia*.

Los oficiales y marines retornaron a la fragata *Eden*, donde el capitán Owen y el capitán Harrison oficiaron el divino servicio en acción de gracias. Más tarde bajaron a tierra para oficiarlo también con todos los civiles de la colonia.

Cada grupo celebró después el acontecimiento con festejos particulares. El capitán Owen se reunió con los oficiales en la primera casa de la ciudad, la casa de Mr. Glover. Allí ofreció un almuerzo, que concluyó con numerosos brindis por la prosperidad de Clarence, la recién nacida ciudad frente al mar del golfo de Biafra, puesta ya su mirada hacia el interior del continente africano (57).

Se notará que el capitán Owen toma posesión solemne de terrenos todavía no

(57) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 340.

comprados. De un terreno de una siete hectáreas, Owen pasa a posesionarse de otro mucho más amplio de cerca de dos kilómetros cuadrados. En todo esto puede verse su política de los hechos consumados. Primero desboscó un terreno como si fuera suyo y después organizó la compra; ahora toma posesión por sí de otro terreno con la promesa de pagar el valor de unos almacenes. Así pudo apropiarse de territorio bubí, que, por otro lado, como se verá en seguida, era territorio español.

CAPÍTULO II

PRECEDENTES A LA FUNDACION DE CLARENCE (1750-1827)

1. LA ISLA DE BIOCO, TERRITORIO ESPAÑOL

El gobierno británico era consciente de que la isla de Bioco era territorio español, cuando ordena, a través del almirante Cockburn, que el capitán Owen se dirija a la isla para fundar allí una colonia. No era territorio español ni por conquista ni por colonización, sino adquirido de Portugal por intercambio con la isla de Santa Catalina en el actual Brasil, mediante el tratado de El Pardo de 1778. La isla de Santa Catalina era una isla importante y estratégica. Al cederla España, cedía a Portugal los estados del Sur del Brasil, entonces en litigio (1).

La isla de Bioco fue propiedad de Portugal. En 1827 se creía que la isla estaba deshabitada cuando Portugal la descubrió en 1472 y se creía además que los habitantes de la isla, los bubis, eran descendientes de los negros que Portugal llevó a la isla para colonizarla y considerados, por lo tanto, como súbditos portugueses (2). Con justicia Portugal se proclamaba propietaria de la isla como lo era de Sao Tomé, Príncipe y Annobón. Si algún habitante había llegado posteriormente a la isla, no podía ser considerado sino como un inquilino en territorio portugués. Nadie podía rechazar entonces esta suposición.

De las circunstancias que rodearon el descubrimiento no se conservó documento alguno. Duarte Pacheco Pereira escribiría en 1505 que en la isla se cultivaba caña de azúcar (3), lo cual repetirían todos los autores posteriores, y, algunos, naturalmente, añadirían los molinos. Gaspar de Couto dirá que en la isla hubo una factoría fundada por un tal Luis Ramírez Esquivel en 1493 (4). El francés Guillaume de l'Île, en 1713, no dudó poner en la isla un fortín portugués, del cual no tenían conocimiento ni los mismos portugueses (5) (Fig. 7).

(1) Cf. CENCILIO DE PINEDA, M.: *El Brigadier Conde Argelejos y su Expedición Militar a Fernando Poo en 1778*, Madrid, 1948, pág. 115. Cf. Archivo de Simancas. E. leg. 7411 bis, 1.

(2) Cf. Corpo Cronológico da Torre do Tombo, I. Maço 4.º, doc. n.º 14. Lisboa, 27-2-1503.

(3) Cf. DUARTE PACHECO PEREIRA: *Esmeraldo de Situ Orbis (1505-1508)*. Edición crítica, Lisboa, 1905, pág. 149.

(4) GASPAS DE COUTO: *Historia colonial*, Lisboa, pág. 220.

(5) PREVOST: *Histoire General des Voyages*, planche IV, carte 3. La expedición de Gómez Ferreira trata de informarse sobre el fortín portugués: Cf. SILVEIRA, L.: *Descripción de la isla de Fernando Poo en visperas del Tratado de S. Ildefonso*, Madrid, 1959, pág. 5. Gómez Ferreira

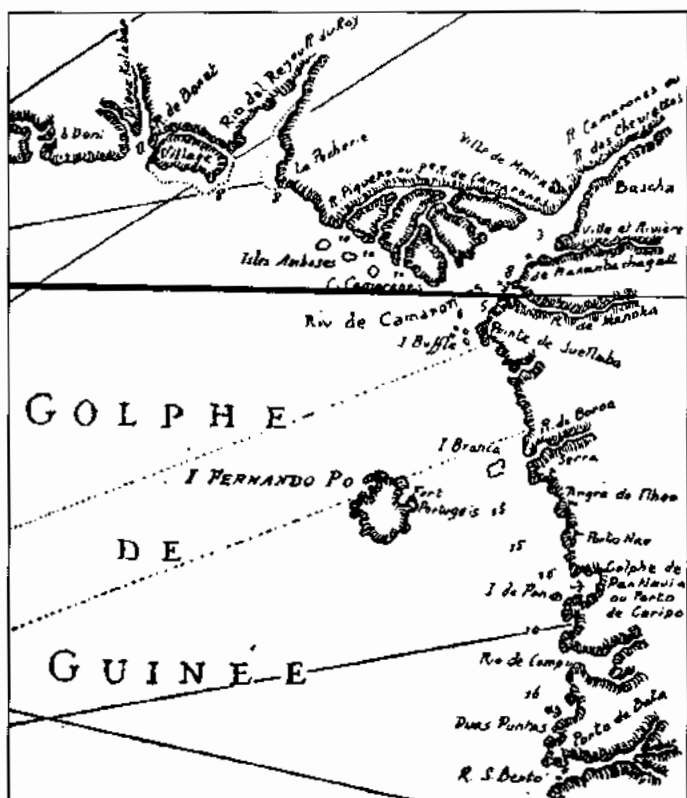


Fig. 7.—La isla de Bioco según el francés Guillaume de l'Isle con el fortín portugués, desconocido por los mismos portugueses (Bouchaud, J. La Côte, lám. IV).

El que nos podía haber dicho algo sobre el descubrimiento de la isla de Bioco y si la isla estaba deshabitada o no, hubiera sido el alemán Valentín Fernández, el cual recogió datos entre los años 1501 y 1506. Pero desgraciadamente fueron arrancados de su informe los folios 210 y 211, los que precisamente hablaban de la isla (6). Únicamente se salvó el mapa (Fig. 8), que nos puede indicar por qué se arrancaron los folios. Sabemos por otros documentos que los «castellanos iban a Guinea y a la isla de Fernando Poo en contra de lo convenido en el tratado de Toledo de 6 de marzo de 1480 (7). Los castellanos eran rivales entonces de los portugueses en el descubrimiento y comercio con Africa. Probablemente antes del tratado ya frecuentaban los castellanos la isla de Bioco, pero como las comuni-

dice: «Les recomendamos en particular examinasen bien si en la dicha isla hallaban una especie de fortaleza en cuya diligencia me aseguraron se cansaron y en ella no hallaron ninguna señal.

(6) Cf. VALENTÍN FERNÁNDEZ, *Description de la Cote Occidental d'Afrique*, 1506, Bissau, 1951.

(7) RAMOS COELHO: *Alguns Documentos do Archivo Nacional da Torre do Tombo*, Lisboa, 1892, pág. 42. Cf. Blake J. W.: *West Africa: Quest for God and Gold, 1454-1528*, Londres, 1977.

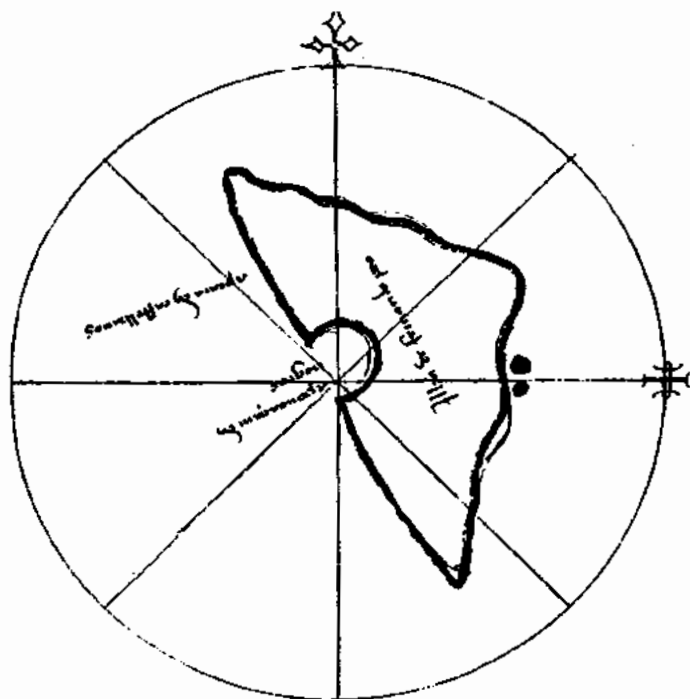


Fig. 8.—El primer mapa de la isla realizado por Valentín Fernández hacia 1506. La bahía de Lubá recibe el nombre de «Praia dos castellanos», debido sin duda a que éstos comerciaban en esta bahía.

caciones eran deficientes, siguieron los barcos castellanos acercándose a la isla. Los castellanos frecuentaban la bahía de Lubá. En ella comerciaban con un poblado cercano. Y de ello quedó el testimonio en el mapa de Valentín Fernández. El único topónimo que se señala en la isla es el de «Praia dos Castellanos», nombre que por primera vez dieron los extranjeros a la bahía de Lubá. Cerca de la bahía se inscribe el nombre de «povoação», es decir: población, palabra que los mapas portugueses solían poner donde una población africana comerciaba con los extraños. El tratado de 1480 puso fin a la rivalidad de castellanos y portugueses en el descubrimiento y comercio de Africa, cediendo Castilla a Africa para los portugueses y quedándose Castilla con Canarias y el Oeste por descubrir, es decir: América.

Y este es el único dato seguro que se posee de la presencia de extranjeros en la isla de Bioco. De un estudio de la documentación portuguesa, de los numerosos informes de Sao Tomé sobre las actividades de los portugueses en el golfo de Biafra se deduce con claridad que la isla nunca fue colonizada, ni hubo en ella plantaciones de azúcar, ni molinos, ni factoría, ni fortín alguno portugués. Duarte Pacheco Pereira confundió la caña que crece en los terrenos que se dejan sin cultivo con la caña de azúcar, pues él sólo vio la isla desde lejos. Sobre la factoría y fortín son documentos posteriores que no tienen fundamentación seria.

Parece que hubo al principio intentos de obtener esclavos (8) y melegueta, intentos que seguramente pronto fueron rechazados por los bubis (9).

La creencia de que la isla estaba deshabitada llega hasta el momento en que se descubre, por los trabajos de la prehistoria, que los bubis la habitan desde hace dos mil años. En 1951, aún se pregunta el investigador portugués Luis Silveira sobre si la isla estaba poblada cuando la vio el marino portugués Fernao do Poo (10). Merced a las excavaciones realizadas en Timbabé, Carboneras y Bolaopí hoy nadie puede negar que los bubis poseían la isla desde mucho antes del siglo XV (11).

Pero en 1827, cuando la fragata *Eden* sale de Inglaterra rumbo a Bioco, sin conocimiento de España, la isla era efectivamente española, debido al confusio-nismo histórico que se había engendrado desde su descubrimiento.

John Adams, marino inglés ex negrero, escribe de lo que él conocía de la isla a principios del siglo pasado: «La isla está poblada por maleantes y esclavos escapados del continente vecino, que se han propuesto pagar cara su libertad, por lo cual toda persona que intente privarles de ella se arrepentirá de su temeridad. Los portugueses y españoles levantaron un fortín en ella, pero fueron obligados a abandonarlo» (12). Las referencias peyorativas de estos años sobre los bubis aluden a su resistencia obstinada contra la esclavitud.

Cunha Matos, cuya primera obra histórica sobre Sao Tomé, Príncipe, Annobón y Fernando Poo sale a la luz en 1810, dice en una edición de 1963: «La isla de Fernando Poo estuvo habitada por portugueses, los cuales tuvieron un pequeño fuerte en la costa oriental, al que Guillermo de la Isla y otros geógrafos dieron el nombre de Fuerte Portugués, el cual fue abandonado en 1630. No se sabe si la isla perteneció a un capitán o señor feudal, mas la existencia del Fuerte prueba haber existido quien la gobernase» (13).

Nadie dudaba, pues, sobre la propiedad de la isla por parte de España. Y este hecho será fundamental en la historia de la recién nacida ciudad de Clarence. Los actos de posesión de los ingleses serán todos ilegales, como lo afirmará varias veces John Beecroft. Inglaterra, al retirarse de la isla, confirmaba su ilegalidad. Los habitantes de la ciudad, los fernandinos, tendrán serios problemas sobre su nacionalidad. ¿Serán súbditos españoles o súbditos ingleses? Hasta 1858 en que se hace efectivo el primer intento de colonización española, soporta en sí misma esta contradicción: ciudad inglesa pero perteneciente a España.

(8) Alvaro de Camiña habla en su testamento de haber obtenido algunos esclavos de Fernando Poo. Cf. Marques, J. M. da Silva: *Descobrimientos Portugueses*, Lisboa, 1971, pp. 335 y 505.

(9) *Ibidem* MARQUES, pág. 335.

(10) V Congreso de la CIAO, Madrid, 1951, pág. 152.

(11) Cf. MARTÍN DEL MOLINO, A.: *Secuencia cultural en el Neolítico de Fernando Poo*, Madrid, 1965; Cf. MARTÍN DEL MOLINO, A.: «Prehistoria de Guinea Ecuatorial», *Africa 2000*, Malabo, 1989, pp. 4-21.

(12) ADAMS, J.: *Remarks on the Country Extending from Palmas to the River Congo*, Londres, 1823, pág. 148.

(13) Cf. CUNHA MATOS: *Compendio Histórico das Possesoes de Portugal na Africa*, Sao Paulo, 1963, pp. 220 y 423.

2. EN BUSCA DE ESCLAVOS

Tanto los ingleses como los franceses se interesaron por la isla ante Portugal ya a mediados del siglo XVII (14). Los ingleses conocían la isla, ya que sus barcos negreros, que frecuentaban las entradas de los ríos de Calabar Viejo, del Rey y Camerún se dirigían después a la isla de Bioco para hacer aguada. En 1770 Portugal organizó una expedición a la isla para conocerla, probablemente ante la insistencia de Inglaterra y Francia que deseaban adquirirla. Gómez Ferreira, jefe de la expedición, nos dice en su informe: «No se tratan aquellos negros [los bubis] con los blancos sin recelo porque los ingleses les han hecho varios desafueros y por eso esta gente teme a los blancos y tienen mucho miedo a las armas, especialmente de fuego». Y añade: «que se atrevían a destrozarse sus embarcaciones y apresarse, por lo cual tomaron la precaución [los ingleses] de hacer subir a bordo algunos negros como rehenes antes de saltar a tierra» (15). La forma que tenían los bubis para conseguir prisioneros la explica Cunha Matos: «Debajo de la apariencia de querer hacer negocio, aproxímanse a las embarcaciones y arponan las personas que se acercan y, haciendo fuerza con el remo en las canoas, se retiran con el infeliz arponado» (16).

Tenemos varias noticias de ingleses apresados por los bubis. La primera noticia nos la da Gómez Ferreira en 1770: «A tres leguas y media de la Punta [Sipopo] se ve otra Punta [de la Unidad Africana] y hace como una ensenada [probablemente Blaybich] en la que hay una pequeña playa de arena y una pequeña población. Y la gente de este sitio no es tranquila, que yendo en lancha a tierra con poca gente la maltratarán como hicieron a unos ingleses que fueron a comprar ñames a aquel sitio para llevarlos a su navío, que estaba haciendo negocio en el río Camarón, y apresaron a dichos ingleses» (17).

Dichos ingleses declaraban: «que todos los negros de aquella isla hablan la misma lengua y que es ignominia grande entre ellos tener más de una mujer y que los quisieron casar en la misma isla, lo que ellos no quisieron hacer, y le daban de dote a cada unos treinta ñames» (18).

Gómez Ferreira los encuentra después en la playa de Aleñá. Aquí descende a tierra, los rescata y los lleva consigo a la isla de Príncipe, de donde partirán para Inglaterra, sin que nos dé más noticias de ellos.

Más tarde, sin que podamos precisar una fecha documentada, otros cinco ingleses quedaron cautivos de los bubis. Un descendiente de estos ingleses pudo ser conocido por el misionero John Clarke en 1845 en el distrito de Bilelipa. «Era un joven de fina apariencia —dice—. Sus modales diferían un poco de los generalmente admitidos entre los nativos. Tenía miedo de mí y se oponía a que yo le interrogara. Había sufrido mucho, reprochado por no ser un verdadero nativo. Le habían acusado de brujería hasta el punto de que tuvo que huir durante algún

(14) Cf. CASTELO BRANCO, F.: «Planearon os franceses apoderarse de Fernando Poo no século XVIII?», *Arquivos do Centro Cultural Português*, París, 1970, pp. 480-82. Cf. CASTILLO BARRIL, M.: «Os franceses e as ilhas do Golfo da Guiné», *Arquivos do Centro Cultural Português*, Vol. III, 1971, pp. 717-19.

(15) SILVEIRA, L.: *Descripción...*, pp. 13-14.

(16) CUNHA MATOS: *Chorografia Histórica das ilhas de S. Tomé, Príncipe, Annobom, Fernando Poo*, 1835, pág. 93.

(17) SILVEIRA, L.: *Descripción...*, pp. 21.

(18) SILVEIRA, L.: *Descripción...*, pág. 23.

tiempo, aunque al fin se llegó a un compromiso con los acusadores. Me dio su nombre: se llamaba Eribo. Su padre se llamaba Risíperi y su abuelo, el que fue apresado, Diko; justamente lo que los nativos harían del nombre Dick o Dicky».

«Del viejo Ekaho de Bakake pude obtener los nombres de los cinco marineros, a los cuales él conoció personalmente: Adei, que proviene probablemente de Adam; Sitapa, de Stephen; Abode, de Bob; Eoso, de Joseph, e Intiveri, de father Willi. Más de lo apuntado no pude averiguar acerca de este asunto» (19).

Con cierta probabilidad se trataba de cinco negreros ingleses. Antes de que el Parlamento inglés suprimiera el tráfico de esclavos, los ingleses monopolizaban este negocio en el golfo de Biafra, y son ellos, como decía Cunha Matos en 1810, los que cometían desafueros en la isla.

Probablemente a los ingleses habrá que atribuir también la alianza que hicieron unos negreros con el que había de ser después el famoso King Aqua de Duala para secuestrar bubis de la isla como esclavos. Es el único caso que nosotros conocamos de sacar esclavos de la isla. Para ello tuvieron que servirse de la lucha y el secuestro mediante un rey negro del Camerún.

El misionero John Clarke, cuando embarcó para Jamaica en 1842, pudo hablar con un tal Balbany, quien se había dedicado en esta zona a tan indigno tráfico y que ahora parecía arrepentido. «Recordaba los tiempos de 1804 cuando la gente de Camerún iba regularmente a guerrear con los nativos de Fernando Po para tomar de ellos esclavos. King Aqua se dedicó a esto antes de ser rey. Los bubis se volvieron muy recelosos de cualquiera que fuera a visitarlos y en la caleta de Clarence destruyeron una banda de botes sospechosos de acercarse a realizar secuestros. Afirmaba que fueron conducidos al Camerún 120 esclavos bubis y que él conocía algunos que aún estaban en Camerún» (20).

En este ambiente de comercio de esclavos ha de situarse la fracasada expedición española de 1778 y la reacción que suscitó en los negreros ingleses. La expedición de Argejeos no sólo tenía por finalidad el tomar posesión de la isla para hacer efectivo el tratado de cesión (21), sino además fundar en ella un establecimiento que fuera un centro de esclavos para todo el golfo de Biafra, aunque nunca se nombra a la isla como un lugar donde obtenerlos (22).

El ilustrado y absolutista rey Carlos III, ante el incumplimiento de Inglaterra de los compromisos adquiridos en los asentamientos y habiendo declarado la guerra a Inglaterra para doblegar su poder marítimo, juzgó necesario que España se dedicase también al indigno tráfico de esclavos. Para ello tuvo que suprimir la fuerza opositora misionera que ya en el siglo XVII había protestado enérgicamente de la trata (23), cambiando los misioneros por capellanes adictos a su absolutismo. A ello se debe, sin duda, que en la expedición de Argejeos no fueran

(19) Diario de John Clarke, 4-3-1845, IV, pág. 165.

(20) Diario de John Clarke, 8-2-1842, II, pág. 659. Sin embargo, Holman coloca estos secuestros hacia 1820, para atribuirlos a un barco español (pág. 426), pues en 1804 aún no se desarrollaba el tráfico de esclavos por españoles. En Clarence se respiraba entonces una clara animosidad contra España, por ser ésta la legítima poseedora de la isla.

(21) Toma posesión el 24 de octubre de 1778 en la playa de Lubá. Cf. *Cencilio de Pineda*; pág. 130.

(22) Cf. VARELA ULLOA: *Descripción de la isla de Fernando Poo*, Archivo de Simancas, E. Leg. 7411.

(23) Cf. TERZORIO, CLEMENTE DE: *Missioni dei Minori Capuccini*, vol. X, pp. 340-550. Cf. ANGUIANO, M.: *Misiones Capuchinas en Africa*, Madrid, 1950, vol. I, pp. 120-52

misioneros —lo habitual en las expediciones a nuevos países—, sino exclusivamente capellanes.

El lugar elegido para dicho establecimiento fue la bahía de Riabba, donde tomaron tierra el 7 de diciembre de 1779. Aquí permanecieron hasta el 31 de octubre de 1780. Los españoles, durante esta permanencia de casi un año, no tuvieron contacto con los bubis, pues de Sao Tomé vinieron casi todos enfermos y descendieron a tierra para ir al barracón hospital. Ante este panorama, el sargento Jerónimo Martín inicia la rebelión, que obligará a los expedicionarios a salir de aquel lugar de muerte. Al final de la expedición, de 547 habían muerto 370 (24).

El establecimiento español de Riabba originó gran preocupación en los negros ingleses, sobre todo en los establecidos en Cabo Costa, actual Ghana, que de ese modo sentían amenazado su comercio de esclavos. La noche del 23 al 24 de septiembre de 1781, estando dentro del puerto de Sao Tomé, los navíos españoles fueron atacados por tres fragatas inglesas. Según dice González Ramos, de los ingleses murieron 35 y de los españoles sólo hubo unos cuantos heridos (25).

No sabemos si el capitán Lawson participó con el capitán Ragan en dicho ataque a los españoles. Lo cierto es que en julio del siguiente año, 1782, se dirigió a la isla de Bioco con una fragata de 30 cañones y una corbeta de 14 para indagar sobre el establecimiento español. No encontró a nadie; solamente unos esclavos que el gobernador de Sao Tomé había puesto a disposición de los españoles. Aquellos le mostraron el barracón ya desmontado y los cañones enterrados en la arena, que él atribuye a los bubis, pero que con mayor probabilidad, dado que los bubis no suelen tocar lo ajeno, debe atribuirse a los mismos españoles. La relación de Lawson termina diciendo: «que los nativos desean el que los ingleses se establezcan entre ellos y que aportarían toda su ayuda para erigir un establecimiento», lo que está en contradicción con el ambiente que entonces había en la isla contra los extranjeros, sobre todo ingleses, y contra el carácter mismo de los bubis que difícilmente prestan su trabajo para que otros se engrandezcan en su propia isla.

Al final hace un elogio de la isla como lugar adecuado para el comercio, siguiendo las recomendaciones ya manifestadas por otros, especialmente por Mr. Leeward (26).

El interés de los ingleses, en el siglo XVIII, por la isla de Bioco, como posible centro del comercio de esclavos, pudo cambiarse en el siglo XIX por un fin más noble: el comerciar con los bubis el ñame y el aceite.

(24) Cf. CENCILIO DE PINEDA: *El brigadier Conde Argelejos...*, pp. 140 y ss. Las informaciones inglesas de esta época hablan de varios años de estancia de los españoles en el establecimiento de Riabba y de la lucha de los bubis contra los españoles, lo que obligó finalmente a su abandono. La verdad es que antes de fundar el establecimiento, Guillermo Carbonell, desde marzo a septiembre de 1779, hizo el reconocimiento de la isla y pactó con los bubis de Riabba para la fundación. Lo que sí es cierto es que el establecimiento provocó la guerra de los bubis del Norte contra los bubis del Sur. Cf. JOSÉ DE GRANDALLANA: *Reconocimiento de Fernando Poo*, Simancas, E, Leg. 7411 bis.

(25) GONZÁLEZ DE RAMOS: *Relación de la Expedición a Fernando Poo*, cit. en MARTÍNEZ SANZ, *Breves Apuntes...*, pág. 85.

(26) Extracto del Libro de Informes conservado en Cape Costa Castle, 30-1-1783, cit. en HOLMAN, *Travels I...*, pág. 241.

3. LOS COMERCIANTES DEL ACEITE DE PALMA

Inglaterra, que había ostentado la primacía en la trata de esclavos, se convirtió después en la nación abanderada en la lucha contra la esclavitud. Esta lucha no nació de nuevos intereses comerciales, sino que surgió primariamente de los nuevos movimientos cristianos, como el movimiento Wesleyano metodista, el movimiento misionero baptista, y los movimientos filantrópicos y científicos sobre Africa, al final del siglo XVIII. La conciencia inglesa es impulsada a esta lucha cristiana precisamente al reconocer su culpabilidad en el indigno tráfico.

Justamente nace algún tiempo después una nueva vía comercial para Africa, demandada por la naciente revolución industrial: el comercio del aceite de palma, necesario para el funcionamiento de las máquinas y para la industria de jabones. El comercio del aceite de palma apoyará en gran medida la lucha contra la esclavitud y determinará que sea la isla de Bioco, por su situación estratégica en la zona de las dos bahías: la de Benín y la de Biafra, el lugar escogido para un establecimiento permanente que lo proteja y desarrolle. La palmera de aceite se da preferentemente en el golfo de Biafra, lo que hizo que esta zona se convirtiera en la zona de mayor interés para Inglaterra, superando a Sierra Leona y a Costa de Oro, la actual Ghana.

En el golfo de Biafra se practicaba también el mayor comercio de esclavos, lo que impedía el progreso del nuevo comercio del aceite, pues los reyes negros, situados en la cabecera de los ríos de Bonny, Calabar Nuevo, Calabar Viejo, Del Rey, Bimbia y Camerún, adquirían mayores y más fáciles ganancias con la trata que organizando trabajadores que extrajeran y ofrecieran el aceite. Decapitando el tráfico de esclavos, se promovía en último término la revolución industrial inglesa. De ahí la importancia que tuvo para Inglaterra la fundación de la ciudad de Clarence (27).

Los comerciantes del aceite en dichos ríos vieron muy pronto que el hermoso y amplio puerto de Lubá en la isla de Bioco reunía las mejores condiciones para sus barcos. Preferían anclar en la bahía de Lubá y mandar pequeñas embarcaciones a los ríos del continente vecino que esperar días y días en las barreras de estos ríos en las interminables negociaciones con los reyes negros que ocasionaba el comercio. Los comerciantes no solían bajar a tierra para comprar; únicamente negociaban el contrato con el rey negro que hacía después llegar el producto a los barcos. De este modo se libraban también de la enfermedad de la malaria, que se creía provenía de los miasmas que exhalaban las aguas pútridas de los ríos del aceite que terminaban en el mar entre manglares. Por eso, la bahía de Lubá, de agua limpia y de temperatura agradable por las brisas procedentes del Suroeste, dio pronto a la isla la fama de ser el lugar más sano del Africa Occidental.

No sabemos cuándo comenzaron a frecuentar Lubá los comerciantes del aceite, pero sí podemos decir que ellos fueron los pioneros en un legítimo comercio en la isla y unas relaciones humanas con los bubis. Ellos fueron los primeros en llamar a los isleños bubis, con el significado de tímidos, palabra ésta que más tarde se haría derivar de *boobe*, con el significado de hombre, en el Norte (28). Los que antes tenían fama de crueles son desde ahora los hombres más pacíficos del mundo. Y es que los bubis necesitaban del comercio y lo deseaban.

(27) Cf. GLOUGH, R. G.: *Oil Rivers Trader*, Londres, 1972

(28) Cf. Royal Gazette and Sierra Leone Advertiser, Freetown, 1819.

Los comerciantes iniciaron este negocio en Africa hacia 1801 con 96 galones de aceite, que en 1813 subiría a 781 y en 1820 se transformaba en 872 toneladas, en ascensión imparable hasta las 5.000 toneladas en vísperas de la fundación de Clarence (29). Estos comerciantes comenzarían a frecuentar Lubá hacia 1810. Como sucede con todos los comerciantes, no dieron muchas noticias de su comercio y sus gestiones para evitar la competencia.

De ellos dice Lander: «que los barcos de Liverpool hacían escala en Lubá para procurarse algún cargamento de aceite de palma y para restablecer la salud de la dotación atacada de las fiebres que tan fácilmente les invaden en los ríos que bordean la costa de Africa. Como los insulares habitan a cierta distancia hacia el interior, todo barco de gran calado anunciaba su llegada con un disparo de cañón, lo que atraía a los naturales a la playa con provisiones de ñames, volatería y otros géneros para la venta. A cambio pedían de preferencia piezas de hierro, cuchillos y clavos. En efecto, le dan tanta importancia a este metal que un trozo de hierro de seis pulgadas era el precio de un par de gallinas o cuatro ñames (30).

Para realizar sus transacciones, siguiendo el estilo como se verificaba en los ríos del aceite de Nigeria, se entendieron con el jefe principal de los Baloketo del Oeste, cuyo poblado estaba a cuatro kilómetros de la playa, a quien dieron el nombre de King George y a la bahía de Osemba, el nombre de George's Bay, en recuerdo del rey de Inglaterra Jorge IV (31).

Los comerciantes debieron utilizar la isla de Los Loros como un puesto semipermanente. En ella quedaron como testigos unos cocoteros, los únicos en la isla hasta la fundación de Clarence (32).

Entre estos comerciantes destacará G. A. Robertson por su importancia en ser el primero en designar la isla como el lugar más apropiado para un establecimiento británico.

La cuestión de las dificultades del Africa del Oeste se debatió ampliamente en el Parlamento británico en los años 1816 y 1817, lo que obligó a formar un comité especial para los asuntos de Africa. La controversia giraba sobre la oportunidad de mantener a Freetown, dada la insalubridad y su posición extrema en el Oeste. G. A. Robertson, comerciante de Liverpool, propone al Comité en 1819 que la capital de la actividad inglesa debe trasladarse más al Este, en la zona de las dos bahías y en concreto en la isla de Bioco. «Fernando Poo —declaraba— está en frente de la entrada a los ríos que permitirían llegar al corazón de Africa para el comercio y la promoción del desarrollo humanitario» (33).

El entusiasmo de G. A. Robertson por la isla de Bioco llegó a tal punto que en unión con su socio comercial, Hunter, llegó a solicitar del gobierno británico la protección oficial para fundar por su cuenta un establecimiento en la isla. Hacían ver al gobierno el valor de dicha isla para una base naval que actuara desde ella en la represión de la trata y pedían que los gastos de compra del terreno se hiciera por parte del gobierno. El esquema presentado por Robertson y Hunter

(29) DIKE, K. O.: *Trade and...*, pp. 17, 49-54.

(30) LANDER, R. AND J.: *Journal of an Expedition into explore the Course and Termination of the Niger*, Londres, 1832, pág. 142.

(31) *Ibidem*

(32) Diario de John Clarke, 15-12-1844, IV, pág. 104.

(33) ROBERTSON, G. A.: *Notes on Africa with Hints for the Melioration of the Whole Africa Population*, Londres, 1819, pp. 132-145.

fue recomendado por el almirantazgo y por la cámara de comercio colonial. El ministerio de colonias trasladó la cuestión a tesorería.

Sin embargo, no pudo llevarse adelante el proyecto, porque Robertson, por su propia iniciativa y sin esperar la respuesta, se decidió a colonizar la isla en 1819 con un grupo de negros inmigrantes, que a la altura de Sierra Leona fueron interrogados por oficiales de la armada británica y no pudieron responder sobre su exacto destino, lo cual levantó sospechas y Robertson fue obligado a retornar a Inglaterra (34).

Fracasada la expedición de Robertson, una nueva consideración venía añadirse a la importancia de la isla para el futuro comercio de Inglaterra. En 1821 James Mac Queen, encargado de una plantación de exesclavos en el Caribe, publicaba un libro sobre su visión geográfica y comercial del Africa del Oeste. Mac Queen consideraba a los ríos del aceite como bocas del famoso Níger, que todavía se suponía desembocaba en el lago Tchad. Mac Queen se dirigió al almirantazgo con la sugestión de explorar el interior de estos ríos. A través de estos ríos podía extenderse el comercio hasta el corazón de Africa. Por ello proponía un plan para la penetración en Africa. Sierra Leona debía ser descartada. Su interior estepario era un mal centro para asentar a los esclavos liberados. La mayoría de los esclavos procedían de las dos bahías de Benín y de Biafra. La base preferible para penetrar en el interior se hallaba en Fernando Poo, como punto de partida para fundar otra base, allí donde el Níger se uniría con los ríos del aceite (35).

En 1825 los comerciantes elevaban un memorándum al gobierno: «La extrema insalubridad de la costa africana es un hecho desgraciadamente bien establecido».

«La reciente muerte del gobernador de Sierra Leona y la designación de un sucesor para sustituirle cuanto antes, debería ser considerado por el gobierno de su Majestad como señal para cambiar a otro sistema que no entrañe tantas pérdidas de vidas humanas y tan grandes gastos del dinero público. No cabe duda que el clima de esta parte de Africa es muy destructivo para la constitución europea»

«La isla de Fernando Poo ha sido señalada con frecuencia como el lugar más apto, tanto desde el punto de vista del clima como de sus ventajas para la fundación de un establecimiento en conexión óptima con el vecino continente. No hay duda que para la salud de nuestros comerciantes y para la prosperidad de su comercio se seguirían beneficios considerables trasladando los establecimientos de Sierra Leona y de Costa de Oro a dicha isla».

«Respecto al otro objetivo que es la represión de la trata no hay ningún lugar tan ventajosamente situado con capacidad para el bloqueo de las bocas del Níger en las que tan odioso tráfico se muestra en mayor actividad».

«La isla nos proporcionaría además los medios para introducir en el interior de Africa el gusto por el comercio legítimo».

«Los barcos de guerra que ahora se ven obligados a ir a la Ascensión para su refresco y para el recobro de la salud de sus enfermos podían tener su base en el Noreste de la isla y más tarde alojar aquí algunos de los africanos liberados,

(34) Cf. HUTTON, W. H.: *Voyage to Africa*, 1821.

(35) Cf. MAC QUEEN, J.: *A Geographical and Commercial View of Northern Central Africa*, Edinburg, 1821, pp. 161-207.

a los que se les podía asignar el desbosque gradual de la isla para formar el establecimiento deseado» (36).

Pocas ciudades han sido fundadas con unos fines tan claros y tan nobles como la ciudad de Malabo.

4. LAS EXPEDICIONES DEL CAPITAN KELLY Y DEL COMODORO BULLEN

La otra fuerza que impulsaría al gobierno británico a trasladar la capitalidad de su acción en Africa de Sierra Leona a la isla de Bioco fue la Armada Real cuyos barcos operaban en todas las costas de Africa Occidental para la represión de la trata.

Comenzó esta Armada en 1809, después que el Parlamento aboliese la esclavitud en 1807. Los primeros diez años fueron desalentadores a causa de las dificultades de coordinación en un espacio tan amplio. El comodoro Sir George Collier fundó en noviembre de 1819 lo que se llamó la «Escuadra del Africa Occidental», cuya principal actuación se enfocó hacia el golfo de Biafra, punto clave en el tráfico de esclavos. Esto hizo que los barcos de guerra comenzasen a frecuentar la isla de Bioco como el mejor lugar para proveerse de agua y alimentos frescos.

Ya en 1811, William Dawis había indicado que la zona de máxima actividad de los barcos negreros era el golfo de Biafra, pero no insinuaba establecerse en Bioco, sino en Príncipe (37).

George Collier se atuvo al informe del teniente Hagan, que visitó Bioco en el *Prince Regent* en 1816 y prefirió a esta isla como base principal de operaciones. A ella dirigió su atención enviando al capitán Marwood Kelly especialmente para cartografiar la bahía de Lubá, que había adquirido fama como un buen lugar de anclaje para los barcos de guerra. El mismo Collier la había visitado en 1821.

El capitán Kelly llegó a la isla a mediados de 1821 en la corbeta *Pheasant* (38). De su informe nos interesa principalmente lo que se relaciona con los bubis que habitaban en esta zona de la bahía.

De ellos dice que constituyen una raza peculiar, diferente en sus maneras, lengua y rasgos característicos no sólo de los otros isleños, sino también de los negros del vecino continente.

En la parte baja se extiende la región del bosque y en las laderas de las montañas, hasta un tercio de su altura, aparece generalmente todo cultivado. En las cimas de las colinas están los poblados y aldeas de los nativos. Las casas son obra de mimbre; todas aproximadamente de la misma forma y el mismo plano. Están construidas como en un patio o espacio abierto, rodeado de una cerca, dentro del cual se encierra también el ganado por la noche.

Los medios de subsistencia son abundantes, de tal modo que el precio de una

(36) Los comerciantes a R. W. Hay, 9 de mayo de 1826, Colonial Office 325/37. Publicado en Newbury, *British Policy towards West Africa Documents*, vol. 1, Oxford, pp. 1965, pp. 498-50.

(37) Cf. CURTIN, P. D.: *The Image of Africa*, Madison, 1965, pág. 176.

(38) Cf. Informe en Purdy's Memoir. Cf. KELLY, Capt., «Fernando Po!» *Quarterly Review*; Londres, octubre 1821

oveja o una cabra no sobrepasa el de un cuchillo. Con una pieza de hierro de un par de pulgadas pueden comprarse dos o tres de sus hermosas gallinas.

El color de la piel evidentemente es el negro, pero se ven tan cubiertos de un barro de color rojo y aceite de palma y sus caras tan embadurnadas de un ocre finamente pulverizado que les da una apariencia de mulatos. La marca de distinción observada entre ellos es la de un sombrero con plumas, llevado por una persona que parece designarle como jefe o superior. En los hombres se ve también un sombrero de paja con un par de cuernos de carnero en su frontis y en las mujeres casadas una franja de una especie de junco, como de nueve pulgadas, alrededor de los lomos.

El uso de licores intoxicadores, así como de tabaco, parece ser totalmente desconocido. El jugo del árbol de la palmera, el agua de los más puros arroyuelos, los productos vegetales de la isla, los animales domésticos, ovejas, cabras y gallinas les proporcionan subsistencia superabundante. El principal artículo de su comida es el ñame del más fino sabor que se haya atestiguado en cualquier otra parte. La gente se manifiesta de buen humor y sin muestras de ofender a nadie.

Las brisas de tierra y de mar dan al ambiente una frescura del todo desconocida en la costa adyacente. Y como prueba de bondad del clima puede observarse que allí no aparecen ninguna de esas enfermedades repugnantes como la elefantiasis, escrófula, gusano de Guinea, hidrocele y otras, a las que están sujetos los negros con los que uno se cruza en las costas de Africa.

Los descendientes de aquellos que fueron conducidos por los conquistadores a Fernando Poo tienen todavía libre posesión de la isla. Su derecho de soberanía es incuestionable y por lo tanto fácilmente se puede esperar el recibir de ellos un título de propiedad sobre alguna porción de ella y erigir un fuerte y factoría que probará ser el mejor medio para erradicar el infame tráfico que aún continúa deshonrando a los que lo hacen y no menos a aquellos por los que se continúa y se protege (39).

El relato de Kelly fue decisivo para que el jefe de la Escuadra del Africa Occidental en la represión de la trata, Sir George Collier, iniciara gestiones ante el gobierno con el fin de establecer un puesto británico en la isla de Bioco. Con otros datos aportados por los oficiales de los barcos de guerra se elaboró el «Informe Collier», que fue presentado al Parlamento (40). Al mismo tiempo comenzó la propaganda en revistas y en periódicos en contra de Sierra Leona y a favor de la isla de Bioco (41).

El «Informe Collier» proponía la ocupación de Fernando Poo o la pequeña isla de Los Loros o bien simplemente un establecimiento en una de estas islas con un depósito para provisión de los cruceros de su Majestad que habrían de vigilar y apresar los barcos de la trata en las bahías de Benín y de Biafra.

(39) Cf. JACKSON, R. M.: *Journal of a Voyage to Bonny River*, Londres, 1826, pp. 103-106. La descripción de la bahía de Lubá a la que compara con la bahía de Nápoles aparece en castellano primeramente en Navarro, pág. 76; la reproduce Unzueta, pág. 128, el cual confundió la bahía de Lubá con la bahía de Malabo, seguramente por el nombre inglés de North West Bay que aplicaron a aquella bahía.

(40) Parliamentary Papers (Irish University Press) *Slave Trade* 64, Sessions 1821-22, Navy Communications to the Admiralty 1822(223), vol. XXVII, n.º 17. Extract of a Report from Commodore Sir George R. Collier on the coast of Africa, December 27, 1821. Cf. Fernando Po, state of the Slave Trade, *Quarterly Review*, 51, Londres, octubre 1821, pp. 51-82.

(41) JACKSON, R. M.: *Journal of...*, pp. 103-106.

La isla de Los Loros —se dice— sirve de guía para el anclaje en la bahía de Lubá. La ocupación de esta isla sería sin ningún problema. Sin embargo, establecerse en la costa supondría enfrentarse con la reacción de los nativos. Estos mostraban ansiedad por el comercio y muchos del interior venían, para ofrecer sus productos en la playa; pero otros, que parecían los vigilantes de la costa, cuando los ingleses se mantenían en la playa para comerciar, se acercaban armados de jabalinas para echarlos, como si fueran intrusos que hubiesen violado su territorio.

Entre ellos los jefes parecen poseer un gran poder. En una ocasión en que los ingleses habían trazado una línea en la arena como límite del espacio en que querían actuar para comerciar, al notar que algunos bubis la traspasaban, inmediatamente fueron éstos empujados para retroceder por quienes ostentaban en su frente y en su sombrero las señales de la autoridad. La población de los alrededores de la bahía se estimaba, por otro lado, en unas 2.000 personas.

La oposición de Sierra Leona a la propuesta de Collier no se hizo esperar (42). En 1822 proclamaba el periódico *La Gaceta*: «Los individuos que prematuramente han recomendado esta medida de abrir una nueva base naval en Fernando Poo están evidentemente desinformados sobre los recursos y la creciente prosperidad de Sierra Leona. Son ignorantes de la naturaleza, extensión y capacidad del suelo de dicha isla, así como de su población, lengua, costumbres y supersticiones de los nativos. Es impensable para cualquier conocedor de Africa Tropical que en tales circunstancias se recomiende enviar allí a los africanos liberados de esas prisiones flotantes que merodean por las bahías de Benín y de Biafra (43).

Mientras tanto los barcos de guerra para la represión de la trata seguían frecuentando las playas de la isla de Bioco. En 1824 el comodoro Charles Bullen sucede interinamente a Sir George Collier como jefe de la escuadra (44). El comodoro Bullen había visitado en otras ocasiones la isla. Para él sería mejor fundar el establecimiento en alguna bahía del Norte desde la cual podrían vigilarse los movimientos de los barcos negreros que cruzaban el mar desde Bonny hasta Camerún. El informe de Bullen, juntamente con el de Vidal-Boteler, determinará a Owen el fundar Clarence en el emplazamiento actual.

Bullen exploró cuidadosamente la bahía de Maidstone o bahía de Venus, que comprendía desde Punta Europa hasta la Punta de la Unidad Africana (Punta Fernanda). Dice de ella que es de fácil acceso, saludable y bien aireada con brisas del Oeste que se levantan en todo tiempo de día y de noche. Puede anclarse en cualquier parte de la bahía, que abunda en pescados y tortugas y a la que van a dar muchos arroyos de agua fresca. Hay en esta bahía dos muy finas calas, donde los barcos pueden situarse y repararse en un agua tranquila, como la de un estanque. Si se mantiene la vigilancia desde uno de los lugares de esta bahía, apenas podrá escaparse un barco que llegue a los ríos Bonny, Calabar, Bimbía o Camerún, sin que se dé la señal a tiempo para interceptarlo (45).

Las proposiciones del comodoro Bullen, cuyos oficiales en 1825 capturaron 17 barcos y liberaron 3.589 esclavos, eran tajantes: abandonar Sierra Leona, trasladar

(42) C. O. 82/1 Extract from Royal Gazette and Sierra Leone Advertiser, Freetown, August 17, 1822. Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos: Labor and Community in Santa Isabel de Fernando Poo 1827-1931* (Tesis de doctorado), Northwestern University, Evanston, 1972, pág. 26.

(43) Ibidem

(44) Cf. BURROWS, E. H., pág. 167.

(45) BUXTON, T. F.: *The african slave and its Remedy*, Londres, 1839, pág. 350

la base naval a un lugar cercano a las bahías de Benín y Biafra y, siendo sus costas insanas, ningún lugar mejor que la isla de Bioco, donde en la bahía de Maidstone podían alojarse los negros liberados. Es pernicioso —añadía— para estos negros tener que recorrer 2.000 millas desde Biafra a Sierra Leona, agrupados y sin condiciones sanitarias en los barcos, lo que hace que perezca hasta un veinte por ciento (46).

Después de los planos cartográficos de la bahía de Lubá, levantados por el capitán Kelly, la isla contaba con los planos sobre la bahía de Venus o Maidstone del comodoro Bullen para fijar el establecimiento de Clarence.

5. LA EXPEDICION DE VIDAL Y BOTELER

Al margen de la problemática de estos años sobre la fundación de Clarence se realizó la expedición Vidal-Boteler. El jefe de la expedición es el mismo capitán Owen, pero éste delegó al capitán Vidal la hidrografía del golfo de Biafra, mientras él se dirigió a Cabo Costa. La expedición formaba parte de otra mucho más amplia en los barcos *Leven* y *Barracouta* con el fin específico de realizar el mapa hidrográfico de todas las costas africanas (47). Del Africa Oriental pasó la expedición al Africa Occidental. Vidal realizó dos expediciones a la isla. La primera el 10 de marzo de 1826 y se debió al hecho de quedarse sin provisiones en Camerún, a causa de la hostilidad con que fueron recibidos por los jefes negros de Duala, dedicados, como todos los demás jefes del golfo de Biafra, a la venta de esclavos.

El contraste entre el recibimiento del Camerún y el que tuvieron en Bioco, donde se odiaba la esclavitud, contribuyó en gran medida a que Owen enviara un informe al gobierno, pidiendo un establecimiento en la isla (48).

La segunda expedición tuvo lugar del 20 al 30 de abril del mismo año 1826. Se debió al deseo del capitán Owen de no querer zarpar para Sierra Leona sin llevar al menos un esquema de la ubicación exacta de la isla. El capitán Owen dedicó un capítulo en su obra *Narrative of Voyages to explore the shores of Africa* a la isla de Bioco; pero el cronista con más éxito de estos viajes fue el capitán Boteler, a quien seguimos en estas páginas.

Es conocida la frase de Thomas Boteler: «Ningún otro navegante o viajero ha tenido ocasión como nosotros —había recorrido en su trabajo hidrográfico todas las costas de Africa— de relacionarse con tantos pueblos y tribus de Africa en estos últimos cuatro años. Pues bien; no hemos encontrado ningún pueblo tan originario en su apariencia y tan singular en sus costumbres como el nativo de Fernando Poo» (49).

Esta singularidad del pueblo bubí, que lo hace diferente de todos los demás pueblos africanos y que manifiestan también los primeros que llegaron a la isla, confirma lo que nos dice la prehistoria: que los bubis se mantuvieron en su hermosa isla en los últimos dos mil años al margen de las corrientes culturales

(46) Cf. BURROWS, E. H., pág. 181

(47) Cf. Boteler, T.: *Narrative of a Voyage of Discovery to Africa and Arabia...: from 1821-26*, Londres, 1835. Cf. OWEN, W. F.: *Narrative of Voyages to Explore the Shores of Africa, Arabia and Madagascar*, Londres, 1833

(48) Cf. BURROWS, E. H., pág. 165.

(49) Cf. Boteler, T.: *Narrative of...*, II, pág. 423.

del continente africano (50). Por eso su lengua es anterior a todas las demás lenguas bantu actualmente habladas y merecería ser conservada y protegida.

A Boteler le llamaron poderosamente la atención los pescadores bubis; de ellos pintó un cuadro a colores en una visita posterior a la isla y que se conserva en el Museo Marítimo de Greenwich. Boteler se topó con algunos pescadores arrojando sus cayucos en la arena del actual puerto de Malabo (Fig. 9).

Los cayucos —dice— son alargados y finos con la proa de forma redonda y una popa prominente y aguda. Están adornados con un revestimiento de tejido de cestería. Lo más llamativo es la caña clavada en la proa, que se eleva hasta cuatro metros de altura. Termina en un penacho de fibras y ondea graciosamente hacia adelante y hacia atrás al vaivén del cayuco sobre las olas. Usan también de velas hechas de un tejido de mimbres como esteras, con dos listones, uno arriba y otro abajo, éste último sujetado siempre por un hombre, dispuesto a maniobrar cuando fuere necesario. Cada cayuco lleva además, atadas a él, un manojo de jabalinas con las puntas proyectándose hacia la proa.

Los pescadores cubren sus cabezas con un sombrero-bonete, sujeto al cabello con un pasador, y rematado en vistoso penacho de plumas.

No fue nada fácil ganarse la simpatía de los bubis. «Anclamos en la bahía de Maidstone por la tarde —narra Boteler— y poco después despachamos a Mr. Rogier para que fuera a tierra, a una zona a donde veíamos algunos nativos reunidos, con el fin de lograr un entendimiento amistoso con ellos y obtener el agua que tanto necesitábamos. Al ver que nos acercábamos en el bote, todos escaparon y tuvimos que esperar cerca de una hora y media haciendo señales de amistad, hasta que se aproximaron algunos, a quienes ofrecimos una botella de ron y unas pocas chucherías como regalo. Lo aceptaron con cara de codicia y, complacidos, nos indicaron un arroyo de agua fresca. Enviamos a varios oficiales y marinos para embarcar el agua, pero tuvieron que sufrir un cacheo previo: tanto hombres como mujeres, asiendo de ellos, los desnudaron y examinaron sus cuerpos y vestidos con gran ofensa para la decencia. Así tuvieron que subir a los botes los galones de agua» (51).

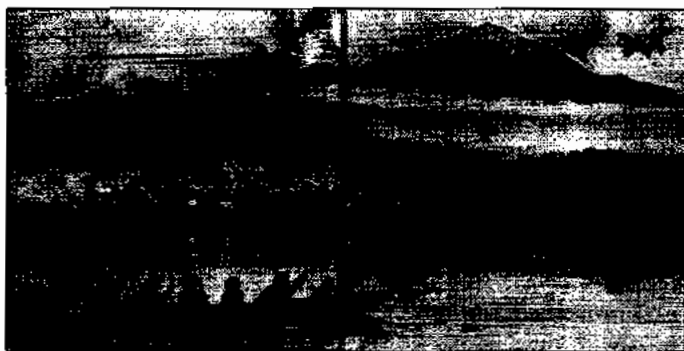


Fig. 9.—Cuadro de la isla de Bioco, en el original a colores, probablemente de Boteler, con pescadores bubis en un primer plano (Burrows, E. H., págs. 186-87).

(50) Cf. Martín del Molino, A.: «Prehistoria de Guinea Ecuatorial», *Africa 2000*, Madrid, 1989, pp. 4-21

(51) Cf. Boteler, T.: *Narrative of...*, II, pág. 427

«Durante el tiempo que estuvimos haciendo aguada en la primera visita logramos cierta amistad, pero no tanta que se aventuraran a subir a bordo de nuestro barco. Distribuimos varias piezas de hierro entre los jefes que más se habían distinguido en procurar la amistad y habían reprendido a aquel sector que había pretendido a veces perturbarla» (52).

«En la segunda visita nos saludaron ya como gente que conocían. Se aventuraron a salir en sus cayucos y subir a bordo de nuestro barco, vendiendo no sólo ñames, como en la primera visita, sino además cabras y gallinas a cambio de nuestras piezas de hierro, pero sólo durante el tiempo en que nuestros botes estaban en la playa. Al final no necesitaban tener nuestros botes como rehenes; por sí mismos se acercaban y vendían sus productos. Entre ellos, animales curiosos como uno del género *lacerta* [el varano] y otro que parecía tejón en la forma y el color, pero que difería en las garras [la ginetá], y pieles de monos, especialmente uno de tamaño grande, negro y de cola larga».

«Traían cestos con siete u ocho ñames en cada uno, los cuales cambiaban por una pieza de hierro de dos pulgadas y media. Sus ñames son los mejores del mundo, semejantes en su sabor a la patata. Para ello dividíamos una barra de hierro, que nos había costado un chelín, en 30 piezas, y por cada pieza obteníamos los ocho ñames o cuatro gallinas».

«Para normalizar el cambio, pues eran muchos los que se presentaban, se puso a su disposición un bote, donde arrojaban los ñames y después, en su lugar, se depositaba el hierro, según el trueque que se había convenido. A veces no bajaban de cuatrocientos los nativos que se acercaban en fila cargados con sus ñames, todo en el mayor orden, ofreciendo una estampa digna del recuerdo en nuestros muchos viajes».

«Al despedirnos, el jefe principal, contento como estaba por los regalos y atenciones que había recibido, decidió devolvernos la visita y, después de apalabrarse con sus paisanos, subió al bote que habíamos enviado para él. Pero sus paisanos comenzaron a gritar [temerosos de un secuestro] y, a mitad del camino, el jefe se arrojó al mar y pudo librarse de un ahogamiento seguro merced a un marino que lo arrastró hasta la playa y a la ayuda de varios jóvenes nativos que se echaron al agua. Este gesto reafirmó nuestra amistad con los bubis y la buena disposición de este pueblo (53).

En estos quince días Boteler pudo conocer también algo de su organización social. De ellos asevera que «están bien organizados social y militarmente». Y aduce tres ejemplos:

«En primer lugar, es castigado el robo con notoria severidad. Sienten entre ellos tal aversión al robo que no se daría crédito a ello aun en el estado más avanzado de civilización. Varios de los que nos visitaron estaban mutilados de una o ambas manos por motivos de robo».

«En segundo lugar, prestan suma obediencia al jefe principal. Siendo tan ansiosos del comercio, ninguno se aproxima a los botes para intercambiar sus productos sin antes obtener su permiso y sólo con el artículo que le ha sido permitido, mirando así a que no les falte después lo necesario para su vida».

«En tercer lugar, sucedió que para no perturbar la buena inteligencia que los jefes querían mantener con nosotros, éstos obligaron a sus subordinados que

(52) Cf. Boteler, T.: *Narrative of...*, II, pág. 428

(53) Cf. Boteler, T.: *Narrative of...*, II, pág. 468.

depositaran sus armas antes de acercarse a nosotros, y, después, a una señal dada por los jefes, cada individuo retomaba sus armas y se encaminaba a una plaza, previamente designada» (54).

«Una vez en que dos de los jefes principales vinieron a visitarnos, sus paisanos los esperaron en la playa, anhelosos de su retorno. Cuando, acompañados de nosotros, emprendieron el regreso en los botes, corrieron en seguida al bosque por sus jabalinas y se formaron como en orden de batalla para recibirnos en el momento de saltar a tierra. Entonces hicieron una fila, primero en arco, después en círculo ante nosotros; después en cuadros separados; seguidamente sus mandos ordenaron que se adelantasen hacia nosotros y posteriormente formaron un círculo alrededor de los dos jefes, agitando las armas y cantando música guerrera».

«Esta perfecta y marcial disciplina prueba que la isla no está bajo un solo gobierno, sino dividida en cantones, entre los cuales deben ser frecuentes las guerrillas» (55).

«Observamos en los dos jefes que nos visitaron los rasgos que tanto reparamos en otros: rasgos impregnados de inteligencia y a la vez de sencillez y espontaneidad, en cuerpos robustos, aunque bajos de estatura. Al recibir nuestros regalos se inclinaban para ponerse de rodillas. ¿Se debe esto a los blancos que poseyeron la isla?» (56). [El bubi se pone en cuclillas para recibir cualquier regalo de sus jefes].

Boteler nos presentará otros aspectos de los bubis, repetidos en diversos autores: Llevan los cuerpos muy adornados... Portan en el brazo izquierdo, un poco más abajo del hombro, el cuchillito de hierro, hecho con las piezas de metal que nos compran. No tienen instrumentos musicales, ni siquiera el tambor, pero sí una pequeña calabaza, abierta por ambos extremos, que emite sonidos no muy agradables [para el leguaje tonal]. Usan como armas la jabalina y la honda, en la que manifiestan regular destreza. Aquella es un palo fino, largo, agudizado en extremo, arponado y endurecido al fuego. Ordinariamente, sin embargo, llevan un largo bastón de madera muy dura.

En su viaje alrededor de la isla (57), para determinar su tamaño y su forma, nota Boteler que difiere considerablemente de lo que suele exponerse en las cartas. Básicamente se seguía el esquema propuesto por Valentín Fernández en 1506 y por Guillaume de l'Île en 1713, clara indicación de que la isla había permanecido como un misterio para los europeos. En la zona Norte —señala— está el pico más alto que se eleva a 10.200 pies (3.108 metros). En las zonas medias desaparece el bosque por los espacios cultivados de frondoso verde, como una muestra evidente de la excelencia del suelo, de la industria de los nativos y de la habilidad de éstos como agricultores; porque están con surcos hechos con tanto cuidado y regularidad como en cualquier país civilizado, en vez de seguir el sistema de otros negros de África en que esparcen la semilla y no sabe uno si el campo se debe a labor humana o a la misma naturaleza (58).

La apetencia del mercado por parte de los bubis, donde podían obtener las piezas de hierro, hizo posible la fundación de Clarence sin ninguna violencia. En

(54) Cf. Boteler, T.: *Narrative of...*, II, pág. 429.

(55) Cf. Boteler, T.: *Narrative of...*, II, pp. 463-67.

(56) Cf. Boteler, T.: *Narrative of...*, II, pág. 468.

(57) Cf. Boteler, T.: *Narrative of...*, II, pp. 469-471

(58) Estos campos cultivados confundieron a Duarte Pacheco Pereira indicando que eran plantaciones de caña de azúcar, de donde provino el mito de la colonización de la isla por los portugueses.

realidad, Clarence fue para los bubis a lo largo de su historia, casi exclusivamente una plaza de mercado. Los informes de Boteler prestaron un servicio notable al capitán Owen para acertar en sus relaciones con los bubis.

6. GESTIONES ANTE ESPAÑA PARA LA FUNDACION DE CLARENCE

Por lo anteriormente expuesto podemos concluir que la fundación de Clarence obedece a la presión que ejercen en el gobierno británico, en primer lugar, el almirantazgo, que deseaba una operatividad mayor para su escuadra del Africa Occidental en la represión de la trata, y, en segundo lugar, a los comerciantes que se proponían incrementar su comercio del aceite, darle mayor seguridad y extender sus actividades comerciales al interior de Africa.

La isla de Bioco estaba mejor situada que Sierra Leona para la vigilancia y captura de los barcos negreros, que actuaban principalmente en el golfo de Biafra. La distancia del golfo de Biafra a Sierra Leona, para llevar los barcos que habían de ser juzgados, les obligaba a un viaje que tardaba de cinco a doce semanas con detrimento de la salud de los esclavos. Un día o dos a lo sumo —declaraba la revista *Quarterly Review* en 1826— sería suficiente para llevarlos a Fernando Poo, donde podrían ser empleados en cortar madera, preparar tablas para los barcos de vapor y limpiar el terreno para cultivos (59).

Desde la supresión del negocio del comercio de esclavos, la mayor rentabilidad correspondía al aceite, de vital interés para el progreso de la industria. Por eso, la zona de intereses ingleses se traslada de Sierra Leona y Costa de Oro a la del golfo de Biafra, donde la isla de Bioco es un enclave estratégico. A esto hay que añadir la nueva política que, desde Mac Queen en 1821, se manifiesta en muchos de los interesados en Africa de extender el comercio al interior y ningún río como el Níger podía constituir mejor vía comercial de penetración, del cual la llave —comenzó a decirse— era la isla de Bioco. Por otro lado, esta isla —según los informes emitidos por los que la visitan— es el lugar más sano de todo el Africa Occidental; en ella no se da el aire pútrido de las costas bajas de Africa, sino la brisa fresca y sana que procede del Atlántico y del pico de la isla a 10.000 pies de elevación.

Se pretendía además reducir los costos de la administración británica para la represión de la trata. En 1824 el presupuesto de Freetown se elevaba a 95.000 libras; en diez años había crecido un 300 por 100 (60).

En Sierra Leona se conservaría una plantilla de europeos reducida al mínimo. Si no fuera por el hecho de contar allí con una población occidentalizada llevada por la acción británica, Sierra Leona hubiese sido totalmente evacuada —manifestaba el informe del Comité del Parlamento— (61).

Las gestiones comenzaron el 27 de septiembre de 1825 ante la corte de Lisboa, presuponiendo que la isla de Bioco sería portuguesa. La contestación de Lisboa es muy significativa: la isla de Bioco es de Portugal y a ella van los

(59) Cf. *The State of the Slave Trade*, *Quarterly Review*, Londres, 1826, vol. 34, pp. 602-608.

(60) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft and West Africa 1829-54* (tesis de doctorado), Universidad de Londres, 1979, pág. 20.

(61) Cf. *Report of the Commissioners, Parliamentary Papers, 1826-27, VII(312) y (552)*. Cit. en Curtin P. D., pág. 176.

portugueses como a Príncipe y Sao Tomé. Sin duda, Lisboa había ignorado la existencia de esta isla. Más tarde Lisboa informa que la había cedido a España y que España había tomado posesión de ella (62).

Las gestiones se trasladaban por lo tanto a la corte de Madrid. Para poder entrar en Bioco, Inglaterra ideó la fórmula de pedir autorización para trasladar el tribunal de la Comisión Mixta que para la represión de la trata funcionaba en Sierra Leona (63). El traslado del tribunal mixto fue sólo un pretexto para la fundación de Clarence. Veamos el origen de este tribunal.

El 8 de febrero de 1815 España se había adherido al tratado de Viena contra la esclavitud, firmado por Portugal, Francia, Inglaterra, Suecia, Austria y Rusia. En marzo del mismo año España llegaba a un acuerdo con Inglaterra para hacer efectiva la supresión de la trata, ampliando un primer acuerdo firmado el 5 de julio de 1814. Por estos acuerdos las dos altas partes contratantes convenían en nombrar cada una un Juez comisionado y un Comisario de arbitración para juzgar los barcos negreros apresados por Inglaterra en sendos tribunales ubicados, uno de ellos, en una colonia española y el otro en un lugar de la costa africana (64). Después de un nuevo tratado, firmado en Madrid el 23 de septiembre de 1817 (65), se llegó a la constitución de un tribunal mixto en La Habana y otro en Freetown. Estos tribunales mixtos comenzaron a funcionar en 1820. Y para evitar cualquier abuso en la captura de barcos, se precisó en 1822 que ninguno podía ser detenido si no llevaba en ese momento esclavos a bordo; sólo en este caso podría ser juzgado y condenado por el tribunal de la Comisión (66).

Se trataba, por lo tanto, de perseguir a los contrabandistas de esclavos que desobedecían las órdenes de los respectivos gobiernos, los cuales habían declarado ilegal dicho tráfico, como sucede actualmente con el tráfico de drogas.

Los españoles, que se habían mantenido siempre al margen de este comercio, ingresan ahora en esta banda internacional de contrabandistas. Las grandes explotaciones de caña de azúcar en Cuba reclamaban mano de obra africana. El negocio del azúcar resultaba tan rentable que los negreros estaban dispuestos a arrostrar toda clase de peligros. R. M. Jackson cita los barcos negreros que atracaron cerca de Bonny desde octubre de 1825 a agosto de 1826. De ellos 21 eran franceses, 13 españoles y 1 portugués (67). No cita los barcos ingleses que también llegaban a Cuba, aunque más bien procedían de la zona de Sierra Leona ante las barbas mismas del Tribunal Mixto. Algunos llegaron a justificar que Inglaterra podía adueñarse de Bioco para evitar que los negreros la utilizaran como base para el tráfico.

La propuesta llegó a Madrid en febrero de 1826 a través de los embajadores, el duque del Infantado y el conde de Ofalia. Madrid respondió al principio que necesitaba más información. Después, reunida la documentación sobre la expedi-

(62) Cf. C. O. 84/41

(63) Cf. P. P. *Slave Trade*, 11, *Correspondance with foreign Powers (ClassB) 1826-27*, vol. XXVI, parte 2.ª: Spain.

(64) Cf. CATIELLA, F.: *Reivindicaciones de España*, Madrid, 1947, pp. 127-28. Cf. SCOTTER, W. H.: *International Rivalry in the Rights of Benin and Biafra 1815-85* (tesis de doctorado), Universidad de Londres, 1933, pp. 60-20.

(65) Cf. P. P. (House of Commons), año 1818, vol. XVIII.

(66) Cf. P. P. *Slave Trade*, 65. *Explanatory and Additional Articles to the Treaty of 1817 between Great Britain and Spain*, 1823, vol. XIX, pág. 37.

(67) Cf. JACKSON, R. M.: *Journal of...*, pág. 162.

ción de 1778, que desde este momento y a lo largo de todo el siglo anda de ministerio en ministerio, España informa en julio a Gran Bretaña que Bioco es suyo y no está dispuesta a renunciar a esa propiedad.

España no podía permitir la fundación de una colonia británica en territorio español y menos el funcionamiento de un organismo como el Tribunal Mixto en que un juez británico dictaminara sentencias al margen de la soberanía nacional sobre reos llevados ante el tribunal por los propios ingleses.

En septiembre España reafirma su postura de no admitir la propuesta, pues el tratado señalaba que había dos tribunales: uno en los dominios españoles y otro en los ingleses, de ningún modo los dos en dominio español: el primero que funcionaba ya en Cuba y el otro que funcionaría ahora en el territorio español de Bioco. España, como dueña del territorio, debería formar parte como juez en la comisión, juntamente con otras partes como Holanda, por ejemplo. Además todo ello requeriría un acta solemne y auténtica, emanada de Su Majestad Católica (68).

La diplomacia de los hechos consumados, que realizaría más tarde Owen con los bubis, no tuvo éxito con España. Las negociaciones seguían entre Londres y Madrid, cuando la fragata *Eden* salía de Inglaterra rumbo a Bioco. Comenzaron entonces las protestas de España (69). No hubo ninguna concesión de permiso por parte de España, en su calidad de dueña del territorio. Al enterarse de la formación de la base en la isla, España indica a Inglaterra que no tiene otra solución que ésta: o la paga o la deja. España pidió entonces 100.000 libras esterlinas (70).

Entre 1827 a 1834 son varios los ingleses interesados en la isla que solicitan del gobierno británico el pago de dicha cantidad, pero el gobierno no accede (71). La colonia británica quedó afectada desde su inicio de un status jurídico ilegal.

Sin embargo, la fundación de Clarence mostró desde el principio un fin noble: la liberación del hombre y el comercio legítimo, aunque éste no resultara tan noble como predecían muchos para la regeneración de África.

El gobierno británico comunicó planes precisos al almirantazgo. Un barco de la armada sería destinado a establecer una colonia para los esclavos liberados en la isla de Bioco, a donde se trasladaría el tribunal de la Comisión Mixta de Sierra Leona. La colonia estaría sometida en sus comienzos al gobernador de Freetown. En febrero de 1827, W. Hay, del Almirantazgo, mientras se negociaba en Madrid, ofreció el comando de la fragata *Eden* al capitán William Fitzwilliam Owen, así como el puesto de superintendente o gobernador del nuevo establecimiento. El puesto conllevaba el salario de 600 libras, además de su paga como capitán de fragata (72).

(68) P. P. Slave Trade (12), Correspondance with Foereign Powers (ClassB), 1829, vol. XXVI, 3.^a parte, Conde Ofralia al Vizconde Dudley, 10-9-1827.

(69) Ibidem, Dudley al Conde Ofalia, 10-9-1827; 10-1-1828.

(70) Ibidem. Conde de Ofalia a Aberdeen, 3-9-1828.

(71) La compra de Fernando Poo —manifestaba el comerciante Richard Dillon al gobierno— sería el único camino para garantizar el comercio británico y la confianza a los capitalistas británicos para llevar adelante el comercio en el interior de África. Cf. C. O. 82/4, Dillon a Goderich, 25-VI-1831.

(72) Cf. BURROWS, E. H., págs. 179-180.

CAPÍTULO III
**BAJO EL GOBIERNO DEL CAPITAN OWEN
Y DEL CORONEL NICOLLS (1827-1835)**

La inauguración de la ciudad creó un clima eufórico en los que habían participado de los actos solemnes del 25 de diciembre de 1827. Estaban orgullosos del lugar escogido, de las buenas relaciones con el pueblo bubi, del fin noble de su lucha contra el indigno tráfico de esclavos. «No hay —exclamaba Owen— ningún lugar en toda la costa africana desde el mar Rojo al Mediterráneo que pueda ofrecer al mismo tiempo tantas facilidades y tanta seguridad para las operaciones portuarias como la bahía de Clarence» (1). Por otra parte, no les faltaba alimento ni había hecho su aparición todavía la epidemia de la malaria. «Todo nuestro pueblo, tanto de tierra como de mar, vive extraordinariamente bien —apunta Holman—. Tienen abundancia de ñames, vino de palma y pollo, que se les sirve diariamente, y ocasionalmente pescado. Lo primero es comprado a los nativos en el mercado por piezas de hierro y lo segundo es capturado por nuestros pescadores. Hemos cazado también algunos gaviñanes, tortugas de concha verduzca —no menos de 10 tortugas en una noche— y obtenido huevos de tortuga en la arena de la playa» (2). Cuando el capitán Owen invitaba a los oficiales a cenar a bordo, la cena consistía en tortuga, variedad de pescados, cordero, pollos, etc., todo producto de la isla (3).

Por el momento, además, la colonia estaba remarcablemente sana. «Las enfermedades que han ocurrido son el resultado de heridas accidentales —dice Holman— y de las picaduras de mosquitos y de pulgas de la arena. Estas últimas han ocasionado varios casos serios que han necesitado de la intervención de los médicos; se forman úlceras, sin que se conozca ningún remedio para curarlas. Como posible alivio, se les aplica calomel mañana y tarde. Elwood, el marino que permaneció en el interior unas semanas para aprender la lengua bubi, se encuentra con fiebre remitente. Es el único caso» (4).

(1) Owen al Colonial Office, 8-9-1828, C.O. 82/1.

(2) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 312.

(3) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 386.

(4) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 312.

1. CRECIMIENTO DE LA CIUDAD. LOS PRIMEROS FERNANDINOS

El total de ciudadanos de la recién nacida Clarence, excluyendo los pertenecientes al servicio de los barcos ingleses y al Cuerpo Real Africano de defensa, que se consideraban accidentalmente en la colonia, lo estimaba Owen a principios de 1828 en 165. De ellos, 19 europeos: 1 superintendente, 1 director de obras, 1 inspector de los trabajadores, 1 maestro carpintero, 1 guarda almacén y 14 técnicos artesanos de Plymouth; 36 artesanos trabajadores venidos de Sierra Leona y 110 trabajadores crumanes (5) Poco después, en abril, como veremos, este número se elevará a 700. Los sierraleonas aumentarán hasta 120, llevados en los barcos que viajaban de Clarence a Freetown para nuevas provisiones.

Mientras tanto las obras continuaban a buen ritmo. El sistema de trabajo era el siguiente: Se comenzaba a las seis de la mañana, descanso a las once para el almuerzo, reingreso al trabajo a la una de la tarde para concluir a las cinco y media, después de lo cual, por el resto del día, se entregaban a sus diversiones. Los trabajadores y artesanos fueron agrupados en un cuerpo de milicia, bajo el mando del capitán Harrison con el rango de Mayor. Ocasionalmente se les enseñaba marchas al estilo militar, ejercitándose con el pico, la única rama de la que podían disponer. Pero a los artesanos que provenían de Inglaterra se les distribuyó 20 fusiles que había sobrantes en la fragata *Eden* (6).

El 10 de Enero comenzó a funcionar la conducción de agua a la playa desde la fuente situada en la plataforma junto al actual Instituto. Para llenar de agua los galones de los barcos bastaba colocarlos bajo el conducto, ahorrando tiempo y ganando en facilidad (7).

El 17 de Enero se inauguraba el hospital en el extremo de la península de la Unidad Africana, edificio que adquirió gran importancia y protagonismo, sobre todo cuando acuden a él los enfermos de la malaria procedentes no sólo de la colonia, sino también de los barcos que navegaban por las dos bahías: la de Benín y la de Biafra. El hospital, de 14 por 7 metros, constaba de dos edificios unidos de un solo piso, con una buena varanda-galería a su alrededor. En él ingresaron el primer día 17 marinos de la fragata *Eden* con úlceras en las piernas y cinco con síntomas de la fiebre remitente (8). Se pensó en un principio construirlo de ladrillo, pero no se encontró en la isla la arcilla apropiada.

Poco tiempo después quedaba instalada la batería de cañones en Punta Cristina, donde ahora lucen los cañones españoles, que se muestran en el hotel Bahía. Se estableció así el fuego cruzado con los cañones instalados en la punta opuesta donde se levantaba la ciudad (9).

Por su parte los africanos, es decir: el primitivo núcleo de sierraleonas, iniciaban la construcción de lo que sería propiamente la futura ciudad. En terrenos fuera de la península, no lejos de la casa del gobernador, entre la avenida de la Independencia y la calle Ureka, construyeron sus casas, debidamente alineadas formando calles paralelas. Por el número de sierraleonas, no pasarían de 36 casas; las primeras 36 casas de la futura ciudad fernandina. Para los crumanes se levantó

(5) Cf. Owen a Hay, 25-2-1828. C.O. 82/1.

(6) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 325.

(7) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 346.

(8) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 347.

(9) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 387.

un patio de cabañas a continuación del hospital, dentro de la ciudad que emergía en la península.

Cuando a mediados de febrero el comodoro Collier visita la recién nacida colonia y el puerto de Clarence como base de la Escuadra Africana inglesa para la represión de la trata, Owen podía estar orgulloso de la obra realizada. La pequeña península y los alrededores de la bahía habían sido totalmente desboscados, establecida la línea fronteriza de la ciudad entre el arroyo Cónsul y el arroyo Cockburn y parte de los 16 edificios se asomaban ya a la hermosa bahía. Los trabajadores estaban poniendo el techo al edificio de la Comisión Mixta, el piso a la casa Civil y los fundamentos de la futura casa del Gobierno en el Parque del Paraíso. En Punta Cristina los cañones apuntaban hacia el puerto. El hospital ofrecía sus servicios. Delante de él, en un patio de cabañas, se agrupaban los trabajadores crumanes. En el puerto pudo encontrarse con otros barcos veleros dedicados al comercio y una pequeña flotilla de vapores de guerra pertenecientes a la escuadra que él dirigía desde Inglaterra. Los objetivos que habían motivado la fundación de Clarence se estaban cumpliendo (10) (Fig. 10).

El Comodoro Collier paseó por el jardín, situado delante de la casa del Gobierno, por terrenos de la actual plaza de España. En este jardín el capitán Owen había realizado los primeros ensayos de aclimatación de plantas. Algunas de ellas serán después comunes en los huertos de la ciudad y de la isla. Había



Fig. 10.—La ciudad de Clarence tal como quedó terminada en 1828, asentada en Punta Williams (Punta de la Unidad Africana). Puede verse, de izquierda a derecha, la bandera, el hospital, el patio de crumanes, la casa de Glover, la zona militar, la casa civil y la casa del gobernador con la escalera de Jacob de 150 peidaños (Holman, H., pág. 338).

(10) Cf. BURROWS E. H., págs. 192-194.

plantado manzanos y ciruelos de Sierra Leona, caña de azúcar, pimienta, girasol, tomates, nabos, cebolla española, lechugas, berros, puerros, pepinos, calabazas, nuez de mostaza, retama de Madeira, hierba amarga de San Vicente, dalias, lilas, caléndulas, limas, limoneros, naranjos y cocos.

Durante el mes de abril, conocida ya la existencia de la base británica, comenzaron los barcos mercantes a hacer escala en el puerto de Clarence. El primer mercante fue el bergantín *La Fama* en su viaje de Camerún hacia Liverpool con aceite de palma. No tardarían en llegar después los barcos americanos. Pero la mayor actividad del puerto se cifraba todavía en la salida de los pequeños vapores para la búsqueda y captura de barcos negreros. El 15 de Abril retornaba el vapor *Victoria* con el barco capturado *Elisabeth* de bandera francesa, con 100 esclavos a bordo: 81 adultos, hombres y mujeres, y el resto niños. El día 20, el teniente Badgeley volvía con una goleta de nación brasileña *El Pez Volador*, con 230 esclavos: 60 hombres, 42 mujeres y 64 niños (11).

Según los convenios internacionales, de los que hablamos en el capítulo anterior, los responsables de los barcos negreros debían ser juzgados previamente por el tribunal de la Comisión Mixta y los esclavos liberados ser adjudicados a un país conforme a la sentencia del tribunal. El capitán Owen deseaba, por su lado, engrandecer su ciudad y, fiel a la política de los hechos consumados, no dudó en enfrentarse a los convenios de los gobiernos. Para ello adujo que era inhumano trasladar a gente, en su mayoría enferma, a un lugar tan lejano —2.000 millas— como Sierra Leona. «Como es probable —escribía Owen a Hay— que el viaje a Sierra Leona cueste la vida a muchos de estos pobres negros y creyéndome en libertad para determinar sobre su asentamiento según mi discreción, he ordenado que estos dos barcos sean inspeccionados sobre el estado de salud de los negros, y por los informes que he recibido me parece un deber el establecer en este lugar 300 de ellos, la mayor parte afectados de oftalmía y otras enfermedades. De éstos, 120 son hombres, 50 mujeres y el resto, niños» (12).

A su vez escribía al gobernador de Sierra Leona, a quien estaba subordinado por disposición del almirantazgo, lo siguiente: «Los hombres son una adquisición valiosa para nosotros como trabajadores. Por otra parte, existe una gran desproporción entre nosotros entre hombres y mujeres, por lo que las mujeres serán en la colonia de estimable valor. Respecto a los niños, las esposas de los mecánicos que vinieron de Sierra Leona claman para que se les permita tomarlos a su cargo. Utilizando a los hombres como trabajadores, es mi intención darles una paga de seis peniques al día, con lo cual deberán ellos proveerse para el vestido y recibir la ración alimenticia que se les da a los trabajadores de Sierra Leona, aunque generalmente muy pobre en carne. Algunas mujeres son esposas de hombres del mismo barco. A otras se les permitirá hallar esposos entre sus paisanos ya libres y así no serán una carga para el gobierno» (13).

Owen determinó que los negros liberados se alojaran en el barrio de los sierraleonas y convivieran con ellos. A lo largo de una gran calle se dispusieron las nuevas casas, debidamente separadas entre sí, y con posibilidad de un huerto en su parte trasera para plantaciones y frutos tropicales. Para los 120 niños el capitán Harrison fundó una escuela regentada por una maestra sierraleona, cuyo

(11) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 372.

(12) Cf. OWEN a Hay, 28-4-1828. C.O. 82/1.

(13) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 47.

nombre desconocemos. Al barrio se le puso el nombre de Bushy Park. Nuevos desembarcos hizo subir la población de este barrio a 491 miembros. Había nacido la ciudad fernandina.

En otoño de 1828, el capitán Owen comunicaba al ministerio de colonias el siguiente censo (14):

Censo de octubre de 1828

| | |
|---|-----|
| Población blanca: | |
| De la fragata Eden, oficiales y tripulación | 200 |
| Artesanos de Plymouth | 15 |
| Población negra: | |
| Royal African Corps | 71 |
| Sierraleonas | 120 |
| Nuevos asentados | 241 |
| Crumanes y pescadores | 100 |
| Total: | 747 |

El censo no parece que haga alusión a los 120 niños, con los que el número de fernandinos se elevaría a 481.

No sería fácil al principio la integración de población tan heterogénea. Los sierraleonas y los fanti de Cabo Costa se erigieron en maestros de los recién llegados, la mayoría procedentes de Nigeria, Bimbia y Camerún. John Clarke manifestaba en su diario que el capitán Owen inició la práctica de establecer a los liberados entre los sierraleonas con los cuales se formalizaron más bien lazos de dependencia. Trabajaban para ellos y apenas les daban sueldos y los castigaban a latigazos. No podían contratarse con otros sin su venia. Y, si huían para ocultarse entre los nativos, los perseguían y sobornaban a los nativos para que se los entregaran (15).

Al principio los mismos bubis no querían que los extranjeros se establecieran entre ellos. «Uno de los africanos liberados del barco *El Pez Volador* —dice Holman— fue traído por uno de nuestros carpinteros, por haberse escapado con tres compañeros, hace tres días. Otro grupo salía por la noche a robar ñames y por el día se ocultaba en el bosque. Fueron atacados con las lanzas y piedras de sus hondas por los nativos. Uno fue muerto, otro hecho prisionero y los otros dos tomaron diferentes direcciones. Por esta circunstancia es evidente que los isleños no quieren dar asilo a los escapados. Circunstancia desgraciada, pues los nuevos liberados muy frecuentemente tratan de fugarse, a veces en pequeñas bandas, pues saben que es mejor escapar juntos (16).

Estos fernandinos que tratan de establecerse entre los bubis serán los pioneros del comercio y de la colonización del interior de la isla, llevada principalmente por ellos en el siglo pasado.

El arribo de barcos mercantes al puerto de Clarence trajo consigo la apertura de las dos primeras factorías o bazares de objetos de tipo general. La primera fue

(14) Cf. Owen a Hay, 3-10-1828. C.O. 82/1.

(15) Diario de John Clarke, II, pág. 450.

(16) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 427.

abierta por el capitán Smith del vapor *El Africano*, que se propuso intercambiar mercancías europeas por el aceite de palma bubi. La segunda factoría correspondió a Mr. Craig con las mismas características (17). Las factorías serán desde ahora el símbolo del progreso de la ciudad de Clarence. Por medio de ellas se abrió al mundo exterior; ellas harán de la pequeña ciudad de Clarence, y más tarde de Santa Isabel, un centro de atracción para toda la costa africana y una ciudad esencialmente cosmopolita.

Junto al capitán Smith comenzó a trabajar en el comercio exterior un nativo de Sierra Leona, el primer fernandino que destaca entre sus compañeros por su personalidad e iniciativa, llamado John Smith. Había llegado a Bioco en la expedición de Owen de 1827, nombrado ya agente comercial de W. Campbell de Sierra Leona. El capitán Owen puso en sus manos el monopolio del comercio del aceite. Ningún bubi podía entregar el aceite de palma si no era a John Smith. En un mes llegó a comprar 200 toneladas de aceite y a un precio que resultaba ser la cuarta parte del que se adquiriría en el continente (18). Con estos precios abusivos pudo prosperar hasta poseer barcos propios y establecer factorías en Calabar, Bimbia y Camerún (19).

2. RELACIONES CON LOS BUBIS

No poseemos datos suficientes sobre la reacción de los bubis ante la fundación de Clarence, un cuerpo extraño que se introducía dentro de su propio universo. Sí poseemos datos indirectos que nos muestran su perplejidad y las reacciones opuestas de muchos de ellos. Quizás lo acertado sea decir que los bubis aceptaron con agrado y consentimiento la instalación de un mercado, pero se mostraron muy recelosos de la ocupación de un trozo de su tierra. El acto de compra que tanto invocaban los ingleses, para el bubi no tenía ningún significado, y menos jurídico. En su mentalidad ningún hombre puede ser propietario de la tierra; sólo usufructa la tierra que es propiedad de los espíritus. La pregunta clara es esta: ¿Consintieron los espíritus en que hombres extraños a su pueblo no sólo utilizaran, sino que se apoderasen, de un terreno que era suyo y que se había entregado a sus descendientes de la tierra para que lo defendiesen y cuidasen? Resulta muy difícil admitir que los espíritus bubis estuvieran conformes con la fundación de Clarence. En el contexto cultural bubi se debe decir que los espíritus se negaron, lo que fue causa de encuentros no muy amistosos entre los jefes de Clarence y los jefes de la isla, guiados por los profetas de los espíritus. Por desgracia, al redactar esto no contamos con el diario de Owen, en el que se relatan sus largas conversaciones con los bubis.

El 1 de Enero de 1828, seis días después de inaugurada la ciudad, el capitán Owen y el capitán Harrison quieren hablar con el jefe principal de la comarca, el mismo sobre cuyos hombros habían colocado la capa roja. El poblado recibía el nombre de Basupú, situado en terrenos del actual, así llamado, Basupú Fiston. A las ocho de la mañana, acompañados por un grupo de marinos, se dirigieron a la aldea del jefe a ocho millas al Este de Clarence. A la inauguración de la

(17) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I.

(18) Owen a Croker, 21-2-1828. C.O. 82/1.

(19) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 65.

ciudad habían asistido muy pocos bubis y éstos habían adoptado una actitud de simples observadores. Se les señaló un lugar donde debían esperar y no un poco sino mucho tiempo se prolongó la espera. Al fin apareció el jefe con 150 lanceros que les obsequió con una exhibición de sus marchas y evoluciones militares. El capitán Owen ordenó a sus marinos que correspondieran con una muestra de ejercicios marciales. Pero el jefe ordenó en seguida que desistieran. El capitán Owen y el capitán Harrison compartieron únicamente vino de palma con el jefe, después de lo cual le invitaron a visitarlos el jueves siguiente (20). La visita resultó evidentemente un poco distante.

Por la tarde de ese mismo día se presentó en el mercado el jefe Camaleón con 150 de sus seguidores y se enfrentó con Mr Jeffrey, amenazándole e insultándole al tiempo que pedía satisfacción por cierta injuria recibida. Mr Jeffrey despachó inmediatamente un comunicado al capitán Owen requiriendo algunos soldados en orden a prevenir futuras agresiones. El capitán Owen fue al lugar, acompañado del Real Cuerpo Africano. Se apaciguó la contienda, sin que, por falta de intérprete, se lograra averiguar las verdaderas causas de este violento proceder (21).

El 4 de Enero el viejo amigo Bottle-Nose, jefe del pueblo de pescadores, que se asentaba junto a la desembocadura del río Cónsul, pretendió, al parecer, cobrar dos veces por una oveja y una cabra con su cabrito el precio fijado de antemano. Mr. Jeffrey se resistió y Bottle-Nose tuvo la osadía de presentar querrela ante el capitán Owen, quien naturalmente se inclinó por dar la razón a su subordinado. La reacción de Bottle-Nose fue implacable. Debían devolverse los animales y no permitiría a nadie entrar en el mercado de Clarence ni comerciar (22).

El mercado, situado junto a la casa del Gobierno, tuvo que ser trasladado a Longfield, por la actual plaza de la Independencia, para seguridad de la colonia. Se reguló teniéndolo únicamente dos días a la semana. Para poder traer los productos al mercado había de oírse previamente el sonido de una corneta. Mr. Jeffrey acudía rodeado de un cuerpo de marinos (23).

Desde entonces la agresión a la colonia mediante robos se hizo frecuente. Mr. Galler tuvo que salir en persecución de un nativo que se llevaba una buena pieza de hierro. Al siguiente día Owen ordenó que al ladrón se le afeitara la cabeza para que la vergüenza le impidiera repetir el crimen. Ordenó además que recibiese 30 latigazos, pero al 25 latigazo el nativo se desmayó. Inmediatamente se le llevó al calabozo donde permaneció largo tiempo (24).

Poco tiempo después fue sorprendido otro nativo robando un cuchillo en el almacén del capitán Smith. Se le aplicaron 39 latigazos, que sufrió imperturbable, pero cuando salió de la tortura, después de andar 100 metros, cayó al suelo desmayado. Mr. Cowan, el médico de la colonia, acudió para asistirle, mas los nativos rodearon al paciente y no permitieron la ayuda del médico. Su método de curación resultó efectivo. Rodearon su cuerpo con una especie de venda e introdujeron dentro de ella gran variedad de hojas. Después, masticando cierta sustancia vegetal, hicieron con ella una pulpa que metieron en las narices y en los oídos. Al poco tiempo se reanimó y pareció curado (25).

(20) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 341.

(21) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 342.

(22) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 344.

(23) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 346.

(24) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 386.

(25) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 388.

El 27 de Febrero hizo quiebra el abastecimiento de ñames a la ciudad. ¿Huelga de los bubis o acabamiento de provisiones en los almacenes de sus fincas? Probablemente algo de las dos cosas. De hecho, fue una sorpresa para la colonia. La goleta *El Africano* tuvo que zarpar en seguida a otros lugares de la isla para procurarse la ración diaria de la colonia.

Los bubis nunca se unieron a la ciudad, aunque hubo un tiempo, no muy prolongado, con Beecroft, por sus extraordinarias dotes de acogida, que parecieron interesarse por ella. Llamaron a Clarence, «Ripotó», el lugar de los extraños o extranjeros. No hicieron suya la ciudad ni pudieron comprender lo que la ciudad podía significar para ellos para su posible progreso, principalmente en el comercio y en las relaciones con el continente. Ni reaccionaron expulsándola, probablemente por temor a las armas de fuego, ni la aceptaron. Su actitud fue más bien de hostilidad sorda, aunque no en todos, y de aprovecharse en lo posible de ella, ya que se habían instalado en tierra suya, en la tierra de sus antepasados.

El bubi necesitaba del hierro y veía en la ciudad, la tierra que lo producía. «Los bubis —dirá John Clarke— recibieron bien a Clarence y su mercado, aunque era imprevista para su cultura, y ningún bubi se unió a la sociedad fernandina. La mayoría de los bubis que vivieron en la ciudad fueron mujeres arrojadas del interior a causa del adulterio o bien que él o ella fueron proscritos en su comunidad» (26).

Los bubis lucharon por limitar la expansión de Clarence y muchas disputas sobrevinieron con los fernandinos a causa de los terrenos que éstos pretendían cultivar. «Son muy celosos si nos introducimos en sus territorio» —afirma John Clarke— (27).

Owen intentó sin resultado integrar algunos bubis en la dinámica de la nueva cultura. El 8 de Marzo salía *El Africano* para Calabar para proveerse de bueyes. A bordo se llevaron tres jóvenes bubis, «un suceso que ciertamente asegurará el futuro avance de la civilización de estos isleños», dirá Holman (28).

A esta actitud se debió en gran parte la crisis que sobrevino a la colonia a los escasos cuatro meses de su fundación.

3. CRISIS EN LA COLONIA

Los meses de Marzo y Abril fueron particularmente críticos para la colonia. A la falta de provisiones hubo que añadir la aparición de la malaria con sus primeras víctimas. Por otro lado, del ministerio de colonias y de la gobernación de Sierra Leona recibió A Owen un comunicado, desaprobando el haber asentado junto a la ciudad a los esclavos liberados (29). A Owen no importunó demasiado tal comunicado ante los problemas de abastecimiento que los liberados provocaron en la recién nacida ciudad.

Owen se decidió a buscar recursos fuera de la isla. El 13 de Marzo realiza su primera visita a Calabar Viejo. Se presentó ante el duque Ephraim, rey de Calabar, con la intención de notificarle ante todo el hecho ya consumado de la

(26) Diario de John Clarke, 26-11-1841, II, pág. 380.

(27) Diario de John Clarke, 3-2-1844, III, pág. 483.

(28) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 388.

(29) Cf. BURROWS, E. H., pág. 194.

presencia británica en la isla de Bioco y al mismo tiempo manifestarle sus deseos de iniciar intercambios comerciales. El Duque ve en la presencia británica un peligro para su comercio de esclavos. Por eso dice a Owen: «¿Por qué el hombre blanco viene a vivir al país de los negros? ¿Por qué el hombre blanco no se queda en su país? Mucho mejor para el hombre blanco su propio país, que no el país de los negros» (30).

Después de laboriosas negociaciones, por fin, el 5 de Mayo la goleta *El Africano* podía descargar en el puerto de Clarence 76 bueyes. Al mismo tiempo un pequeño vapor traía de Sierra Leona provisiones de arroz y alimentos (31). Cuatro barcos quedaron a disposición de Owen para solucionar la crisis: *El Africano*, *El Horatio*, *El Victoria* y *El Lucy*.

El 16 de Mayo se reguló de nuevo el mercado de Clarence. Se concedió plena libertad a los habitantes de la colonia para comprar y vender a los bubis y al precio que resultara de la oferta y la demanda. Los bubis no necesitaban ya con tanta premura las piezas de hierro; por eso podían presionar a la baja o negarse a vender. Eran más bien los de la colonia los que ahora necesitaban de ellos (32). La libertad avivó de nuevo el mercado, aunque siempre insuficiente para las necesidades de la ciudad. Se obligaba, sin embargo, al vigilante del mercado a cobrar un impuesto por las transacciones (33):

| | | |
|------------------------------------|----------|------------|
| 1 galón de vino de palma (Fig. 11) | 0 chelín | 8 peniques |
| 1 galón de aceite de palma | 0 ch. | 2 p. |
| 100 ñames | 2 ch. | 0 p. |
| 1 pollo | 0 ch. | 1,5 p. |
| 1 oveja o cabra | 2 ch. | 0 p. |
| 1 cabrito o cordero | 0 ch. | 9 p. |

Ante la carencia de víveres los fernandinos tomaron la iniciativa de internarse en los poblados bubis, comprar allí sus productos mediante el consiguiente regateo y venderlos en el mercado. Nace así su espíritu comerciante, que será una de las características de su actividad en la isla.

A pesar de esto hubo varios períodos de aguda carencia cuando falló el comercio con la costa y el que se había establecido con Sierra Leona (34).

La crisis se vio acrecentada cuando los enfermos de malaria comenzaron a poblar el hospital. El primero que murió en Clarence fue el teniente Caldwell, de la Armada Real, el 8 de Diciembre de 1827. Vino enfermo de Inglaterra y su muerte no suscitó alarma (35). La isla seguía siendo el lugar más sano de Africa. El panorama cambió a la vuelta de Owen de su visita a Calabar. De fiebre remitente falleció Mr. Glover, el maestro de carpinteros, y a los pocos días, uno de los oficiales más sanos de la fragata *Eden*. Le seguía el 7 de Abril el armero de la fragata. El 25 de Abril cinco artesanos de Plymouth ingresaron en el hospital, algunos con delirio. Varios marineros atacados de fiebre tuvieron que quedarse abordo; el hospital estaba lleno. La proporción de enfermos y de vícti-

(30) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 400.

(31) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 420.

(32) LANDER, R., y J.: *Journal...*, pág. 307.

(33) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 423.

(34) Cf. BURROWS, E. H., pág. 195.

(35) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 318.

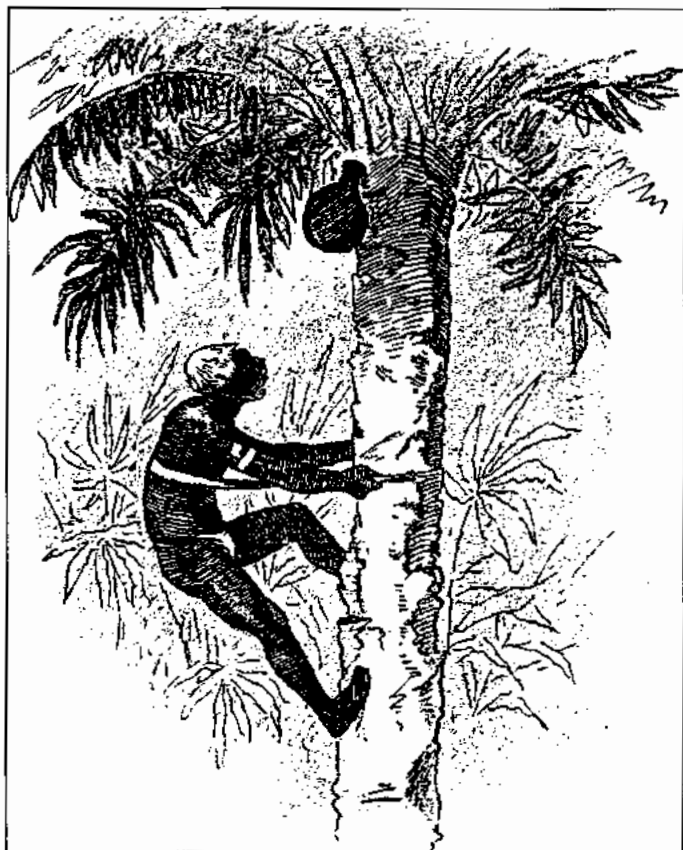


Fig. 11.—Bubi subiendo a la palmera para recoger vino de palma
(Baumann, O., pág. 91).

mas iba en aumento (36). Lo más grave era que ante estos hechos se ponía en cuestión la fama de salubridad de la isla, una de las principales razones para intentar trasladar la capitalidad del Africa inglesa de Freetown a Clarence.

Holman, el cronista de la fundación de Clarence, se hacía las siguientes reflexiones en vísperas de dejar la isla, en Junio de este año, acompañando al capitán Owen en su visita a Sierra Leona. «El clima se ha vuelto más pernicioso de lo que habíamos pensado al principio. Es tan impropio para la vida europea que la guadaña de la muerte —puede decirse— está siempre al acecho con calma para lanzarse inesperadamente como un tornado. Se supone, no sin razón, que la insalubridad de la isla depende de causas locales, que se necesitaría desbrozar alrededor, etc., pero esto será casi imposible en una gran extensión.

«La situación actual y las expectativas descorazonan, aunque no puede decirse que el lugar sea más insano que otras partes de Africa. Cuando la tripulación del *Eden* sufrió más por la fiebre fue estando en Sierra Leona. Los que han muerto

(36) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 410-430.

han sido más bien por contagio de los marinos que han llegado a Clarence después de contraer la enfermedad en la costa vecina. La situación insular de Fernando Poo puede tener por efecto la disminución de las emanaciones miasmáticas que en el continente han producido tantas pérdidas en los europeos» (37).

Viendo, pues, el capitán Owen que su tripulación podría ir disminuyendo sin remedio y que sus operaciones se retardaban por falta de provisiones, determinó visitar Sierra Leona para orientarse en nuevas estrategias. Al frente de la colonia dejaba al capitán Harrison. Zarpó el 3 de Junio de Clarence, acompañado del cronista Holman, que de este modo nos dejará sin sus relatos, tan detallados, de cuanto acontecía en estos primeros años de vida en la ciudad de Clarence. Su primera escala fue en la isla de Príncipe, a donde se dirigió a fin de obtener semillas de plantas tropicales que permitieran un abastecimiento más autónomo de la colonia (38).

Creemos que es ahora cuando se introducen en Bioco las primeras semillas de cacao. Las plantaciones de cacao comienzan en Sao Tomé en 1820 (39). Como veremos más adelante, John Clarke cita ya en 1841 la planta de «cocoa» en la ciudad de Clarence, el tiempo suficiente para que las semillas germinasen y comenzaran a dar sus primeros frutos. Sin embargo, no se prestaría al cacao atención especial, quizás por desconocimiento del tratamiento de la almendra. Martínez y Sanz dirán que las plantas de cacao estaban abandonadas.

De Príncipe siguió a la isla de la Ascensión, donde obtuvo material de caliza para jabelgar los edificios de Clarence. El color blanco será una de las notas de la ciudad a lo largo de su historia. En Freetown, donde otro gobernador había muerto y el estado sanitario ofrecía una visión más pesimista que la de Clarence, no había expectativas de provisiones, por lo que el *Eden* volvió a Clarence, cargando únicamente con lo que pudo obtener en Cabo Costa.

Una nueva desgracia sobrevino a la ciudad de Clarence en el segundo trimestre de 1829: la fiebre amarilla. La mortalidad en la ciudad de Clarence, comparada con otros puntos de Africa, no había sido muy alta hasta la nueva epidemia: sólo 26 muertos en 16 meses. Entre éstas la del capitán Harrison, intendente y gobernador civil de la colonia, que fue enterrado en el cementerio del «Paraíso» en febrero de 1829 (Fig. 12). El día en que fue enterrado casi todos los artesanos y mecánicos europeos estaban con fiebre y la mayoría de los marinos incapacitados.

En esta situación tan dolorosa el capitán Owen recibe el aviso en plan amonestativo de que ninguna presa de la fragata *Eden* había sido conducida al Tribunal Mixto de Sierra Leona para su juicio. Sospechando una conspiración sin fundamento, decidió embarcarse inmediatamente en el mes de Abril para Freetown. Aclarados todos los asuntos en Sierra Leona, Owen encomendó al capitán Badgeley el mando de la fragata *Eden* para regresar a Bioco, mientras él le seguiría unos días después. Fue providencial para Owen. La fiebre amarilla hizo su presencia en la fragata al tocar en los puertos de la costa. Cuando Owen llegó a Clarence el 30 de Mayo, habían muerto el capitán Badgeley, el médico, doctor Burn, dos de sus asistentes y 37 marinos (40). La fiebre amarilla, el vómito negro,

(37) HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 431-32.

(38) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 438.

(39) Cf. TENREIRO, F.: *Plantas alimentarias de S. Tomé*, Lisboa, 1950, págs. 92-94.

(40) Cf. Owen a Hay, 1-VI-1829. C.O. 82/2.

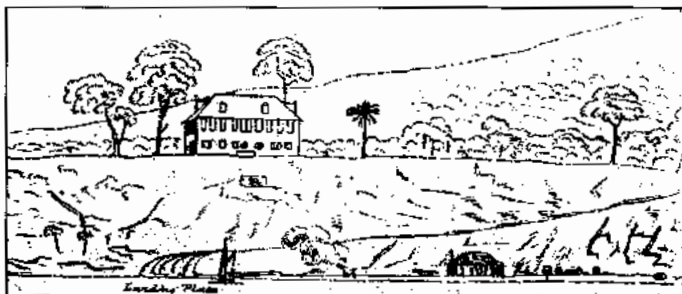


Fig. 12.—Apunte de la casa del Gobernador con la tumba de Harrison enterrado en «El Paraíso» (Burrows, E. H., pág. 193).

venida de América, se había extendido por toda la costa africana. Los enfermos fueron aislados en Punta Cristina. Eran momentos críticos para Owen. Pronto tenía que dejar el mando de la ciudad a un nuevo superintendente nombrado por el Gobierno.

El 15 de junio entraba en el puerto de Clarence el *Champion*, con el nuevo gobernador, el coronel Nicolls. Venían dos caballos en el barco. Los dos, Owen y Nicolls, cabalgaron juntos por las calles de Clarence, manifestando así a todos la transferencia de poderes (41).

4. LA RENUNCIA DE OWEN

Extrañará el abandono de Clarence por parte del capitán Owen, su fundador.

Al año de fundada Clarence, el gobierno británico decidió transferir la responsabilidad de la colonia del almirantazgo al ministerio de colonias. La decisión marcaba la aprobación oficial de la colonia, pero ello significaba para Owen enfrentarse a una dura elección personal. En el mismo despacho se le ofrecía la gobernación de la isla y el relevarle del comando del *Eden*. Después de considerar la nueva posición durante diez días, Owen declinó la oferta. A sus cincuenta y cuatro años, y aparentemente en lo mejor de su carrera, no estaba dispuesto a abandonar la marina y la Real Navy. Pasaron meses, mientras el gobierno estudiaba su renuncia. En Abril de 1829 era designado para gobernador de la isla de Bioco el teniente-coronel Edward Nicolls, en ese momento jefe de la guarnición de la isla de la Ascensión (42).

El traspaso de poderes se hizo con prontitud. Owen reasumió el comando del *Eden* en la situación calamitosa que hemos señalado. 33 enfermos quedaron en el hospital de Clarence. Sólo 17 se restablecieron en Punta Cristina para reintegrarse en el *Eden*. La fragata se dirigió a la isla de Santa Elena. A bordo murió el médico, a los cinco días de salir de Clarence. Le sustituyó en la atención a los enfermos el mismo Owen. Suprimió las sangrías tan comunes en el tratamiento médico de aquel tiempo y logró que muchos se recuperaran sólo con la quina (43). Cuando volvió a Inglaterra, de los 160 oficiales y tropa que formaron la

(41) Cf. BURROWS, E. H., págs. 196-97.

(42) Cf. BURROWS, E. H., pág. 198.

(43) Cf. BURROWS, E. H., pág. 198.

dotación, habían muerto 110; sólo 50 habían sobrevivido en la operación inglesa de la fundación de Clarence (44).

5. LA GESTION DE NICOLLS Y BEECROFT

Desde 1823, Nicolls mandaba la guarnición de la isla de la Ascensión (45). A Nicolls se le conocía con el nombre de «el luchador». Nacido en 1779, había participado en la guerra americana de 1812, teniendo bajo su mando a un batallón de negros, de los que quedó sorprendido por su disciplina y su valor. Participó también en la guerra con los franceses. De estas guerras le quedaban las señales de 24 heridas, perdido un ojo y lacerados los músculos de su cara hasta deformar la boca y como consecuencia también su voz (46).

A las órdenes del coronel en la isla de la Ascensión, trabajaba, como encargado de abastos, un tal John Beecroft, que llegaría a ser, sin duda alguna, el personaje principal en toda la historia de Clarence.

John Beecroft había nacido el 2 de Mayo de 1790 en Sleights, a cuatro millas de Whitby, Yorkshire, Inglaterra, junto al mar. Sus padres se llamaban John Beecroft y Jane Carpenter (47). De muchacho trabajó como aprendiz de barco y, en su primer viaje, en 1805, tuvo la desgracia de ser capturado por los franceses napoleónicos y detenido en Francia, donde permaneció como prisionero de guerra hasta la firma de la paz en 1814. A la salida de la prisión contaba veinticuatro años, después de nueve años de cautiverio. Ya libre, volvió a su ilusión preferida, el mar, que le llevó a formar parte de varias expediciones al Artico. Su vocación a tierras africanas tuvo su origen, cuando en 1826, siendo máster en transportes, fue encargado para llevar provisiones de Inglaterra a la isla de la Ascensión.

Aquí se quedó para trabajar a las órdenes del coronel Nicolls. El coronel reconoció muy pronto en él las dotes de integridad, estricta sobriedad, disposición para todo obligado compromiso y celo infatigable (48).

El coronel había hallado en Beecroft su brazo derecho. Por eso, cuando fue nombrado gobernador de la isla de Bioco, no dudó en ofrecerle el cometido entonces de mayor responsabilidad en la isla, jefe de transportes y del suministro de provisiones en la aún precaria colonia (49) (Fig. 13).

Nicolls y Beecroft hicieron el viaje a Inglaterra para recibir instrucciones. En Londres conocieron a Richard Dillon, un oscuro personaje, ilusionado con montar algún negocio en África y en particular en la isla de Bioco (50). Londres no tenía tradición en el comercio con África; era una tradición muy ligada al puerto de

(44) Cf. BRYSON, A.: *Report of the Climate and Principal Diseases of the Station*, Londres, 1847, pág. 65.

(45) Cf. DIKE, K. O.: *Trade and...*, pág. 654.

(46) Cf. HUNTLEY, H.: *Seven years on the Slave Coast of Western Africa*, Londres, 1860, pág. 158.

(47) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 7. Bouchaud dice: «Los ingleses escogieron para desempeñar la función de cónsul británico para toda la región a un "coloured gentleman", llamado Beecroft» (BOUCHAUD, J.: *La Côte du Cameroun dans l'Histoire et la Cartographie*, Paris, 1952, pág. 143). Esto ha inducido a algunos al error de creer que Beecroft era mulato.

(48) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, págs. 8-10.

(49) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 12.

(50) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 67.



Fig. 13.—*Visión romántica del Pico de Basilé y de los edificios de la ciudad desde el Este (The M. H., noviembre 1841).*

Liverpool que ejercía casi un monopolio. Richard Dillon no contaba con ninguna experiencia sobre Africa, pero podía servir de enlace con Londres en algún negocio que aportara un trabajo rentable a la colonia de negros liberados, cuyo principal problema era la falta de recursos. Beecroft sería el encargado de llevar a cabo este cometido (51).

Las ideas de Nicolls al tomar posesión de la isla el 15 de Junio de 1829 (52) no podían ser más altruistas, pero al mismo tiempo todavía bastante ajenas a la realidad africana. Instituciones privadas inglesas discutían por aquel entonces el modo de conseguir la regeneración de Africa. Sus conclusiones llevaban a una intervención, aunque pedagógica, en asuntos internos africanos. Nicolls y Beecroft fueron los iniciadores de un proceso que culminó en la colonización de Africa por parte de los europeos. Su política transcurría de modo independiente a la propuesta por el gobierno de su Majestad británica, para quien el objetivo principal era obtener beneficios del comercio con Africa, en parte para compensar los inmensos gastos de la lucha contra la esclavitud y en parte para atender las exigencias de la revolución industrial inglesa. Cuando en Enero de 1833, Nicolls logra que el rey de Bimbía se declare súbdito inglés, el encargado de colonias, Hay, le contesta que «sus pretensiones son una comedia de errores» (53).

Para Nicolls, el problema de la regeneración de Africa era un problema de pedagogía. Lo primero que hay que hacer en favor del negro es transformarlo en miembro útil de la sociedad. En su propio país, en el mejor de los casos trabaja para el jefe. Privados así de todo estímulo de trabajo se convierte en perezoso. Tiene que experimentar que se le paga puntualmente por su trabajo y, viendo

(51) Cf. Richard Dillon a R. W. Hay, 10-3-1831. C.O. 82/4.

(52) Usera señala que Beecroft residía en la isla hacía diecinueve años. (USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria de la isla de Fernando Poo*, Madrid, 1848, pág. 24). Los diecinueve años de residencia han de entenderse desde la fecha de la publicación del libro, lo que indica que Beecroft llegó a la isla en 1829.

(53) Cf. Nicolls a Hay. C.O. 10-12-1833. C.O. 82/6.

entre sus compañeros artículos de necesidad y lujo que desea y que puede obtenerlos mediante una paga, comenzará a ver las ventajas del trabajo y se convertirá en voluntariamente industrial. Llegado a este caso el africano llegará a controlarse por sí mismo para proveerse y hará que al mismo tiempo rinda beneficios a la sociedad de la que es miembro y al Gobierno al que debe la libertad (54).

Nicolls recordaba los buenos resultados de su actuación como militar al frente de los negros que lucharon con Inglaterra en la guerra americana. Ahora pretende obtenerlos en la comunidad fernandina, a la que tratará de modelar según las pautas indicadas, al estilo militar. Su programa se concretó en disposiciones como las siguientes: A cada fernandino se le debía dar una pieza de terreno en posesión perpetua para cultivos, una manta, dos vestidos, y con ello obligarle a ir al trabajo formando grupos de 50. Los gastos de su mantenimiento debían correr a cuenta del producto de su trabajo. Debían trocear y tablear la madera de la isla para beneficio de la colonia. Obligados así al trabajo por algún tiempo, podría pensarse más tarde a que lo hicieran por sí mismos.

Los jóvenes debían ser escrupulosamente educados. Los menores de dieciséis años serían divididos en cinco sectores de un número de cien. A cada sector se le asignaría un campo debidamente vallado para su cultivo y lugar de recreo. Cada uno de estos grupos estaría bajo la vigilancia de un blanco y de dos negros. Los niños serían instruidos una hora diaria en la lectura, escritura y aritmética, y, el resto del día, en aprender diversos oficios. Un plan similar debía ponerse en vigencia para los jóvenes.

Para activar su programa comenzó prohibiendo la entrega que se hacía de los recién liberados a los de Sierra Leona. En esta situación —decía— no aprenden sino los vicios. Los recién liberados son tratados con brutal violencia que ocasionan continuas reclamaciones ante los magistrados por hambre y torturas. Los jóvenes, aun de la más tierna edad, llevan las señales del infame pecado. Las esposas de los artesanos y oficiales de Sierra Leona, para obtener dinero, las emplean en el degradante vicio. Los que han sido educados en Sierra Leona no han aprendido sino las malas costumbres.

Los liberados formarían un comité de oficiales que se reuniría trimestralmente para sentirse ellos mismos hombres libres. Se premiaría a los que conservaran con mayor limpieza la casa y el patio anejo (55).

Un observador en el año 1830 describía así el barrio fernandino: «Hay una serie de cabañas colocadas en hilera que dan por un lado a un espacio abierto. Detrás de esta hilera corre una calle ancha y larga con cabañas a ambos lados —a veces limpias y bellas—, cada una con una pequeña huerta que abastece a la familia de vegetales, principalmente ñames y ocró, siendo éste el más apreciado por sus supuestas cualidades nutritivas y purificativas» (56).

La isla de Bioco debía ser como la escuela de una vida nueva, laboriosa y productiva en Africa (57).

Nicolls no sólo intenta someter a un trabajo forzoso, aunque pagado, a los fernandinos, sino también a los mismos bubis. Por algo había sido nombrado Gobernador de la isla por el Gobierno de Su Majestad, como si toda la isla fuese

(54) Cf. NICOLLS, E.: *Description of the Harbour and Defenses of Settlement of Clarence upon the Island of Fernando Po*, 25-10-1830. C.O. 82/3.

(55) *Ibidem*.

(56) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 57.

(57) *Ibidem*. Cf. BUXTON, T. F.: *The African Slave...*, pág. 351.

ya territorio británico. De ellos afirma que son unos 5.000, que si la isla fuese desboscada y cultivada mantendría una gran población, que los bubis son amables e inofensivos, pero voluntariosos en el trabajo y que él los empleó para desbrozar los terrenos pertenecientes a la colonia británica (58).

«Deben explotarse —escribía— los recursos de esta isla; pero los europeos no pueden realizarlo por falta de salud; han de ser los negros. Sólo a los empleados del gobierno se les debe permitir poseer terrenos en la isla y los negros liberados serían los trabajadores de dichas propiedades, primero en la construcción de obras del servicio público y en segundo lugar en el corte de la madera para la Real Armada» (59). Tales propuestas contradecían la política básica del gobierno británico: los nativos debían ser respetados, respetadas sus propiedades y ninguna intromisión se permitía en la política interior de sus autoridades o jefes. No se permitía otra acción que la estrictamente comercial (60).

Pronto se elevarían quejas contra la política de Nicolls. El capitán Owen, ahora uno de los comandantes para la lucha contra la esclavitud de la Escuadra Africana bajo las órdenes del comodoro Collier, tuvo que realizar una visita de rutina a Clarence, la ciudad por él fundada, en Noviembre del 29. «Encontré a Clarence —escribe— en un estado desesperado de decaimiento. El camino de rampa desde el puerto hasta la plataforma está casi completado. La casa del Gobierno se presenta terminada. Pero todos los árboles que se habían dejado para ornamento y sombra de la ciudad los encuentro cortados, las cercas tumbadas, los edificios de la ciudad descuidados, los almacenes públicos en el mayor desorden y confusión. El coronel se ha permitido abrir una tienda, donde se vende cerveza, además de otras mercancías, y él mismo servía bebidas contrariando las órdenes emanadas del ministerio de colonias» (61).

La oposición entre ambos fue bastante agria. El capitán Owen recibió órdenes del almirantazgo a través del comodoro Collier para que abandonara Africa y se dirigiera al mando de la fragata *Eden* rumbo a Suramérica. Levó anclas el 23 de Diciembre de 1829, exactamente dos años después de haber fundado Clarence. Nuevas actuaciones le esperaban en América del Sur y Canadá. En Enero de 1830 un informe de Owen esclarecía aún más la situación de Clarence. «Los negros estaban sometidos a trabajos forzados bajo Nicolls (62). Beecroft, más que un proveedor de la colonia, era un comerciante y un contratista. Tenía abierta una factoría, la única para los fernandinos, en la que se vendía un 300 por 100 más caro de lo que se debía» (63).

Un oficial del Cuerpo Real Africano era aún más explícito: «Es bien conocido que Mr. Beecroft comercia en la costa, que es un agente de Mr. Dillon y Cía. y que en este negocio él y el teniente Nicolls están asociados y que al teniente, como a empleado del gobierno, no le niega nada» (64).

Nicolls sin duda mostraba su preferencia por la comunidad fernandina. El y Beecroft tuvieron que sacar adelante una colonia que se debatía en la supervivencia por la falta de recursos. Clarence llegó a ser en efecto la factoría de Beecroft.

(58) Ibidem.

(59) Ibidem.

(60) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 59.

(61) Cf. BURROWS, E. H., págs. 198-99.

(62) Cf. Owen al Secretario de Estado sobre la situación de Clarence, 1-1-1830. C.O. 82/3.

(63) Ibidem.

(64) Cf. Smellic a la Oficina de Avituallamiento, 20-10-1831 y 23-11-1831. C.O. 82/4.

El trato con los africanos liberados y los sierraleonas tenía sentido para él por el hecho de estar como empleados en cortar árboles para la colonia y para el comercio con Inglaterra, es decir: para Richard Dillon, que al menos poseía dos barcos: el *Hope* y el *Alfred* (65).

A pesar de estas acusaciones, la gestión de Beecroft no tenía por meta enriquecerse. Se proponía salvar la colonia de la inactividad productiva y de su muerte. Beecroft fue un hombre realista, pero al mismo tiempo con pocos escrúpulos morales. Será la constante de su vida.

En Noviembre de 1830 Nicolls tuvo que viajar a Inglaterra por enfermo. Beecroft fue designado para el gobierno de la colonia. Se mostró muy hábil para negociar con los jefes de la costa vecina, de los que dependía en gran parte el suministro de la ciudad. Owen tuvo querellas con el Duque Ephraim de Calabar, hasta el punto de amenazar éste con rehusar toda provisión de alimentos a la isla. Beecroft realizó varias misiones de buena voluntad y las diferencias entre Ephraim y Clarence fueron resueltas.

Nicolls volvió en Agosto de 1831. A él le cupo acoger a Richard Lander en su casa, herido en su tentativa de subir por el Níger al interior de África (66).

6. LOS HERMANOS LANDER, DESCUBRIDORES DE LA DESEMBOCADURA DEL NIGER, EN BIOCO

Uno de los mayores descubrimientos geográficos de África fue sin duda el que realizaron los hermanos Richard y John Lander al comprobar que el Níger desembocaba en el Atlántico, entre las bahías de Benín y Biafra.

El poderoso Níger, conocido ya en su curso hacia el Este por la geografía de Ptolomeo, ocultaba a los geógrafos el lugar de su muerte: ¿el lago Chad o el Atlántico? Richard Lander participó primero con Claperton en la expedición de 1825-27 para descorrer el misterio del enigmático río, penetrando por Badagri, cerca de Lagos, caminando hasta Busa —en el Níger— y siguiendo hasta las ciudades de Zaria, Kano y Sokoto. Muchos murieron en la empresa, entre ellos Claperton, mientras el joven Lander pudo volver a la costa, estableciendo la ruta de Badagri hacia el interior (1827-28) (Fig. 14).

Es ahora cuando concibe la aventura de dejarse llevar por la corriente desde Busa hasta su desembocadura en el mar. En efecto, organiza con su hermano John Lander la expedición de 1830-31. Llegan a Busa, partiendo de Badagri y en una canoa descienden unos quinientos kilómetros hasta el delta y, siguiendo por el río Nun, pueden contemplar por fin las anchas aguas del Atlántico (67).

Esta hazaña de los jóvenes hermanos —que no es necesario describirla aquí— tuvo gran importancia para la historia de Clarence y para la isla de Bioco. La isla de Bioco fue considerada desde entonces como la llave del Níger, la base principal como punto de partida para penetrar en el interior de África a través del Níger. Clarence cobraba puntos a su favor en detrimento de Freetown (68).

Los hermanos Lander se dirigieron a Clarence después de su gran aventura

(65) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 67.

(66) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 99.

(67) Cf. HALLET, R.: *The Niger Journal of Richard and John Lander*, Londres, 1978.

(68) Cf. CURTIN, P. D.: *The Image...*, págs. 173-178.

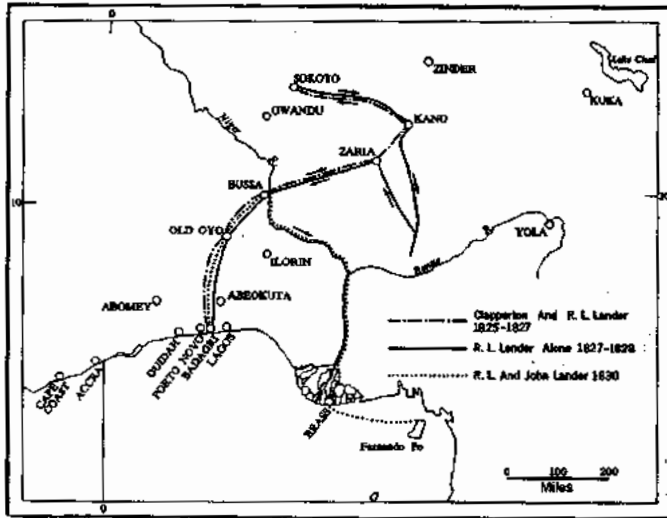


Fig. 14.—Esquema de las exploraciones del Níger de los hermanos Lander con indicación de su llegada a Bioco (Curtin, P. D. *Image...*, pág. 173).

para descansar y para hallar facilidades en su regreso a Gran Bretaña (Fig. 15). El 1 de Diciembre de 1830 escribían en su diario: «Por la tarde felizmente desembarcamos en Clarence-Cove, de la isla de Fernando Poo, donde fuimos muy bien acogidos por el superintendente en funciones, Mr Beecroft. [Como se dijo, Nicolls había ido a Inglaterra por enfermo.] Beecroft, como un caballero, nos proveyó de ropa y de todo lo que necesitábamos, haciendo cuanto estuvo de su parte por atendernos y procurarnos toda clase de bienestar. Guardaremos eterno reconocimiento a su bondad y amabilidad» (69).

Estuvieron en la isla de Bioco desde el 1 de Diciembre de 1830 hasta el 20 de Enero de 1831. Su estancia resultó muy valiosa por los detalles consignados en su diario sobre la ciudad de Clarence y sobre la isla. Más tarde en 1833, atraído por el Níger, volvería Richard Lander a emprender nueva hazaña, ésta más difícil que la anterior, de subir por el río hasta Busa. La cálida acogida de Beecroft contrastó con la fría y gélida de sus paisanos de Inglaterra. Únicamente los hombres de negocios con intereses en África se dieron cuenta del valor del descubrimiento para el futuro comercio. Entre ellos, un joven llamado Mac Gregor Laird. Este, juntamente con su hermano William, fueron los creadores de los buques a vapor con casco de hierro. Mac Gregor Laird y Richard Lander se propusieron la ascensión del Níger en los dos primeros buques de hierro que se lanzaron a la navegación marítima, el *Quorra* y el *Alburkah*. El experimento resultó un fracaso. Mac Gregor Laird volvió a Inglaterra después de estar en Bioco. Pero Richard Lander hizo un segundo intento de penetración, durante el cual fue herido de bala, al parecer por conspiradores del tráfico de esclavos que se oponían al comercio legítimo. Richard Lander tuvo que refugiarse en la ciudad

(69) LANDER, R. Y J.: *Journal...*, pág. 260.



Fig. 15.—Richard Lander, el principal explorador que murió en Bioco (Hallet, R. *The Niger...*, pág. 39).

de Clarence para su curación. No pudo ser salvado. El 2 de Febrero de 1834 moría en Clarence ante la consternación de Nicolls, de Beecroft y de toda la comunidad fernandina. Fue enterrado en el nuevo cementerio que se abrió junto a la cascada del Cónsul. Su tumba llegó a ser como algo inseparable de la personalidad de Clarence. Los marinos y comerciantes que arribaban al puerto consideraban un deber visitar su tumba y rendirle homenaje ante el monolito que la comunidad de Clarence le erigió (70) (Fig. 16). Al otro lado de la bahía de Clarence, en la pequeña playa de Goderich, ahora llamada de Blaybich, quedaron también enterrados los dos primeros barcos de hierro, el *Quorra* y el *Alburkah* (71).

(70) Cf. HALLET, R.: *The Niger...*, págs. 294-96.

(71) Cf. DAVIES, P. N.: *The trade Makers*, Londres, 1973, págs. 39-49. Cf. DIKE, K. O.: *Trade and P.*, pág. 62.



Fig. 16.—Tumba de Richard Lander en el cementerio de Clarence, junto a la cascada del Cónsul (Hallet, R., pág. 297).

Descripción de la ciudad

Con los hermanos Lander podemos ahora trasladarnos a la estación seca del final de 1830 y comienzos del 31 y contemplar a la pequeña ciudad de Clarence. Y la llamamos ciudad y no aldea o pueblo porque en ella se dan todos los elementos de la cultura urbana: gentes de diferentes regiones y países, contacto con pueblos de diversas naciones por medio del puerto, comercios, artesanías e industria maderera. Los hermanos Lander son testigos excepcionales, como exploradores y atentos observadores y por su estancia de dos meses de merecido descanso, esperando su retorno a Inglaterra (72). He aquí su descripción.

«El asta de la bandera que se izaba al principio en el extremo de Punta William (hoy de la Unidad Africana) ha sido trasladada ante la casa del Gobernador. Por eso ahora lo primero que atrae la atención es un edificio cómodo y espacioso rodeado de unas pocas palmeras. En él se ha instalado el hospital y a la verdad que no se le podía asignar un lugar más a propósito, pues recibe la saludable influencia de la brisa marina y está enteramente separado de las otras viviendas, precaución muy importante en un clima como el de Fernando Poo.

A poca distancia del hospital y dentro de una empalizada de estacas de madera, de forma redonda y techo cónico, y rodeado de otras chozas más pequeñas, se levanta el edificio que sirvió anteriormente de almacén de la colonia.

A estos edificios le sigue lo que podríamos denominar zona militar. Primero un barracón para la infantería de marina, después el cuartel de los oficiales y a continuación el cuartel del Real Cuerpo Africano. Todo cercado y, en medio de

(72) LANDER, R. Y J.: *Journal...*, págs. 292-96.

la zona, una pieza de cañón montado sobre su cureña, apuntando hacia la bahía (73). [Dicha zona militar se conservó hasta el momento en que se trasladó el cuartel a la carretera de Lubá, después de la Independencia].

En lugar prominente, que destaca de forma conspicua sobre el precipicio que da a la playa y al puerto, sobresale la casa del Gobernador, edificio amplio y vistoso (74). Se llega a él desde el mar, subiendo por una cuesta empinada y fatigosa de un centenar de pies de altura (75). Delante de la casa, como en actitud de mando sobre la línea de la costa y sobre el resto de la ciudad y el mar, se hace ostensible una batería de siete cañones, traídos últimamente por un barco de Su Majestad.

Entre estos edificios, que podemos llamar oficiales, destaca en primer lugar, dentro de la península y a corta distancia de la casa del Gobernador, el destinado para la Comisión Mixta que debe juzgar a los barcos negreros capturados, y que permanece todavía sin ocupar y con trazas de no verse nunca terminado (76).

Otras varias construcciones, edificios particulares y de casas comerciales, embellecen Punta William. Rodeados de algunos árboles dan al conjunto un aspecto agradable y pintoresco cuando se contempla desde el mar. Entre éstas podemos enumerar la casa recién terminada y bastante bien construida de Mr. Lloyd, negociante inglés, apoderado de Mr. Smith (77).

En esta parte de la ciudad, que podríamos denominar la city, residían: 1.º El superintendente y gobernador interino, y conocido generalmente con el nombre de capitán, Mr. Beecroft. 2.º El capitán Beatti, comandante del Portia, que hace de pontón en el puerto. 3.º El teniente Stockwell, con cinco o seis infantes de marina a sus órdenes. 4.º Un mulato, que es el oficial portaestandarte del Real Cuerpo Africano, y las dos compañías sierraleonas de que consta. 5.º Algunos carpinteros y dos artesanos de velas de barcos. 6.º Un mulato (John Scott), que hace el oficio de escribano o secretario de Mr. Beecroft. 7.º El negociante inglés Mr. Lloyd, apoderado de Mr. Smith, residente también en la colonia.

El barrio fernandino

Los negros liberados y los crumanes ascienden a unos 2.000. Viven en un barrio donde poseen pequeñas y pulcras cabañas, a poca distancia de la casa del Gobernador, construidas de madera y con el techo de hojas de palmera. Están muy bien cuidadas y tienen una pequeña huerta delante de ellas y en su parte trasera, donde cultivan maíz, bananas, pimientos, etc. Todos se ocupan sin descanso en limpiar y desbrozar el terreno. Actualmente forman dos estrechas calles, que se van prolongando día tras día por el continuo arribo de nuevos liberados. El trabajo principal de estos negros es el maderero, talando árboles y arbustos en las cercanías de la ciudad. Por ello la principal enfermedad que les afecta es el de las

(73) Actualmente desde la Punta hasta esta zona militar es sólo un paseo con jardines.

(74) La casa del Gobernador se transformó en lo que actualmente es el edificio de Audiencias de la Presidencia.

(75) La rampa del puerto a la ciudad, llamada «Cuesta de las Fiebres», se desviaba hacia la mitad hacia el Este, terminando frente a la casa del Gobernador.

(76) El único edificio con el que Inglaterra justificaba ante España su presencia en Bioco.

(77) LANDER, R. Y J.: *Journal...*, pág. 293.

úlceras de las piernas; dieciséis de ellos están actualmente en el hospital por esta causa (78).

Hay varias clases de maderas en la isla de Bioco. Entre ellas el oak africano, que crece en abundancia en George's Bay [Lubá], junto al mismo mar, madera satinada de las indias, ebony, lignum-vitae, palo amarillo, varias especies de caoba, además de otras maderas de naturaleza muy dura (79).

El mercado

Los recursos de la isla en punto a provisiones o bien están exhaustos o los nativos han determinado reservarse lo que necesitan para ellos. A los comienzos de fundarse el establecimiento, con satisfacción traían al mercado de todo lo que disponían, como habían hecho antes con la gente de los barcos que hubieran tenido la suerte de visitarlos. El mercado consistía en ovejas, cabras, gallinas de poca calidad y muchos ñames, prontamente cambiados por piezas de hierro de seis pulgadas de longitud. Con una pieza de hierro podía comprarse una cabra, tres o cuatro gallinas o un gran manojo de ñames de nueve kilos de peso.

Los nativos decían que había abundancia de bueyes salvajes en el interior, pero no se ha visto que hayan traído su carne al mercado de Clarence. Se sabe también que hay ciervos y gallinas silvestres [¿turacos?], gran número de monos, algunos negros y otros de color pardo. Los loros son asimismo innumerables y los nativos son aficionados a ellos, así como a los monos para comida. De igual modo hay muchas tortugas y gran variedad de peces.

Actualmente el stock del mercado carece de existencias y por ello las piezas de hierro han bajado de valor, con lo cual el abastecimiento depende en su mayor parte de Calabar y de los ríos cercanos. Esta deficiencia se ha remediado en gran medida con los cultivos de la huerta del gobierno.

El ansia de los nativos al principio por lo que se les ofrecía en el mercado era incontenible. Fue preciso una gran vigilancia para impedir que se lo llevaran todo. Pero es justo reconocer que los jefes actuaron, desde la fundación de la colonia, con gran diligencia para impedir cualquier depredación (80).

Los bubis

Los bubis no tienen ningún parecido con los demás negros que conocemos de la costa y del interior del continente. Su lengua es totalmente diferente a las demás. Generalmente hablando son de constitución atlética y robusta. Inofensivos y pacíficos y de buenas inclinaciones, aunque cada uno vaya armado con una lanza de ocho pies de larga de madera muy dura y con barbas en la punta. Aparecen además como raza sana y aun en los menos favorecidos por la naturaleza no se dan esas enfermedades tan comunes entre los nativos de Africa.

De la manera de aderezarse el cuerpo y la cabeza, destacamos: sus largas trenzas, que descienden hasta los hombros; el casquete, sobre la cabeza, con plumas de gallo y otras aves; los cuernos de carnero en el frontis, etc.

(78) LANDER, R. Y J.: *Journal...*, pág. 300.

(79) LANDER, R. Y J.: *Journal...*, pág. 308.

(80) LANDER, R. Y J.: *Journal...*, pág. 298.

Las piezas de hierro que compran en el mercado las pulen y las transforman en cuchillitos, que se colocan en la parte superior del brazo, sostenidos por un brazaletes hecho de fibras de mucho precio.

Montan en sus cayucos hasta diez y doce remeros. Utilizan un mástil y una vela, confeccionada esta última a modo de estera. Son generalmente exitosos en sus expediciones de pesca y los que se dedican a este modo de vida no cultivan la tierra. Por eso cambian su pescado por ñames y así las necesidades de los pescadores y de los agricultores están abastecidas.

En las primeras salidas de los colonos de Clarence al interior de la isla no consentían que nadie fuera a sus chozas o incluso que penetraran en su bosques o se acercaran a sus playas por el temor al pillaje de sus plantaciones. Actualmente los de Clarence pueden ir a cualquier parte de la isla sin que se les moleste.

Pueden verse sus cabañas en pequeños grupos, rodeados de espacios limpios de maleza, donde cultivan ñames en medio del inmenso bosque. Las cabañas están hechas con estacas firmemente hincadas en el suelo y el techo confeccionado con hojas de palmera. Parte de las paredes se completan con un revestimiento de una especie de trabajo de cestería. Su tamaño suele ser de 10 a 12 pies de largo (3 a 3,5 metros) por la mitad de ancho y cinco pies (1,5 metros) de altura. El menaje interior consiste en unas tablas largas y anchas, levantadas del suelo unas pulgadas y un poco inclinadas para dormir.

El jefe más relacionado con Clarence recibió del capitán Owen la temible apelación de Cut-Throat, Corta-cabezas, lo que quiere decir «un valiente», nombre por el que será conocido mientras viva. Ha recibido innumerables presentes de los ingleses, como clotes y variedad de objetos, y todos los ha rechazado. El va, como es lo común, con un pequeño sombrero rematado en penacho de plumas y anchas hiebras en la cintura. Lo cual no es de extrañar en un clima como el de Fernando Poo, hasta el punto que todos desearíamos ir como ellos, fuera naturalmente de embadurnarnos el cuerpo con barro y aceite (81).

Los nativos, actualmente, visitan con frecuencia la colonia. Sin embargo, la justicia la administran entre ellos mismos en las contiendas con los colonos. Ocurre a veces que los de Clarence, por la escasez que encuentran de alimentos cárnicos y cansados del eterno arroz, se aventuran a hurtar lo que los nativos no quieren o no pueden vender. Para esta clase de hazañas se reúnen en bandas que se dirigen secretamente a sus poblados, internándose en sus tierras para robar ñames, cabras, carneros y todo lo demás que pueden atrapar. El infortunado propietario, desposeído de lo suyo de modo alevoso, no tarda en acudir a la colonia para querrellarse ante el gobernador. Entonces se hace desfilar a los negros ante el demandante y se le permite señalar a los ladrones, siempre que esto sea posible. Si el nativo llega a reconocerlos, lo que sucede con frecuencia, se le permite asistir al castigo que se le inflige al culpable y, por lo común, se le indemniza de las pérdidas.

El domingo siguiente a nuestra llegada una banda de cuatro crumanes se fueron hacia el interior con la intención de robar sin atender a las posibles consecuencias. Bien pronto salió por el camino una cabra que pertenecía a un nativo. La mataron y regresaron ocultamente para no ser descubiertos. Pero todas sus precauciones resultaron inútiles. A la mañana siguiente se presentó el dueño, acompañado de un grupo de amigos. Formuló con toda energía su acusación

(81) LANDER, R. Y J.: *Journal...*, págs. 302-305.

contra la banda de ladrones, a quienes, por lo que dio a entender, conocía perfectamente. Se hizo comparecer a los crumanes y los cuatro que habían participado en el robo fueron señalados por los nativos en medio de estentóreos gritos de triunfo.

La justicia actuó al momento. Cada uno de los cuatro crumanes culpables recibió 150 latigazos dados por el tambor africano, empleado generalmente para este oficio de verdugo. Los demandantes permanecieron allí para cerciorarse que el castigo se cumplía debidamente. Los ojos les brillaban con alegría feroz, contando los golpes que recibía cada uno de los pacientes. Cuando se llegó al último latigazo explotaron de satisfacción.

Escenas tan tristes tienen lugar en el patio del cuartel, entre las casas de los oficiales y el hospital. Se ata al culpable a una especie de horca, levantada a propósito. Dos fuertes maderos de siete a ocho pies de altura están clavados en el suelo, a unos cuatro pies de distancia uno de otro. Los unen dos palos travesaños, uno arriba y otro abajo, éste a poca distancia del suelo. Se atan, pues, las manos del paciente a los extremos del travesaño superior y las piernas al travesaño inferior. El instrumento de suplicio es un látigo terminado en cuatro correas.

La anarquía más completa reinaría si los mencionados castigos no reprimieran la irresistible inclinación al hurto de toda esta población. Y no habría tan poca seguridad para los colonos, pues, viendo los nativos, todos los días, invadidas sus moradas y arrebatadas sus propiedades, no pudiendo reprimir por ellos mismos este diluvio de calamidades, tomarían la justicia por su mano y se verían obligados a entrar por la fuerza en la colonia, degollar a los que pudieran de sus habitantes y expulsarlos del país (82).

Sin duda se mantenía el recuerdo de lo que había sucedido varias veces tanto en Freetown como en la colonia americana de Liberia.

Importancia de la isla de Bioco

Los hermanos Lander sentían la euforia del descubrimiento realizado. Al mismo tiempo resaltaron la importancia de la isla de Bioco en relación con el golfo de Biafra y los países vecinos hasta el corazón de Africa. Una extensa parte del interior de Africa ha quedado abierta al mar comunicada por el gran río. Un formidable comercio se ofrece por todo el país recorrido por nosotros. Bastará que los nativos conozcan lo que nosotros necesitamos de ellos y lo que a su vez nosotros podemos ofrecerles a cambio. Las riberas situadas a los lados del Níger serán frecuentadas por todas las naciones adyacentes y este magnífico río asumirá una apariencia que nunca hasta ahora ha tenido. Los botes y sobre todo el barco de vapor, el más grande invento de la mente humana, penetrarán hasta el corazón de Africa. Y Fernando Poo llegará a ser la base de importancia grande para este comercio.

Tales ideas suscitaron en Inglaterra un gran movimiento hacia la penetración comercial en el interior de Africa, hasta entonces limitado a la costa. Y de nuevo surgirá la polémica sobre dónde ubicar el centro de la acción inglesa: ¿en Freetown o en Clarenc?

(82) LANDER, R. Y J.: *Journal...*, pág. 312.

7. LA POLÍTICA DE NICOLLS Y LA DECISION DEL COMITE PARLAMENTARIO DE INGLATERRA DE TRASLADAR LA CAPITALIDAD DE FREETOWN A CLARENCE

Nicolls y Beecroft son dos figuras esenciales para entender la historia de Africa Occidental en el siglo pasado. El gobierno británico no tenía otra política en estos años que la meramente comercial: intercambiar productos que favoreciesen los intereses de la industria. Nicolls inicia en Africa una política que terminará en el Africa colonizada por Europa. Su ideal es la «regeneración» de Africa; su ilusión, convertir la colonia de Clarence en el «modelo» de esa regeneración. En el programa, Nicolls es el idealista; Beecroft, el pragmático. Ambos, con su actuación, comienzan a conformar la personalidad del fernandino en parámetros occidentales. La comunidad fernandina estaba sometida a ellos; podían obrar sin limitación alguna, incluso bajo la coacción. Su proyección idealista se extendía hasta los bubis y en su propósito hasta los pueblos del Sur de Nigeria y el Camerún. Por eso Nicolls favoreció el asentamiento de nuevos fernandinos, sin amilanarse por las dificultades que esto supondría y de las que ya tuvo experiencia el capitán Owen.

Los hermanos Lander calcularon, como hemos indicado, al final del año 30, en 2.000 la cifra de los asentados. Es decir, que Nicolls había permitido asentar en el corto tiempo de unos meses a 1.300 (83). En realidad, a la Escuadra Africana del Almirantazgo le era más fácil dejar a los negros liberados en Clarence que el trasladarlos a Freetown, con todos los inconvenientes de su cuidado durante un largo viaje. A pesar de las protestas de Freetown y de la Administración británica, Nicolls logró una comunidad respetable de negros liberados, la mayoría de ellos, ibos de Nigeria, o de los llevados a Calabar desde las montañas del Camerún.

Nicolls los separó del grupo de los sierraleonas, a los que consideraba viciosos, y del otro grupo de los crumanes, trabajadores eventuales, en los que no podía imprimir su modelo de regeneración, al tener que volver a su tierra terminado su contrato (84).

El español Marcelino Andrés, uno de los grandes viajeros del pasado siglo, después de su estancia de más de un año en la corte de Dahomey, visitó la isla de Bioco en marzo de 1831, de paso para América. No obstante su brevísima estancia de sólo un día y dos noches, recogió la impresión que le produjo la política de Nicolls. «Los ingleses —dice— hacen grandes esfuerzos para que los habitantes cultiven el café, el tabaco, el azúcar, el añil, que hacen tan rápidos progresos como en las islas inmediatas [de Príncipe y Sao Tomé] (85). Cultivos que indudablemente Marcelino Andrés refiere de los fernandinos.

En un comunicado al secretario, W. Hay, del Colonial Office, Nicolls le expresaba que los negros liberados trabajaban doce horas al día en cortar árboles y que había rehusado tomar responsabilidad sobre la provisión de su ración alimenticia para no cargar el erario (86). Y el 6 de Febrero de 1832, Beecroft le escribía a Ellen

(83) El tema de la regeneración de Africa es común por estos años entre las sociedades cristianas y filantrópicas de Inglaterra.

(84) Cf. Report of Select Committee. P. P., I, 1830 (661), vol. X. Cf. Nicolls a Hay, 23-9-1831. C.O. 82/4.

(85) Cf. MARCELINO ANDRÉS: *Relación del viaje de Marcelino Andrés por las costas de Africa...*, Madrid, 1932, pág. 168.

(86) Cf. Nicolls a Hay, 1-9-1830. C.O. 82/3.

Nicolls, casada con Mac Gregor Laird: «El stock de los alimentos va creciendo. Tendremos abundancia de puercos y pollería en uno o dos años. Te agrada ver el confort en que vivirán estas pobres criaturas de negros liberados. Tienen ya 300 cabañas con huerta cada una y un patio para gallinas y cerdos» (87).

Sin embargo, no le sería fácil a Nicolls y Beecroft mantener esta forma de vida a base de trabajo prácticamente forzado en los recién liberados. Les pagaban seis peniques por día. No les permitían excursiones al interior de la isla. Los terrenos adjudicados para el cultivo eran inspeccionados y registrados según la labor realizada.

La colonia, al menos económicamente, progresaba. Por otro lado, el puerto comenzó a tomar un gran auge, como puerto comercial, además de servir de base a la Escuadra Africana contra el tráfico de esclavos, que en esta década aumenta, solicitados por la industria azucarera de Brasil y Cuba. La entrada al río Bonny, principal río del aceite, era dificultosa por los bancos de arena en su embocadura; los barcos que comerciaban el aceite de palma se veían obligados a permanecer hasta un mes para arreglar sus negocios con los jefes. Muchos barcos anclaban en Clarence y enviaban pequeñas embarcaciones a las arenas de Bonny. Los barcos además podían ser reparados en el magnífico puerto de la ciudad de Clarence (88). Nicolls inició intervenir como moderador en los múltiples conflictos entre comerciantes y los jefes negros, intervención que continuarán más tarde los cónsules británicos. Los jefes negros jugaban al doble comercio: al del aceite de palma y al de los esclavos. Como este último les era más rentable, los comerciantes del aceite sufrían continuas vejaciones. Nicolls elevó un memorándum al Gobierno en 1830, proponiendo un medio más eficaz para terminar con el tráfico de esclavos que el del simple apresamiento de los barcos negreros.

«Hay un medio para destruir la trata de esclavos, que es introduciendo un sistema de comercio liberal y bien regulado en la costa africana. Al presente el africano depende principalmente del comercio de esclavos para abastecerse de artículos manufacturados. Los individuos dedicados a este comercio son los más infames y sin principios que pueden conocerse. Pagan siete u ocho libras por pieza [por esclavo] y la venden a setenta, ochenta o cien libras. A un jefe le pregunté por qué vende esclavos, cuando pueden rendirle más con su trabajo. El jefe me respondió: «Si me lo demuestras, lo haré». Le interrogué. «¿Cuánto aceite puede recolectar un hombre durante la estación de la cosecha?». Entonces le hice ver que la tonelada y media de aceite podía venderla a once o doce libras. Pero el jefe replicó indicando la dificultad de que los esclavos trabajaran y la venganza de los negreros que quemarían sus poblados» (89).

Nicolls propuso una y otra vez que debían celebrarse tratados y alianzas con los reyes negros de la costa para que abandonaran el comercio de esclavos. Sugirió al gobierno el llevar a cabo «un encuentro de los jefes de Bimbia, Camerún, Malimba y Bonny, a quienes yo he propuesto celebrar aquí, en Clarence, una asamblea para formar una liga defensiva contra los barcos esclavistas y piratas» (90). De hecho,

(87) Cf. Beecroft a Ellen Nicolls, 6-2-1832. Cit. en SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 67.

(88) Cf. Nicolls a Hay, 3-7-1832. C.O. 82/5.

(89) Cf. BUXTON, T. F.: *The African Slave...*, pág. 410.

(90) Cf. Nicolls a Hay, 30-1-1832. C.O. 82/5. De hecho los tratados fueron más tarde el medio definitivo para suprimir la trata: el primero con el rey de Bonny en 1839 y después con los otros jefes en los años cuarenta, tratados llevados a cabo por Beecroft.

los tratados fueron más tarde el medio definitivo para suprimir la trata. El primero se realizó con el rey de Bonny en 1839 y después con los otros jefes en los años 40, tratados que fueron el resultado de las acertadas gestiones de Mr. Beecroft (91).

«Tres botes de vapor —proclamaba Nicolls— podrían hacer más que la Esquadra que hemos de mantener aquí. Se suprimiría el tráfico en dos años. Pero si este plan no se adopta tendremos que pagar más y más por los africanos liberados hasta el fin de los tiempos, sin recibir ningún beneficio por estos gastos» (92).

Lo que parecía ignorar Nicolls es que tales esclavos liberados no eran tan liberados, sino utilizados por los terratenientes ingleses de las ricas plantaciones del Caribe, a donde llegaban a través de Freetown sin necesidad de servirse de barcos negreros. No era un juego muy limpio el de robar esclavos a los barcos negreros para depositarlos como esclavos en las antillas inglesas (93). Nicolls se había enfrentado a este juego. Por eso cayó él y cayó la ciudad de Clarence.

La polémica sobre la supervivencia de Clarence se inició, como en una triste paradoja, cuando el comité del parlamento inglés para las cuestiones africanas y de la trata propuso que Clarence debía reemplazar a Freetown.

«El comité del parlamento en 1830, bajo Joseph Hume, llegó a la conclusión de que Fernando Poo había de ser el centro futuro de la acción británica en el Africa Occidental» (94).

Tal propuesta suscitó una viva polémica en la que en el fondo se enfrentaron los intereses de Freetown y de los terratenientes del Caribe con los comerciantes del aceite de palma del golfo de Biafra y las ideas de Nicolls. La polémica terminó en el abandono de Clarence por el gobierno británico.

Todo cabe en una polémica sobre todo si sale a la palestra de los periódicos y de la conversaciones populares. El *Times* se mostró al principio por la capitalidad de Clarence, pero a lo último vencieron en él los partidarios de Freetown (95). La economía de las Indias dependía de la mano de obra negra. El antiesclavismo necesariamente constituía un daño para los intereses de la Indias del Caribe. Fernando Poo añadía a Sierra Leona su pujante comercio. En defensa propia, los economistas de las Indias comenzaron a extender reportajes desfavorables a Fernando Poo y a oponerse a su adquisición España (96).

En la resolución final del debate influyó indudablemente España con su negativa a entregar sin ninguna recompensa la propiedad sobre la isla de Bioco, que había adquirido de Portugal, desprendiéndose de una isla tan rica y estratégica como la de Santa Catalina, en el actual Brasil. España ofrecía la isla a cambio de 100.000 libras esterlinas (97), que el Gobierno Británico no quiso aceptar. Probablemente un sacrificio demasiado oneroso para el erario, cuando muchos eran ya partidarios del abandono de Clarence (98).

(91) Cf. DIKE, K. O.: *Trade and...*, pág. 66.

(92) Cf. BUXTON, T. F.: *The African Slave...*, pág. 411.

(93) Cf. USERA, J.: *Memoria...*, pág. 11.

(94) P. P., 3-9-1830, vol. X (661). Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 70.

(95) Cf. *Times*: 9-3-1830, pág. 3; 29-3-1830, pág. 2; 15-4-1830, pág. 3; 21-6-1830, pág. 3; 15-10-1830, pág. 3; 7-8-1832, pág. 3; 8-8-1832, pág. 1.

(96) Cf. DIKE, K. O.: *Trade and...*, pág. 58.

(97) Cf. DIKE, K. O.: *Trade and...*, pág. 57.

(98) Cf. Palmerston a Zea Bermúdez. P. P. Slave Trade, 13, Correspondance with Foreign Powers (clas B) 1831-32, vol. II, Spain. Las propuestas y contrapropuestas entre España e

Las acusaciones contra Clarence salpicaron al mismo Nicolls y a Beecroft. En 1830 el establecimiento había supuesto al erario 10.000 libras esterlinas y en 1831, 18.000 (99). Se envió un agente para investigar supuestas irregularidades en tales gastos (100). Se le acusaba a Nicolls de utilizar su posición de superintendente para ganancias privadas, relacionadas con la casa Dillon, así como a su subordinado, John Beecroft, y al agente de éste, John Scott (101). Se le acusaba además de no permitir el libre comercio con los bubis, acusación presentada por John Smith, a quien Nicolls había desposeído de su comercio. Nicolls se había interesado mucho por los bubis. Había construido su mansión entre ellos, cerca del pueblo bubi de Basilé (102). Intervino en sus contiendas, pretendiendo poner paz en la isla, no siempre con los resultados que él deseaba, de modo militar, como nos indicará más adelante John Clarke (103). Quería evitar los abusos que con ellos cometían comerciantes sin escrúpulos. Entre ellos, el comerciante de Sierra Leona, John Smith, quien, unido al agente de Liverpool, John Lloyd, traficaba entre la isla, Bimbia, Calabar y Camerún, por medio de la pequeña goleta *Martha*. Nicolls prohibió este comercio, nombrando a Beecroft como el único a quien debían vender los bubis el aceite para la exportación. John Smith fue expulsado de la isla, acción por la que sería juzgado más tarde en Londres (104). La casa de Thomas Tobi de Liverpool recurrirá también al Gobierno contra Nicolls, obligándole a revocar tal prohibición (105).

Nicolls y la isla habían caído en desgracia. La Cámara de Comercio, que en Julio de 1831 se había dirigido al gobierno pidiendo la intervención ante España para obtener la propiedad sobre la isla (106), se mostraba en 1832 mucho más reticente. Los comerciantes de Liverpool estaban descontentos por el control que se pretendía ejercer desde la isla sobre los usos y abusos de sus gestiones con los jefes en la costa.

Como consecuencia ya desde principios de 1832 se recorta el presupuesto para Clarence. Se ordena reducir el número de los asentados, de los crumanes y de los pescadores. Las personas de Sierra Leona que no habían recibido ninguna provisión desde Marzo de 1831 a 1832 debían volver a Freetown (107). Asimismo los europeos no necesarios debían regresar a Inglaterra. Nicolls vio en todo esto la mano de Mr. Mac Auley, gobernador de Sierra Leona. Cuando, por último, la colonia de Clarence tuvo que retirarse, la exclamación de Nicolls fue ésta: «Mr. Mac Auley ha triunfado en arrojarnos de la isla» (108).

Inglaterra llenarían un volumen: cf. SCOTTER, W. H.: *International Rivalry in the Bights of Benin and Biafra 1815-85* (tesis de doctorado), Universidad de Londres, 1933, págs. 180-260.

(99) Cf. Stewart a Hay, C.O. 82/3. De la Tesorería a Hay, C.O. 82/4.

(100) Cf. Hay a Nicolls, 1-8-1832. C.O. 325/37.

(101) Cf. Smellic a los Comisarios, Oficina de Avituallamiento. C.O. 23-11-1831. C.O. 82/4.

(102) Cf. NAVARRO, J.: *Apuntes...*, pág. 87.

(103) Diario de John Clarke, II, pág. 540. V. pág. 239.

(104) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 65.

(105) Hay a Nicolls, 25-4-1832, C.O. 82/11.

(106) Cf. La Cámara de Comercio al Colonial Office, 2-2-1831. C.O. 82/4. Cf. Dillon a Goderich, 26-6-1831. C.O. 82/4.

(107) Cf. Hay a Nicolls, 12-1-1832. C.O. 82/6.

(108) Cf. Nicolls a Hay, 9-9-1833. C.O. 82/6. Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 59.

8. INGLATERRA ABANDONA CLARENCE

El 29 de Agosto de 1832 se expidió la orden al coronel Edward Nicolls para que él y toda la colonia inglesa abandonara la isla de Bioco. La orden no le llegó hasta el 21 de Enero de 1833. Había triunfado Freetown sobre Clarence. Los dos motivos que se adujeron para este abandono fueron el costo de Clarence y la insalubridad de su clima. Sobre lo primero podía haberse resuelto abandonando Freetown, y sobre lo segundo influyó un informe del almirante Warren (109).

La consternación que produjo la orden al grupo de comerciantes del aceite de palma en el golfo de Biafra fue enorme. Richard Dillon ya había protestado ante Lord Goderich, indicando que la compra u ocupación de la isla «sería la protección del comercio británico que se realizaba en Africa y daría más confianza a los capitalistas británicos en su empeño por llevar el comercio al interior de Africa» (110).

Las cifras eran elocuentes; desde que se había fundado Clarence se había triplicado el comercio:

| | | | |
|-----------------|------------------|------------------|------------------|
| 1827 | 1828 | 1829 | 1830 |
| 92. 246 galones | 126. 553 galones | 179. 946 galones | 213. 477 galones |

El volumen del negocio del aceite de palma representaba 500.000 libras esterlinas.

Esto era muy claro para Nicolls, Mac Gregor Laird y la aristocracia de los comerciantes. Pero los amigos de Sierra Leona temían que el éxito de la isla de Bioco podía significar la muerte de Freetown (111).

Veinticuatro casas comerciales firmaban un documento de protesta. Avisaban también que el abandono de Clarence significaría para la isla el convertirse en un nido de piratas, amparados bajo el pretexto de estar en una isla de España, a la que ésta por otro lado no podía vigilar (112).

Todas estas advertencias hicieron probablemente que Nicolls se decidiera a vender las propiedades del establecimiento del gobierno a la empresa de Richard Dillon de Londres y que fuera precisamente John Beecroft el que se encargara de dicha empresa en lo que quedara de la ciudad de Clarence, como continuador de su obra. Beecroft, al aceptar, salvó la ciudad.

Por su parte, Nicolls se tomó la decisión del gobierno con mucha flema y no volvió a Londres hasta el año 1835.

Acercas de la insalubridad de la isla de Bioco, nadie estaría conforme con las apreciaciones del almirante Warren. Era un informe evidentemente interesado. Se podía decirse que la isla no era tan sana como se pensó antes de su fundación. La malaria podía ser tan endémica como en cualquier otra parte de Africa, pero las condiciones climáticas de la isla, por las brisas marinas y por su altura, hacían de ella el lugar ideal para todo el Africa Occidental.

Los estudios del doctor Bryson, jefe de la Estación Médica de la Escuadra

(109) Cf. Hay's Memoir, 8-2-1833. C.O. 325/37. Cf. Goderich a Nicolls, 29-8-1832. C.O. 82/11.

(110) Cf. DIKE, K. O.: *Trade and...*, pág. 57. Cf. Dillon a Goderich, 25-6-1831. C.O. 82/4.

(111) Los comerciantes al Colonial Office, 8-1-1833. C.O. 82/6.

(112) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 74.

Africana, permiten ver con claridad que la posible fama de insalubridad respecto al resto del Continente se debió al hecho de contar con el único hospital que había en la zona, a donde acudían los enfermos de los barcos que contraían la malaria fuera de la isla. A ello habría que añadir la epidemia de la fiebre amarilla del año 1829, que provino del viaje a Sierra Leona del capitán Owen, y que diezmo a la población.

El hospital de Clarence, en el que ingresaron en 1831 380 enfermos, tuvo además la mala fortuna de estar encomendado a un médico, cuyo método de curación era francamente pernicioso. Las continuas purgas y sangrías agravaban más la enfermedad que la curaban. De él dice el doctor Bryson: «Un tratamiento tan fuerte de purgas y sangrías no hace sino aumentar el horror a la enfermedad y sembrar la fama para la isla de un sitio pestilencial. Está demostrado que tal cantidad de sangrías es contraproducente, aunque se tomen las dosis convenientes de quinina (113). Será precisamente en la isla donde más tarde el doctor Hutchinson descubrirá de forma definitiva el valor de la quinina como remedio preventivo, tomada diariamente, con lo que se abrió una nueva era para la salud en Africa.

Nicolls ordenó evacuar la colonia en Febrero de 1833. Despachó primero a las personas más costosas de mantener, reservando a los crumanes trabajadores para la última partida. Cerca de 220 quisieron permanecer en la ciudad de Clarence, de los que unos 100 eran hombres, alentados probablemente a quedarse por Nicolls y Beecroft. Los que fueron a Sierra Leona, al llegar se quejaron de que sus casas eran mejores en la ciudad de Clarence; sin duda la añoraban. En Abril dióse por concluida la presencia oficial británica.

Pero Nicolls aún seguía en Clarence y pudo escribir al Ministerio de Colonias que a los 220 hombres había que añadir 189 esclavos liberados que habían desembarcado del *Trínculo*. El almirantazgo no había dispuesto nada sobre ellos y, por consiguiente, los había colocado en la ciudad y los había dedicado a los cultivos del maíz, ñames, etc., para su futura subsistencia. Los comisarios de Freetown eran partidarios de que se trasladaran todos a Sierra Leona, pero el almirantazgo replicaba que no había barcos para transportar a toda la población. El 25 de Agosto de 1835 aún seguía presionando el ministerio de colonias, exigiendo la evacuación de todos los liberados. El almirantazgo, a quien se había encomendado esta operación, respondía que el traslado costaría 2.660 libras y si el Foreign Office estaba dispuesto a cubrir tales gastos (115). La comunidad fernandina, aunque menguada, pudo hacer realidad la continuación de Clarence.

Nicolls partió en Abril para Londres. Allí tuvo que enfrentarse con los cargos de que era acusado. Por ellos fue arrestado durante dos meses en la prisión de Fleet. La principal causa del arresto fue su comportamiento con el comerciante John Smith, a quien prohibió su actividad comercial y expulsó a Sierra Leona, un atentado contra la libertad de comercio.

Después obtuvo el rango de General Mayor y en 1850 el título de Caballero (116). Permanció en Londres, siempre atento a prestar sus consejos a quienes,

(113) Cf. BRYSON, A.: *Report of...*, págs. 68-73.

(114) Cf. Nicolls a Hay, 2-4-1834. C.O. 82/7. Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, págs. 67-68.

(115) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 70.

(116) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 76.

como él, deseaban lo mejor para Africa y para su querida ciudad de Clarence, de la que nunca se desligó.

Con la marcha de Nicolls vamos a asistir a un fenómeno singular y nada común en la historia de las colonias. El pequeño grupo de fernandinos que decidió quedarse, aumentado con los nuevos asentamientos, tendrá que desarrollarse por sí mismo, sin vínculos con ninguna metrópoli. Ninguna nación contribuirá a su desarrollo ni tendrá un presupuesto para esta colonia, ni siquiera en su defensa, hasta el año 1858. Ella tendrá que desarrollar su propia vida y su propia cultura y generar sus propios recursos conforme a su creatividad e iniciativa, auxiliada por el liderazgo de Beecroft y la acción misionera de los baptistas. Y ésta será la mayor gloria de la comunidad fernandina.

CAPÍTULO IV

CLARENCE, CIUDAD INDEPENDIENTE (1835-1843)

1. LOS FERNANDINOS FORMAN SU PROPIA COMUNIDAD Y SU PROPIA CULTURA

Esta nueva etapa en la historia de la ciudad de Clarence comienza cuando Nicolls parte para Inglaterra en abril de 1835 y deja en su lugar a John Beecroft. En ese momento se da por concluida efectivamente la evacuación de la colonia según la orden dada el 29 de agosto de 1832. Pero Nicolls permitió que otros 189 esclavos liberados se unieran al pequeño núcleo de 222 que se habían opuesto a marchar a Freetown. Nicolls, por lo tanto, había dado la pauta para que no muriese la ciudad de Clarence. Y esta pauta la siguió el almirantazgo que, en contra de las disposiciones del ministerio de colonias, siguió acrecentando la ciudad renacida con nuevos asentamientos.

La población

En septiembre de 1835, según el censo de Beecroft, se calculaba que la comunidad de Clarence se componía de 500 a 600 personas (1). A la comunidad anterior había que añadir ahora los muchos negros de la costa continental, algunos del interior de Nigeria, enrolados en las expediciones al Níger, y otros de barcos anclados en el puerto, que se sintieron atraídos por este enclave fernandino. No disponemos de nuevas estadísticas hasta la llegada de los primeros misioneros baptistas, John Clarke y el doctor Prince, en 1841. Según ellos, en abril de 1841, la población de Clarence se elevaba a 873. «Hemos preparado un censo recorriendo casa por casa y preguntando por su nacionalidad» —dicen los misioneros—. El resultado de su gestión fue como sigue (2):

Censo de abril de 1841

| | | | |
|------------------|-----|-----------------------------|-----|
| casas: | 178 | niños (menores de 15 años): | 149 |
| varones adultos: | 468 | niñas: | 109 |
| mujeres: | 155 | total: | 873 |

(1) Cf. BUXTON, T. F.: *The African Slave...*, pág. 538.

(2) Cf. *The Missionary Herald*, 18-7-1841, pág. 98.

Por nacionalidades:

| | | | |
|--------------|----|---------------------|-----|
| Sierra Leona | 18 | Hausa | 8 |
| Mandingo | 1 | Nyfe | 1 |
| Jalofo | 2 | Calabar | 46 |
| Cabo Costa | 6 | Bimbía | 25 |
| British Acra | 3 | Camerún | 53 |
| Liberia | 4 | Moco | 29 |
| Brass | 1 | Muni | 6 |
| Popo | 1 | Congo | 26 |
| Iddah | 2 | Príncipe | 9 |
| Appa | 5 | Sao Tomé | 11 |
| Aku | 18 | USA (negros) | 6 |
| Bidje | 1 | Nativos de Clarence | 158 |
| Cabo Luhou | 6 | Costa Kru | 192 |
| Eboe [ibos] | 93 | Ingleses | 5 |
| Otano | 5 | Escocés | 1 |
| Gouru | 1 | Holandés | 1 |
| Vy | 1 | | |
| | | Total: | 873 |

Si exceptuamos los residentes eventuales: bubis, crumanes y europeos, que suman 307, los propiamente fernandinos alcanzan la cifra de 566, de los cuales son nigerianos 139, como el grupo más numeroso, y de éstos, 93 ibos. Los nacidos en Clarence, y por lo tanto de origen fernandino, son ya 158. Adviértase la presencia de habitantes del Muni, tal vez bengas o combes. También la presencia de hausas, que ya en los inicios de la ciudad acudieron a ella movidos por su espíritu comercial. Los saotomés de estas primeras migraciones reciben nombres ingleses (3), por lo que pueden considerarse integrados en la comunidad fernandina. De los 115 bubis residentes en Clarence, señala John Clarke, que «están como sirvientes y como pescadores o conductores de cayucos» (4). Los cinco ingleses son: John Beecroft, William Lynslager, su hermano Elías y los misioneros Clarke y Prince. El holandés es Thompson, agente de la Compañía del Africa Occidental y el escocés probablemente Mr. White, agente también de la Compañía.

La población de la ciudad se mantiene en las referidas cifras con débil aumento hasta el término de esta etapa en 1843. Podríamos decir que en 1841 concluyeron las aportaciones de nuevos esclavos liberados.

La sociedad fernandina

El estudio de la sociedad fernandina es uno de los más apasionantes en la historia de las culturas. La tesis de Sundiata (5) gira en torno al proceso cultural, que comienza con la reunión de unos esclavos liberados, de gran pluralidad de

(3) Cf. MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 22. V. pág. 203.

(4) Cf. M. H., 18-10-1841, pág. 148.

(5) SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos: Labor and Community in Santa Isabel de Fernando Poo, 1827-1931*, Northwestern University, Evanston, 1972.

etnias, los cuales, integrándose en una sociedad, generan nuevas pautas culturales, que dan por resultado la denominada cultura «criolla», es decir, una cultura «nueva», de tronco africano en el que se ha injertado la cultura occidental. Actores de esta cultura «nueva» son los fernandinos, que pueden ser considerados a la vez africanos y europeos. Un ejemplo para la futura humanidad en que por fin se dé un solo árbol con injertos de todas las culturas.

Pero el proceso no fue nada fácil. Creemos que la característica principal del proceso estuvo en que se desarrolló por sí mismo, al contacto con algunos europeos, una vez que, al abandonar Inglaterra a Clarence, dejó Nicolls como sucesor suyo a Beecroft, el cual nunca actuó en nombre de Inglaterra o de sus consignas y tuvo desde el principio a su lado a un sierraleona como dirigente, John Scott.

La comunidad fernandina tuvo además la suerte de recibir en su seno a un misionero de la talla de John Clarke, a quien siguió Mr. Sturgeon, quienes con sus compañeros de misión modelaron el alma fernandina en la cultura nueva y el cristianismo.

Alrededor de estos dos núcleos, a veces enfrentados, lo social, económico y político en torno a Beecroft y Scott y lo cultural, moral y religioso en torno a los misioneros, cristalizó la nueva cultura criolla, diferente en muchos aspectos de las otras culturas criollas.

Hay una primera etapa, de 1835 a 1841, en que el proceso se inicia y se va formando bajo el liderazgo de Beecroft y de Scott, antes de la llegada de los misioneros. Lynn reconoce al inicio de esta etapa cuatro elementos en la sociedad fernandina, como cuatro grupos que ejercen una función distinta en el conjunto.

El primer grupo, la clase aristocrática, la forman los sierraleonas y los de Cabo Costa (Ghana), esclavos liberados que en Freetown y Cabo Costa adquirieron ya cierta cultura criolla. 22 vivían todavía en 1845 con 36 niños.

Una segunda categoría la conforman los liberados en Clarence, que ascendían a la mitad de la población, entre ellos 93 ibos, el grupo étnico más numeroso.

El tercer elemento está constituido por los que después de la retirada inglesa fueron asentándose en la ciudad de Clarence, atraídos por las oportunidades que hallaban en la ciudad: negros americanos, del Caribe, de Acrá, Calabar, Camerún, etc.

Y un cuarto elemento, los transeúntes trabajadores como los crumanes o isubu empleados por la Compañía que no regresaban a su país después de terminado el contrato.

La mayoría de los fernandinos, los africanos liberados, llegaron a Clarence desorientados, destruida su personalidad, su identidad y su modo tradicional de vida. Aquí, en Clarence, fueron sometidos a trabajos forzados, primero por Nicolls y Beecroft y después por la Compañía del Africa Occidental, que tuvo por efecto el aliarse y amalgamarse bajo el denominador común de la protesta (6).

En realidad el proceso de integración se verificó en gran parte porque los recién llegados servían en calidad de aprendices a los ya establecidos en la ciudad, alcanzando su nuevo status a medida que se integraban. El censo de Beecroft de 1835 señalaba 44 de los fernandinos que poseían sirvientes o aprendices (7). Se constituyó una sociedad en pirámide, en cuya cúspide estaban los más antiguos, los sierraleonas, y en su base los recién allegados.

(6) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, págs. 156-58.

(7) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 174.

Veamos ahora alguna de las personalidades de la cúspide:

John Beecroft.—A John Beecroft le llamaban «el capitán» por su actuación con Nicolls a favor de la ciudad, por sus dotes excepcionales para sobrevivir en medio de las dificultades de la naciente ciudad, sobre todo, en lo referente a las provisiones, por su acertada política en la costa vecina a favor de la liberación de los negros, por su oposición a restringir la libertad de acción de los integrados en la comunidad fernandina, nunca se discutió su liderazgo.

Después de la salida de Nicolls tomó el control del establecimiento como si fuera de facto su gobernador, continuando como antes, al ser el agente de la casa Dillon, ahora propietaria del establecimiento, que había convertido a los fernandinos en sus trabajadores para la saca de la madera y el comercio del aceite de palma (8). Ya indicamos cómo Richard Dillon se entrevistó con Nicolls y Beecroft en Londres, antes de su partida para Clarence. Richard Dillon había concebido grandes proyectos para la isla por su posición estratégica en el centro del comercio británico en África. Sus planes fueron esbozados en una carta a Gode-rich, del ministerio de colonias (9). Su proyecto más ambicioso era utilizar Bioco como base comercial para la ancha zona de las dos bahías. Su idea parecía cumplirse al comprar los edificios que había dejado Inglaterra por 2.000 libras esterlinas (10). Beecroft, como agente, quedó al frente de los edificios ocupando el que había sido casa del gobierno.

La aventura de Richard Dillon duró poco. Tenía sólo un barco en el puerto de Clarence en 1835, de 27 toneladas, llamado *Venus*. En dicho año pudo cargar 102 galones de aceite, 32 trozas, 1.453 cuarterones de madera en general, 5 de palo rojo y 35 colmillos de elefante (11). Este barco fue el último que volvió de Fernando Poo (12). Poco después, a mediados del 36, quebró por mala administración (13).

Los edificios pasaron en este año a la que se denominó Compañía del Africa Occidental, con sede también en Londres, con el fin principal de obtener madera de la isla, de la que hablaremos más adelante. Beecroft fue nombrado agente de la nueva Compañía, pero pronto rompió el contrato con ella, probablemente por desavenencias por los modos que empleaba para obtener ganancias.

Al final de 1838 viajó a Londres. Desde 1829 no había vuelto a su patria, a la que sólo realizaría un nuevo viaje en 1843, cuando fue nombrado por España gobernador de Bioco. En Inglaterra se relacionó con la poderosa casa de la familia Jamieson, que operaba con barcos propios en el comercio con Suramérica y Extremo Oriente y que ahora deseaba incrementar su negocio en África. En 1839, Beecroft abandona la ciudad de Clarence y se instala en un promontorio a la desembocadura del río Sácriba. Aquí funda su propia pequeña ciudad, con su pequeño puerto, que llamará New Town, propiedad de la familia Jamieson. Desde ella puede ejercer con más libertad el comercio y la extracción de madera en terrenos comprados desde Punta Europa hasta el caladero de Botonós. En New Town recalán los barcos de Jamieson y él mismo puede realizar sus viajes a Clarence y a los puertos de la costa vecina y emprender viajes de exploración al

(8) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 79.

(9) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 99.

(10) Cf. Nicolls a Hay, 1835, 82/8.

(11) Beecroft a Nicolls, 28-2-1836. C.O. 82/9.

(12) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, págs. 99-100.

(13) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 75.

Niger en su propio vapor, el *Ethiope*, pequeño buque de 80 toneladas (14). Al abandonar Clarence, su liderazgo sobre los negros no se oscureció, sino más bien se acrecentó, no teniendo que participar de los malos tratos y vejaciones que los nuevos agentes de la Compañía cometían con los fernandinos y crumanes.

Muchos fernandinos se unieron al negocio de Beecroft. Impulsados por él, se iniciaron en un comercio más próspero con los bubis, estableciendo pequeñas factorías junto al mar en la costa Este y, como dependientes suyos, en sus factorías del Oeste. Alquilaban o compraron pequeñas embarcaciones y algunos se lanzaron a comerciar en la costa vecina. Beecroft les compraba el aceite, que luego vendía a los barcos de la casa Jamieson.

La posición económica de Beecroft, sin embargo, no fue nunca demasiado fuerte. Sus muchas gestiones de tipo político a favor de Clarence y a favor de la liberación de los negros del continente, sus exploraciones particulares del Niger, su ayuda a los que acudían del tráfico de la costa a la ciudad, le impidieron enriquecerse, como aquellos otros que ponían su mira principal en negocios lucrativos.

John Scott.—John Scott vino a Clarence en la expedición de Owen de 1827. Beecroft lo elige, poco después de su llegada en 1829, para trabajar con él en algo tan importante como la provisión y administración de los bienes de la ciudad. La elección no se hizo al azar. John Scott había sido educado en Sierra Leona y convertido al cristianismo por el Rev. Nylander de la Church Missionary Society. Cuando el Rev. Shõn visitó Clarence en 1841 se alegró de encontrar una persona tan cualificada y una de las principales del establecimiento perteneciente a su congregación misionera. Al parecer ejerció como capellán de la iglesia entre sus paisanos antes de la llegada de los misioneros bautistas (15). John Scott es citado por aquellos que visitan la ciudad como ejemplo de lo que es capaz un africano cuando recibe instrucción para cumplir con el deber en cualquier situación que pueda presentarse (16).

Ligado siempre a Beecroft, cuando éste pasa a encargarse de la firma Jamieson, él queda como tesorero de la Compañía del Africa Occidental. El mal comportamiento de la Compañía con los negros obligó a John Scott a tener que intervenir en las continuas disputas laborales hasta unirse por fin a la protesta que se levantó contra ella y precipitó su ruina.

Además de trabajar en la Compañía, tenía su propio negocio como comerciante exportador. De él escribe John Clarke en enero de 1841: «Los botes de Mr. Scott están constantemente por la ista comerciando en fiames y otros productos. Los bubis reciben lo menos posible en este comercio y no creo que la Compañía dé más que estos negros liberados» (17).

Scott estaba emparentado con otro fernandino poderoso, William Matthews, al casarse con su hermana. No tuvo suerte con su hijo Jhonatan. Nacido en Sierra Leona en 1826 fue educado en Inglaterra al costo de 800 libras esterlinas. Nicolls comunicaba en 1838 al Colonial Office que su padre John Scott, empleado en la Compañía, lo había enviado a Inglaterra bajo su cuidado para ser educado en un

(14) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 117.

(15) Diario de John Clarke, 30-11-1841, II, pág. 527.

(16) Cf. JOHNSON, J. F.: *Proceedings of the General anti-Slavery Convention...*, Londres, 1843, pág. 505.

(17) Diario de John Clarke, 20-1-1841, I, pág. 150.

colegio (18). Estudió marina y sirvió de carpintero en un barco de Liverpool. Acompañó a Beecroft a bordo del *Ethiope* en la ascensión por el Níger en 1845. En 1852 fue empleado por su tío Matthews en la goleta *Mary* para sus viajes al Camerún. Aquí fue acusado de asesinato. El cónsul Hutchinson comentaba de él que no gozaba de buena reputación (19).

John Scott murió en la ciudad de Clarence en 1846. Encargada de sus negocios quedó su viuda, relacionada íntimamente con John Beecroft.

William Henry Matthews.—William Matthews participaba en los negocios de Mr. Scott. Como él, llegó a la isla de Bioco en la expedición de Owen. Empleado al principio como mecánico, fue promocionado a oficinista del Gobierno en 1829. Desde su nuevo puesto supo hacer fortuna. Poseía almacenes en la playa de la caleta de Clarence y, desde 1852, un barco propio, el *Mary*, con el que se internaba por el río Camerún y por el Bimbia para comerciar el aceite y traer productos a la isla. En 1845 fue acusado de haber infligido un corte en el brazo de un crumán cuando éste había osado entrar en su almacén (20).

Tanto Scott como Matthews fueron juzgados muy severamente por los misioneros bautistas por el trato inhumano que daban a sus empleados y trabajadores.

Después de la muerte de Matthews en los años 50, pasaron sus negocios a su viuda, de la que comenta Joaquín Navarro. «Una mujer negra que con sus hijas recibió una excelente educación en Inglaterra y a ésta deben la conservación de su casa» (21). Hacia 1860 Muñoz y Gaviria quedaría impresionado por el talento de la viuda y de sus hijas que hablaban español, inglés y francés» (22).

William Lynslager.—En este tiempo William Lynslager no podía competir con el clan Beecroft. Arribó a la isla proveniente de un barco cuando contaba sólo diecinueve años en 1829. Había nacido en Londres y de muy joven se había alistado en la armada holandesa, pasando cinco años en Batavia. Estando en Clarence, muy pronto tuvo que ser internado en el hospital, probablemente por el mal de úlceras, tan frecuente en los inicios de la colonia, donde sufrió la amputación de una pierna (23). Marino convertido en comerciante y cojo, era conocido por su temperamento irascible e impredecible (24). Fue en los años 40 cuando comienza a trabajar por su cuenta. En 1843 es agente de la casa Forster y Smith. Su comercio va creciendo con éxito. En la década de los 50 sus barcos podían encontrarse en Calabar, Bimbia, Camerún y hasta en lugares tan lejanos como en Cabo Costa (25).

A iniciativa de Beecroft y al margen de la Compañía, muchos otros fernandinos comenzaron a dedicarse al comercio del ñame y del aceite de palma con los bubis. Como en la región de Batete del Norte, el excedente era ya escaso para el mercado o superaba el trabajo que los bubis podían realizar, los fernandinos se lanzaron a procurarse los productos en otras zonas de la isla, haciendo uso de

(18) Nicolls a Grey, 28-11-1838. C.O. 82/9.

(19) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 196.

(20) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 88.

(21) Cf. NAVARRO, J.: *Apuntes...*, pág. 73.

(22) MUÑOZ Y GAVARIA: *Crónica General de España*, Madrid, 1871 (s.p.). Cf. MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 32.

(23) Cf. MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 32.

(24) Cf. GERTZEL, C. J.: *John Holt, a British Merchant in West Africa in the Era of Imperialism* (tesis de doctorado), Universidad de Oxford, 1959, pág. 98.

(25) Cf. HASTINGS, A. C.: *Voyage of the Dayspring*, 1926, págs. 62-63.

botes y cayucos. Así lo comprado a los bubis no sólo les permitirá abastecer el mercado de Clarence, sino también comerciar con los barcos que arribaban al puerto y con los jefes de la costa vecina.

Otros fernadinos prosperaban dentro de la ciudad ejerciendo artes manuales, como la carpintería. El palacio del rey de Bimbía y otros edificios de menores dimensiones fueron construidos en la ciudad por los carpinteros de Mr. Scott. El palacio costó un centenar de dólares (26).

Generalmente con poca conciencia moral para estos negocios, según la denuncia de los misioneros, sus nombres irán apareciendo a lo largo de estas páginas, pero queremos referirnos aquí a los más destacados y que tuvieron más influencia en la sociedad fernandina. Una sociedad recluida antes en su barrio de Clarence, durante Owen y Nicolls, y pagada en parte por Inglaterra, se convierte ahora, bajo Beecroft, en una sociedad dinámica, obligada quizás a ello por la carencia de bienes propios.

He aquí la lista de los más notables:

Samuel Cooper.—Un antiguo cuffi. Trabajó cierto tiempo en el *Ethiope* con Beecroft. Llegó a tener un pequeño muelle en Basuala, donde poseía terrenos con rebaños de ovejas y cabras. Comerció por todo el Norte de la Isla (27).

John Showers.—Nativo de Ghana. Un hombre educado y activo con muelle propio en la bahía de Riabba y factoría por Repo, al sur de Bepepe.

Peter Nicolls.—Un ibo, en un tiempo carpintero de navío, llegó a ser un líder en la iglesia baptista. Poseía terrenos en Bilélipa y también en Itokopuá en el Este.

Henry Bull.—Un ex esclavo de Calabar. Designado para el sacrificio a los ídolos de su país, huyó hacia un bote y pudo llegar en un barco a la isla. Sirvió al principio como cocinero de Mr. White, agente de la Compañía (28). Puso factorías en el Este, en Aoho, y en Boloko de Lubá. En las tradiciones de Moca se le recuerda todavía como comerciante que recorría todos los pueblos del Sur. La familia de Henry Bull fue numerosa. Entre ellos destaca Thomas Bull, también comerciante, o Isabel Bull, de la que tuvo un hijo Mr. Beecroft.

Jeremías Coker.—Medio hermano de Matthews, fue metodista en Sierra Leona. Beecroft le ofreció a Isabel Bull como doméstica a un dólar por día (29).

Joseph Wilson.—Nativo de Popo. Fue el carpintero principal de la ciudad. De gran influencia en la comunidad baptista.

Thomas Collins.—Un ibo. Al principio ejerce de carpintero. Con su hijo *Peter*, se hizo famoso por sus factorías en el Este, principalmente al sur de Riabba, en Abebo J. W. Christian. Un fanti de Cabo Costa. Convertido a la iglesia baptista, será uno de sus principales miembros.

Thomas Richard y *Mr. Jacobs*, trabajadores para Beecroft en el negocio del aceite de palma de la casa Jamieson. Acompañaban a Beecroft en sus viajes del *Ethiope*. *Jacobs* se encargó de la primera factoría que hubo en el caladero de Botonós, dentro del monopolio que Beecroft estableció para la costa Oeste. Por último conviene hacer mención de *J. Dick*, un fanti también como Christian, que

(26) Cf. ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative of the Expedition... to the River Niger in 1841*, vol. II, Londres, 1848, vol. II, pág. 228.

(27) Samuel Cooper, el más refaccionado con los bubis del Norte y del Este, que hablaba su lengua, quizás haya dado el nombre al actual Sampaka, cuya procedencia desconocemos.

(28) Cf. Diario de J. C., 21-VIII, 8-1841, II, 441.

(29) Diario de J. C., 8-11-1844, III, pág. 172.

fue el maestro que dirigió la escuela de Clarence antes de la llegada de los misioneros (30).

La nueva ciudad. El nuevo barrio fernandino (Fig. 17)

Antes de la partida de Nicolls, la ciudad constaba claramente de dos sectores: el que podríamos llamar la city, en la península de la Unidad Africana (Punta Williams), y el barrio de los negros, a las afueras. A Beecroft se debe el convertir la ciudad en un conjunto integrado, pasando a ser la plaza del mercado (actual Plaza de la Independencia) el espacio central. No sabemos si el mercado siguió en este lugar o fue trasladado, aunque pensamos en lo último. La pista que subía del puerto abocaba antes a la casa del gobernador y al espacio llamado «El Paraíso», que se extendía delante de ella y del que ahora queda, como un resto, la plaza de España, donde se estableció el primer jardín de plantas que podían aclimatarse en la isla. Ahora, la pista cambiará, para subir en dirección de la Plaza de la Independencia, hermoso balcón con mirada al mar, que lo refresca con sus brisas.

Desde que Nicolls obligó a la población fernandina a dedicarse al trabajo de la huerta para que cada uno se procurase su propio sustento, el barrio de los

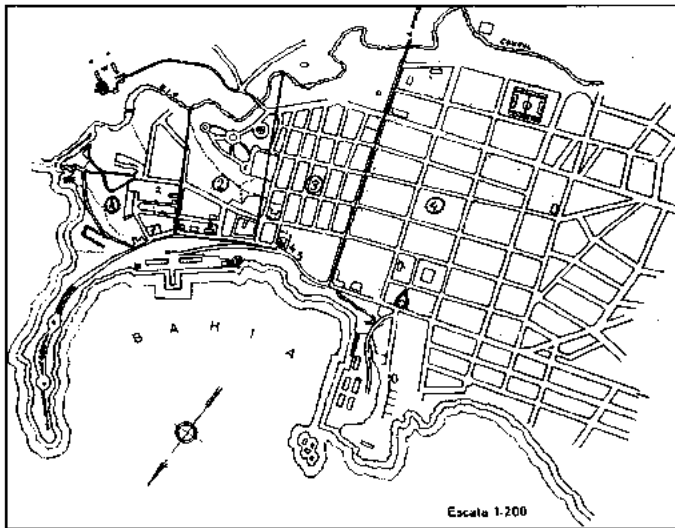


Fig. 17.—Mapa de la actual Malabo indicando las cuatro zonas de expansión de la ciudad. (1) Zona de la primitiva ciudad de Owen. (2) Zona del primer barrio fernandino. (3) Zona del nuevo barrio fernandino mandado construir por Beecroft en 1835. (4) Zona del ensanche de la época española. También se indican: 1. Casa del Gobernador. 2. Jardín de plantas. 3. Casa de Lynslager. 4. Casa de Scott y Beecroft. 5. Casa y capilla de los misioneros baptistas, después de ceder su residencia, la casa del gobernador, al cónsul Hutchinson.

(30) Referencias sobre estos fernandinos en LYNN, M.: *John Beecroft...*, págs. 173-187.

negros había crecido anárquicamente, confundidas las casas entre la vegetación exuberante de las plantaciones. Beecroft ideó una ciudad de estilo occidental. La aldea africana es una aldea familiar, de parientes, recogida en sí misma. Y un poblado africano es un conjunto de aldeas de muy variada disposición. Los fernandinos, al aceptar un espacio para vivir al estilo occidental, se injertaban en una nueva cultura. Supone la ruptura con la tradición de la aldea, ruptura posible ya que ellos habían sido arrancados brutalmente del seno de sus familias o, lo que es lo mismo, del seno de sus culturas. Conservaban sin embargo su raíz africana, pues la convivencia se fragua entre ellos, sin apenas injerencia europea; cinco o seis europeos entre los casi mil habitantes no pueden cambiar la sustancia africana.

«Nuestra pequeña ciudad de Clarence —escribe Beecroft en 1835— ha sufrido algunas alteraciones y mejoras; la ciudad, que antes yacía en medio de un bosque de plátanos y bananas, se ha traído más cerca del puerto, y colocada con más decencia. Las calles se han hecho rectas, de manera que se cortan en ángulos rectos. A ambos lados de las calles se disponen las casas, dentro de parcelas con iguales dimensiones. Así en cualquier calle en que uno pueda estar, en vez de la sofocante atmósfera que antes le asaltaba, podrá gozar ahora de una corriente de aire fría y refrescante, que dará salud y convertirá en sanas las húmedas estaciones».

«Mientras procuramos mejorarnos nosotros, no desesperamos en trabajar por una completa revolución en las maneras y hábitos de los nativos [bubis], que rápidamente han venido a ser habitantes entre nosotros y están comenzando ya a adoptar nuestras costumbres, asumen un carácter más activo e industrioso y nos abastecen con muchas más cantidades de aceite de palma que antes» (31).

Beecroft aparece en todo esto como un campeón del antiapartheid, revelando sin duda un carácter español, del que dará muchas muestras a lo largo de su vida. La ciudad de Clarence, que podría llamarse desde ahora la ciudad fernandina, por obra de Beecroft, estará sellada por la impronta de ciudad abierta y acogedora. Por esto la ciudad de Clarence llamará poderosamente la atención en todo el siglo pasado, pues es la única de este estilo en todo el África Occidental.

La nueva ciudad de Beecroft permanece todavía como un monumento histórico en el conjunto de la actual ciudad de Malabo, con su tablero de calles rectas y sus casas de madera coloniales. Está limitada por las calles Fernando Nvaza Engonga, Presidente Nasser y 3 de Agosto. En ella seis calles se dirigen por un lado al mar y por el otro al río Cónsul, cruzadas por otras cinco en dirección Este-Oeste. Comprende un espacio de unos 300.000 metros cuadrados, entonces divididos en unas 200 parcelas debidamente cercadas con su casa, jardín, huerta y edificios secundarios de cocina, almacén, gallinero o establo de animales. En 1838 Nicolls comunicaba al ministerio de Colonias que la ciudad contaba con 173 casas y unos 100 acres de terreno para cultivos (32).

Poco a poco se fue arreglando y acomodando el paseo alrededor de la bahía, típico paseo de estilo español, donde se irán levantando los mejores edificios y que alcanzará su apogeo con la presencia de España. Baste ahora añadir que la plaza, ahora de la Independencia, tenía el doble de espacio que en la actualidad.

«Para la defensa de la ciudad, ante la marcha de los tropas inglesas —añadía Beecroft— hemos formado nuestra propia milicia, que llamamos «Clarence Mi-

(31) Cf. Buxton, T. F.: *The African Slave...*, pág. 540.

(32) Cf. Nicolls a Grey, 13-11-1838. C.O. 82/9.

litia Corps», y siento un gran placer al poder decir que en el tiempo en que los hombres han estado bajo las armas, con su natural dificultad al principio, no me avergonzaría en llegar a ser considerado el comandante en jefe con escolta de capitán, si el almirante Campbell se dignara honrarnos con su visita» (33).

Durante el período de la Compañía del Africa Occidental (1836-1843) gran parte de la población tuvo que emplearse en la saca de la madera, aserrarla en trozas y tablones y llevarla a los barcos. El trabajo era muy duro y mal remunerado, pero lo suficiente para un claro progreso de la ciudad. Se construyeron las casas, algunas de las cuales aún se muestran en la ciudad fernandina, y se abrieron nuevos espacios para cultivos fuera de ella (34). De los bubis que se unieron a la ciudad, algunos se iniciaron en el inglés y los domingos descendían en gran número de los poblados cercanos para participar del descanso y de la fiesta de los fernandinos (35). «Las tardes de Clarence —escriben los de la expedición del Niger— son en su mayoría frescas y agradables y el mejor tiempo para pasear. Los de la colonia y los bubis participan también de esta opinión, puesto que salen a regocijarse con su favorito pasatiempo de la danza. La luna llena los excita no poco y entonces gastan gran parte de la noche en el esparcimiento. Es admirable cómo pueden darse a la música con un instrumento tan sencillo como un tambor de madera» (36). De época tan remota data la música fernandina hoy tan común entre los bubis.

Sobre los cultivos, a los llevados por el capitán Owen, de naranjas, limones, bananas, plátanos, etc., la expedición del Niger añade el de la papaya (37), y John Clarke en su diario de 1841 nombra también el «cacao», que puede ser el «cacao», puesto que a continuación habla de chocolate (38). En todo caso en este tiempo el cacao no pudo haber venido sino de Sao Tomé. Ninguno en la ciudad, sin embargo, conocía entonces el valor del árbol del cacao. Martínez y Sanz dirá en 1856 que el cacao crece en los alrededores de la ciudad, pero abandonado y reclamando brazos (39).

La expedición del Niger refiere también el funcionamiento de una escuela. «Antes de iniciar sus actividades los misioneros baptistas funcionaba ya en Clarence una escuela que llama la atención».

«Había implantado la escuela un joven venido de Cabo Costa [J. Dick]. Dando instrucción se ganaba la vida. Cada alumno había de pagar seis peniques por semana y, haciendo una distinción muy elogiosa con los pobres, exigía a éstos solamente tres peniques y aun algunos recibían la instrucción enteramente gratis. Frecuentaban la escuela de 40 a 45 niños de ambos sexos». [Había 260 menores de quince años.]

«Lo que le faltaba al joven maestro son libros para enseñar. El capellán de la expedición, después de haberle dado los libros de que disponía, escribía a sus amigos de Inglaterra haciéndoles ver cuán oportuno sería enviar libros escolares ingleses a este joven que tan desinteresadamente trabajaba por la patria y la cultura» (40).

(33) Cf. BUXTON, T. F.: *The African Slave...*, pág. 540.

(34) Cf. BUXTON, T. F.: *The African Slave...*, pág. 538.

(35) Cf. M. H. Missionary Herald, junio 1841, pág. 148.

(36) Cf. ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 224.

(37) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 222.

(38) Diario de J. C., 16-5-1841, I, págs. 330 y 334.

(39) Cf. MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 23.

(40) Cf. ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 260.

2. LLEGAN LOS PRIMEROS MISIONEROS CRISTIANOS A LA ISLA DE BIOCO

Los misioneros baptistas son los primeros misioneros cristianos de la isla de Bioco. Arriban a Clarence el 1 de enero de 1841 (41). Esta fecha supone un cambio notable en la historia de Clarence y de la isla. Aquí sólo relataremos su llegada a la isla y sus primeras gestiones. Su labor irá apareciendo con profusión a lo largo de este período de influencia inglesa.

La Sociedad Misionera Baptista vino a la existencia en el otoño de 1792. Desde 1806 extendió su labor misionera entre los negros esclavos del Caribe. En 1814 fue enviado el primer misionero a Jamaica. Aquí abogaron por la abolición de la esclavitud, que no obtienen hasta el año 1833. Entre los esclavos liberados convertidos al cristianismo surge un movimiento de retorno a Africa para evangelizar y ayudar a sus hermanos en su liberación y educación cristiana.

La evangelización de Africa por parte de los misioneros protestantes había nacido en Inglaterra del movimiento Wesleyano. El Rev. Freeman, de este movimiento, escribía en 1838: «Hemos recibido información, vía Fernando Poo, que algunos africanos liberados que viven en la isla de Jamaica, nativos de Cabo Costa, Annamaboe, Acra y otras partes de Africa Occidental están muy ansiosos de retornar a su país de nacimiento. Pero tienen miedo de volver a estar de nuevo fuera de su patria, expuestos a los horrores de la esclavitud y a estar privados de los privilegios cristianos de que ahora gozan. Ruego les informe que sus temores son sin fundamento, que sus personas y propiedades estarán a salvo y que varios cientos de sus paisanos han abrazado las verdades del cristianismo. Por otra parte, podrán encontrar un empleo tan pronto lleguen» (42).

Estas ideas agitaban también la comunidad cristiana de Jericó, Jamaica, donde trabajaba el misionero baptista John Clarke (43). Este joven misionero, desde su puesto misional entre los negros, se había entregado al conocimiento de las lenguas africanas, reuniendo vocabularios de las que hablaban los recientemente liberados. Fue uno de los pioneros de la lingüística africana; en su afán de investigar fue descubriendo las raíces comunes de muchas lenguas. Al mismo tiempo fue creciendo en él el amor a Africa, entablando relaciones con las sociedades que se habían fundado para el progreso de los africanos (44).

La Sociedad Misionera Baptista juzgó llegado el momento de fundar una misión en el Africa Occidental con la idea, sin duda, de apoyar el movimiento de retorno a Africa de los negros cristianos de Jamaica. Por ello, en noviembre de 1840, la revista *The Missionary Herald* podía escribir a sus socios: «Ya dejamos sentado en el número de julio que el Comité había determinado abrir una misión en el Africa del Oeste. Han sido designados dos hermanos mediante votación: el Rev. John Clarke, en cuya alma por muchos años han pesado los males y clamores de Africa y el doctor Prince, amigo de Clarke. Dichos hermanos han embarcado en el *Golden Spring*, perteneciente a la Compañía del Africa

(41) El obispo Armengol Coll habla en su Memoria de las Misiones de dos misioneros agustinos que evangelizaron la isla bajo la colonización portuguesa. No hemos podido averiguar ningún informe sobre tal aserto. Los misioneros agustinos sí evangelizaron el sur de Nigeria en el siglo xvi.

(42) Cf. BUXTON, J. F.: *The African Slave...*, pág. 397.

(43) *The M. H.*, julio 1840, pág. 381.

(44) Ver al final la bibliografía sobre John Clarke.

Occidental, alquilado por el Gobierno para llevar carbón a Fernando Poo. El comité queda agradecido al coronel Nicolls por su preciosa información con cartas de introducción para Fernando Poo y la Costa» (45). Embarcaron el 13 de noviembre.

El Rev. John Clarke llevaba una rica colección de apuntes sobre lenguas africanas, el libro de Buxton, de Mac Queen, libros escolares, papeles de la Sociedad para la Civilización de Africa, los consejos de Nicolls y cartas de introducción para John Beecroft, John Scott, King William de Bimbia, King Boz de Brass, King Bell de Camerún y los consejos de Mac Gregor Laird (46).

Cuando avistaron la isla de Bioco, los misioneros se emocionan ante su belleza, el esplendor de la bahía, las casas blancas que la rodean, el verdor que asciende hasta el Pico. Son recibidos por John Beecroft, que los recoge en su vapor *El Ethiope*. En él saludan a John Scott y su señora y al agente de la Compañía, Mr. Thompson. Predican después a 250 fernandinos que, reunidos, les esperan. Mr. Thompson les ofrece su casa y junto a ella celebran los domingos, con asistencia de 50 a 80 personas, sentadas en el patio.

Pero los misioneros no han venido expresamente para fundar en Bioco. La misión es de reconocimiento de los diversos lugares del golfo de Biafra para determinar el sitio de su primera fundación misionera. Recorren el Camerún, donde Clarke creó encontrar a los eboe, lo que le hace pensar establecerse entre ellos, Bimbia, Calabar y por fin escogen como el lugar más apropiado por su clima, por su ambiente y por ser el centro de mejor comunicación con toda la costa, a la ciudad de Clarence. Ellos son los únicos misioneros en todo el golfo de Biafra; su sueño es poder evangelizar un día a todos sus pueblos y penetrar incluso en el interior de Nigeria hasta el mundo árabe.

En Clarence realizan gestiones con el jefe bubi Glorio Bolol (Fig. 18) o, el famoso Cut-Throat, llamado así por los expedicionarios de Owen, con el que llegan al acuerdo de la compra de unos terrenos situados al otro lado del río Cónsul, fuera de las propiedades de la Compañía, donde ahora se asienta el Hospital General. El contrato quedó cerrado en tres libras esterlinas, que Glorio aceptó por el trueque de un fusil, una cabra, dos libras y media de pólvora y tabaco. Más tarde comprarán una casa, situada al final de la actual calle de Ureka, dentro de lo que era el gran jardín de la casa del Gobierno. Desde aquí, hasta el año 1843, en que cambian de domicilio, además de atender a la creciente comunidad cristiana de Clarence, emprenderá John Clarke sus famosas expediciones al interior de la isla. John Clarke y el doctor Prince retornan a Inglaterra el 3 de febrero de 1842 para dar cuenta de sus gestiones, presentar el panorama misional que se ofrecía la Congregación Bautista y preparar la gran expedición misionera de 1843. Les sucederá mientras tanto el pastor Mr. Sturgeon. Habían bautizado ya a Phebe Christian, mujer de John William Christian, a Joseph Wilson, a Peter Nicolls, a Mary Ahn Durco y a John Thomas (47).

(45) Cf. The M. H., noviembre 1840, pág. 283.

(46) Cf. The M. H., noviembre 1840, pág. 285.

(47) Cf. The M. H., julio y noviembre 1841.



Fig. 18.—Glorio Bololo. Interpretación sobre un dibujo del capitán Gilmore. Este cuadro mereció que algunos antropólogos relacionaran a los bubis con los guanches (Holman, J., pág. 263).

3. LA COMPAÑÍA DEL AFRICA OCCIDENTAL

Después de la quiebra de la casa Dillon en 1836, se formó en el mismo Londres, una nueva Compañía para la explotación maderera en la isla de Bioco, que recibió el nombre de West African Company, Compañía del Africa Occidental. No había tradición en Londres sobre negocios en Africa. Africa estaba más bien conectada con el puerto de Liverpool. Los de Londres soñaban sobre la isla de Bioco como si fuera una isla del Caribe. Richard Dillon había fracasado y la Compañía no sería menos. En 1842, por ejemplo, esperaba alcanzar un capital de 40.000 libras esterlinas con su establecimiento en Bioco y en otras islas, donde pretendía hacer fincas-modelo cultivando algodón, café, azúcar, tabaco, viñedos

y otros frutos de Africa. La civilización de Africa, se pensaba, estaba en el comercio, la explotación de la madera y el cultivo (48).

El fracaso de Dillon llevó a la Compañía a una política de auténtica esclavitud inhumana de la mano de obra. La isla de Bioco no estaba tan cerca de Inglaterra como Freetown, donde al parecer se explotaba con éxito la industria maderera. Los accidentados viajes, la falta de mano de obra propia en la isla, los terrenos más complicados de Bioco para la extracción y transporte de las trozas a los ríos con capacidad para ellas, precipitó a la Compañía a un fracaso mayor que el de la casa Dillon. «He oído decir al gobernador Lynslager —escribía Martínez y Sanz— que cierta casa inglesa quiso hacer una especulación de maderas habiendo perdido en ella más de 1.000 libras esterlinas por el mucho coste que le tuvo el género hasta ponerlo a bordo» (49). Sin embargo, el mismo Lynslager comunicaba al ministerio de Exteriores que las pérdidas habrían llegado a las 50.000 libras esterlinas (50).

La Compañía, en primer lugar, tuvo que recurrir a la Costa Kru para obtener mano de obra. El reclutamiento de los crumanes se hacía por lo común a la fuerza pagando a un jefe que los traía al barco. Muchas veces por la noche algunos lograban escapar (51). No era, pues, el cruman que salía de su tierra voluntariamente para obtener beneficios con que comprar una esposa. Así logró la Compañía reunir 300 crumanes que alojó en un gran patio especial para ellos a las afueras de Clarence, al lado Oeste, donde ahora se asienta el Centro Cultural.

Le era más barato transportar a estos hombres a 2.000 millas de distancia que emplear a muchos fernandinos. «Estos —decía Huntley en 1837— han aprendido a leer y piensan que no tiene valor el trabajo. Si pueden evitarlo, ellos mismos contratan a los crumanes para sus fincas a dos dólares o pesos por semana. Un compromiso que estos instruidos africanos nunca cumplen» (52). Sin embargo, desde 1838, el agente de la Compañía, Mr. Thompson, pretende someter también a los fernandinos a un trabajo forzado, lo que conllevó a un estado de continua violencia. «El uso del castigo —escribía Clarke en 1841— es casi diario; incluso por pequeñas ofensas como el fallar en quitarse el sombrero ante un europeo o por algo tan serio como el intentar salir de Clarence» (53).

Además del comercio del aceite, que en gran parte provenía de los bubis, la Compañía explotó las maderas de la isla principalmente en terrenos cercanos a Timbabé (Timbers Bay), donde se acumulaban las trozas para su embarque en buques como el Golden Spring (54). Poseía terrenos también en Lubá (55), que alcanzaban desde Punta Kelly (Punta Cabras) hasta Charles Folly (Punta Argelejos), y otros por la región de Bany y Basuala (56).

(48) Cf. African Agricultural Association Prospectus, 1842 (s.d. y s.p.). Cit. en LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 78.

(49) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 25.

(50) Cf. Lynslager a Charles Wise, 19-7-1858, F.O. 2/25.

(51) Cf. JOHNSON, J. F.: *Proceedings...*, pág. 260.

(52) HUNTLEY, H.: *Seven Years on the Slave Coast of Western Africa*, Londres, 1860, I, pág. 117.

(53) Clarke a la Anti-Slavery Society, 16-11-1841 en Anti-Slavery Society al Colonial Office, C.O. 82/9.

(54) Diario de John Clarke, 12-1-1841, I, pág. 152.

(55) Contrato de la West African Company y Beecroft. Archivos de la Sociedad Misionera Bautista, A/3, Oxford.

(56) Diario de J. C., IV, pág. 29.

Los embarques que realizó la Compañía en el período 1836-1843 fueron los siguientes:

- 1836: Una tonelada de aceite, diez toneladas de madera.
- 1837: Tres toneladas de aceite, dieciséis toneladas de madera, 8.570 tablones, 130 piezas de ébano, 1.898 colmillos de elefante.
- 1838: Una tonelada de aceite, nueve tablones.
- 1839: Dos toneladas de aceite, 175 tablones.
- 1840: Cuatro toneladas de aceite, 166 trozas, 445 tablones.
- 1841: Dos toneladas de aceite, 140 trozas, 759 tablones.
- 1842: Una tonelada de aceite y 25.306 tablones.
- 1842: Una tonelada de aceite y 98 barriles (57).

Desde un arranque fugaz en 1837 la exportación fue prácticamente descendiendo a lo largo de los siguientes años, fuera del remanente que embarcó en 1842.

Pero la Compañía no sólo pretendió obtener ganancias de la explotación maderera y el comercio. Los agentes de la Compañía se creyeron dueños del territorio de la ciudad, puesto que la Compañía había comprado las propiedades de la casa Dillon y ésta a su vez las adquiridas por el gobierno británico a través de las gestiones realizadas con los bubis por el capitán Owen. De este modo se consideró dueña del mercado y hasta de las casas de los mismos fernandinos, a quienes se les obligó a pagar un impuesto.

Los fernandinos tenían que comprar en el mercado, que era de la Compañía, pagando un dólar por los cien ñames, cuando podían comprarlos mucho más baratos adquiriéndolos directamente de los bubis (58).

Sobre todos los abusos de la Compañía escribió John Clarke un alegato a la "British and Foreign Antislavery Society" el 16 de noviembre de 1841, una relación en que se muestra émulo de Bartolomé de Las Casas.

Si Clarence había de ser el refugio y la liberación de los negros oprimidos, no tenían sentido las condiciones a las que quería someterlos la Compañía como si fueran sus esclavos. Las expulsiones y la prisión eran frecuentes. «Si no cumplía sus condiciones —decía la Compañía— el que era de Sierra Leona que volviera a su tierra o se fuera al bosque». Los problemas laborales eran continuos. Cuando el agente de la Compañía oía que los aserradores se quedaban con lo sobrante, deshacía sus casas y se les confiscaban las planchas. Igualmente se apoderaban de las planchas que encontraran en sus fincas sobre las cuales no tenían jurisdicción ninguna. A John Bull no se le pagaba, como castigo por encallar el barco de la Compañía, *El Napoleón*, cuando él lo conducía. John Bull llevaba once años en la isla y había capitaneado barcos desde el río Pongo hasta Liverpool. John Bull protestó y fue preso. Thomas Bull murió a consecuencia de los malos tratos. Había sido carpintero de barco y naviero bajo el coronel Nicolls. John Mosketoe, de la tribu Moko, fue severamente castigado por romper un compás. Hanson, dependiente de la Compañía, fue preso por haber querido dejar el empleo. La protesta llegó a tal punto, que en un momento pareció haber sido liberado a la fuerza por el pueblo de la ciudad (59).

(57) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 104.

(58) Cf. Diario de J. C., 20-1-1841, I, pág. 150.

(59) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, págs. 80-82.

La Compañía obligó además a los fernandinos a pagar una renta por sus casas y sus fincas bajo la amenaza de confiscación o destrucción. La comunidad fernandina se unió entonces, demostrando su fuerte personalidad, mediante reclamaciones a Londres y mediante la huelga.

En Londres tenían un valedor, el coronel Nicolls, siempre dispuesto a proteger los intereses de los fernandinos. En julio de 1838 el antiguo superintendente recibía una carta que decía: «El pueblo tiene que pagar una renta por sus fincas y sus casas, como si fuesen propiedad de la Compañía. Los que no cumplan serán severamente castigados y expulsados a lugares vecinos como Bimbia, Calabar, Camerún o Bonny. Nunca se nos había dicho que nuestras casas perteneciesen a la Compañía. Mr. Huntley —el agente— se ha hecho dueño de todas nuestras casas. Mejor es ser esclavos. Cuatro jóvenes se han marchado a Bimbia para hacerse esclavos de aquel rey. Nosotros hicimos nuestras casas y testigos de ello, V. y Mr. Beecroft (60).

La queja fue al Gobierno Británico y éste contestó: «Es cosa singular que esta Compañía, formada por sí misma, pretenda recaudar impuestos por su propia autoridad en una isla que pertenece a la corona de España» (61). La tasa general era de cuatro galones de aceite de palma al año. Todos se unieron para no pagarla. De igual modo hicieron huelga cuando, en 1841, se les obligó al pago de seis chelines por 100 metros cúbicos de madera que cortasen por su cuenta (62). Muchos hacían huelga más sutil de resistencia, como puede verse por las continuas quejas de la Compañía sobre la indolencia de los fernandinos (63).

Posiblemente la Compañía no había tomado conciencia que actuaba en una ciudad, como la de Clarence, fundada expresamente para la liberación del negro, sometido antes a la esclavitud de sus jefes y después a la peor de los negreros. Los fernandinos habían tomado conciencia de su liberación, conciencia que se transmitió también a los crumanes, muchos de ellos llevados a la fuerza para trabajar a la isla de Bioco. A la protesta de los fernandinos siguió la rebelión de los crumanes.

4. REBELION DE LOS CRUMANES Y PRIMERA GUERRA DE LUBA

Estalló un primer conflicto en el 38, después de un altercado del agente de la Compañía con unos cuantos aserradores que protestaban por la paga de tan sólo seis chelines por cada 100 pies cúbicos de madera cortada. Al no conseguir sus demandas, cierto número de ellos huyó a la bahía de Lubá. El éxodo de mano de obra de la ciudad tuvo por efecto que se elevara el salario un chelín para los que no se habían ido. Se pensaba que todos cobrarían el nuevo salario. Pero no fue así a la hora de cobrar. De nuevo estalló la general protesta cuando unos aserradores vieron sus casa destruidas por trabajar para ellos en horas de la jornada laboral para la Compañía. Y de nuevo hubo otro éxodo, que en parte se alivió cuando algunos fueron atraídos por seducción a volver a Clarence al final de 1840. Volvieron 34 y se concretó el salario en dos chelines y seis peniques por

(60) Los africanos liberados a Nicolls, 14-8-1838, C.O. 82/9.

(61) Backhouse a James Soophen, 29-9-1840. C.O. 82/9. Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 76.

(62) John Clarke a la Anti-Slavery Society, 16-11-1841.

(63) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 191.

día a los capataces, dos chelines y dos peniques a los aserradores y un chelín a los aprendices. El conflicto vino de nuevo cuando los trabajadores descubrieron que la Compañía pretendía volver al pago sobre la base de lo cortado a destajo.

La protesta de los trabajadores se envió al capitán de un barco británico, *El Wolverine*, lo que enfureció sobremanera al agente de la Compañía. La desbandada fue general. En 1841 se estimaba que unos 400 crumanes se habían establecido ya en la bahía de Lubá. Sólo quedaron en Clarence algunos que no eran propiamente de la costa Kru.

En Lubá los crumanes se organizaron bajo un jefe llamado Baffler. Tanto Beecroft como Scott realizaron varias tentativas a fin de conseguir la vuelta de los crumanes a Clarence. Nada se consiguió. La Compañía entonces tomó la iniciativa de dirigirse a Lubá para capturar a Baffler y transportarlo a Sierra Leona. Fue destruido su poblado, hechos varios prisioneros y designado nuevo jefe.

En agosto de 1841 John Beecroft fue a Lubá para ofrecer nuevos términos de empleo a los todavía recalcitrantes trabajadores. En esta expedición se avisó a los crumanes que si continuaban en su conducta, iría el comandante Blount, destruiría su poblado y podría condenarlos a todos a la pena de muerte. Algunos aceptaron nuevos empleos. Diecisiete crumanes pudieron ser enrolados como marineros en un vapor. Sin embargo, la mayoría de los crumanes rehusó volver a Clarence (64).

La situación parecía quedar estabilizada cuando un nuevo conflicto, éste más grave, ocurrió en Lubá. Ya no era entre los crumanes y la Compañía, sino entre los crumanes y los bubis.

Fue en diciembre de 1841. Los de la expedición inglesa al río Niger, presentes entonces en la ista, escribían: «Un grupo de rebeldes crumanes y pescadores que abandonaron su empleo en la Compañía se han domiciliado en la bahía de George [Lubá] y han causado a los nativos muchas desgracias robando sus ñames, sus cayucos, sus mujeres, resultando de ello peleas en que varios han sido golpeados y varios muertos» (65). Por su parte, John Clarke nos informa en su diario: «Día 10 de diciembre.—Ha llegado el *Ethiophe* y en él John Hall de Lubá. Afirmó que allí ha habido una guerra cruel entre los crumanes y los nativos. Que siete crumanes habían sido asesinados y a su vez once nativos y que había habido muchos heridos por ambas partes. Que la guerra comenzó al golpear los crumanes a una mujer y raptar a otras mujeres por la fuerza y destruir las provisiones de los nativos. El *Pluto* irá pronto, si es posible, a poner fin a esta guerra» (66). Y el 3 de enero escribía: «Ha llegado el *Pluto* con cuatro crumanes, presos a bordo. Se dice que han sido los líderes que han provocado los últimos disturbios. Que los nativos no quieren guerra, sino la paz. Que el número de muertos nativos asciende a 20 y que unos 300 crumanes siguen todavía establecidos en Lubá» (67).

Pero Lubá no fue el único lugar de confrontación entre crumanes y bubis. La lucha se extendió por toda la región de los Boloco hasta Riabba, de lo cual no tuvieron ninguna noticia las autoridades de Clarence. John Clarke se dirigió hacia la zona de Riabba el 14 de enero de 1842. Llevaba consigo unos crumanes, que le manifestaron tener miedo de llegar a esa zona. Después se enteró que los

(64) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, págs. 104-6.

(65) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 201.

(66) Diario de John Clarke, 10-12-1841, II, pág. 554.

(67) Diario de J. C., 3-1-1842, II, pág. 575.

crumanes de Lubá habían llegado hasta Baapa y Boloco y habían destruido los fiames de la gente, con lo que se había proclamado la venganza de los bubis contra todos los crumanes (68). Con razón sus crumanes tenían miedo.

El impacto de los crumanes y pescadores venidos de la Costa Kru a la isla de Bioco fue enorme. Con ellos desaparecieron los pueblos bubis pescadores de las playas de la isla, un elemento que había sido siempre fundamental en la cultura bubí. Estos pueblos fundaban el equilibrio entre la agricultura y la pesca, entre los hidratos de carbono y las proteínas, lo que hacía del pueblo bubí un pueblo robusto que llamó la atención de los primeros que lo conocieron. El debilitamiento del pueblo bubí arranca de los crumanes, llevados en masa a la isla por la Compañía inglesa del Africa Occidental. Muchos de estos crumanes se integrarían más tarde en pueblos como el de Musola en el Oeste y en varios pueblos en Riabba, como el de Bepepe.

La Compañía del Africa Occidental tuvo que marcharse por fin de la isla de Bioco por el decreto de Lerena de 1843, prohibiendo toda extracción de madera sin el permiso de España (69). Pero ya antes, en 1842, un oficial naval había sugerido que el Gobierno británico comprase la Compañía (70). No compró sus propiedades el gobierno británico, sino la Sociedad Baptista, como veremos en la siguiente etapa.

5. LA EXPEDICION AL NIGER DE 1841

Hoy todos reconocen que el mayor explorador del Niger fue John Beecroft desde la ciudad de Clarence. La gesta de los hermanos Lander, bajando en canoa desde Busa hasta su desembocadura, fue la hazaña más importante en el desvelamiento de los misterios del Niger, pero no la más difícil. Las dificultades mayores se presentaron cuando se trató de remontar el río y subir por él hasta las planicies de la mitad Norte de Nigeria. El mismo Richard Lander hallaría más tarde la muerte en este empeño. John Beecroft en su vapor, *El Ethiope*, de 80 toneladas, había subido varias veces por el Niger, acercándose a la ciudad de Busa antes de 1841.

No nos toca en esta monografía relatar la historia de las exploraciones del Niger. Pero sí hemos de hacer mención de la expedición pagada por el gobierno inglés en 1841, que resultó un fracaso, debido principalmente a las fiebres y como consecuencia tuvo que refugiarse en la ciudad de Clarence para ser atendida y ayudada en su salvamento por la pericia del siempre servicial John Beecroft.

Muchos protestaron por esta expedición oficial, principalmente Roberts Jamieson (71), que pagaba las exploraciones de Beecroft, juzgando más oportuno que fueran expediciones privadas, siempre mucho más inteligentes, con menos costo y con mejores resultados para el comercio. El resultado mejor de esta expedición fue sin duda la observación apuntada por el médico, doctor Thompson, sobre la conveniencia de tomar la quinina antes del inicio del proceso febril, observación que quedaría plenamente confirmada por el doctor Hutchinson, cónsul en Clarence, en la expedición de 1854.

(68) Diario de J. C., 14-1-1842, II, pág. 611.

(69) V. pág. 139.

(70) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 83.

(71) Cf. JAMIESON, R.: *Commerce with Africa*, Londres, 1859.

El doctor Thompson razonaba del siguiente modo. Si el uso de la quinina podía en efecto controlar la enfermedad produciendo inmunidad contra un fatal desenlace ¿no podría administrarse en un sujeto sano para inducir en él un sistema de inmunidad que lo conservara libre de la enfermedad? A su vuelta de una excursión por el golfo de Biafra en 1842, el doctor Thompson, estando en Clarence, comenzó a experimentar en sí mismo su teoría, tomando 10 gramos de quinina diariamente, y aunque muy expuesto a la malaria en buques que recalaban en Bioco, Camerún, Bimbía, etc., escapó a la fiebre remitente en todo momento. Sin embargo, cuando volvió a Inglaterra, dejando gradualmente la quinina, por extraño que parezca —dice él— fue atacado por la terciana a intervalos regulares por varios meses e incluso al año siguiente volvió a experimentar los mismos síntomas (72).

El cementerio de Clarence se llenó con las víctimas de las fiebres de esta expedición. Los enfermos, pasando al *Wilbeforce*, tuvieron que dejar el *Albert* en aguas del Níger, a donde acudió Beecroft con su vapor para conducirlo al puerto de Clarence. Los marinos del *Albert* se acomodaron en los almacenes de la Compañía, adaptados por Mr. White, el cual, con el médico Hensman, el médico de la Compañía, pusieron sus habitaciones a disposición de los oficiales. El capitán Trotter, el comandante Bird Allen y el teniente Stenhouse se instalaron en la casa del Gobierno, otros en la casa de Lynslager, todos enfermos. De ellos murieron 33. Junto a la piedra erigida en honor de Richard Lander fueron enterrados el comandante Bird Allen, el doctor Vogel, eximio botánico, los médicos James Wood y Horatio Collman, los oficiales G. B. Harvey, Wilmet, Louis Wolf, Robert Milward y el resto de marinos.

Casi un año estuvieron los expedicionarios en la isla de Bioco, esperando órdenes de Inglaterra. Durante este tiempo fueron muchas las observaciones que nos legaron sobre la isla, sus habitantes, a quienes llamaron «ediya», sobre fauna y flora, etc. A ellos se deben las primeras clasificaciones científicas de plantas y animales. Nos hablan del cólobo rojinegro (*Cólobus Rufuniger*), el cólobo negro (*Cólobus Sátanas*), llamado por los «ediya» *mu-cho*, los monos de Burnett (*Cercopitecus Burnettii*), el mono de orejas rubias (*Cercopitecus erithrotis*), de nombre nativo, *mo-bah* muy curioso animal de marcas en las orejas y gran parte de la cola de rojo oscuro, el gálago, la gineta, llamada por los nativos *chi-pah*, el venado, el duiquero de Ogilby, en ediya, *cho-oh*, el fruitambo, *sechi*, la ardilla, *busopi*, la ardilla voladora, *ibuhe*. Un puercoespín con una cresta, *Athemura*, parece ser una especie nueva. Este y el cerdo del bosque, *Cricetomys Poensis*, son los favoritos en la comida de los ediya (73). Tuvieron también noticias de los búfalos pero no lograron capturar ningún ejemplar para su clasificación adecuada.

Sus noticias serán citadas varias veces en esta monografía. Ahora quisiéramos limitarnos a la descripción que hacen de la hacienda de John Beecroft, llamada New Town, en la desembocadura del río Sácriba. (Fig. 19). Fuimos al establecimiento de Mr. Jamieson en la desembocadura del río Tiburones, Shacriba, cerca de Bassapu, aventurándonos en un barquichuelo estrafalario. El lugar escogido por Mr. Beecroft para el establecimiento está juiciosamente pensado. Asentado sobre un pequeño promontorio, está expuesto por todas partes al beneficio de las brisas del mar y, además, la densa vegetación está un poco alejada. El suelo es seco y

(72) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 167.

(73) Cf. ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, págs. 217-222.



Fig. 19.—Hacienda de Beecroft en New Town con un barco de la casa Jamieson (Allen, II, pág. 187).

por todas estas circunstancias parece ser un lugar sano, hasta el punto que los pocos que han residido allí se han visto libres de las fiebres. Mr. Beecroft nos recibió con la gentileza y hospitalidad que le caracteriza y con él pasamos cinco días. Hay un almacén para el tráfico del aceite de palma con los nativos y para servir a los barcos de Mr. Jamieson, que generalmente tocan aquí con graves deficiencias en las provisiones.

«Los nativos de Bassapu son, como el resto de sus paisanos, inofensivos y de buena condición, pero a veces están obligados a hacer la guerra con un poblado algo distante, a causa de la seducción de alguna mujer o por riñas sin importancia. Aunque están bien entrenados en sus evoluciones militares, la naturaleza del país no admite un enfrentamiento abierto. La batalla se limita a acercarse lo bastante en algunos momentos para inflingir una o dos heridas con la jabalina o quizás prefieran jugar su prestigio antes que entregarse a un combate mortal».

«Son muy amigos de los blancos residentes en New Town. Afortunadamente, Beecroft une a la disposición amable de su carácter un conocimiento nada común de la forma de ser de los nativos. Le respetan como le respetan en toda la costa. De los alrededores extrae maderas muy finas. Hay diferentes especies de palo de hierro, palo rojo, caoba africana y muchas clases de maderas desconocidas por sus caracteres botánicos. Las semillas de la *sterculia* [bitacola] proporcionan a los nativos un tónico algo amargo pero agradable. En manos del boyarupé hace milagros como medicina. Algunas de las ramas finas de los jóvenes *Tespesia* o palo rojo son utilizadas para jabalinas» (74).

6. LOS FERNANDINOS COLONIZAN LA ISLA. EL PIDYINGLISH

Con la marcha de Nicolls y la amplitud concedida por Beecroft a los fernandinos para que éstos negocien y establezcan sus propias relaciones con los bubis,

(74) Cf. ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, págs. 218-19.

podemos decir que la comunidad fernandina comienza a adquirir su propia personalidad, fundada en la libre iniciativa. Con ellos se inicia la colonización del interior de la isla. En el siglo pasado el predominio de la colonización corresponde a los fernandinos y en gran parte también a los crumanes.

Desde 1835 el panorama de la ciudad cambió radicalmente, al no tener conexión ninguna con una potencia extranjera. La actividad del fernandino se vuelca hacia toda la isla, guiado por el interés propio, no sujeto a intereses extranjeros. Allen y Thompson, de la expedición del Níger de 1841, describían así la actividad de la ciudad: «Los hombres se dedican a intercambiar cosas con los nativos y las mujeres al cultivo de ñames y otros vegetales, sirviéndose de criados, con lo cual atienden principalmente las necesidades de la casa, pero también a la demanda de los blancos residentes y de las tripulaciones de los barcos que ocasionalmente recalcan en el puerto (75).

La idea, pues, de Nicolls de que los hombres debían trabajar las fincas se había quebrado, volviendo el fernandino a su raíz africana de dejar el trabajo de la finca a las mujeres y dedicarse él a otras actividades, en este caso el comercio. Por esto los fernandinos pudieron sobrevivir fácilmente a la quiebra de la Compañía. El caso de criados impresionó a John Clarke, quien manifiesta abiertamente su extrañeza de que «haya muchos en la ciudad que se les tiene como esclavos y quienes desearían bien hacerse libres» (76). Hay gente de Calabar, Camerún y partes adyacentes de la costa que son alquilados a sus jefes como esclavos trabajadores comprometiéndose a entregar a los jefes la mitad de los clotes, fusiles, etc., que aquéllos adquieren por su trabajo (77). Otra clase de siervos la constituían los últimos integrados en la comunidad fernandina (78).

Al principio los fernandinos practicaban el comercio cerca de la ciudad, internándose en los poblados de los batete del Norte (79). Probablemente llegaban también hasta Baney y Basuala. Traían a pie el aceite y los ñames. Pero hacia 1839, siguiendo quizás el ejemplo de Beecroft, que estableció su gran factoría a orillas del río Sácriba, se lanzan al comercio por el mar, principalmente por el Este, situándose en puntos estratégicos que les permitía intercambiar las mercancías con mayor comodidad. La venta en la ciudad del aceite, ñames, gallinas, vino de palma, etc., que obtenían en estos puestos estaba plenamente asegurada. Aquí operaban los grandes comerciantes como Beecroft, Scott, Matthews, Lynslager, que poseían almacenes y vendían a los barcos y a los jefes de la costa vecina. Las ganancias superaban el doscientos por cien, lo que les permitía alquilar y después comprar cayucos, botes o balandros. De la pequeña choza perdida entre los árboles pasaban a la cómoda casa con almacenes y empleados que atendían al comercio, mientras ellos disfrutaban de las delicias de la ciudad, obligados, sin embargo, a realizar visitas para llevar los géneros y traer los productos comprados a los bubis (Fig. 20).

Así comenzó la era de las factorías alrededor de la isla, que se prolongó hasta que se construyeron carreteras en el interior. Los bubis aceptaron la presencia de los fernandinos en sus playas y a la salida de los ríos. Consintieron incluso que construyeran pequeños muelles y más tarde que tuvieran sus propias fincas con

(75) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 191.

(76) Diario de J. C., 26-2-1846.

(77) John Clarke a la sociedad antiesclavista, 16-11-1841. C.O. 82/9.

(78) Cf. Diario de J. C., 18-9-1841, II.

(79) Cf. Diario de John Clarke, 4-11-1841 y 18-12-1841.



Fig. 20.—Una factoría de fernandinos en Bilelipa frente al islote Leven (Baumann, pág. 135).

plantaciones de bananas, plátanos, limones, naranjas, papayas, etc., desconocidas hasta entonces por los bubis, y por fin con explotación de ganado. Como en el caso de la ciudad de Clarence, el bubí admitía esta presencia por el «mercado». Necesitaban productos nuevos, por los que sentían gran atracción: objetos de hierro, fusiles, pólvora, tabaco, pipas, arroz, ron, útiles de cocina, telas, abalorios, espejos, etc. A veces también deseaban comprar vacas y ovejas, de las que no siempre disponían, para sus grandes fiestas (80).

El comercio se practicaba sin ley. «Estos comerciantes —decía John Clarke— llevan una vida inicua y miserable, comprando vino de palma y ñames, engañando a los bubis, bebiéndose su vino de palma, seduciendo a sus mujeres y con otras conductas parecidas. El conjunto del comercio tal como se lleva en el presente es desmoralizante y malo» (81). Sin embargo, el misionero Sturgeon se quejaba de ambas partes: «Los fernandinos son unos comerciantes sin escrúpulos y los bubis muy inclinados a la trampa» (82).

Entre los abusos que surgían estaba el del «préstamo», costumbre muy común en el comercio con los jefes de la costa, que recibía el nombre de «trust». Los fernandinos alargaban su mercancía con la promesa de recibir en cambio ñames y aceite de palma en los tiempos de la cosecha. Pero llegaba esta hora y los jefes bubis no pagaban. Las «palabras» por este motivo eran incontables. Al final los fernandinos dispuestos a cobrar, se apoderaban de mujeres y fincas (83). No era esto, sin embargo, lo común. El principal defecto del comercio estribaba en las ganancias abusivas que alcanzaban a veces hasta el trescientos por cien (84). Otro defecto de este comercio que, sin saberlo, trajo desastrosas consecuencias fue la venta de ron, que introdujo el alcoholismo entre los bubis, mal endémico que dejó el siglo pasado en sus generaciones. Asimismo la venta de fusiles y pólvora diezmoó la rica fauna de la isla, exterminó los búfalos y privó a los bubis de su

(80) CROWTER, S. y SCHON, J. F.: *Journals of the Rev. James Frederick Schon and Mr. Samuel Crowter*, Londres, 1842, págs. 336-344.

(81) Cf. Diario de J. C., 21-11-1844, IV, pág. 58. Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, págs. 183.

(82) *The M. H.*, marzo 1846, págs. 184-85.

(83) Diario de J. C., 1-3-1845.

(84) Cf. Diario de J. C., 1-9-1841.

actividad ordinaria de cazadores. La regeneración de Africa por el comercio que proclamaban los ingleses se alejaba mucho de lo que indicaban sus ideales.

Por el Este las factorías se extendieron hasta casi llegar hasta Cape Barrow, Punta Santiago. Las principales estaban en los caladeros de Basuala, Bososo, Bilélipa y Riabba. Al menos siete mercados de fernandinos podían anotarse en la bahía de Riabba y sus alrededores. Los baptistas acudían a esta bahía para proveerse de ñames. En su primera visita a la bahía, en 1842, observó John Clarke un gran mercado en que no bajarían de 200 los bubis que acudían a depositar sus mercancías. Un número aproximado de 20.000 ñames se amontonaban en varias pilas (85).

En el Oeste, Beecroft tenía el monopolio hasta el caladero de Botonós. Las factorías de los fernandinos comenzaban en Tuplapla y se extendían por toda la bahía de Lubá, principalmente desde que arrojaron de ella a los crumanes en 1845. Aquí establecieron sus mejores factorías, al traficar con los bubis que más habían progresado desde que iniciaron sus intercambios con los barcos del aceite, antes de la fundación de Clarence.

Comenzó en 1841 con William Johnson, que se dedicó a comerciar al margen de la Compañía, por lo que fue capturado y preso por John Scott. La factoría incluía en ese momento: seis pantalones, dos pañuelos de seda, seis camisas, dos chaquetas blancas, dos sábanas, dos chaquetas azules, un sombrero de castor, un manojo de sartas de abalorios a un dólar, una piedra de afilar, una capa para la lluvia, dos potes de hierro para la cocina, dos bolsas de pólvora, dos hachas y otros géneros comunes (86). Allí actuaba también John Marklin, un hausa aserrador que dejó el empleo de la Compañía y se instaló en Lubá, a donde llevaba sus mercancías en barcos ligeros. Marklin traficaba con aceite y ñames. Poseía una casa y una mujer que iba por las cercanías y comerciaba para él. La lista de objetos de su factoría en el momento de su captura fue la siguiente: sesenta vestidos, doce camisas, doce enaguas, cinco sábanas, seis clotes, cinco ristras de cuentas de coral, doce pañuelos blancos, dos pañuelos de seda y algodón, siete barras de jabón, cuatro planchas de hierro, seis potes de cocina, dos fusiles, veintiocho libras de tabaco, diez machetes, doce cubos, doce manos de sartas de cuentas de cornelina, ocho pares de cuentas azules, siete pares de zapatos de mujer, ocho vestidos de niña, seis vestidos de niño, cinco chaquetas blancas, doce pantalones, diecinueve camisas blancas, cuatro jarras de media pinta, treinta y seis platos de color azul, doce cucharas de hierro y treinta y seis telas impresas (87). Más tarde se instalaron John Epsom, Thomas Bull, Henry Bull, Abrahams y otros (88).

Por desgracia, no podemos seguir, en ausencia de datos, los cambios de vida y revolución social que este comercio supuso entre los bubis. Pero indudablemente trastocó el sistema de producción bubí. Baste pensar en los artistas de la cerámica, de la piedra, de la madera, de la cestería, con las consecuencias en la producción del ñame, del aceite, de la pesca, construcción de vivienda, preparación de alimentos. No digamos en las relaciones de poder que emanan ahora de la riqueza obtenida por el comercio, las luchas consiguientes, el inicio probablemente de la poligamia en gran escala, con el cambio que esto supone para la aldea

(85) Cf. Diario de J. C., 1-3-1845.

(86) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 113.

(87) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 112.

(88) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 191.

familiar y el normal desarrollo del matrimonio bubí. El cambio cultural tuvo que ser enorme, como sucede en todo choque de culturas, con la introducción de nuevos elementos culturales, con efectos buenos y malos.

Un elemento cultural que nos puede dar idea de lo profundo de la colonización fernandina es la lengua introducida por ellos y que aún sigue hablándose como la lengua común entre los bubis, el pidynglish. Iniciado al parecer en Calabar en el siglo XVIII, fue llevado por los esclavos liberados a la ciudad de Clarence. Los bubis del Norte no lo conocían antes de 1827, lo que nos muestra que no habían tenido ningún contacto serio con el exterior antes de dicha fecha. Los fernandinos la extendieron muy pronto por toda la isla en la década de los 40. El padre Juanola, el primer europeo a quien se le permitió hablar con el rey Moca, pudo entenderse con él utilizando palabras de esta lengua. Es interesante el relato del misionero Mr. Sturgeon que visitó Basupú de Batete del Norte en 1844. «En el servicio de la mañana —escribe— di una pequeña instrucción sobre la escritura, pero fue casi imposible que el pueblo comprendiera algo del inglés. Lo han corrompido tanto que a muchas palabras le dan el sentido contrario y otras no significan nada. Así: «He don't go to his farm» significa que él ha ido a la finca. Y el término «palaver» tiene centenares de interpretaciones diferentes. Primariamente significa una disputa, una querrela, como, por ejemplo, «he made palaver»: él se ha querrellado, «I no top for palaver», no seguiré discutiendo el asunto en cuestión. Pero es usada más familiarmente en los siguientes absurdos significados: «Work palaver», «washing palaver», «eating palaver», «singing palaver», etc., cuyas indefinidas expresiones significan simplemente que han de realizar un trabajo, que han de lavarse, tomar alimentos, etc. La palabra «sabby» significa asimismo el conocer o entender o bien otros significados que pueden escogerse. Así: «I no sabby» significa: no sé; «That plant no sabby for grow» significa la planta no quiere crecer; «I no sabby belong to go that way» significa: no iré por ese camino. El uso que se hace con la palabra lib(live) es verdaderamente divertido para los extraños (89).

Ahora bien, ¿hasta qué punto el pidynglish, iniciado por los fernandinos, fue modificado por los mismos bubis y hasta qué punto ha evolucionado en siglo y medio hasta constituir una lengua propia de la isla? Y ¿hasta qué punto esta lengua empobrece las actividades del espíritu? Corresponderá a los lingüistas desvelar los misterios de esta lengua.

7. ESPAÑA RECHAZA LA PROPUESTA INGLESA DE COMPRA DE LA ISLA DE BICO

El abandono de Clarence por parte de Inglaterra, como vimos en el capítulo III, fue el resultado de una polémica apasionada sobre la capitalidad de la acción inglesa en África entre partidarios de Freetown y de Clarence. La solución no satisfizo a los que sinceramente buscaban el bien de África.

Entre ellos surge un apasionado por la isla de Bioco, considerándola como el lugar más estratégico para eliminar el tráfico de esclavos y poner remedio a los males de África, Sir Thomas Fowell Buxton. Su libro *The African Slave Trade and its Remedy*, cuya primera edición sale en 1838, alcanzará gran fama entre los

(89) The M. H., octubre, 1844, pág. 162.

africanistas y resucitará el movimiento de los partidarios de obtener para Inglaterra la isla de Bioco. Pero así como la proposición del comité parlamentario sobre el traslado de la capitalidad a Clarence produjo un efecto contrario, así también ahora la petición a España de cesión de la isla por compra traerá lo contrario de lo que deseaban los amantes de la isla: el abandono total y definitivo de Inglaterra a sus aspiraciones sobre ella.

«Gran angustia sentimos ante el abandono de esta colonia —escribía Buxton—. Es necesario que haya lugar a una investigación sobre el real estado de la colonia. Y sobre los prejuicios que sin duda se han dado prevezca la verdad en vez de falsas especulaciones» (90).

Buxton concretaba su idea sobre la solución a los males de Africa en los siguientes puntos: 1.º Impedir el tráfico de esclavos: a) mediante un aumento de la fuerza naval, b) mediante tratados con los jefes nativos —proposición ésta tomada de Nicolls—. 2.º Establecer el legítimo comercio. 3.º Promover y enseñar la agricultura. 4.º Impartir instrucción religiosa y moral. Ninguna base como la isla de Bioco serviría para desarrollar tales puntos. «La isla, además de ser la mejor base naval para la represión de la trata, podía ser acondicionada para establecer en ella una escuela normal y desde ella introducir la agricultura, la civilización y la cristiandad al interior de Africa» (91). Buxton abogaba por la compra de la isla. La misión baptista tratará de llevar a cabo las propuestas de Buxton; con él mantenía correspondencia el misionero John Clarke.

Otro defensor de la adquisición de la isla será el magnate de los buques de vapor, Mac Gregor Laird. Estuvo en la isla con Richard Lander y desde entonces la consideró como el punto ideal para establecer la mejor base para el comercio con Africa a través del Níger. Al fundar la primera línea regular de vapores en Africa en 1852 no se olvidará de la isla, poniendo en ella la estación terminal desde Liverpool. En una visita a la isla comentaba: «En ella me recobré rápidamente y estuve hábil para pasear por ella la noche misma de mi llegada. No he visto cosa igual como el panorama que se contempla desde las galerías de la casa del Gobierno en una clara noche de luna, ni concibo que pueda ser sobrepasado. Por el Este la graciosa cala de Goderich [Blaibich, entonces pequeño puerto] y por el Oeste, abajo perpendicularmente, los barcos del puerto de Clarence» (92).

«Mi proposición es que el Gobierno ponga su cuartel general en Fernando Poo, que por su posición geográfica es la llave del Africa Central y a cinco millas de los grandes asientos de nuestro presente comercio en la costa. Es también el único lugar en toda la línea de la costa —además de otras ventajas— donde pueden erigirse hospitales para ir allí desde las costas de Africa, donde los inválidos de los puestos navales, militares y civiles de todas las partes de la costa puedan restablecerse en una atmósfera pura y vigorizante» (93).

El 18 de Abril de 1839, Palmerston, como Secretario de Exteriores, después de varios tanteos con el General Espartero, propone a España la compra de la propiedad sobre las islas de Bioco y Palé. Las negociaciones continuaron hasta Agosto de 1840. Inglaterra ofrecía 50.000 libras esterlinas, que hubo de aumentar

(90) Cf. BUXTON, J. F.: *The African Slave...*, pág. 540.

(91) Cf. BUXTON, J. F.: *The African Slave...*, pág. 352. V. también págs. 347-53; 410-14; 443-44; 537-41.

(92) Cit. en BUXTON, J. F.: *The African Slave...*, pág. 348.

(93) LAIRD MAC GREGOR: *Narrative of an Expedition into Interior of Africa*, Londres, 1837, II, pág. 391.

hasta 60.000 (94). El Gobierno de España elabora el Proyecto de Ley de Venta de Fernando Poo y Annobón, que firma el 9 de Julio de 1841 para presentarlo a las Cortes (95). El proyecto es debatido ampliamente en la prensa. *La Gaceta*, *El Expectador*, *La Constitución* aprueban la cesión; *El Eco del Comercio*, *El Corresponsal* y *El Correo Nacional* se oponen (96).

El interés de los españoles por Africa y por las islas de Bioco y Palé, en una época en que España se había encerrado en sí misma después de la pérdida de las colonias, provino en primer lugar de una de esas sociedades populares que nacieron en España, ante la ineficacia de los gobiernos: la Sociedad Económica Matritense (97) y en segundo lugar de los planes de expansión comercial de los capitalistas catalanes.

Pero no sólo la prensa española se opuso a la cesión de las islas al Gobierno británico. Francia manifestaba también su interés por las islas uniéndose al debate parlamentario español y exigiendo la negativa a la propuesta inglesa (98). Francia estaba preparándose para entrar en escena en el comercio que se desarrollaba en el Golfo de Biafra.

El proyecto fue retirado de las Cortes y el 19 de Agosto de 1842 el Gobierno español contestaba al Gobierno británico rechazando la oferta (99).

Así se consumió la retirada definitiva de Inglaterra. Pero la ciudad de Clarence seguirá llamándose Clarence hasta la expedición española de Chacón en 1858, en que recibirá el nombre más común de Santa Isabel, y se iniciará la influencia española, rota en la revolución del 68 y emergiendo de nuevo en 1883. Santa Isabel continuará siendo ciudad fernandina, con proyección a toda la isla, hasta el final del siglo.

España, sin tradición africana desde los misioneros del siglo XVII que evangelizaron Congo, Annobón, Benín, Adrá y Guinea Portuguesa, donde lucharon denodadamente contra la esclavitud, envió varias expediciones informativas o exploratorias a la isla de Bioco, en las décadas de los 40 y 50, que no entrañaron ningún cambio importante ni en la ciudad ni en los habitantes de la isla. En 1842 se preparó la expedición de Lerena, que llegó a la ciudad de Clarence en el mes de Febrero de 1843. Con ella comienza una nueva etapa en la ciudad de Clarence.

(94) Cf. Memorandum on the Purchase of Fernando Poo and Annobom, 15-8-1840. F.O. 84/318. Cf. SCOTTER, W. H.: *International Rivalry...*, págs. 32-52.

(95) Cf. CASTIELLA, F.: *Reivindicaciones de España...*, págs. 238-50. Cf. DIKE, K. O.: *Trade and...*, pág. 59.

(96) Cf. MORENO MORENO, A.: *Reseña histórica de la presencia de España en el Golfo de Guinea*, Madrid, 1952, págs. 22-28.

(97) Cf., por ejemplo, la memoria de Juan Miguel de los Ríos. MIGUEL DE LOS RÍOS, J.: *Memoria de las islas de Fernando Poo y Annobón*, Madrid, Sociedad Económica Matritense, 1844.

(98) Cf. SCOTTER, W. H.: *International Rivalry...*, pág. 53. El rechazo de España se consideró un triunfo de la diplomacia francesa. Cf. DIKE, K. O.: *Trade and...*, pág. 59.

(99) Cf. CASTIELLA, F.: *Reivindicaciones de España...*, pág. 248.

CAPÍTULO V

JOHN BEECROFT, GOBERNADOR DE LA ISLA DE BIOCO EN NOMBRE DE ESPAÑA (1843-1854)

1. EL GOBIERNO DE JOHN BEECROFT

Se inicia la etapa de 1843 a 1854 con la elevación a gobernador de la isla del que es sin duda la figura central en la historia de la ciudad de Clarence, John Beecroft Carpenter. A él se debe la supervivencia de Clarence después de la retirada de Inglaterra; bajo su liderazgo surgió una nueva Clarence más dinámica, más libre, más abierta, a pesar de la tiranía de la Compañía del Africa Occidental y con él experimentará Clarence los momentos de su mayor auge en las décadas de los 40 y principios de los 50.

El 23 de Febrero de 1843 se presentó en Clarence Juan José de Lerena para hacer efectivo el dominio de España sobre la ciudad y la isla (1). Tanto los ciudadanos de Clarence como los habitantes de la isla eran súbditos españoles, por haberse asentado en terrenos de España. En las tradiciones bubis, en unas se decía que habían emigrado del continente y podían nombrar a los jefes que los condujeron en cayucos, en otras, particularmente en Baney, se decía que procedían de las alturas del Pico, pero ¿cómo podían probar estas tradiciones y el tiempo en que se efectuó su emigración a la isla?. Nadie negaba entonces que Fernando Poo había pertenecido a Portugal y que esta nación lo había cedido a España.

La visita de Lerena fue muy beneficiosa para la ciudad de Clarence. En los pocos días que estuvo en la isla, del 23 de Febrero al 8 de Marzo, dejó disposiciones mediante las cuales pudo organizarse un minigobierno de la ciudad, su estabilidad y progreso. A él se debe la salida de la Compañía del Africa Occidental, aunque ésta ya había dado señales de quiebra. Izó la bandera española en la ciudad, y le puso el nombre español de Santa Isabel, aunque este nombre permaneciera ignorado para los mismos ciudadanos y para los comerciantes que frecuentaban el puerto; sólo los escritores españoles comenzaron a usarlo. Cambió los nombres ingleses de la geografía de la isla por otros españoles y nombró gobernador a John Beecroft y como teniente gobernador a William Lynslager.

Al gobernador lo dotó de las siguientes facultades:

«1.^a Garantizar a toda persona o personas su libertad, la conservación de su

(1) Cf. UNZUETA Y YUESTA, A.: *Geografía histórica...*, pág. 149.

propiedad individual y su religión, en tanto que obedezcan a las leyes de la colonia y reconozcan al gobierno español.

2.^a Prohibir la corta y extracción de madera de todos los montes y costas de la isla, sin que haya obtenido el permiso correspondiente de la autoridad.

3.^a Exigir un pequeño derecho en los efectos de importación y en los productos de exportación con el objeto de atender a los gastos de la colonia.

4.^a Imponer igualmente un moderado derecho de tonelaje que será pagado por todos los buques que fondeen en las bahías y puertos de la isla, bien sea para comerciar, hacer provisiones, aguada y leña o para extraer sus producciones.

5.^a Formar un cuerpo de milicias para el servicio y defensa de la isla y conceder terrenos a todas las personas que se inscriban en ella.

6.^a Formar un consejo o tribunal compuesto por cinco personas de carácter y propiedad para la administración de la justicia y que atienda al mismo tiempo a la policía y bienestar de los habitantes» (2).

Estas facultades concedidas al gobernador bastaron para garantizar la paz, corregir los abusos cometidos por la Compañía, proteger la libertad de los individuos en sus actividades productivas e impulsar el comercio. John Beecroft supo acomodarse a ellas y concretarlas en disposiciones realistas conforme al espíritu práctico que le caracterizaba. Guillemar de Aragón diría más tarde. «Más bien parece una república federativa que un gobierno» (3).

Al marcharse Lerena, España ya no ejerció más influencia: la ciudad de Clarence y la isla quedó de nuevo en manos de la comunidad fernandina, de la comunidad crumana y de los bubis. Beecroft se comunicaba con el cónsul de España en Freetown. Esta correspondencia, que sería muy interesante para nuestra historia al parecer se ha perdido (4).

El 6 de marzo de 1843 John Beecroft fue proclamado gobernador por Lerena (5). Recibió además el nombramiento de teniente de la marina española y más tarde capitán de la misma, se le eximió de todo impuesto sobre sus negocios de importación y exportación y se le concedió una extensión de terrenos en la isla «en orden a que él y sus descendientes pudieran disfrutar de su producción». Dicha concesión de terreno se extendía desde Punta Europa hasta el caladero de Botonós. En 1844 se le otorgó además el título de Caballero de la Orden de Isabel la Católica (6).

Beecroft aceptó el nombramiento como un gran honor. Escribiendo a su familia señalaba: «Ante mi asombro, don José de Lorenza (*sic*) me ha ofrecido el gobierno de la isla; después de escuchar su propuesta pensé que podía aceptar su oferta, considerándola compatible con mis otros deberes» (7).

El 10 de abril convocó Beecroft el primer consejo de vecinos que hubo en la ciudad de Clarence y de Malabo. Lo integraron John Beecroft, William Lynslager, Joseph Wilson, de la misión baptista, John Thomas y Thomas John-

(2) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 22.

(3) GUILLEMAR DE ARAGÓN, A.: *Opúsculo sobre la colonización de Fernando Poo...*, Madrid, 1852, pág. 61.

(4) Jane Beecroft escribe a la reina de España el 1-2-1905 reclamando las propiedades de su padre y preguntando por la correspondencia con el Cónsul, que desapareció en 1907. Cf. Holt Archives, 12/3.

(5) Cf. Proclamación de John Beecroft como Gobernador, 6-3-1843, F.O. 2/29.

(6) Cf. Holt Archives, 12/3.

(7) Cf. Correspondencia Beecroft, 26-3-1843. John Holt Archives, 12/3.

son (8). En otros consejos aparecerán Charles Kennedy y John Showers, destacados fernandinos de la ciudad.

Conviene destacar ahora las primeras ordenanzas, tanto por ser las primicias de la ciudad como por reflejarnos el ambiente que se vivía en 1843. He aquí un resumen de ellas:

1. Salud y limpieza pública

1.^a Que cada habitante guarde y limpie de escombros, de montones de porquería, de malas hierbas y de arbustos, etc., y que arene y cubra de grava, si fuese necesario, la parte de la calle que está en frente de su casa. En caso contrario por la primera desobediencia pagará 2 pesos, por la segunda 5 pesos y por la tercera, a ser tratado por el gobernador y el Consejo según juzgaren conveniente disponer.

2.^a Que no se planten ni se críen plátanos en las inmediaciones de las casas. Por la primera desobediencia... etc.

3.^a Que no se tenga ningún árbol más alto que las cercas, si se exceptúan algunos pocos naranjos, limoneros u otros árboles frutales. Idem.

4.^a Que las cercas compuestas de plantas con vida no pasen de siete pies de elevación. Idem.

5.^a Que en las inmediaciones de las casas, dentro de la cerca, no se deje o arroje ningún objeto animal o vegetal corrompido como plátanos, ñames, etc. Idem.

6.^a Que no se arrojen inmundicias en cualquier parte del peñasco escarpado que da frente al mar o al puerto. Idem.

7.^a Si no pagan las multas, se les obligará a trabajar hasta que se complete la suma de lo que debía pagar, a razón de dos reales por día.

2. Paz y buen orden

1.^a Las personas que tuvieren parte en tumultos y contiendas en las calles o en las casas o instigaran a hacer lo mismo, convictos de ésto en un juicio del Consejo, estarán sujetas a ser apresadas y a ser multadas en una suma no menor que 20 pesos.

2.^a El que se encontrare borracho en los calles o caminos por donde se sale o entra en la ciudad, serán aprehendidos y puestos en la cárcel hasta que paguen la suma penal de 2 pesos.

3.^a Los que vendieren bebidas con que embriagarse a marineros u otros extranjeros... 5 pesos.

4.^a Cualquier persona no autorizada para usar armas si se le viere en las calles llevar espadas, pistolas, sables largos o cuchillos u otros semejantes instrumentos ofensivos, serán tenidas como personas que tratan de turbar la paz; serán aprehendidas y tratadas como el Gobernador y su Consejo juzgue propio disponer.

5.^a Cualquier persona por haber amenazado disparar o hacer algún daño, incendiar o destruir.

(8) Cf. The M. H., Enero 1844, pág. 43. Referencias a estos fernandinos, cf. The M. H., diciembre 1845 y enero 1846.

6.^o Idem por haber hablado mal perversamente y mintiendo de otra persona... con multa no menor de 10 pesos.

7.^o Si no pagan las multas, serán obligadas a trabajar a 2 reales por día.

3. Observancia del domingo

1.^o Riñas, juegos, diversiones estrepitosas tocando tambores, haciendo fuego con escopetas, estarán sujetas a reclusión hasta que paguen la pena de dos pesos.

2.^o Ejercer comercio o permutar... con la pena de dos pesos o cinco pesos.

4. De daños y perjuicios

1.^o El que tuviere jardín o cercado (en la ciudad) procure que estén bien vallados, que la valla se conserve en buen orden, de modo que impida la entrada a los bueyes y otros animales... bajo la pena de no recibir indemnización alguna por los daños causados por los bueyes u otros animales.

2.^o Los que tuvieren puercos procuren tenerlos asegurados y encerrados juntamente en pocilgas, bajo la pena de ser cogidos por cualquier condestable si los encuentra vagando.

3.^o Que todos los bueyes y otros animales, como puercos, aves, etc., que se introduzcan en los patios de otras casas pueden ser guardados en un establo para que sean recatados solamente por el dueño o dueños de los animales, pagando los daños causados según determine el Consejo.

4.^o Si estos animales se encuentran mutilados no se pagará indemnización.

5.^o Después de puesto el sol, todas las personas convictas de tirar tiros maliciosamente, tocar campanas, hacer ruidos en las calles... serán multadas con penas de dos a cinco pesos.

6.^o Los que rompiere con mala intención las vallas o destruyeren puertas, ventanas, tabiques o cualquiera otra propiedad estarán sujetas a ser castigadas según el Gobernador y el Consejo juzgaren más oportuno determinar.

7.^o Que nadie haga hogueras o fuegos en las calles o caminos.

8.^o Los que hicieren hoyos o trampas con objeto de cazar bueyes u otros animales serán juzgados...

5. Comercio y comerciantes

1.^o Nadie abrirá su casa como tienda o almacén para vender géneros sin obtener aprobación del Gobernador, renovada cada seis meses.

2.^o Nadie podrá vender vinos o licores sin licencia.

3.^o Se establecerá una plaza de mercado abierta todos los días desde las seis de la mañana hasta el mediodía bajo reglas y prescripciones propias.

4.^o Los precios serán regulados por libras: buey fresco, carnero, cabra, puerco, pescado, ñames por cien; gorrinitos cada uno, gallinas, huevos, naranjas, piñas...

5.^o Todos los que posean botes o canoas se provean de un pasaporte y número.

6.^a Puesto el sol, nadie llevará productos a los barcos.

7.^a Todas las personas convictas de un comercio injusto con los naturales de la isla o de sacar de ellos una utilidad indecorosa o indebida en la permuta o cambio de ñames, aceite u otros artículos o de coger de entre ellos, sin su permiso o facultad, pesca, vino de palma u otros artículos o de golpear o herir a alguno de ellos cuando se ocupan en comerciar con ellos o cuando los encuentran en los bosques o de tomarse libertades indecentes con sus mujeres y niñas o doncellas o de procurar persuadir a las tales mujeres y niñas a que se escapen y vivan con ellos, dejando a sus maridos y padres, serán culpables o reos de mal proceder o mala conducta y sujetos a ser castigados como juzgase el Gobernador y el Consejo más propio disponer.

6. Pequeños hurtos y robos

1.^a El que hubiese robado o recibido artículos robados estará sujeto a trabajos duros y a no tomar más alimento que ñame y agua por un período menor de un año... de reclusión.

2.^a A) El que de nuevo robare será penado por un período menor de dos años de reclusión

B) El que robare por tercera vez será expulsado de la isla.

3.^a El que entrare con violencia valiéndose de llaves falsas en la propiedad de otro... será sujeto a trabajos duros y a reclusión a ñame y agua por un período menor de dos años.

4.^a Si por segunda vez, por el período que determine el Gobernador.

Si por tercera vez, será desterrado de la isla y su propiedad vendida en beneficio de los pobres.

5.^a Si además se acompañara (la violación) de maltratamiento a personas serán tratados conforme el Gobernador y el Consejo determinaren (9).

Para cobrar derechos de importación, exportación y anclaje, según la facultad concedida por Lerena, el Gobernador extendió los siguientes decretos el 20 de junio de 1848:

1. Todos los objetos importados estarán sujetos a un derecho del cinco por ciento.

2. Todos los productos naturales de Fernando Poo que se exporten pagarán un derecho del dos y medio por ciento ad valorem, que pagará el exportador.

3. Cualquier fraude estará sujeto a una multa no menor de 100 pesos.

4. Todo barco en cualquier puerto, bahía o rada de Fernando Poo pagará por derechos de anclaje cuatro dólares o pesos duros por cada una tonelada.

5. Se proveerá a los barcos de excelente agua a precios fijos y moderados (10).

Se ha de destacar la importancia que tuvieron para la ciudad de Clarence estas ordenanzas. Es la primera vez que los fernandinos asumen juntamente con Beecroft la función de rectores de la ciudad. Observamos en ellas un ordenamiento general de tipo occidental con muchos matices africanos. Sobre la actuación del

(9) Cf. NAVARRO, J.: *Apuntes...*, págs. 138-149.

(10) Cf. NAVARRO, J.: *Apuntes...*, págs. 137-38.

Consejo comentaría más tarde don Jerónimo Usera: «Los delitos se juzgan breve y sumariamente por el Consejo del gobierno y por lo general las condenas se reducen a prisión y trabajos públicos: llevando casi siempre la cláusula del ex-trañamiento perpetuo para el criminal, especialmente si no es natural de la isla (11).

Los ingresos de la colonia por los derechos de importación y exportación y anclaje solía ser de 200 libras esterlinas al año, con los cuales el gobernador había de mantener los prisioneros, la policía y atender a otros asuntos. Tal cantidad no podría cubrir todos los gastos; se calcula su déficit en otras 200 libras que Beecroft había de pagar de su bolsillo (12).

Por eso la actuación desinteresada de Beecroft a favor de la ciudad llamó la atención de cuantos le conocieron. Usera decía de Beecroft: «El actual gobernador, Mister John Beecroft, es un inglés como de cincuenta y cuatro años, de una estatura bastante regular, robusto y de venerable aspecto, dando a su fisonomía una particular importancia su cabeza canosa y poco poblada. Hace unos diecinueve años (13) que reside en la isla dedicado siempre al comercio, en cuyo ejercicio se ha adquirido una fortuna regular. Tiene su casa propia en la costa y como a dos leguas de la capital, muy dispuesta y alojada. Por esta razón en Santa Isabel acostumbra a morar en casa de la viuda de Mr. Scott...».

«Le acompaña en todos los viajes su médico, Mr. King, el mismo que se dignó visitarnos cuando yacíamos abrumados bajo el peso de las calenturas africanas».

«La probidad de Beecroft, su buen juicio y discreción juntamente con la dulzura y firmeza de su carácter, le han granjeado aquel aprecio y prestigio con que es mirado por todos los habitantes de la isla. Y si a estas dotes añadimos su estimación y afecto hacia todos los españoles, completamos al hombre que con acierto escogió el Sr. Lerena» (14).

Este juicio, sin embargo, quizás sea demasiado benevolente. El misionero John Clarke se quejó ante Beecroft por haber maltratado a un policía proveniente de Duala. Beecroft recibió este aviso de manera muy hosca y él mismo se puso a flagelarlo. Clarke anotaba cómo dos hombres fueron azotados cruelmente en la misma playa por orden de Beecroft (15).

Para arreglar conflictos, Beecroft no dudaría en quemar poblados, como veremos más adelante. En su vida privada no era nada ejemplar. Cobraba por ceder a su doméstica. Teniendo a su mujer en Inglaterra, después de la muerte de Scott, vivió con su viuda. De Isabel Bull (16) tuvo un hijo, Alfonso Jorge, en 1845. Este hijo sería bautizado por S. Antonio María Claret en Madrid, el 23 de Diciembre de 1858, en la parroquia de San Martín. La partida de bautismo dice así: «Con esta fecha... es bautizado, por el arzobispo Antonio M.^o Claret, Alfonso Jorge, hijo de Juan Beecroft, de nación inglés, y de Isabel Bull. Abuelos maternos: Jorge y Sara. Había nacido en la isla de Fernando Poo el año 1845. Padrinos: sus Majes-

(11) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 24. Guillemar por su parte juzgaba del gobierno de Beecroft diciendo que «es el de un juez que interviene amistosamente en sus contiendas», *Opúsculo...*, pág. 63.

(12) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 101.

(13) Estos diecinueve años se han de contar desde la fecha de 1848, fecha de la publicación de su libro: «Memoria de la isla de Fernando Poo».

(14) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 24.

(15) Diario de J. C., 11-11-1844.

(16) Diario de J. C., 1-5-1845.

tades los Reyes. Testigos: el presbítero don Miguel Martínez y Sanz». Al morir Beecroft, su hijo Alfonso Jorge quedaría al cuidado de Mr. Lynslager.

Sin duda esta vida privada hizo que el juicio de John Clarke sobre él fuera siempre negativo. Para John Clarke, Beecroft explotaba con cinismo su posición de jefe de la isla sin ningún control por parte de una instancia superior «Su gobierno —decía— es una farsa» (17).

Entre Beecroft y la misión baptista se produjo un continuo enfrentamiento, debido principalmente a poseer la misión todos los terrenos de la ciudad y sus principales edificios.

Los informes que elevaron a la Sociedad los misioneros John Clarke y doctor Clarke Prince como resultado de su estancia en la isla en los años 1841 y 42, hicieron concebir un gran proyecto de evangelización no sólo de la isla sino también de todos los pueblos del golfo de Biafra, con el ideal de penetrar hasta el interior de Africa. El misionero Angus, secretario de la Sociedad Misionera no dudó en realizar un gran esfuerzo y aprobar la compra de las propiedades de la Compañía del Africa Occidental, cuando ésta tuvo que abandonar la isla en 1843 por el decreto de Lerena prohibiendo toda extracción de madera sin permiso del gobierno. Un proyecto que fue único en la historia de las misiones de Africa en la mitad del siglo XIX (18).

Por el convenio entre la Compañía y la Misión del 13 de junio de 1843, mediante el pago de 1.500 libras esterlinas «fueron asignados a William Brodie Gurvey y sus herederos todas las factorías, plantaciones y establecimientos en el lugar conocido y llamado con el nombre de Clarence, situado en la isla de Fernando Poo, que incluye todas las viviendas, factorías, cobertizos, chozas, almacenes, depósitos, complementos, patios, jardines, terrenos, heredades y todo terreno desboscado junto a dichas factorías o establecimientos o tenencias u ocupaciones pertenecientes a dicha Compañía o sus agentes» (19).

La Compañía poseía en primer lugar todo lo perteneciente a la casa Richard Dillon, es decir: todo lo que ésta había comprado al gobierno inglés, que abarcaba todos los terrenos de la ciudad de Clarence comprados a los bubis y todos los edificios que el gobierno había construido. Además poseía terrenos para la extracción de madera junto a Clarence, en la bahía de Lubá y junto al embarcadero de Basuala. Los misioneros ocuparon los edificios que habían sido de la Compañía, entre ellos la casa del Gobierno, como nos lo muestra el plano adjunto que en aquel momento realizaron.

Los líderes africanos, para quienes la marcha de la Compañía había significado su liberación, se resistieron a que la Misión asumiese los derechos de la Compañía respecto a los terrenos. John Clarke se había disgustado con Scott, Matthews y Lynslager por el uso de un terreno chapeado dentro y alrededor de la ciudad. En Febrero de 1845 Matthews señaló a Beecroft que John Clarke había desafiado la autoridad del gobernador (20). Estaba, pues, en litigio la legalidad de la compra efectuada por los misioneros de las propiedades de la Compañía.

Beecroft se puso de parte de los líderes africanos. Para él estaba claro que la

(17) Diario de J. C., 14-11-1844.

(18) Correspondencia entre Angus y los misioneros, 31-5-1843 y de Angus a Beecroft, 13-9-1843. Archivos B.M.S. A/11.

(19) LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 132. Cf. HUTCHINSON, T. J.: *Impressions of Western Africa*, Londres, 1858, pág. 289.

(20) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 116.

ocupación británica había sido ilegal (21) y por lo tanto ilegal la compra de Dillon, la compra de la Compañía y la compra realizada por la Misión. Los derechos de los baptistas no podían ser confirmados por el gobierno de Madrid.

Beecroft inició su campaña por los derechos de propiedad de los fernandinos sobre sus casas y sus fincas y por la no obligación de pagar rentas, recriminando a los misioneros el haber venido a Clarence en el *Dove*, en 1844, sin permiso de las autoridades españolas, es decir: sin su permiso.

Beecroft tuvo que escribir a Nicolls y éste habló con el embajador español en Inglaterra. Por estas conversaciones Nicolls indica a Beecroft que lo más conveniente sería hacer salir de Clarence a los misioneros baptistas con el menor ruido posible y que esto mismo se lo comunicaría el ministro de Asuntos Exteriores al Secretario de Estado del Gobierno español (22).

La disputa sobre los derechos de propiedad fue acalorada ante la presencia de Guillemar de Aragón en 1845. Los misioneros argüían que el mismo Beecroft había firmado con Dillon la compra de aquellas propiedades que después ellos habían comprado a la Compañía. La respuesta de Beecroft fue la siguiente: «Aquello no tuvo ningún valor, al poner allí mi firma no tenía ningún derecho para ello» (23). Esta disputa sobre los terrenos sólo tuvo su conclusión con el decreto de expulsión de los misioneros baptistas, al inicio del siguiente período con Carlos Chacón.

La política de Beecroft con los bubis fue en general de protección y de fomento de su comercio de aceite de palma y del ñame. A veces los citaba para que acudieran a su propia residencia. «Cualquier cocoroco o jefe citado por el Gobernador —escribe Usera— comparece inmediatamente y con la mayor sumisión a recibir sus órdenes, sin atraerse jamás a pasar del corredor o galería que da la entrada de sus habitaciones ni a sentarse en su presencia» (24). Es proverbial en el bubi el respeto y la sumisión a la máxima autoridad, hasta el punto de que el jefe de la isla, el rey de Moca y otros jefes no podían ser vistos por sus súbditos.

Además del gobierno de la isla, Beecroft atendía otros muchos asuntos. En Julio de 1843 realiza su segundo viaje a Inglaterra en el vapor *Ethiope*. La nueva situación como gobernador de la isla requería aclarar su posición ante los ingleses y sobre todo ante su jefe en los negocios, Mr. Robert Jamieson. De éste logró que le fueran transferidas sus propiedades en la isla. Jamieson accedió «en consideración a sus grandes y fieles servicios y por estima y consideración hacia él» (25).

En este juego intervenía la disposición de Lerena a concederle terrenos. La propiedad, como ya hemos indicado, abarcaba desde Punta Europa hasta el pequeño puerto de Botonós, junto al actual Baloeri de Cristo Rey, más los edificios levantados a la salida del río Sácriba, hacienda llamada New Town.

Beecroft continuó visitando los ríos de la costa con nuevas exploraciones en los ríos Niger, de la Cruz y Calabar (26).

Como una muestra de sus actividades en el Continente bastará el siguiente hecho. En 1845 Beecroft visitó todas las poblaciones de ambas orillas del río

(21) Cf. Correspondencia de Canning a Angus, 13-4-1845. Archivos B.M.S. A/11.

(22) Cf. UNZUETA Y YUSTE, A. DE: *Geografía histórica...*, pág. 175.

(23) Cf. The M. H., Agosto, 1846, pág. 311.

(24) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 26.

(25) Fechado en 21-10-1843 y firmado por Roberts y A. Jamieson. Holt Archives, 12/3.

(26) Cf. DIKE, K. O.: *Trade and...*, pág. 12.

Camerún. Reunió en magna asamblea a los reyes Akwa y Bell y sus jefes subalternos, obteniendo de ellos el compromiso de renunciar al tráfico de esclavos mediante una indemnización anual de 2.000 dólares, que les sería entregada durante cinco años por la corona inglesa. Hubo de volver en 1849 y 1850. Y más tarde nueva intervención, pues cobraban y seguían dedicándose a la venta de esclavos.

El 30 de Junio de 1849 fue nombrado cónsul británico para los países de las dos bahías de Benín y Biafra (27). Coincide este nombramiento cuando Jamieson se retira de su comercio en Africa, lo que suponía para Beecroft el término de su mejor apoyo para la compra y venta de los productos que constituían la base de sus beneficios.

Con la institución del consulado británico Inglaterra abrió una nueva era para su política en Africa. Renunciaba a limitarse al mero comercio, como se había practicado en los siglos precedentes, y se inauguraba la política de intervención en los asuntos internos africanos, que culminó en el reparto de Africa en 1885, iniciándose la era de la colonización (28).

No toca a esta historia relatar las actuaciones de Beecroft como primer cónsul británico. Bastará aducir aquí la frase del investigador nigeriano Ajai: «Beecroft fue en el siglo pasado el europeo más influyente en toda la bahía de Biafra» (29).

En una de sus intervenciones hizo prisionero al rey Peppel de Bonny y lo condujo a la ciudad de Clarence donde permaneció durante varios años.

Le sobrevino la muerte cuando la expedición al Níger de 1854 se dirigía a Clarence para ponerse a sus órdenes, reconociendo en él al mejor experto en la exploración del río que tantos fracasos había ocasionado a los expedicionarios europeos. Su muerte fue muy sentida por toda la población de Clarence. Un monumento quedó erigido a su memoria en la Punta de la Unidad Africana, con la siguiente inscripción: «Bajo este monumento están depositados los restos de John Beecroft, Gobernador Español de la Isla de Fernando Poo, cónsul de Su Majestad Británica para el Golfo de Biafra, quien murió el 14 de junio de 1854, a la edad de 64 años. Este monumento conmemorativo es erigido por los habitantes de la colonia de Clarence, como testimonio de gratitud por su dedicación como padre durante muchos años a su bienestar y progreso así como por su servicio desinteresado en promover la felicidad y prosperidad de toda la raza africana».

2. LA CIUDAD DE CLARENCE EN EL MOMENTO DE SU MAYOR AUGE

Cambio profundo en la ciudad después de la marcha de la Compañía

La marcha de la Compañía del Africa Occidental trajo consigo un cambio profundo en la ciudad de Clarence. Hasta 1843 y desde los tiempos de Nicolls los fernandinos habían estado sometidos a trabajos forzados como asalariados sin contrato previo y con retribuciones muy parcas. Tanto Nicolls como la Compañía

(27) Cf. NEWBURY, V. W.: *British Policy towards West Africa: Select Documents*, vol. I, Oxford, 1965, págs. 384-86.

(28) Cf. NEWBURY, V. W.: *British Policy...*, págs. 16-43.

(29) Cf. AJAY, J.: *Christian Missions in Nigeria 1841-91*, 1965, pág. 45.

consideraron la ciudad como un feudo suyo. Las leyes que impuso la Compañía eran tiránicas y sólo algunos protegidos por Beecroft se libraron del sometimiento a un trabajo opresivo. Sin embargo, la Compañía con todos sus males proporcionaba riqueza. Podría pensarse que con su quiebra volverían los tiempos de crisis para la ciudad, que ya experimentó en los años 1828 y 29 con el capitán Owen ante la falta de recursos. No fue así. El trabajo de la extracción de la madera fue sustituido por un trabajo más rentable: el comercio.

De obreros asalariados muchos pasaron al de propietarios de negocios, dueños de su trabajo y de sus beneficios. Por otro lado, los fernandinos fueron elevados por las disposiciones de Lerena y el buen sentido de Beecroft a ser dueños de la ciudad, pudiendo actuar ellos en el arreglo de los conflictos a través del Consejo de Vecinos. Clarence se transformó en una pequeña república democrática, donde imperaba la aristocracia del dinero. Los observadores de esta etapa de Clarence no dudan en calificarla de ciudad única en el Africa Occidental. «Clarence, con su escuela, doctores, tiendas, artesanos y policía era entonces algo anómalo —decía John Clarke—. Alardeaba de tener un burdel y numerosos puestos de bebida para los marineros» (30).

Censo de la población

La revista *The Misionary Herald*, de los baptistas (31) daba a conocer en 1845 el censo de la ciudad, elaborado por el pastor Sturgeon. El número de habitantes había pasado de 873 en 1841 a 1.027 en 1845. El censo no nos indica la nacionalidad de origen de los fernandinos, que se supone sería casi la misma de la apuntada en el anterior censo. Hace notar, sin embargo, la existencia de congos, isubus, dualas, bubis y crumanes, al parecer como residentes eventuales. La presencia de congos nos revela que no cesaron los asentamientos de esclavos liberados. Muchos de éstos se integrarán en la comunidad fernandina como veremos en censos posteriores.

Censo de junio de 1845

| | |
|------------|-------|
| Familias | 201 |
| Residentes | 1.017 |
| Blancos | 10 |
| | <hr/> |
| Total | 1.228 |
| | |
| Congos | 118 |
| Isubus | 81 |
| Dualas | 52 |
| Bubis | 165 |
| Crumanes | 50 |
| | <hr/> |
| Total | 466 |

(30) Cf. JOHNSON, J. F.: *Proceedings...*, pág. 261.

(31) Cf. *The M. H.*, marzo, 1846, pág. 230.

| | |
|-------------------------|------------|
| Niños menores de 2 años | 40 |
| Niños de 2 a 6 años | 83 |
| Niños de 6 a 12 años | 83 |
| Total | 206 |

| | |
|----------------------------|-----|
| Van a la escuela | 100 |
| Van a la escuela dominical | 350 |
| Leen la Sda. Escritura | 144 |
| Escriben | 41 |
| Deletrean | 222 |
| Escriben imperfectamente | 36 |

Trabajo

| | |
|--------------|------------|
| Sirvientes | 374 |
| Carpinteros | 29 |
| Aserradores | 26 |
| Sastres | 3 |
| Herreros | 8 |
| Oficiales | 3 |
| Marineros | 19 |
| Total | 462 |

Salarios

| | | |
|------------|------------|-------------|
| carpintero | 2 chelines | 11 peniques |
| Aserrador | 2 chelines | 2 peniques |
| Herrero | 2 chelines | 6 peniques |

Se ha de resaltar la cifra de 374 sirvientes, como la base de la estructura piramidal fernandina, que el misionero John Clarke considera más bien esclavos o con alguna forma de esclavitud, pues se compraban y vendían sus servicios (32). A pesar de que Inglaterra luchaba contra el tráfico de esclavos, la esclavitud seguía como forma de trabajo en la mayoría de los países. Los opulentos fernandinos con negocio propio, utilizando siervos, a quienes simplemente se les daba comida y vestido, no pasarían de cincuenta.

Nuevos aspectos de la ciudad

Una visita a la ciudad en 1845 con el mapa elaborado por la misión baptista (33) nos dará a conocer nuevos aspectos, algunos interesantes, respecto a descripciones anteriores.

En el mapa podemos destacar en primer lugar el barrio de calles rectas que se cruzan entre sí, mandado construir en 1835 por Becroft. «De espaldas a la

(32) Cf. USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 20.

(33) Mapa de la ciudad de Clarence en The M. H., Agosto 1843. Otro mapa en Archivos B.M.S. A/11.

bahía —escribe Guillemar de Aragón— tenemos delante dos calles anchas de 400 varas con unas 20 casas a cada lado construidas de madera con un pequeño corral. Por poco que se prolongasen darían en un río bastante considerable» (34).

«En los dos ángulos de la plaza, cerca de estas dos calles, desembocan otras dos, también anchas. La de la derecha se dirige al interior de la isla, encontrando el río del que acabamos de hablar. En esta calle hay unas quince casas de madera de caoba, por el estilo de las colonias inglesas. La de la izquierda concluye en un declive suave hacia la bahía, en la que podría establecerse un astillero» (35).

«Siguiendo la izquierda hay otra calle, que se prolonga desde la Punta Fernanda y, continuando la misma dirección y atravesando bosque y un pueblecillo de pescadores, va a parar al Cabo Prior. En esta calle se halla situado un hermoso edificio de los misioneros ingleses, donde deberá establecerse el gobernador de Fernando Poo, la iglesia y la escuela de los misioneros y la de un holandés nombrado teniente gobernador por el último comisario español, en donde enarbola todos los días la bandera española» (36).

«En la plaza misma hay dos casas a la europea a la derecha y algunas chozas de negros a la izquierda» (37).

«En las dos calles, de que hemos hablado antes, desembocan paralelamente otras seis tan anchas como las primeras. Hay otras tres desde Punta Fernanda y desde la plaza al río. Todas pueden prolongarse por espacio de una legua sin encontrar monte alguno» (38).

Siguiendo ahora el mapa elaborado por los misioneros y ateniéndonos a su numeración podemos establecer su correspondencia con los edificios actuales (Fig. 21):

Núm. 1. Iglesia y escuela baptista. Actualmente Palacio «3 de Agosto».

Núm. 2. Casa de la misión baptista, que fue del gobernador Owen. Actualmente, «Residencias Oficiales».

Núm. 3. Residencia del doctor Prince. Desaparecida.

Núm. 4. Residencia de Mr. Merrick. Desaparecida.

Núm. 5. Hospital. Desaparecido.

Núm. 6. Residencia del pastor Sturgeon, llamada de Longfield. Actualmente casa y capilla de la misión metodista.

Núm. 7. Tienda de Mr. Scott y residencia de Beecroft, cuando venía a la ciudad. Actualmente Palacio Episcopal.

Núm. 8. Almacenes del puerto.

(34) Cf. GUILLEMAR DE ARAGÓN, H.: *Opúsculo...*, págs. 57-60. Las dos calles que iniciándose en la plaza de la Independencia se dirigen hacia el río.

(35) Se refiere en primer lugar a la calle Presidente Nasser (Sacramento), que se dirige al arroyo Cockburn, distinto del que indica Guillemar y en segundo lugar a la calle Ureka, que se dirige a Blaybich, donde se pretendía construir un astillero.

(36) Se refiere al paseo marítimo que comenzando en Punta Fernanda rodeaba la bahía hasta Punta Cristina, pero en el arranque de Punta Cristina había un camino que se dirigía hacia el Oeste y llegaba al pueblo de pescadores, situado después de pasar el río Timbabé, y llegaba al Cabo Prior o Punta Europa.

(37) Son las casas de Beecroft (actual Palacio Episcopal) y del catequista Christian, en la esquina con Presidente Nasser (Sacramento). Las chozas estaban donde está ahora la Guardia Presidencial.

(38) Se refiere a las seis calles del barrio fernandino y a las tres de la zona «El Paraíso» que abocaban al río.

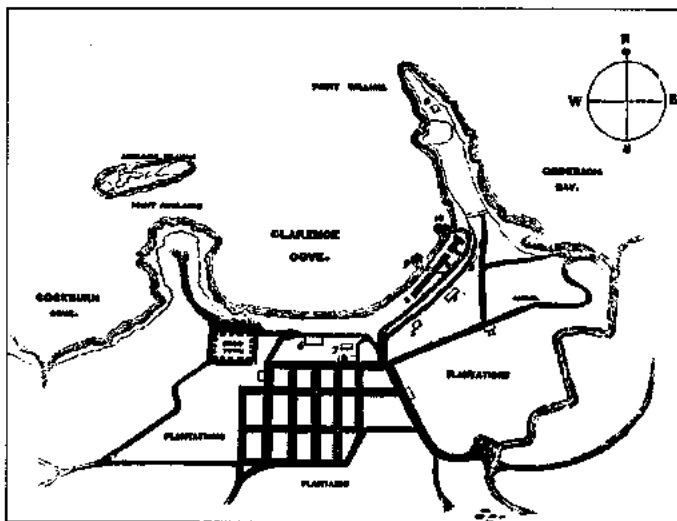


Fig. 21.—Mapa de las propiedades de la misión baptista en la ciudad de Clarence, compradas a la Compañía del Africa Occidental en 1843. Su explicación en el texto (*The M. H.*, marzo 1844).

Núm. 9 y 10. Muelles del puerto.

Núm. 11. Primera residencia de John Clarke y doctor Prince en 1841, situada en la actual calle Ureka. Desaparecida.

Núm. 12. Residencia del catequista Christian, residencia más tarde de Martínez y Sanz, situada en la esquina de la Plaza de la Independencia con Presidente Nasser, actualmente casa comercial.

Notaremos que al Oeste destaca el patio de los crumanes, construido por la Compañía del Africa Occidental para 300, lugar ocupado hoy por la Dirección General de Seguridad y Centro Cultural.

Varias casas del barrio fernandino aún perduran en la actualidad, que se distinguen por ser de madera. De ellas nos dice don Jerónimo Usera: «Las casas son de madera y la mayor parte de un solo piso, pero bien ventiladas y dispuestas y aseadas en cuanto cabe. Las más principales tienen hasta dos pisos y en la parte exterior dos tabiques mediando entre uno y otro cinco cuartas por lo menos, de forma que forman una especie de galería. Así evitan el que los rayos del sol hieran con fuerza la parte interior y más habitada de la casa. La techumbre son planos inclinados, como nuestros tejados, pero cubiertos con una especie de junco, que despiden muy bien el agua; generalmente están muy bien distribuidas y amuebladas. La mejor de todas es la que tiene de su propiedad el teniente gobernador Mr. Lynslager».

«Las cocinas están separadas de todo el cuerpo de la casa, bien por evitar el demasiado calor o para precaver un incendio».

«Las calles son espaciosas y rectas y como la vegetación es tan asombrosa y las casas no están continuadas sino aisladas por una porción de arbolitos, el conjunto de la población ofrece un golpe de vista encantador y delicioso».

«La limpieza y aseo que se nota en las calles de la capital podría servir de modelo para alguna de nuestras poblaciones. Todos los vecinos están obligados a tener barrida una gran parte de la calle en donde viven; en cambio tampoco pesa sobre ellos otra clase de contribución directa por lo menos. Algunos de los presos son destinados a ciertas horas del día a esta clase de limpieza» (39) (Fig. 22).

En el panorama de la ciudad destacaba el grupo de crumanes por su dedicación a los trabajos más duros. Aunque muchos habían huido a Lubá aún quedaban en la ciudad unos 50. De ellos escribe Usera: «La ocupación más común de los crumanes es el conducir pesos y hacer toda clase de trabajos de fuerza sea a bordo sea en tierra. Suplen las bajas de los marineros en los buques europeos y algunos se dedican también al comercio. Rarísima vez llevan consigo a sus mujeres» (40).

Acerca de los cultivos que rodeaban a la ciudad y los permitidos en el patio de las casas, Usera anota que se «cultiva caña de azúcar, algodónero, café y otros de los intertropicales» (41). Entre éstas creemos que Usera se refiere al cacao, al que se le prestaba entonces poca atención. Sin embargo, eran cultivadas con esmero «las excelentes naranjas, limones, guanábanos, plátanos, cocos y exquisitas piñas. Se cría también la pimienta, la nuez moscada, el tabaco, el arroz. El principal destino del aceite —añade Usera— es el alumbrado doméstico» (42).

De los animales que se cuidaban dentro de la ciudad cita Usera: «las cabras, ganado de cerda, vacuno y lanar» (43). Era típica la estampa de los bueyes, rondando por las calles o agrupados en rebaño en el patio del cuartel o buscando alimento en el bosque cercano. Una raza adaptada al trópico que había venido de Calabar desde los tiempos del capitán Owen.

La vida en general era pacífica y sana. «Rara vez existen más de seis presos en la cárcel pública —apunta Usera—. No existe otra guarnición que un sargento,



Fig. 22.—Foto de la calle *Presidente Naser* (Sacramento) en la década de los setenta, ya sin los cuidados que nos indica Usera y que impuso Beecroft (Kingsley, *M. Travels*, pág. 63).

(39) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, págs. 20-23.

(40) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 17.

(41) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 10.

(42) *Ibidem*.

(43) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 11.

un cabo y seis soldados, todos de color, quienes jamás visten uniformes ni llevan armas; hasta el servicio de la cárcel lo hacen desarmados, componiéndose todo el cuerpo de guardia de un solo soldado, el cual es relevado cada cuatro horas» (44).

Sobre la salud, Usera, que había recorrido otros puntos de Africa, no duda en afirmar que es «innegable que reinan algunas calenturas, pero éstas nunca son tan malignas como las que se adquieren en los demás puntos del continente africano. Se desconocen aquí muchas clases de aquellas enfermedades, que diezman con frecuencia a los habitantes del próximo continente, entre las que sobresalen el gusano de Guinea, la elefantiasis, el hircocole y las escrófulas. Los ingleses acostumbran a trasladar los enfermos que les merecen alguna consideración desde el continente a la isla» (45). La isla de Bioco había recobrado en estos años la fama de ser uno de los lugares más sanos de Africa.

Esta vida pacífica y sana se exteriorizaba en sus diversiones, particularmente en sus danzas. El padre Usera atribuye a los bubis la siguiente danza que indudablemente es fernandina, puesto que está acompañada del tambor e instrumentos de cuerda. «Las grandes diversiones —escribe— consisten en reunirse de vez en cuando a bailar. Forman para esto gran corro; dos o tres tienen una especie de tamboril y otros hieren con los dedos unas cuerdas tirantes, puestas en una tabla lisa, a las cuales levantan por un puentecillo a manera de guitarra, mientras que otros los acompañan dando palmadas y cantando un son bastante monótono y sostenido. Al compás de esta música, un negro y una negra se agitan fuertemente en el circo con gestos mímicos y contorsiones un tanto lúbricas: el hombre corre en pos de la mujer mientras ésta procura huir de él, esquivando sus movimientos y cubriéndose los pechos con sus manos» (46). Danza ésta, que aún pervive en América, y, como en Clarence, hemos de ver su origen en los negros de todo el litoral africano.

Auge económico

En la década de los 40, Clarence concentró su mirada en el puerto. La isla fue convertida en un campo de productos exportables y la ciudad en una casa de intercambios. Así como más tarde la prosperidad de la isla se deberá a la producción del cacao y en parte a la del café, en estos años cobrará un gran auge con el aceite de palma y el ñame. Pero, además, la ciudad de Clarence vino a ser como el centro de abastecimiento para los barcos que realizaban el comercio en la zona del golfo de Biafra e incluso de Benín.

Un ejemplo de este acudir a Clarence para descargar y proveerse nos lo dan los barcos holandeses el *Abeille* y el *Lancer*, que llegaron a Biafra para comprar aceite y marfil en el Camerún. En Junio de 1845 partían de Calabar y ponían proa hacia «Clarence-Cove» «para procurarnos allí víveres», como dice Boudyck Bastiaan. Encontraron surtos en el puerto otros dos barcos: el *Brick* y el *Providence*, de Liverpool, y un tercero, el *Ermelinda* que había sido negrero, para su desguace. Estaba también la fragata inglesa *Madagascar* con dos goletas prepa-

(44) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 23.

(45) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 12.

(46) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 16.

radas para dirigirse a los ríos para capturar negreros. A su llegada fueron recibidos por Beecroft, que mandó izar en el barco el pabellón español. Quedaron impresionados por la belleza y fertilidad de la isla, por su clima sano y por las excelentes aguas. El puerto se les hizo muy cómodo y práctico, dotado de almacenes por toda la bahía y al abrigo de todos los vientos. Desde lejos destacaban entre el verdor las casas pintadas de blanco. En el puerto podían abastecerse de toda clase de refrescos y víveres. Cuatro grandes gallinas se adquirían por una piastra de España. El buey cuesta un florín treinta centavos, el arroz cincuenta centavos la libra, la carne salada está al precio de cuarenta y cuatro centavos la libra y la mantequilla se vende a razón de dos florines veinticuatro centavos la libra. Pero todos estos precios están siempre a razón de la cantidad de barcos de guerra y de comercio que entran en la bahía.

«Por su situación en el golfo de Biafra —añade Bastiaanse—, en la proximidad de los tres grandes ríos de Guinea, el Donny, el Calabar y el Camerún, el puerto de Clarence ofrece bastantes ventajas a los barcos mercantes y a la procura de los intereses que les llevan a estos parajes. Sucede que estos navíos de mercancías deben permanecer más o menos largo tiempo en esos ríos, a causa de los retardos que se producen para que los indígenas entreguen sus productos en las épocas convenidas. Muchos de ellos tendrían entonces dificultades en procurarse víveres para su retorno a Europa, si no tuvieran el recurso que les ofrece el puerto de Clarence. Aquí hallan gran variedad de ñames que crecen y se cultivan en la isla. De este vegetal se sirven para la ración alimenticia de la tripulación. Estos ñames tienen diferentes formas: unos son alargados, otros achatados, otros más o menos redondos, algunos se extienden en muñones y con la corteza negra, teniendo un poco de cuidado se pueden conservar perfectamente durante muchos meses».

Al volver del Camerún, entraron de nuevo en la rada de Clarence. «Por precaución —dice— hicimos nuevamente escala en Clarence para proveernos de su excelente agua y al mismo tiempo para hacer examinar y poner en perfecto estado los mástiles, vergas y velas del *Lancier* (47).

El proveerse de víveres en el puerto de Clarence tuvo su auge, como hemos dicho, en la década de los cuarenta, debido al incremento del tráfico de barcos en el golfo, en demanda del aceite, producto entonces indispensable para la maquinaria de la creciente industria inglesa. Raro era el día en que no hubiera dos o tres barcos en el puerto de Clarence. Acudían también los barcos franceses, que se habían establecido en Libreville en 1843 y los barcos americanos. Como la mayoría de los barcos eran ya buques de vapor movidos por hélice, Clarence fue elegida como base para depósito de carbón permanente, que se ubicó en la playa, que más tarde se llamó de Carboneras.

Pero esta prosperidad comenzó a disminuir al final de los 40, cuando los barcos fueron dotados de mejores y más amplias bodegas, que les permitían cargar víveres en los puertos de origen, suficientes para una temporada larga. En los puertos de origen los víveres resultaban mucho más baratos que los que podían adquirirse en el puerto de Clarence. Por otro lado, el comercio del aceite se iba regulando mejor con los jefes indígenas de los ríos, a medida que éstos abandonaban el otro comercio: el de la venta de esclavos.

Sin embargo, el puerto de Clarence podía seguir con vida, y aún relevante, si

(47) Cf. BOUDYCK BASTIAANSE, J. H. VAN: *Voyage a la côte de Guinée dans le golfe de Biafra, a la île de Fernando Poo...* La Haye, 1853, págs. 254-81.

se explotasen los recursos propios de la isla, entre ellos el mismo aceite de palma. El capitán Smith, en tiempos de Owen, comenzó a vender aceite de la isla a los barcos que recalaban en Clarence. Le siguió el sierraleona John Smith, expulsado de la isla por Nicolls, al no sujetarse a las normas comerciales establecidas por el coronel. Con la libertad comercial varios fernandinos, y entre ellos Scott, se dedicaron a este negocio lucrativo, pues los bubis, aún sin espíritu comercial, vendían el aceite a mitad de precio del adquirido en Camerún. La Compañía aumentó la exportación del aceite, pero fue Beecroft y sus compañeros de la cumbre económica: Lynslager, Scott y Matthews, los que lograron la verdadera institución de este mercado (48).

Los barcos de las compañías inglesas ya no venían sólo por víveres, añadiendo algunos galones de aceite de palma. Varios barcos venían expresamente de Inglaterra a recoger aceite de palma en el puerto de Clarence. Usera nos dirá: «que sólo de aceite de palma se extrae de la isla más de mil toneladas por año». «Según mis cálculos —añadía— cinco o siete buques fondean en Santa Isabel todos los meses» (49).

La estadística de exportación de aceite de palma de la isla a Inglaterra en estos años es la siguiente (50):

| <i>Años</i> | <i>Barcos</i> | <i>Bidones de aceite</i> |
|-------------|---------------|--------------------------|
| 1840 | 1 | 274 |
| 1841 | 3 | 417 |
| 1842 | 1 | 193 |
| 1843 | 3 | 657 |
| 1844 | — | — |
| 1845 | 5 | 1.272 |
| 1846 | 4 | 1.130 |
| 1847 | 1 | 313 |
| 1848 | 2 | 744 |
| 1849 | — | — |
| 1850 | 2 | 507 |

La presente estadística se refiere únicamente a los barcos que se dirigían expresamente al puerto de Clarence para cargar aceite, sobre todo de la casa Jamieson. A estas cantidades habría que añadir las que cargaban los barcos que hacían escala para provisiones, especialmente del fiame, tanto en Clarence como en Lubá.

La exportación de aceite supuso una verdadera revolución económica en la isla. Aún pueden verse en los poblados abandonados de los bubis los lagares de aceite que corresponden a este época comercial. El cónsul Hutchinson nos ha dejado una descripción de estos lagares: «Para preparar el aceite —nos dice— extraen en primer lugar los dátiles de los racimos y los amontonan en pilas que cubren con hojas hasta que fermentan. Después llevan los dátiles a los lagares, que son hoyos excavados en la tierra con el suelo empedrado. El machado lo

(48) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, págs. 185-92. Cf. JOHNSON, J. F.: *Proceedings...*, págs. 505-6.

(49) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 35.

(50) Cf. Quantities of palm oil imported into U.K., 1844-53. P.P., 1854, LXV (296).

hacen con grandes piedras cilíndricas o con palos de madera. Cuando el machado está completo, se extraen las nueces o palmiste y se arrojan. La pulpa que queda se lleva a un pote colocado sobre fuego. Las mujeres, cogiendo la pulpa en sus manos, la presionan para que salga el aceite. Con cazos lo van sacando para verterlo en unas cestas de mimbre o calabazas. Cada cesta, llamada bectapa, puede contener cuatro galones de aceite y a veces hasta diez» (51).

Los fernandinos, que habían establecido en factorías alrededor de la isla, constituían el engranaje que unía a los bubis con el puerto. Aquí los grandes comerciantes lo compraban a un chelín por galón y lo vendían a los barcos a dos chelines (52). Cuánto pagaban los fernandinos a los bubis no lo sabemos. Generalmente se hacía el intercambio por trueque a base de «ron, pólvora y fusiles» (53). Los bubis no conocían el valor del dinero europeo, ni sabrían tampoco qué hacer con él. Por eso sucederá ahora lo que aconteció con las piezas de hierro. Cuando los bubis tuvieron ya suficientes fusiles y pólvora decayó la labor de extraer el aceite. En la década de los 50 disminuirá la exportación (54). El cónsul Hutchinson se lamentará en 1854 de que los bubis tengan abandonada tanta riqueza. Veía con dolor los dátiles en el suelo arrojados por los racimos ya maduros en los árboles (55).

A pesar de esta disminución tanto en la provisión de víveres para los barcos como en la exportación del aceite, la ciudad de Clarence seguirá siendo un punto céntrico para el golfo de Biafra. En 1851 Mac Gregor Laird se dirigió al gobierno inglés para solicitar un subsidio de 21.250 libras por año, con el que podía realizar el contrato de una línea regular de buques al Africa Occidental desde Liverpool a Clarence. El contrato se llevó a efecto con la African Steam Ship Company en 1852. Comenzó con tres buques: *Fore Runner*, *Faith* y *Hope*. El *Faith*, de 922 toneladas, inauguró la línea en Febrero de 1853. Después de 28 días de viaje llegó a Clarence el 5 de marzo. Aquí permaneció tres días, donde se proveyó de carbón, de agua (2.000 galones) y de aceite (151 barriles) (56). Desde esta fecha no faltó a Clarence la línea regular que la unía a Europa y a los puntos intermedios de Africa.

El padre Usera, en 1846 describe así la actividad comercial de estos años. Usera distingue tres tipos de comercio dentro de la isla: el de la isla con la costa inmediata y el comercio con países no africanos, principalmente con Inglaterra.

«El comercio en la misma isla se limita a conducir en botes y balandros ñames y gallinas desde los pueblecitos a la capital. Las más de las veces se adquieren aquellos artículos a cambio de tabaco, pólvora, aguardiente y armas de fuego y blancas. En la capital se venden los ñames y gallinas ya por dinero ya a cambio de frutos y productos europeos, dejando una ganancia de un 50 por 100 líquido».

«Los mismos ñames y gallinas se conducen a la costa inmediata del continente para negociarlos en los buques mercantes, trayéndose de regreso ganado vacuno, lanar y cabrío, para despacharlo del mismo modo, bien en la capital, bien en los buques fondeados en la bahía».

«El comercio con el exterior se hace más en grande y con más lucro. Los

(51) HUTCHINSON, T. J., *Impressions...*, pág. 192.

(52) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, págs. 186-87.

(53) Cf. Diario de John Clarke, 25-10-1846.

(54) V. pág. 198.

(55) HUTCHINSON, T. J., *Impressions...*, pág. 195.

(56) Cf. DAVIES, P. N.: *Trading in West Africa, 1840-1920*, Londres, 1976, págs. 39 y 49.

buques mercantes llevan cargas de ropas hechas, calzado, telas de algodón, toda clase de objetos artísticos de hierro y acero y hasta de sillas y otros muebles. También tienen gran despacho cierta clase de comestibles, como queso, manteca, pernils, galleta, carnes saladas y frutas secas, así como los vinos, aguardiente, cerveza, azúcares. Tiene asimismo buena salida el tabaco, pues aun cuando se cría alguno en la isla es en corta cantidad. La pólvora es igualmente artículo de mucho consumo y estima para los negros»

«Todo esto se negocia con los naturales de la isla y costa inmediata a cambio de dinero unas veces y las más trocándose por los productos del país: aceite de palma, maderas finas de construcción, marfil, peletería y oro en polvo (en la costa)».

«Los buques mercantes y de guerra que fondean en la isla también hacen un gran consumo de todos aquellos artículos, reponiendo muchas veces sus provisiones en Fernando Poo, al mismo tiempo de hacer aguada y refrescar su gente. Existen comerciantes, tanto negros como blancos, en Fernando Poo que han prosperado bastante con solo haberse dedicado a despachar aceite de palma y ñames» (57). Usera aduce el ejemplo de un hermano de Lynslager, llamado Elías. «Este se dedica a conducir ñames y gallinas en un balandro desde la isla al continente, trayendo ganados por más de 30.000 reales en el mismo mes». Guillemar de Aragón afirmaba que «el ñame se compra a los fernandinos a 20 reales el ciento y se vende en Calabar y Bonny a 60 o 100 reales (58). Por la exportación del aceite y este triple comercio la ciudad de Clarence experimentó el momento de su mayor auge en la década de los cuarenta.

3. ACCION CULTURAL Y RELIGIOSA DE LOS MISIONEROS BAPTISTAS

Evolución de la misión baptista

Los misioneros baptistas estuvieron en la isla de Bioco desde el año 1841 al año 1858. A fin de poder seguir adecuadamente su acción cultural y religiosa conviene indicar previamente las líneas generales de su evolución, como marco de sus actividades.

El 1 de enero de 1841 desembarcaron en el puerto de Clarence el pastor John Clarke y el doctor John Clarkey Prince. En Febrero de 1842 regresaban a Inglaterra, pero una tempestad en el mar les obligó a dirigirse a Jamaica.

Antes de su regreso, en Enero del 42, llegaba a Clarence el pastor Sturgeon para hacerse cargo de la comunidad cristiana baptista. El pastor Sturgeon permanecerá al frente de la comunidad de Clarence hasta su muerte, en Agosto de 1846. A él se debe atribuir el mayor influjo de los baptistas en la formación de los fernandinos.

Los misioneros John Clarke y Prince prepararon en Inglaterra y Jamaica la gran expedición de 1843 compuesta de 47 miembros. De Londres partieron Mr. y Mrs. Prince, Mr. y Mrs. Merrick y Mr. Alexander Fuller, negro de Jamaica. De Jamaica salieron para Clarence 42 personas. Entre éstas, John Clarke y su esposa, Alfredo Saker y su esposa, Samuel Fuller y José Fuller, hijos del Rev. Alexander

(57) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, págs. 32-33.

(58) Cf. GUILLEMAR DE ARAGÓN, H.: *Opúsculo...*, pág. 66.

Fuller. Los demás eran institutores negros, cuyo objetivo era ayudar a los misioneros en su labor y transmitir su fe cristiana a sus paisanos de Africa.

De 1843 a 1846 la misión alcanza su mayor apogeo. Se extendieron por el Camerún y Bimbia e intentaron fundar en Calabar, pero se les adelantó Mr. Wadell, de la Sociedad Misionera de la Iglesia. La expedición de Jamaica fracasa y tiene que volver con John Clarke a su tierra el 26 de Octubre de 1846.

Desde este año, abiertas además las misiones de Bimbia y Camerún, la misión experimenta una clara decadencia. Muerto el pastor Sturgeon, y sin la presencia de John Clarke, se ha de cuidar de la comunidad de Clarence el doctor Prince, que ha de regresar a Inglaterra en 1849 por falta de salud. Le sucede Mr. Merrick, que muere de regreso a Inglaterra, en alta mar, en Octubre de 1849. En este año vienen de Inglaterra Mr. Thomson y el doctor Newbeguin. Aquél muere en Basupú el mismo año 1849 y el doctor Newbeguin en 1850. Han de cuidar de la comunidad los diáconos: Peter Nicolls, Joseph Wilson, J. W. Christian, Charles Kenedy, William Smith, Thomas Richard, John Thomas. De 1855 a 1857 atiende la comunidad el pastor Diboll. Cuando entran los jesuitas en 1858 estaba sólo el pastor Saker, que había de cuidar, además de la comunidad del Camerún.

Actividades. Iglesia y escuela

Con afecto e ilusión recibieron los fernandinos a los dos primeros misioneros, John Clarke y doctor Prince. Al principio experimentaron cierta resistencia por parte de aquellos que pertenecían a la Sociedad Misionera de la Iglesia de Inglaterra, entre ellos Scott, formados dentro de esta Iglesia en su país de Sierra Leona. Una mujer comentaba: «He dicho a los barcos de Inglaterra que nos traigan ministros de la Iglesia de Inglaterra. Ella no creía —dice John Clarke— que estos nuevos misioneros fuesen ministros conforme a la regla» (59).

John Clarke y John Prince, dos grandes amigos, habían trabajado en la Iglesia de Jericó de Jamaica en contacto con negros venidos de Africa. En Clarke, especialmente se había despertado la vocación africanista al interesarse por las lenguas africanas que hablaban aquellos negros procedentes de diversos países. Promovió intensamente la liberación de la esclavitud, conforme a las ideas que habían surgido en las iglesias cristianas de Inglaterra al final del siglo XVIII. Cuando llegaron a la ciudad de Clarence el panorama no era muy halagüeño en cuanto a esas mismas ideas de liberación. Los crumanes y fernandinos sufrían entonces los abusos de poder de la Compañía del Africa Occidental. Nadie luchó como John Clarke contra tales abusos. Su memorándum a la Sociedad Antiesclavista de Londres es un modelo de lucha por la justicia (60). El doctor Prince atendía, por su lado, a los enfermos con medicinas, que repartía gratuitamente.

El padre Usera podrá decir de los misioneros baptistas en 1845: «Es grande la veneración y respeto con que miran a sus misioneros los negros convertidos de Fernando Poo. Uno de los mayores castigos, que se les puede imponer es el ser arrojados de su comunidad religiosa. Los días festivos los emplean en la continua

(59) Diario de John Clarke, 20-1-1841, I, pág. 330. Cf. CROWTER y SCHON: *Journals...*, pág. 254.

(60) John Clarke a la Anti-Slaver Society, 16-11-1841. C.O. 82/9.

lección y explicación del evangelio, alternando aquellos ejercicios con cánticos religiosos y más de una vez en medio de la noche ha sido interrumpido mi sueño por estos cánticos entonados por toda la familia de una casa vecina» (61).

John Clarke en su diario de 1841 a 1842 nos relata con frecuencia sus enfrentamientos con Mr. Thompson, agente de la Compañía del Africa Occidental. Pero no sólo a la Compañía se extendían sus reproches; también se atrevía a recriminar a John Beecroft y a la cumbre fernandina. A John Scott le inculpaba de los malos tratos infligidos a los trabajadores. A Matthews, sus ganancias ilícitas en las operaciones comerciales.

La presencia de los misioneros se hizo notar muy pronto. Descendió la blasfemia, el concubinato generalizado, la poligamia, la bebida de alcoholes y se impuso el descanso dominical, quebrantado ordinariamente por los comerciantes del aceite (62).

La comunidad fernandina fue moldeada conforme a los patrones de conducta cristiana y de la cultura occidental. Exigieron el vestirse con dignidad, la recreación sana, el hábito del trabajo (63). En religión y moralidad los misioneros ostentaban la máxima autoridad.

Al principio alquilaron una casa de la Compañía en la prolongación de la actual calle de Ureka. Como ya dijimos, compraron después al jefe Glorio Bololo los terrenos que hoy ocupa el Hospital General. En 1843 adquirieron todas las posesiones de la Compañía; eran pues dueños de todo el espacio de tierra comprado por el capitán Owen a los bubis para la fundación de la ciudad, con todos los edificios traídos de Inglaterra más los construidos posteriormente por la Compañía. Se trasladaron a la casa del gobierno y habilitaron la casa contigua hacia el Oeste, en la avenida de la bahía, para capilla y escuela. El pastor Sturgeon fue a morar entonces en la casa levantada en Longfield, en el otero donde ahora se asienta la misión metodista (64). Las discusiones sobre la legitimidad de sus propiedades les llevó a edificar su capilla propia en este lugar. Un tornado en 1852 destruyó esta capilla que tuvieron que reedificar de nuevo. La actual iglesia protestante es continuación de aquella.

Además de estas posesiones en la ciudad era suya la finca «Salem», junto al puerto de Basuala, que había pertenecido a la Compañía, y podían reclamar los terrenos colindantes a la bahía de Lubá desde Punta Kelly hasta Punta Argelejos. Además habían comprado un terreno en Basupú del Norte, cerca de Basilé, conocido con el nombre de Dibelako, donde edificaron una cabaña para residencia de descanso y convalecencia. A ella subían desde Clarence en una mula. Por cierto, cuando se puso enferma la mujer de John Clarke y determinaron que residiera allí, se presentó un bubi reclamando el terreno. Clarke presentó el papel en que constaba la venta realizada por el jefe. El bubi le contestó: «No vale ese papel aceptado por el jefe. Para nosotros los terrenos son de la madre; mi madre murió, y ahora este terreno me pertenece». Dándole algunos regalos —añade John Clarke—, el bubi se avino y desde entonces nos hicimos buenos amigos» (65).

Los baptistas se caracterizaron por ser muy exigentes en la preparación del bautismo que sólo conferían a los adultos después de un largo catecumenado. Por

(61) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 27.

(62) The M. H., Marzo 1846, pág. 187.

(63) Diario de J. C., 14-5; 10-2; 21-3; 8-9; 21-8-1841.

(64) V. plano de la ciudad, fig.

(65) Cf. The M. H., julio 1844, pág. 310.

ello al principio la mayoría de los miembros serán catecúmenos. En Noviembre de 1841 realizan el primer bautismo junto a la pequeña cascada del río Cónsul (66). Como ya anotamos, los primeros bautizados fueron John William Christian, Joseph Wilson, Peter Nicolls, Mery Ahn Durco y John Thomas.

El misionero Alfred Saker nos describe así la ceremonia del bautismo en 1848: «A las siete de la mañana nos fuimos todos a la cascada. Los neófitos, vestidos de blanco, ocuparon la plazoleta que se extiende junto a ella, formando una fila en los tres lados del cuadrado. En medio de la plazoleta se había levantado una tienda y delante de ella se había colocado una mesa. Enfrente, el río se deslizaba en graciosas curvas, buscando su camino entre rocas y terminando por precipitarse en tumultuosa cascada. Alrededor de este lugar no bajarían de doscientas las personas que se habían apiñado para vernos».

«Comencé leyendo el tercer capítulo de San Mateo. Después Mr. Merrick predicó de la carta de San Pablo a los Filipenses. Concluido esto, el doctor Prince condujo a los nueve candidatos a la orilla del río y, hecho el nombramiento solemne, los sumergió en las aguas, mientras nosotros entonábamos himnos. Seguidamente nos dirigimos en procesión a la escuela por las calles de Clarence» (67).

El día del Señor la iglesia ofrecía los siguientes servicios: el primero, por la mañana, a las seis, con sermón; el segundo, escuela dominical, a la 10,30 y el tercero, a las cuatro de la tarde, también con sermón. Durante la semana todas las tardes había además algún servicio: reunión de oración, clase de biblia, instrucción de catecúmenos.

Aunque no todos fueran bautizados ni pertenecieran como catecúmenos a la Iglesia, la influencia de los misioneros irradiaba a toda la ciudad de Clarence y su mensaje de vida cristiana llegó a todos los pueblos de la isla del Este y del Oeste. En torno a ellos se formó una comunidad con sus derechos y deberes (68). Los fernandinos contribuyeron en la construcción de la capilla y en la compra de un barco para la misión. Fueron capaces de establecer un fondo para los pobres y ayudar a los enfermos donde la familia extensa suele resolver sus necesidades (69).

El siguiente cuadro comparativo nos indica el crecimiento de la iglesia en los años 1842, 45 y 46 (70).

| <i>Febrero de 1842</i> | | <i>Agosto de 1845</i> |
|------------------------|----------------------------------|--------------------------------------|
| 13 | miembros de la Iglesia | 79 (44 bautizados fuera de Clarence) |
| 80 | escuela dominical | 210 |
| 120 | catecúmenos | 350 |
| 30 | escuela diaria | 100 |
| 180 | asistencia al servicio dominical | 450 |

(66) Cf. The M. H., Marzo 1842, pág. 150.

(67) Cf. The M. H., Marzo 1842, pág. 148.

(68) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 163.

(69) Cf. The M. H., Febrero 1844, pág. 105.

(70) Cf. The M. H., Junio 1845, pág. 230.

Los miembros de la Iglesia son en 1845 de

| | |
|------------------------|----|
| Clarence (fernandinos) | 66 |
| Jamaica | 8 |
| Sierra Leona | 2 |
| Holanda | 1 |
| Inglaterra | 2 |

Vivían en concubinato en

| | |
|------|-----|
| 1841 | 108 |
| 1845 | 12 |

En junio de 1846 la comunidad constaba de 110 miembros, de los cuales 66 habían sido bautizados en Clarence (71):

| | | | | | |
|-------------|----|--------|---|--------------|---|
| ibos | 24 | atta | 2 | backunkum | 1 |
| mokos | 9 | Tinimi | 1 | jamaicanos | 1 |
| aku | 7 | kossa | 1 | sierraleonas | 2 |
| bayuni | 4 | congos | 1 | bubis | 3 |
| virginianos | 2 | mahi | 1 | holandés | 1 |
| fantis | 2 | wye | 1 | | |
| efik | 1 | appa | 1 | | |

Los sierraleonas seguían perteneciendo en su mayoría a la Sociedad Misionera de la Iglesia. Los bautizados fuera de Clarence eran de Sierra Leona, 2; de Jamaica, 27; de Inglaterra, 15. Total: 44.

Sin embargo, con la salida de John Clarke, del doctor Prince y de la expedición de Jamaica y la muerte de Sturgeon, Merrick y Newbury, la comunidad comenzó a decaer en la década de los 50. En 1853 contaba sólo 30 miembros (72).

Entre los miembros de la comunidad conviene destacar a dos figuras relevantes, los diáconos Peter Nicolls y J. W. Christian. «De los bautizados —escribió John Clarke en 1842— es extraordinario Peter Nicolls, itinerante, que lee, predica y reza en muchas casas. Juntamente con otro, reúne en su casa a su familia para rezar a las cinco de la mañana y por la tarde a 30 personas» (73).

J. W. Christian preparaba las visitas de John Clarke a los pueblos de la isla. En Noviembre de 1841, en que John Clarke hace su visita por el Este, antes de partir, Christian le había preparado ya dos cabañas para su aposento: una en Basacato y otra en Bacaque. Christian estaba siempre dispuesto a cualquier trabajo en favor de la iglesia (74).

Otra actividad importante de la misión en la formación de la cultura fernandina fue la escuela. Había dos tipos de escuelas, una diaria para los niños, a la que acudían unos 60, y otra dominical, en la que podían recibir enseñanza jóvenes que trabajaban durante la semana.

(71) Diario de J. C., V, pág. 251.

(72) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 163.

(73) The M. H., Enero 1842, pág. 206.

(74) Diario de J. C., 13-11-1841, II, pág. 501.

En 1844 la escuela dominical llegó a tener 317 alumnos. Clarence se convirtió en un centro cultural para la costa vecina. Muchos jóvenes del Camerún, los duala, y de Bimbia, los isubu, así como de Calabar, los efik, hijos de jefes, venían a Clarence para aprender a leer y escribir en lengua inglesa. Los congos, recién liberados de los barcos negreros, ingresaron mediante la escuela en la nueva cultura. Por nacionalidades los escolares se distribuían conforme a la siguiente lista (75):

| | | | | | |
|---------|----|--------------|----|-------------|-----|
| ibos | 8 | otam | 1 | príncipe | 6 |
| aku | 2 | moko | 10 | kurpa | 1 |
| efiks | 10 | bormon | 1 | popo | 1 |
| isubus | 23 | americanos | 5 | gabón | 1 |
| dualas | 8 | kossa | 1 | congos | 52 |
| batanga | 1 | jamaicanos | 6 | de Clarence | 128 |
| appa | 1 | sierraleonas | 4 | bubis | 45 |
| | | | | Total | 317 |

La escuela era atendida por maestros, ayudados por pasantes. Cualquiera que hubiera logrado ser miembro de la Iglesia podía enseñar. En 1844 fue director Mr. Norman, asistido por Mrs. Stewart, una mujer blanca de Jamaica (76). John Clarke se hizo cargo de una escuela especial para los bubis, donde él pudo ejercitarse en el aprendizaje de su lengua que llegó a dominar con cierta perfección (77).

En 1845 sabían leer ya 144, imperfectamente 222 y sabían escribir 41 (78).

Por fin, podemos hacer mención en esta actividad cultural de los misioneros de su interés por nuevos cultivos. La primera casa que alquilaron estaba junto al jardín de plantas del gobierno, creado por el capitán Owen. Les dio lástima el estado de abandono de dicho jardín. En él cultivaron cacao, malanga, berzas, boniato, piñas, melones, algodón, para el que trajeron 200 plantitas, y flores tropicales de Jamaica (79).

La expedición de Jamaica (Fig. 23)

La expedición de Jamaica no resultó conforme a las expectativas que había puesto en ella el misionero John Clarke, lo que le causó enorme amargura y probablemente la enfermedad que le obligó a abandonar la querida isla de Bioco. Los jamaíquinos no lograron integrarse en la comunidad fernandina. No venían en plan de integrarse, sino para ser maestros con cierta nota de superioridad.

Desembarcaron en la isla el 16 de Febrero de 1844 y tuvieron que regresar todos, menos el Rev. Alexander Fuller, ejemplar misionero que se instaló en Bimbia el 26 de Octubre de 1846. Estuvieron por lo tanto algo más de dos años, en los que su presencia contribuyó al auge de la misión. No encontraron un

(75) Diario de J. C., 28-4-1844, III, pág. 225.

(76) The M. H., Diciembre 1844, pág. 396.

(77) V. pág. 165.

(78) The M. H., Marzo 1846, pág. 230.

(79) The M. H., Febrero 1844, pág. 105. Diario de J. C., 29-8-1844.



Fig. 23.—Llegada de la expedición de Jamaica en el barco de la misión, *Chilmark*, en 1844 (*The M. H.*, julio 1844).

trabajo apropiado y fue un error el supuesto de que su naturaleza estaba adaptada al clima africano. En Jamaica habían vivido una nueva cultura, propia, distinta a la de sus antiguos paisanos. No entendieron de que necesitaban un nuevo aprendizaje en las costumbres y en el trabajo.

Su forma de vida cristiana indudablemente hizo impacto en los fernandinos y también en aquellos bubis a los que llegó su labor como maestros.

El origen de la expedición está en la carta que escribió John Clarke a Buxton el 16 de Septiembre de 1839, desde Jericó. En ella le decía: «La causa de Africa ha excitado profundamente la simpatía por ella entre los miembros de mi congregación». Y nombraba varios negros, ya cualificados, que estaban ansiosos para emprender la obra. «A ellos seguirían —continuaba— un número muy amplio de agentes nativos que podrían, después de la saludable educación, estar preparados para partir de Jamaica, con el importante objetivo de instruir a sus paisanos de Africa» (80).

La expedición incluía 5.000 prendas de vestir, instrumentos de agricultura, pesca, carpintería, herrería, libros escolares y de religión, donados por sociedades inglesas. En el buque de vela, *Childmark*, de 179 toneladas, adquirido por la misión, llegaron a Clarence Mr. y Mrs. Clarke, Mr. y Mrs. Saker e hijo, Mr. y Mrs. Norman con cuatro niños, Mr. y Mrs. Bundy, Mr. y Mrs. Ennis y tres hijos, Mr. y Mrs. Gallimore con dos niños, Mr. A. Duckett, Mrs. Stewart, Mrs. Davis y Mrs. Cooper.

La expedición ocupó los edificios que fueron de la Compañía. En Mayo, a los tres meses de su llegada, decía la revista *The Missionary Herald*: «Ninguno de los de Jamaica puede ser enviado a los pueblos para enseñar, pues casi todos están con fiebre; únicamente Mr. Ennis, que se decidió a ir a Basakato del Oeste, donde ha residido varias semanas. Ahora se decide a trasladarse allí con su esposa y su familia» (81).

(80) Cf. BUXTON, J. F.: *The African Slave...*, pág. 497.

(81) Cf. *The M. H.*, Septiembre 1844, pág. 347.

La escuela-capilla de Basacato del Oeste fue la primera que abrieron los jamaquinos, la cual tuvo dificultades y duró poco. Mr. Trusty abrió otra en Basuala (82) y otros ayudaron en las ya abiertas de Basupú del Norte y Basilé.

Ante las dificultades pronto desearon volver a su país. Algunos lo reclamaron primero para sus hijos; decían que los niños africanos tenían mala influencia moral para ellos (83). El motivo que se adujo para su regreso fue que necesitaban mayor formación (84).

Apostolado entre los bubis

Glorio Bololo, el amigo del capitán Owen, cobró gran afecto también a los misioneros. A él se unió un hermano suyo, llamado Moko. «Ambos —dice Clarke— hablan de modo tolerable el inglés y escuchan con atención muchas cosas que pueden beneficiar sus almas». Ellos fueron los primeros que comenzaron a asistir al servicio religioso con el capitán Owen. «En la finca de Glorio —añade Clarke— el hermano Sturgeon ha construido una pequeña casa como un puesto para enseñar al pueblo en el día del Señor. Esta finca se halla sólo a media hora de camino de la ciudad de Clarence» (85).

La amistad de Glorio sirvió a John Clarke para penetrar en el mundo bubí. En general los bubis recibieron bien a los misioneros, como veremos al hablar de sus viajes al interior de la isla. Quedaron intrigados por las palabras contenidas en el libro que se decía venía de Dios. «Vuestra palabra es buena», solían decir los bubis (86).

Con el coronel Nicolls los bubis comenzaron a residir en la ciudad. Varios de ellos asistían a los servicios religiosos y más tarde a la escuela dominical. Para ellos creó una sección John Clarke, especialmente para los que aún no conocían la lengua inglesa. Convendrá poner aquí los nombres de los 12 primeros bubis que asistieron a una escuela de Clarence y que Jhon Clarke tuvo el acierto de dejar consignados en su diario. Son éstos:

| | | | |
|----------|-----------|------------|--------------------|
| Loosa de | de Banapá | Boompo | de Basilé |
| Ripa | Basupú | Mula | Boorobe (Lubá) |
| Kepopa | Basupú | Ntshibo | Bilelipa |
| Yohoh | Basupú | Kola | Bilelipa |
| Enipo | Basupú | Isahoh | Oiloeri |
| Eula | Basupú | Sibatábatá | Basupú (del Oeste) |

De ellos decía John Clarke: «Estos jóvenes muestran mucho interés y son aplicados» (87).

El 1 de enero de 1848 ingresaba en la Iglesia, mediante el bautismo, el primer bubí. «Nueve personas se han sumado a nuestra iglesia de Clarence —notificaba la revista misionera baptista—. Entre ellos un hombre bubí con el título de Baka-

(82) V. pág. 227.

(83) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, págs. 91-94. Cf. Diario de J. C., III, 293.

(84) Cf. Diario de John Clarke, 26-10-1846, V, pág. 30.

(85) Cf. Diario de J. C., 18-5-1845, IV, pág. 229.

(86) Cf. Diario de J. C., 28-4-1841. Cf. The M. H., Febrero 1845, pág. 108.

(87) Diario de J. C., 17-2-1844, IV, pág. 124.

tali, instruido durante siete años. Está casado con una mujer que dejó su país para residir en Clarence (88).

Las visitas que nada más llegar los misioneros comenzaron a realizar a los poblados cercanos de Banapá, Basupú y Basilé concluyeron en la propuesta a los bubis de comprar terrenos para la construcción de escuelas. Intentaron primero con un tal Bayamo de Basilé, pero éste les indicó que los terrenos pertenecían al jefe. Hablaron después con Glorio Bololo, y les dijo que él disponía de todos los terrenos situados entre los ríos Cónsul y S. Nicolás. Convinieron en la compra de un terreno de cinco acres por valor de 6, 25 dólares, 1 libra, 6 chelines y 1 penique, que cambiaron por 216 hojas de tabaco y una cabra. Así, a primeros de abril de 1841, a los tres meses de su llegada a la isla, contaban ya con una escuela entre los bubis para los nativos de Banapá y Basilé (89).

El 28 de abril del mismo año se dirigieron al jefe principal de la comarca, llamado Boidiba —los bubis comenzaron a revelar sus nombres a los misioneros—, que residía en Basupú, pueblo central de la comarca. Para hablar con él se sirvieron de los buenos oficios de Samuel Cooper, que hablaba perfectamente el bubi. El jefe reunió a otros jefes e iniciaron una ceremonia extraña para los misioneros. Comenzaron a emitir sonidos raros y monótonos, que fueron después coreados por unos niños. Terminada la ceremonia, Boidiba manifestó que la «palabra» de los misioneros era «buena palabra»; que no exigía nada por los terrenos, únicamente algún presente como signo de la donación. Los misioneros le ofrecieron lo que antes habían ofrecido a Glorio por la compra de los terrenos de Banapá-Basilé. Cooper sugirió que la donación tuviera constancia en un papel. Se redactó en los siguientes términos:

«Yo estoy conforme, y en nombre de Booba y Eao, así como de Bosío y Bitowala, jefes de mis poblados, en que dentro del territorio de Basupú la Sociedad Misionera Baptista disponga de los terrenos reconocidos y seleccionados por los señores Clarke y Prince, juntamente con Samuel Cooper. Primero de mayo de 1841». Al documento seguían los nombres de los jefes y una marca dibujada por cada uno (90).

Estas marcas son muy curiosas; reflejan las marcas que los jefes suelen poner en la paleta del remo, considerado como el signo de su autoridad, al comienzo de una ceremonia o cuando emprenden un viaje.

El 17 de diciembre se habían seleccionado y desboscado dos terrenos, uno para escuela y el otro para la residencia del maestro. Se formalizó el título de propiedad signado ahora por Boidiba, Booba, Bochi, Botuke y Borupé. Se hizo constar que en caso de renuncia por parte de los baptistas, los terrenos volverían a los bubis. Intervinieron en la operación Joseph Wilson y Samuel Cooper.

El 19 de Diciembre John Clarke, ayudado por J. W. Christian, inició la escuela. Los primeros alumnos bubis que asistieron para aprender el ABC fueron los siguientes: 1, Absoko; 2, Araka; 3, Bieba; 4, Boppi; 5, Bitohebitshu; 6, Boaba; 7, Batashilo; 8, Enkobo; 9, Ido; 10, Kolakokka; 11, Keatsho; 12, Kubokko; 13, Kebilika; 14, Kabasai-shoko; 15, Nibilli; 16, Shakabeka; 17, Ruballa; 18, Wats-hiwatshi; 19, Sukariasari; 20, Koopa; 21, Yokorobbo (91).

(88) Cf. The M. H., Junio 1848, pág. 86.

(89) Cf. Diario de J. C., Abril 1841, págs. 289, 301-3.

(90) Diario de J. C., 1-5-1841, I, pág. 312.

(91) Diario de J. C., 19-12-1841, II, págs. 565-66.

Estas dos escuelas, las de Basupú y Banapá-Basilé fueron siempre atendidas o por maestros propios que residían en los poblados, como Gallimore de Jamaica o más tarde por el diácono. W. Smith, o por maestros que subían desde Clarence en determinados días. Los domingos se celebraba además el día del Señor. A ellas acudían niños de Rebola, Basupú, Banapá y Basilé.

A Gallimore le sucedió en 1846 el misionero, recién llegado de Inglaterra, Mr. Thomson. Estando en Basupú se sintió indispuerto y falto de auxilios murió el 13 de Marzo. En su pueblo natal de Inglaterra le fue erigida una piedra sepulcral con la siguiente inscripción (92):

En memoria de Thomas Thompson
laborioso y activo, lleno de fe
de la
Sociedad Misionera Baptista
Después de una corta y prometedora carrera
murió
en Basupú, Fernando Poo
el 13 de Marzo de 1846, a la edad de 27 años

Llorado por todos los que le conocieron, esta piedra fue erigida por la Iglesia cristiana, de la que fue miembro en Newcastle on Tsue, England. Más tarde, en 1855, se abrió la escuela de Rebola. «Yo y el diácono William Smith —escribe el pastor Diboll— fuimos el 6 de Julio a Rebola, uno de los poblados más grandes de esta parte de la isla. El jefe había pedido un maestro y nos ofrecía con mucho gusto el terreno que quisiéramos para construir. A petición suya escogimos un terreno, para lo que amablemente nos prestó hombres que nos asistieron en la búsqueda del lugar. El 13 volvimos de nuevo; encontramos el terreno desboscado, pero al jefe no le pareció muy bueno. Fijamos otro y esperamos que lo limpiaran. El 21 envié a los diáconos Smith y Wilson para mirar el lugar, ya que el jefe y otros urgían sobre la necesidad de construir en dos sitios, puesto que el poblado era extenso y el número de niños grande. Al final se determinó que hubiera dos sitios. En mi primera visita había entregado al jefe unas pocas hojas de tabaco y prometí dar a sus hombres una cabra para limpiar el terreno. El viaje de Rebola a Basupú en época de lluvias no es para contar. Tuvimos que atravesar las corrientes de agua siete veces. Se ha de pasar por barrancos de más de 1.000 pies de profundidad. A veces el río estaba tan violento que no se podía cruzar» (93).

La escuela de Rebola no pudo ser atendida con regularidad. Pronto se harían cargo de ella los padres jesuitas.

Estos encuentros de los misioneros con los bubis nos manifiestan cuál fue el método de evangelización, por el cual casi toda la población ha ingresado en el seno de la Iglesia. Los jesuitas y después los misioneros claretianos no usaron de otro medio que las visitas a los jefes y la implantación de escuelas para los niños conforme a los deseos de los jefes. Los jóvenes salidos de las escuelas atraieron después a sus paisanos a recibir el bautismo, por el que hoy la mayoría de los bubis están agradecidos a Dios, a Rupé.

(92) Cf. The M. H., Septiembre 1946, pág. 149.

(93) Cf. The M. H., Noviembre 1855, págs. 191-92.

4. LOS PRIMEROS MISIONEROS CATOLICOS, JERONIMO USERA Y JUAN DEL CERRO

Es muy poco lo que podemos decir de los primeros misioneros católicos de la isla de Bioco, los padres Jerónimo y Usera y Juan del Cerro. Los dos tuvieron que abandonar sus conventos debido a la persecución antirreligiosa de los gobiernos de turno de la España del siglo XIX.

El padre Usera había sido cisterciense. El ejemplo de su vida y oración, consagradas a la labor misionera entre negros, tanto en la isla de Bioco como más tarde en Cuba, nos hace pensar que algún día será elevado a los altares, como digno padre en la fe de la diócesis de Malabo. El padre Usera quiso nombrarse siempre con el título de misionero apostólico de los negros.

No fue mucho lo que pudo hacer en Bioco, pues a los pocos días cayó enfermo y a los tres meses de estancia en la isla tuvo que regresar a España por prescripción médica.

Con la vuelta de Lerena a España en 1843, el gobierno español comenzó a preparar una gran expedición con el objetivo utópico de convertir la isla de Bioco en una isla de Cuba. Esta expedición fracasó por los enfrentamientos en que se debatía España en el siglo pasado. Se pensó después en una expedición más modesta de matiz misionero y de información sobre la isla.

A España le era muy costoso en 1845 hacerse cargo de una isla tan lejana y sin intereses comerciales en la zona. Los únicos barcos que mercaban en el África Occidental eran catalanes y éstos se veían acosados por la escuadra británica, con el pretexto de la lucha contra el tráfico de esclavos, a la cual se había adherido España. El planteamiento que tenía que hacerse España entonces sobre la isla resultaba muy difícil. Ni siquiera se propuso por el momento nombrar un gobernador español para la isla. De hecho ésta era inglesa: centro del comercio inglés en el golfo de Biafra, centro de la represión de tráfico de esclavos y con una colonia inglesa que extendía sus factorías por toda la isla. Se ha de preguntar por lo tanto qué venían a hacer y qué podían hacer aquellos dos misioneros enviados por el gobierno español para ser pronto abandonados en un lugar insano, sin planificación de vivienda y de recursos, y en una colonia extranjera. El 30 de Septiembre de 1845 salía una real orden que se titulaba así: «Sobre expulsión de los misioneros anaptistas» (94). El propósito de la expedición era nada menos que hacer cambiar de religión a toda una colonia mediante dos misioneros aislados, sin protección ninguna en la retaguardia y dependientes de un gobierno político inestable. Podríamos decir sin exagerar que los dos misioneros venían a la isla de Bioco como dos corderos al sacrificio. Y en esto consistió principalmente su acción misionera.

Usera había trabajado en la Sociedad Económica Matritense, una sociedad que se había interesado por las posesiones españolas de África. Allí don Jerónimo había preparado para recibir el bautismo a dos crumanes, Felipe Guir y Santiago Yegue, que Lerena había llevado a España. Su celo por África y los negros le llevó a estudiar la lengua crumán, de la que publicó una gramática. El 25 de Diciembre de 1845 fondeaba la expedición en el puerto de Clarence, bajo el mando del capitán don Nicolás de Manterola y llevando como comisario regio a don Adolfo Guillermar de Aragón, cónsul español en Sierra Leona.

(94) Cf. MIRANDA JUNCO, A.: *Leyes coloniales*, n.º 2022, Madrid, 1945.

A su llegada a la isla, Usera recibió la siguiente impresión: «A nuestra arribada, la capital de Fernando Poo se componía de las familias bubis más civilizadas, de algunos crumanes, de algunos negros rescatados y de familias procedentes de Cabo Costa, Acra, Jamaica, colonias portuguesas, todos de color; de unos 16 blancos ingleses, dos españoles, un americano de Canpeche y otro nativo de una de nuestras antiguas antillas, llamado don José Boneli, que se hallaba al frente de la casa de comercio de la viuda de color Mrs. Scott.

Los blancos españoles y el campechano eran tres infelices marineros, que habían sido cogidos por los ingleses en un barco negrero y los habían arrojado a su aventura en la isla.

Uno de los españoles, natural de Cádiz, y el campechano habían hecho su suerte dedicándose al comercio de ñames, gallinas y carnes entre el continente y la isla. Tenían ya cada uno su propia casa y un moreno sirviente como esclavo» (95).

Guillemar de Aragón no cumplió con la real orden de expulsar a los misioneros anabaptistas (96), ni siquiera con la obligación que esta orden exigía de dotar a los misioneros de una morada digna para casa y capilla, exigiendo algún edificio que los baptistas ilegalmente poseían. «La casa en que habitábamos —escribe Usera— consistía en un pequeño cuadrilongo dividido en cuatro piezas, a saber: una salita, dos alcobas y una especie de despensa. Todo este cuerpo se levantaba como cinco cuartas del suelo, teniendo su entrada por medio de seis escalones que daba a un corredor. También tenía la casa su competente empalizada, dentro de la cual estaba el chozo, que hacía de cocina. El negro que había vendido esta casa tenía destinado este chozo para servir de establo a dos vacas con sus chotos. Las dos vacas con sus chotos se metían en nuestra cocina. Lo mismo, ni más ni menos, sucedía con una cerda rodeada de sus siete hijuelos, tan tercicos como gruñidores» (97). Su casa indudablemente estaba en el barrio fernandino.

Los misioneros vivieron tan pobremente que fueron auxiliados por los dos crumanes Guir y Yegue, que Usera había bautizado, y ascendidos ahora a sargentos de la milicia de Clarence. En su casa pudieron abrir una escuelita. Pero Usera sufrió mucho, y quizás esto le llevó a enfermar, al no poder celebrar el sacrificio de la Misa en el reducido espacio de la salita de su casa, no poder comulgar ni poder dar la comunión a la pequeña comunidad católica de los portugueses. El único gesto con el que pudo hacer ver la presencia de la iglesia en la ciudad fue elevar una cruz sobre el tejado de su casa del barrio fernandino.

En esta casa pasaron sus días los dos misioneros acosados por las fiebres de la malaria. «El día 3 de Febrero —escribe— se alargó la corbeta dejándonos en tierra y enfermos a don Juan del Cerro y a mi humilde persona, habiéndose quedado voluntariamente en nuestra compañía el artillero de Marina Francisco Ramírez y el marinero Pablo Antonio» (98). En esta situación fueron atendidos por los doctores baptistas Prince y Newbeguin. El primero ejerce la medicina —dice Usera— y el segundo la cirugía. Los doctores fueron de la opinión de que el P. Usera debía regresar cuanto antes a España.

(95) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 19.

(96) Cf. USERA Y ALARCÓN, J.: *Observaciones al opúsculo de Guillemar de Aragón*, Madrid, 1852.

(97) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 62.

(98) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 62. Cf. The M. H., Octubre 1849, pág. 96.

Enfermo como estaba no descuidó el aprender la lengua bubí, pensando quizás en recuperarse. Para ello recibió clases de un bubí, y tanto fue su interés por esta lengua que nos dejó un vocabulario de palabras y frases bubís, el primer vocabulario bubí con su correspondencia en castellano. Le chocó que el nombre de Dios fuese Ejóvá, que relacionó con el nombre de Jeová del Antiguo Testamento. Pero Ejóvá es el nombre del espíritu principal de la comarca del Norte, cuya cueva o morada se halla junto al pueblo de Rebola. Quizás el bubí que le instruía era de este pueblo (99).

A los tres meses de su estancia en la isla tomó el primer barco con destino a Liverpool. A su regreso a España trató de interesar a los obispos para la fundación de una gran asociación misionera en toda España cuya principal finalidad sería la de recaudar fondos con los cuales sostener la actividad misionera en la isla de Bioco, él que había sufrido tanto por falta de recursos para levantar siquiera una capillita al Smo. Sacramento. Lleno de celo por el apostolado misionero entre los negros se dirigió a Cuba y allí en un cuartucho en la torre de la catedral de La Habana murió en la mayor pobreza por su desprendimiento de todo lo que poseía en favor de ellos. Su conducta ejemplar llamó la atención de los mismos baptistas. A él dedicaron un artículo elogioso en su revista misionera (100).

Pero ¿qué fue de la famosa real orden según la cual debían salir los baptistas en el plazo de dos meses?

Al saltar a tierra el comisario Guillemar de Aragón y los misioneros recibieron el homenaje de los jefes del país. Se les obsequió con tabaco y aguardiente (101). Guillemar se reunió después, el 29 de diciembre, con los misioneros baptistas, con Beecroft y Lynslager. Dos cuestiones se presentaron ante Guillemar: el derecho de los misioneros a poseer los terrenos de la ciudad, sus alrededores y los edificios más importantes de la misma y cómo llevar a cabo la expulsión decretada.

Los comerciantes de la ciudad: Beecroft, Lynslager, Matthews, Charles Kennedy, Joseph Wilson y John Showers vieron ahora la ocasión propicia para conseguir lo que podríamos llamar la liberación de la ciudad: que los terrenos pertenecieran a los particulares y los no asignados al Consejo de Vecinos. La batalla la ganó Beecroft, advirtiendo, como ya dijimos, que la ilegalidad de las posesiones de los misioneros provenía de los actos contrarios al derecho cometidos por el gobierno inglés al asentarse en la isla, que era territorio español, extremo éste entonces inconcebible para los misioneros (102). De la actuación de Beecroft anotaba John Clarke: «Beecroft era inflexible y trataba el asunto con arrogancia. El y Nicolls habían despachado el negocio en contra nuestra con el embajador español en Inglaterra» (103).

Guillemar se mostraba indeciso, pero al fin negó el derecho de los misioneros a sus propiedades sin una concesión por parte de España. Sobre su permanencia en la isla lo trató personalmente con el doctor Prince. Con él determinó que en vez del plazo de dos meses se prolongase éste al considerable tiempo de un año,

(99) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, últimas páginas.

(100) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 29.

(101) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 62.

(102) Correspondencia de Angus a Beecroft, 13-9-1843, y de Canning a Angus, 1-3-1845. Archivo de B.M.S. A/11. Cf. The M. H., Agosto 1846, pág. 311. Cf. WADDELL, H. M.: *Twenty Years in the West Indies and Central Africa*, Londres, 1863, I, pág. 311.

(103) Diario de John Clarke, 29-12-1845.

permitiéndose únicamente la presencia de un misionero en la ciudad de Clarence (104). Guillemar justificó su conducta en los siguientes términos: «Han adquirido los negros costumbres de orden y trabajo, una educación, un estado de civilización admirables. Por ello, sin prescindir de echar por tierra las pretensiones ilegales con que se escudaban los misioneros so pretexto de dominio adquirido de los jefes negros y de la posesión inglesa, se permitió quedarse uno de ellos para precaver la ruina de tan saludables principios» (105).

Al marchar Guillemar de Aragón, los misioneros baptistas, con criterio práctico, pensaron que las cosas seguirían como antes. España probablemente abandonaría la isla, que no tenía objeto para sus intereses. El 27 de Junio de 1846 escribía John Clarke: «Los españoles no desean ocupar la isla, pienso yo. Pero los franceses pueden obtenerla si se marchan los ingleses. Ellos tienen casi constantemente algunos de sus barcos aquí. Algunos de los oficiales se conducen bien y amablemente; pero el comandante de un buque de guerra, en Mayo, fue perverso en su conducta. Envió a su carpintero para llevarse puertas y ventanas como si fuese su dueño. Y los marineros van a las mujeres bubis y les arrebatan sus ñames. Hace poco Glorio y su pueblo tuvieron que hacer uso de sus jabalinas contra estos marineros. Glorio se quejó primero al capitán Beecroft, que le pagó por las pérdidas habidas y le encargó que permaneciese tranquilo. Beecroft se dirigió después al capitán francés para protestar por tal conducta» (106).

¿Guillemar fue consciente de su actuación en la expedición de 1845 o vio claro que la isla no interesaba a España? Porque Usera se quejará también de «la concesión que el mismo Sr. Cónsul hizo al almirante francés para tener un depósito de carbón de piedra en Fernando Poo con el objeto de surtir a sus vapores de guerra» (107). La dudosa conducta de Guillemar de Aragón y su análisis creemos que más bien debe ser tratada al hablar de los precedentes al período de influencia española.

5. LOS FERNANDINOS, ¿SUBDITOS BRITANICOS?

Con el colapso de la Compañía los fernandinos se hicieron dueños de su destino. Beecroft, nombrado gobernador por Lerena, era un hombre liberal, enemigo de ejercer controles sobre una comunidad que podía desarrollarse por sí misma. Únicamente intervenía en los conflictos graves y en este caso con mano dura.

La comunidad, como ya indicamos, adquirió una estructura piramidal, con numerosos siervos o esclavos que trabajaban para sus señores o eran vendidos para el trabajo con otros señores. «Mr. Coker se casó con la hija de Mrs. Bull. Mrs. Bull —observa John Clarke— había vendido a su hija al capitán Beecroft. Su padre había muerto de repente poco después de volver de la ascensión al Pico con Beecroft. La madre además había vendido a su segunda hija al capitán Beecroft como muchacha de servicio. Esta murió poco después parálitica y sin poder hablar. Mr. Coker es medio hermano de Mr. Matthews y fue metodista en

(104) Cf. The M. H., Agosto 1846, págs. 311-12.

(105) GUILLEMAR DE ARAGÓN, H.: *Opúsculo...*, pág. 61.

(106) Cf. The M. H., Noviembre 1846, pág. 359.

(107) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 61.

Sierra Leona. La hija de Mrs. Bull fue ofrecida a Mr. Coker por Beecroft a un dólar por día, sin tener que hacer nada por ello» (108).

Los siervos constituían el 40 por ciento de la población. Primero de aprendices, al desembarcar en Clarence, liberados de sus amos negreros, se quedaban como servidores en oficios manuales, cargueros, trabajadores en las huertas o para variedad de encargos, sin formalizar contrato alguno. «Ninguno de la ciudad quiere contratarlos, si desean después cambiar de amo o dueña» —anota John Clarke— (109).

Esto permitió la aparición de una clase, bien situada, que llamó la atención de los que visitaban la ciudad. «Hay muchos comerciantes negros —escribe Guillemar— que reciben de Inglaterra géneros, pagándolos con aceite de palma y otros productos del continente y de la isla. Es más bien una república federativa que un gobierno. Tienen suaves costumbres, vida tranquila y hacendosa para comerse los huevos, las gallinas y los ñames del triste fernandino [el bubí], que sólo viene a la ciudad para beber aguardiente y cambiar su vino y aceite de palma y los productos de su pobre corral por tabaco y algunas frioleras inglesas» (110).

La misión influyó mucho para que la vida y el comportamiento de la comunidad fernandina adquiriese formas europeas. Entre la comunidad de Clarence y la de Freetown se mantenían asiduamente lazos comerciales y escolares, pero eran pocos los que viajaban entre Clarence y Freetown (111).

La comunidad fernandina se distinguía, por lo tanto, claramente de la comunidad bubí y de la comunidad crumana. Estos, los crumanes, habían formado su pequeño «reino» independiente en la bahía de Lubá. Con ellos entrarían en colisión los fernandinos, como inmediatamente veremos. Con los bubis, sus relaciones continuaron como en la etapa anterior, siendo preferentemente comerciales. Algunos se integraban en la comunidad bubí, debido principalmente a relaciones conyugales o a establecer su residencia entre ellos.

De su actividad, navegando en botes sobre todo por el Este de la isla, bastará que indiquemos aquí el siguiente apunte de la pluma de John Clarke: «Estando en Bakake —escribe— vino la canoa de Peter Nicolls y resolvimos ir de Bakake a Basuala. Pasó después el bote de Mr. Scott con 700 ñames, llegamos a Basuala y encontramos en la finca de «Salem» a los hermanos Christian, Duffis y Peter Collins. Se dice que dos coromanti han matado a dos de Itorishi (de Basuala) en los terrenos de la casa de Trusty [el maestro catequista]» (112).

Los conflictos, sin embargo, se daban principalmente con los habitantes de Baney. La revista de los misioneros recogía en Septiembre de 1845 el siguiente caso: «Varios de los comerciantes de Clarence protestaban por las grandes cantidades de aceite de palma que les debían los nativos de Baney. Solicitaron que otros se juntaran a ellos. Provistos de varios fusiles y machetes, y en gran número hasta poder llenar varias y grandes canoas, salieron a las ocho de la mañana y llegaron al distrito de Baney hacia el mediodía. En secreto salieron de los cayucos, se ocultaron y algunos de ellos se allegaron a los bubis a que les dieran el aceite que les debían. Como no lo consiguieron, determinaron armar una embos-

(108) Diario de J. C., 8-11-1844.

(109) Diario de J. C., 18-9-1841.

(110) GUILLEMAR DE ARAGÓN, H.: *Opúsculo...*, pág. 66.

(111) Cf. LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 167.

(112) Diario de J. C., 21-11-1844, IV, pág. 58.

cada. Esperaron la noche para cuando las mujeres bajaran a la playa a coger cangrejos y raptarlas. Habiendo conseguido tenerlas como rehenes, tuvieron varias palabras reunidos los jefes con los comerciantes. Algún aceite consiguieron y soltaron a cinco de las mujeres. Pero no habiéndolo conseguido todo se llevaron otras cinco mujeres a Clarence. Una joven de diecisiete años fue también raptada y conducida a Clarence. Al principio las retuvieron en sus casas por un corto período, pero después fueron internadas en la nueva cárcel. A los tres días fueron por fin liberadas.

El asunto fue que un fernandino había vendido una vaca a los nobles de Rebola de Baney por un monto de aceite que habían de pagar en pequeñas cantidades. La vaca fue sacrificada y tomada en banquete por los nobles de Rebola y el pueblo. El fernandino urgía para que al menos le dieran alguna cantidad de aceite. Varias visitas tuvieron que realizar los fernandinos con este motivo, pero siempre fueron tratados con desprecio. La insolencia llegó al punto de rehusar abiertamente la paga.

Se había introducido la costumbre del préstamo con una simple promesa, para conseguir ganancias del 150 o 300 por ciento. El propietario de esta vaca tenía además otra querrela por igual motivo con el pueblo de Recopa del mismo distrito.

Por esta conducta —añade el cronista— tuvieron que ser expulsados cinco de nuestros catecúmenos» (113).

La singularidad de la comunidad fernandina, asentada en una isla española por mano extranjera y no integrada en la comunidad bubi, producirá en ella una contradicción interna que tendrá que dilucidar en estos años. Los fernandinos ¿eran súbditos británicos o súbditos españoles?

A los misioneros baptistas les interesaba que los fernandinos fueran declarados súbditos británicos por el hecho de haber sido liberados por Inglaterra. Sujetos a un consulado británico, su presencia en la isla sería perfectamente legítima. En Marzo de 1853 Beecroft, ya cónsul, escribe al gobierno inglés en un esfuerzo por establecer la nacionalidad de los negros establecidos en Clarence (114). Inglaterra contestó de forma muy clara: «No los acogía como súbditos británicos». Inglaterra había ordenado la salida de todos los residentes en Clarence a Free-town. Fueron Nicolls y Beecroft los que se empeñaron en continuar la colonia. Posteriormente Inglaterra había protestado varias veces por los nuevos asentamientos, que contravenían los tratados internacionales según los cuales debían ser juzgados previamente por el tribunal de la Comisión Mixta. Para Inglaterra, al asentarse en territorio español, eran sujetos de la corona española.

«Deseo, mi Lord —le manifestaba Beecroft— ser informado sobre si estos esclavos liberados han de ser considerados como súbditos británicos y con el título “bajo protección británica”. Suponiéndolos súbditos británicos surge una cuestión de considerable importancia, cual es: la validez de sus matrimonios y la legitimidad de sus descendientes. Desde que los misioneros se han establecido aquí, muchos, aunque no todos, han realizado el matrimonio dentro de los ritos de la Iglesia cristiana. Pero son los cónsules de su Majestad los que están investidos con los poderes necesarios para hacer válidos los matrimonios de los súbditos británicos» (115). Beecroft pregunta sobre los asentados antes de 1843;

(113) The M. H., Marzo 1846, pág. 228.

(114) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 121.

(115) Beecroft a John Rusell, 22-3-1853. F.O. 2/9.

después de la expedición de Lerena se suponía que eran en efecto súbditos españoles.

La contestación del gobierno inglés fue la siguiente: «Que como Fernando Po nunca había sido posesión de la corona británica, los esclavos capturados por los cruceros ingleses y liberados en la isla, anteriormente al mes de Febrero de 1843, no podían ser considerados súbditos británicos» (116).

A pesar de esta decisión del gobierno inglés, la cuestión seguía latente en la comunidad fernandina, que tratará de buscar alguna fórmula de conexión con Inglaterra, como veremos en la siguiente etapa del gobierno de Lynslager.

6. LA SEGUNDA GUERRA DE LUBA

La rebelión de los crumanes en 1841 contra los abusos de la Compañía del Africa Occidental, de la que hemos hablado en el capítulo IV, y su fuga a la bahía de Lubá, les condujo a conflictos con los nativos y a una guerra en que murieron al menos 20 bubis. Baffler, el jefe de los crumanes, fue derrotado y llevado a Sierra Leona. Los conflictos entre crumanes y bubis nunca cesaron. En 1845 se inicia una nueva guerra, que durará hasta 1848. En esta guerra podemos distinguir tres facetas según la clase de conflictos que la originan. Primero surgió de los conflictos entre fernandinos, unidos a los bubis, con los crumanes, después por los conflictos de los crumanes entre sí y por fin de los conflictos entre fernandinos y bubis.

Conflictos entre fernandinos y crumanes

Aunque pase desapercibido para los contemporáneos y no tengamos noticias concretas de parte de los bubis, creemos que la razón originaria de las guerras de Lubá está en el hecho de que ya antes de 1820 los bubis de esta zona comerciaban directamente con los barcos que venían de Bonny y de Nuevo Calabar. Las transacciones en esta parte de la isla se realizaban al igual que en otros puntos de la costa africana. Un rey, el famoso King Jerge, de los baloketo del Oeste, llevaba la responsabilidad de este comercio, en nombre de todos los bubis de la comarca. Posiblemente los crumanes, al levantarse en rebelión contra la Compañía, no sólo pensaban desligarse de ella por la mala retribución de su trabajo, sino que también se vieron impulsados a ello por la tentación de establecerse en una bahía tan rica en comercio y en pesca, como la bahía de Lubá, lejos del control de las autoridades de Clarence. Los crumanes eran muy buenos marinos y les interesaba dedicarse libremente al negocio que desarrollaban en su propio país de costa Kru.

Pero al establecerse en Lubá forzosamente tenían que entrar en colisión con los derechos adquiridos por los bubis sobre un comercio organizado que venían practicando desde hacía varias décadas. Los crumanes no fueron a Lubá a ofrecer productos, como hicieron los ingleses, sino a suplantarlo la función intermediaria que desempeñaba el rey Jerge. Se apoderaron de la pesca de los bubis para su propia alimentación, se apoderaron de sus mujeres para su servicio —el cruman

(116) Ibidem.

salía solo sin mujeres de su tierra— y se apoderaron de sus ñames, aceite y gallinas para venderlos con sobreprecio a los barcos que acudían a Lubá.

Los crumanes se constituyeron como tribu independiente dentro de la organización única, constituida en la isla desde que Beecroft había sido nombrado gobernador de todo el territorio. No pagaban ninguna tarifa por su comercio, cada vez más próspero, puesto que los barcos de Bonny, en la década de los 40, ya no iban sólo por agua y ñames, sino también por aceite en verdadera competencia con la ciudad de Clarence. Los mismos crumanes habían puesto sus factorías para comprar el aceite a los bubis a base de «ron, pólvora y fusiles» (117). Pretendían ejercer un monopolio tal que si algún comerciante de Clarence deseaba establecerse en Lubá era rechazado con violencia.

A principios de 1845 uno de los dos jefes principales crumanes, llamado Charley Massie, informó al pueblo de Clarence que si algunos de ellos osaban comerciar en Lubá serían tratados con la misma crueldad con que habían tratado a los bubis (118). Comenzó así la guerra entre la ciudad de Clarence y los pueblos crumanes de Lubá, guerra cruel en la que no se sabe cuántos murieron. Los de Clarence se unieron a los bubis para expulsar de una vez a todos los crumanes de dicha bahía. Guillemar de Aragón apuntaba en 1846: «Los bubis, celosísimos de sus mujeres, se coaligaron con los blancos y negros de Clarence, los atacaron por tierra y por mar, asesinaron abrasando a todos los crumanes; entre aquéllos se hallaba uno de los dos negros que hemos visto en Madrid, con las insignias de sargento de la milicia nominal de Fernando Poo» (119).

Beecroft deseaba también terminar con este comercio independiente de los crumanes, desde que éstos no querían sujetarse a las tarifas que, como gobernador, había establecido para toda importación y exportación en cualquier puerto de la isla, siguiendo las ordenanzas dictadas por Lerena.

Conflictos entre crumanes

La lucha cruel entre los bubis y fernandinos con los crumanes vino a aumentarse cuando los mismos jefes crumanes se enfrentaron entre sí a finales del 45. Los crumanes se habían congregado en Lubá en dos poblados que recibían el nombre de sus jefes: uno se llamaba Jack Massie y el otro Charley Massie (120). Esta división en dos poblados reflejaba las divisiones y luchas que, según el investigador Brooks, se daban en su país de la costa de Liberia (121).

John Clarke visita estos poblados en 1844. Del poblado de Jack Massie dice que consta de seis grandes casas y de otras muchas más pequeñas, con almacenes de instrumentos de hierro, etc., para la venta. En la bahía hace notar la presencia de dos barcos, uno de Liverpool y otro de Bonny, comerciando en ñames (122). «Jack Massie tiene justificada su reputación de crueldad —añade—, con sólo

(117) Diario de J. C., 25-10-46.

(118) Diario de John Clarke, 30-11-1845, IV, pág. 129.

(119) GUILLEMAR DE ARAGÓN, H.: *Opúsculo...*, pág. 54.

(120) Diario de J. C., 17-12-1844.

(121) BROOKS, G. E.: *The Kru Mariner in the Nineteenth Century*, Newark, 1972, págs. 25, 26, 71-112. Cit. en LYNN, M.: *John Beecroft...*, pág. 142.

(122) Diario de J. C., 16-12-1844.

recordar la gratuita decapitación de cuatro miembros del poblado de Charley Massie» (123).

El poblado de Charley Massie estaba a dos millas del de Jack, hacia el Norte de la bahía, y se enorgullecía de haber capturado cuatro de sus cayucos. El enfrentamiento declarado comenzó cuando una mujer que pertenecía a Jack se la retuvo Charley alegando que aquél se la había cedido. Jack fue a pedírsela y la reacción de Charley no pudo ser más brutal: le cortó las orejas ante sus ojos y él fue decapitado; 30 crumanes murieron en la consiguiente pelea (124). Charley consiguió así hacerse dueño de la bahía.

En la visita que John Clarke hizo a Jack, éste no quiso recibirle en son de amistad y no le permitió pasar adelante para reunirse con los poblados bubis de los babiaaoma, ombori, batete y bakoko. «Hombre negro no quiere a hombre blanco. Hombre negro no necesita del libro» —le dijo a Clarke— (125).

Beecroft se decidió a intervenir para que Charley Massie se integrara en el sistema comercial de la isla y abriera la bahía de Lubá a los comerciantes de Clarence. Las promesas de Charley resultaban cada vez más vacías.

Un jefe bubí, a quien llamaban Matthews, informó al pueblo de Clarence que actuaría juntamente con ellos si venían a comerciar a Lubá. Contando con el apoyo del pueblo bubí, Beecroft juzgó llegado el momento de aniquilar el poblado de Charley. Con un centenar de fuerzas de la ciudad de Clarence y repartiendo pólvora y fusiles entre los bubis, llevando además una retaguardia con provisiones, en Octubre de 1846, cayó sobre el poblado de Charley, lo destruyó y lo quemó totalmente (126). Charley Massie murió y muchos huyeron.

Conflictos entre fernandinos y bubis

La caída del poder crumán marcó la extensión del mercado fernandino a la bahía de Lubá y la ampliación de la autoridad de Beecroft a toda la isla. Beecroft puso en la bahía de Lubá a un agente español —dice John Clarke— (quizás a Boneli, agente de la casa comercial de la viuda de Scott, íntimamente ligada a su negocio), para que regulase el comercio en nombre de la reina de España (127).

Pronto se establecieron en Lubá los fernandinos John Campbell, Thomas Richard, Thomas Bull, Abrahams, y otros enviaron representantes suyos (128). Los fernandinos suplantaron ahora a los crumanes quitando el comercio a los bubis. La guerra no se hizo esperar; cualquier «palabra» haría saltar la chispa. En 1847 Thomas Richard fue en busca de una joven bubí que le debía un dólar. Richard se encontró con el hermano de la joven que la defendía y lo apresó. Un hombre del espíritu, un mo, bajó a dialogar con Richard y fue tomado asimismo como prisionero. Hecho esto, los bubis lanzaron un ataque y tres hombres de Richard fueron asesinados.

Beecroft no quiso dejar tal acción sin castigo. Viajó a Lubá y, merced a los

(123) Diario de J. C., 9-4-1845.

(124) Diario de J. C., 30-11-1845.

(125) Diario de John Clarke, 9-4-1845.

(126) Diario de J. C., 21, 25, 30-10-1846.

(127) Diario de J. C., 30-10-1846.

(128) Cf. Baptist Church Book, 13-5-1848. Archivos B.M.S. A/11.

buenos oficios de William Matthews, tuvo una conferencia con un grupo de bubis, que determinaron entregarle siete hombres supuestamente implicados en el asesinato. Beecroft condujo a prisión a tres de estos hombres y en afán conciliador donó una cantidad de pólvora al cabeza del grupo de la conferencia, con la promesa de capturar y entregar a Beti-Beti, el jefe bubí que había declarado la guerra a los comerciantes de Clarence.

Poco después, a los siete días, los jefes bubis presentaron dos cabezas y un hombre vivo, de las fuerzas de Beti-Beti, a William Matthews. Beecroft, pensando en el apoyo de los bubis que se habían puesto de su parte, embarcó para Lubá con 66 seguidores. Con ellos se dirigió al poblado de Beti-Beti, pero éste tuvo tiempo para emprender la huida. El poblado fue destruido y el bando triunfante se volvió a Clarence. En esta expedición participaron los dos crumanes Felipe Quir y Santiago Yegue, que habían sido llevados a España en la expedición de Lerena (129).

Más tarde, en 1848, las fuerzas de Beti-Beti asesinaron a Empson, Thomas Bull y a otros muchos dependientes del comercio de éstos. La respuesta de Beecroft fue acabar con la rebelión bubí y dejar el puerto de Lubá libre para el comercio de Clarence. Para ello consiguió la ayuda de la armada real inglesa. Los misioneros baptistas se opusieron a tal expedición de castigo. Beecroft les amenazó con meterlos en prisión (130).

Armó a dos grupos, uno bajo Richards y Showers, y otro bajo Matthews. En Mayo de 1848 los marines del cucero *Grappler* saltaron a tierra. Los bubis escaparon y sus aldeas fueron destruidas en un general saqueo y devastación (131). Beecroft obtuvo lo que se proponía y de nuevo volvieron los fernandinos a abrir sus factorías en la bahía de Lubá, conocida entonces con el nombre de North-West Bay y George's Bay.

(129) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 110.

(130) Cf. Church Book of Clarence, 13 y 15-5-1848; 29-6-1848. Archivos B.M.S. A/11.

(131) Cf. Church Book of Clarence, *ibidem*.

CAPÍTULO VI

BREVE GOBIERNO DE WILLIAM LYNFLAGER (1854-1858)

1. EL GOBIERNO DE LYNFLAGER Y HUTCHINSON

A John Beecroft, que muere el 10 de Junio de 1854, le sucede, como gobernador y como cónsul británico, William Lynflager, nacido, como dijimos, en Inglaterra. Nombrado teniente gobernador por Lerena, la sucesión era automática (1).

Lynflager había alcanzado mayor fortuna que Beecroft. En sus primeros años en la isla, siendo aún joven, había ganado su sustento reparando y fabricando velas de barcos y confeccionando sombreros. Más tarde fue puesto al frente de los almacenes que el gobierno de la colonia poseía en la playa del puerto. Uniéndose a las casas inglesas de Foster y Smith y Horsfall y últimamente con Laird, había prosperado como comerciante que mercaba entre la isla y el continente. Trabajó siempre solo, sin relación especial con la plutocracia fernandina, como había hecho Beecroft (2).

Había construido la mejor casa de la ciudad de Clarence con materiales que hizo traer de Estados Unidos de América (3), casa que aún subsiste, utilizada en la fecha para viviendas oficiales. «Aunque de madera, como todas —escribe Usera—, es magnífica y la mejor de la población. La tiene adornada con bastante gusto, hallándose servido por un crecido número de criados esclavos» (4) (Fig. 24).

Lynflager poseía además una gran finca cerca de Punta Europa y otra al Este de Clarence, de las cuales obtenía madera, aceite de palma y frutos tropicales.

Era proverbial su hospitalidad (5); su casa era conocida como el lugar de cita de oficiales, marinos y mercaderes que arribaban al puerto. «Su desprendimiento y caballerosidad no tiene límites —añade Usera—. Su casa fue siempre para los señores oficiales, caballeros, guardias marinas, y demás individuos a bordo, que componían nuestra expedición, el punto donde distraídos algún tanto de las continuas fatigas se entregaban a un razonable descanso con la mayor fraternidad y

(1) Cf. NEWBURY, V. W.: *British Policy...*, Lord Clarendon a Lynflager, 1854-55, págs. 393-94.

(2) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 101.

(3) Cf. NAVARRO, J., *Apuntes...*, pág. 71.

(4) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 25.

(5) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 187.



Fig. 24.—Casa de Lynslager, derecha, con los almacenes del puerto en gran parte pertenecientes a él (*The M. H.*, diciembre 1879).

franqueza. Pero en donde se dejó ver mejor el desinterés y benevolencia del señor Lynslager fue en la conducta que observó con mis compañeros y conmigo después de la partida de la corbeta *Venus* para España».

«Rendido en el lecho del dolor los cuatro españoles únicos que quedamos en la isla, el señor Lynslager hizo por nosotros lo que el mejor y más generoso de nuestros amigos podía haber hecho. Alimentos, criados, utensilios, todo lo puso a nuestra disposición» (6).

Poco después de haber asumido el cargo de gobernador tuvo que recibir a los expedicionarios del *Pleiad*, que había partido de Inglaterra para remontar al Níger, descubrir su unión con el Benue y sobrepasar la localidad de Busa. Esta expedición de 1854, que marcó definitivamente el curso del Níger, se proponía llegar primeramente a la ciudad de Clarence, para ponerse a las órdenes de John Beecroft, pero en el camino recibió la triste noticia de su muerte. Quedó al frente de ella el capitán Baikie. «Al llegar a Clarence —dice Baikie— saludamos con cañonazos, a los que respondió la formidable batería del gobernador Lynslager, que es además cónsul en ejercicio y agente de Mr. Laird» (7).

La expedición tuvo un gran éxito, merced a la potencia del *Pleiad* y a las precauciones sanitarias del doctor Hutchinson. Los ensayos de tomar la quinina como medio profiláctico, realizados en sí mismo por el doctor Thomson en 1842, quedaron plenamente confirmados. Con su descubrimiento Hutchinson asestó el más duro golpe a la malaria, azote de África. Así se expresa Hutchinson:

«Las opiniones del doctor Bryson (8) sobre la influencia profiláctica de la quinina llamaron mi atención poderosamente. Desde el día antes de cruzar la entrada del río, comencé a dar la solución de quinina a todos los europeos a bordo. Cada mañana, al romper el día, tenía preparada la botella de quinina y el agua. Todos fueron tomando menos uno, el cual sufrió los ataques de la fiebre con delirios. Hasta tres semanas después de nuestra vuelta a Fernando Po, es decir:

(6) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 25.

(7) BAIKIE, W. B.: *Narrative of an Exploring Voyage... in 1854*, Londres, 1856, pág. 331.

(8) BRYSON, A.: «Prophylactic Influence of Quinine», *Medical Times and Gazette*, 7-1-1854.

durante un periodo de ciento cuarenta días no hubo ningún caso de caída en la enfermedad. Algunos tuvieron después ligeros ataques, que se curaron incrementando las dosis hasta 10 gramos. A pesar de estos ataques y nuestra prolongada estancia arriba del río, se conservó íntegra la expedición de 12 europeos y 454 africanos. Atribuimos esto al haber inducido a los europeos a tomar solución de quinina diariamente, sin que ellos hicieran ninguna protesta por su palpable necesidad» (9).

El recibimiento que se dio a la expedición a su vuelta del Níger en la ciudad de Clarence fue apoteósica. «El día 6 de julio —escribe Hutchinson— fondeamos en el puerto de Clarence con el saludo de los cinco cañones de nuestro barco, respondido por las salvas de siete de los cañones de Longfield y por los gritos de entusiasmo de cientos de habitantes, reunidos en la alta colina junto a la casa de Mr. Lynslager (10).

Hutchinson, al llegar a Londres, recibe la noticia de su nombramiento para cónsul británico en la zona de las dos bahías, con residencia en la ciudad de Clarence (11). Embarca el 23 de septiembre de 1855 en Liverpool para su nuevo destino. Quedaba descartado Lynslager, triunfador en los negocios, pero con escasa capacidad para la política. Hasta la llegada de Chacón, Lynslager y Hutchinson serán las dos autoridades bajo las cuales se desarrollará la vida fernandina.

La comunidad de los fernandinos seguirá aumentando. A pesar de la sentencia británica de que no serían acogidos como súbditos ingleses los esclavos asentados en la isla, el almirante Bruce, de la Armada Real, había asentado 38 esclavos de Lagos en la isla de Bioco a requerimiento del rey Ahitoze (12). La cuestión de su nacionalidad agitaba la comunidad fernandina. Los residentes en la ciudad de Clarence se acercaron a Hutchinson para resolver el problema latente de su pertenencia a Inglaterra o a España. Alegaban que no tenían inconveniente en estar bajo la bandera de España, pero como ingleses, pues habían sido liberados por barcos ingleses o procedían de la ciudad de Freetown. Hutchinson los contestó que no quería poner diferencias entre él y el gobernador español Lynslager, por lo que resolvió elevar nueva consulta al gobierno. El gobierno respondió afirmando nuevamente que Inglaterra no los acogía como súbditos británicos (13).

A esta problemática sobre la nacionalidad de los fernandinos se debe el censo que realiza Hutchinson en marzo de 1856. Los divide en tres grupos: los que son residentes ingleses por provenir de Inglaterra o de países de África pertenecientes a la corona británica, los que desean ser acogidos a la nacionalidad británica por haber sido liberados por buques de guerra ingleses o hijos de ellos y los que no son súbditos británicos por trabajar como residentes eventuales (14).

(9) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions*. Ten Years Wandering among the Ethiopians, Londres, 1861, pág. 229.

(10) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 182.

(11) NEWBURY, V. W.: *British Policy...*, pág. 394.

(12) Hutchinson a Lord Clarendon, 24-5-1856. F.O. 2/15.

(13) Hutchinson a Clarendon, 24-3-1856. F.O. 2/15.

(14) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 180.

Censo de marzo de 1856

| | | V. | H. |
|--|------------------|----|------------|
| Residentes ingleses | Inglaterra | 6 | 1 |
| | Sierra Leona | 47 | 21 |
| | Acra Inglés | 20 | 1 |
| | Cabo Cista | 6 | 1 |
| | | | |
| Liberados por buques de guerra ingleses | Lagos | 12 | 28 |
| | Aboh | 36 | 29 |
| | Calabar Viejo | 22 | 24 |
| | Camerún | 14 | 15 |
| | Kabinda | 6 | 13 |
| | Congo | 16 | 18 |
| | Popó | 11 | 1 |
| | Aku | 2 | 1 |
| | | | Total: 238 |
| Nacidos en Clarence de los liberados, que se tienen por súbditos ingleses | Huérfanos | 22 | 21 |
| | Viven sus padres | 89 | 91 |
| | | | Total: 223 |
| Los que se consideran súbditos británicos por trabajar como residentes, de artesanos y criados | Bonny | 14 | 5 |
| | Santomés | 33 | 8 |
| | Acra Holandés | 7 | 1 |
| | Camerún | 44 | 13 |
| | Bimbia | 55 | 13 |
| | Aborígenes | 27 | 9 |
| | Benín | 1 | 1 |
| | América | | 1 |
| | Jamaica | 1 | |
| Crumanes | 158 | | |
| | | | Total: 416 |
| | | | Total: 982 |

El carácter de la ciudad de Clarence queda bien señalado en este censo: su heterogeneidad, su pluralismo. La proporción de residentes eventuales, sumamente alta, nos indica la impronta de la ciudad como esencialmente acogedora. Se notará los muchos que ahora se afilian como de Sierra Leona y de Acrá, sin duda para ser tenidos como ingleses. Los nigerianos forman todavía el grupo más numeroso: 154. En el censo de junio de 1845 había 118 congos; ahora son 34. ¿Fueron llevados a otros lugares o bien se internaron en la isla para vivir con los bubis? Se notará también el descenso de los llamados aborígenes, es decir: los bubis. De 165 que residían en Clarence en 1845, son ahora 36. Indudablemente los bubis no se integraban en la ciudad.

La comunidad fernandina no se atuvo por entonces a la resolución inglesa. Les era incomprensible que, liberados por Inglaterra, no fueran súbditos ingleses.

España era una nación lejana y extraña sin conexión alguna con ellos. Se corrían noticias procedentes de los misioneros baptistas de que Inglaterra ocuparía de nuevo la isla de Bioco, ya que España no daba muestras de interesarse por ella. La expedición de Martínez y Sanz —se pensaba— pasaría como las anteriores sin dejar huella. En julio de 1856 Lynslager emitió una proclama estableciendo que los súbditos ingleses debían casarse en el consulado británico. Si alguno deseaba casarse con quien no fuera súbdito inglés debía verificar el matrimonio ante el señor don Miguel Martínez y Sanz. En la proclama, además, prometía tratar a los africanos, que habían sido esclavos y liberados por buques ingleses, como súbditos de la corona británica en asuntos como la religión y el matrimonio (15). La proclama no satisfizo a los fernandinos, que cada día estaban más disgustados con las actuaciones de Lynslager.

Lynslager, como gobernador, parecía aislado, sin relaciones amistosas o de intereses con la cumbre económica. Nunca reunió al Consejo, un medio por el cual podía haber resuelto los conflictos entre los fernandinos o de los fernandinos con el gobernador.

En Marzo de 1857, Thomas Williams, un carpintero de la ciudad, después de haber sido preso por Lynslager, logró evadirse de la cárcel en connivencia con dos negros policías (16). La comunidad fernandina no debió considerar muy justa la actitud de Lynslager de apresarle. Hutchinson se alarmó, pues temió que este desafío pudiera llegar a producir una insurrección, siendo él y Lynslager las únicas autoridades frente a una población de mil negros. El cónsul y el gobernador fueron a casa de Williams, pero se encontraron con Joseph Wilson que intercedió por él y consiguió la promesa de que Williams no fuera devuelto a la cárcel.

Sin embargo, éste último organizó un mitin de protesta, que enfureció al gobernador. Ante una circunstancia tan adversa y teniendo en contra a toda la población, el gobernador indicó que arrestaría al que consideraba principal instigador de la protesta: a Peter Nicolls, figura señera de la comunidad.

Un grupo de ciudadanos le previno que no lo hiciera. Atemorizado y obsesionado por un posible levantamiento, Lynslager llamó a las tripulaciones de los barcos existentes en la bahía. Hutchinson intervino para que no las utilizara contra la comunidad. Pero aún no habían alcanzado a regresar a sus barcos, cuando media docena de negros apareció en la esquina del jardín del gobernador Lynslager, desafiándole con fuego. Un aviso por escrito llegó al gobernador:

«Poner en prisión a Thomas Williams lo consideramos un acto cruel que nos ha excitado grandemente y ha producido en nosotros un sentimiento de rebeldía, pero si se hubiera llegado a darle muerte, entonces nos hubiéramos levantado en rebelión total, abocada al derramamiento de sangre».

«Teniendo en cuenta que no hay consejeros en la ciudad, pedimos que se seleccionen hombres principales que, formando consejo, puedan conocer e investigar los asuntos que se susciten en ella y darles la solución adecuada» (17).

Un nativo de Sierra Leona, llamado Shooter, oficinista de Peter Nicolls, firmaba al mismo tiempo un pliego de protestas de los residentes en Clarence, que elevaba a la consideración del consulado británico. Se sentían desprotegidos de

(15) Proclama de Lynslager como gobernador de Fernando Poo, 23 de julio de 1856. F.O. 2/16.

(16) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, págs. 125-128.

(17) Hutchinson a Clarendon, 23-3-1857. F.O. 2/19.

la potencia europea que antes los había reunido y los había formado cultural y políticamente. «Se nos ha dicho que no somos británicos ni súbditos españoles, pero nosotros sabemos que fuimos liberados de manos de los cruceros británicos y traídos a esta isla, por lo que nosotros nos consideramos, aunque bajo bandera española, como sujetos británicos» (18).

Hutchinson no se preocupó demasiado por tal protesta. De los 40 que habían firmado —decía él— sólo cinco sabían escribir. Sin embargo, todo esto revelaba el sentimiento de inestabilidad en que se hallaban los fernandinos. Temían que los españoles se posesionaran efectivamente de la isla y éstos los vejasen y los redujeran de nuevo a la esclavitud. Tal temor era fomentado por los misioneros baptistas, Diboll y Saker, para quienes los españoles no eran sino los negreros que merodeaban entonces por las costas africanas. El celo de estos dos misioneros por la causa baptista distaba mucho de informarse de la verdad y de relacionarse con los demás dentro de la sencillez evangélica. El pastor Diboll llegó a Clarence en 1855 y tuvo que abandonarla en 1857, dejando solo Alfredo Saker, encargado además de la misión del Camerún. Diboll atendió las escuelas de Basupú y Rebola, sirviéndose de los diáconos Smith, Wilson y Christian. Entre los mismos bubis fomentaba el temor a los españoles.

El misionero Martínez y Sanz que llegó a Clarence en Febrero de 1856, afirmaba que «los habitantes de Clarence y los bubis que se relacionan con los misioneros [baptistas] no tienen otro conocimiento de los españoles que el ser negreros dedicados al vil tráfico. Precisamente habían apresado por entonces [en 1845] a dos buques negreros americanos con bandera española. Por eso al decirles el gobernador que uno de los propósitos de la expedición era el llevar negros a España para educarlos [se proyectaba en efecto un colegio en España para los negros de la isla] todos entendieron que sería para reducirlos a la esclavitud» (19).

Lynslager tuvo que enfrentarse contra esta propaganda protestante. En Octubre de 1856 prohibió a los baptistas erigir ningún nuevo edificio en la isla (20). Un miembro de la misión había circulado el rumor de que se preparaba un alzamiento bubí con la esperanza de que fuera expulsada la misión católica de don Miguel Martínez y Sanz entonces en la isla. El cónsul británico Hutchinson escribía al obispo Samuel Crowter, de la Sociedad Misionera de la Iglesia: «Desde la llegada de los españoles, el misionero baptista, Mr. Diboll, se ha hecho muy desagradable. Siendo un comerciante, nada ha añadido a su carácter espiritual entre el pueblo» (21). No obstante esto, la comunidad cristiana baptista impresionó a Martínez y Sanz por su buena organización y fervor.

«El edificio —escribe— que sirve de escuela y capilla a los baptistas [situado donde ahora está la misión metodista] es una pieza cuadrilonga que tendrá sobre 80 pies de larga por 30 de ancha, bien poblada de bancos, con una mesa y un sillón sobre tarima que sirven, respectivamente, para el maestro y ministro, sin otro adorno que una arandelita en la pared para cuando hay reunión de noche».

«Como Iglesia se llena los domingos, tanto por la mañana como por la tarde

(18) Los residentes de Clarence a Hutchinson, 9 de marzo de 1857. F.O. 2/19.

(19) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 51.

(20) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 125.

(21) Thomas Hutchinson a Samuel Crowter, 24-10-1858. Archivo Church Missionary Society, C.A. 20/6.

y aun entre semana varios días por la noche. Reciben con bastante frecuencia lo que llaman comunión del pan y el vino, cuyo acto nunca verifican sin haber antes excluido de la iglesia a todas las personas, niños o adultos que no han recibido todavía el bautismo, sacramento que no administran sino después de muchas pruebas que exigen por lo menos la edad de veinte años».

«Como escuela es frecuentada diariamente de seis a ocho de la mañana y de dos a cinco de la tarde por los niños de ambos sexos que tienen ya sobre nueve años. Los que a esta edad no llegan, tienen en el mismo local su clase de diez a una de la mañana. Todos pagan mensualmente de uno a cinco chelines, según están más o menos adelantados. Calculo que los niños que asisten llegarán a 50, aun que no todos acuden diariamente y los sábados es escasa la concurrencia».

«Debo añadir que por lo común son muy fervorosos. Diariamente, antes de amanecer, reunidos en familia, cantan a su modo las alabanzas de Dios; lo mismo suelen practicar por la noche antes de acostarse. El domingo lo guardan con suma religiosidad: no sólo se abstienen de las obras domésticas, aun las más precisas, sino que miran como una falta los juegos y diversiones en tales días. Para solemnizar el día en que cumplen años se reúnen los amigos y emplean largas horas en leer la Santa Biblia. Robos y otras fechorías apenas se conocen en Santa Isabel» (22).

Por todo esto se advierte que Martínez y Sanz deseó conservar buenas relaciones con los misioneros baptistas, a pesar de que éstos permanecían en Clarence contra lo convenido con el comisario Guillemar de Aragón. Su conducta desmentía la fama de los españoles como amigos de la esclavitud. En su casa iban a refugiarse los que vivían como esclavos en la ciudad de Clarence o se sentían oprimidos por sus amos. Así un tal Jacob, sirviente de Mr. Thomas, Jennay, sirviente de Mr. Williams o la niña Eunice Coka, una bubí, sirviente de Mrs. Matthews (23).

Lynslager apoyaría la gestión de D. Martínez. El día del Corpus celebró con solemnidad la procesión y a ella se unió la tripulación del buque de la escuadra francesa *Victor*, que luchaba contra la esclavitud en el golfo de Biafra.

La impresión que recibieron de los españoles que acompañaron a Martínez y Sanz, abrieron a muchos los ojos sobre su verdadero carácter y las buenas intenciones de España. Cuando el pastor Alfredo Saker hizo más tarde propaganda para que los fernandinos abandonaran la isla ante la llegada de los jesuitas, sólo cuatro familias le siguieron a Victoria. Y de hecho cuando España se hizo presente los fernandinos no experimentarían ninguna opresión especial.

Los fernandinos, verdaderos colonizadores de la isla en el siglo pasado, habían comenzado por estos años su nueva etapa de abrir fincas junto a las factorías comerciales que habían instalado por todo el litoral. A estas fincas llevaron las plantas que se cultivaban en la ciudad de Clarence, introduciendo estos cultivos entre los mismos bubis. Más tarde llevarían el cacao, riqueza principal de la isla (24). Al llegar los misioneros claretianos en 1883 tendrán un firme apoyo en estos fernandinos.

(22) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, págs. 35-36.

(23) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, págs. 54-55.

(24) Cf. SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos...*, pág. 132.

2. ELEGANCIA Y RIQUEZA DE LA CIUDAD DE CLARENCE

A mediados del siglo pasado la ciudad de Clarence figura como la ciudad de los negros más elegante en la costa del Africa Occidental.

Las casas blancas sobre el acantilado de la hermosa bahía parecían formar un pórtico de entrada, esbelto y acogedor, que atraía a los viajeros y los incitaba a entrar y morar en ella. El paseo marítimo, la plaza y las calles rectas con sus casas rodeadas de jardines y huertas fueron motivo de descripciones detalladas para los que en ella permanecían durante alguna temporada.

Los fernandinos habían adquirido hábitos de elegancia y en todo el ambiente de la ciudad se respiraba belleza. «Visten al estilo europeo —dirá Hutchinson— y son muy corteses en sus saludos cuando se encuentran en las calles (25). Navarro escribirá: «Las hijas de Mrs. Matthews recibieron en Inglaterra una educación esmerada. Bien es verdad que lo propio se verifica en todo el pueblo. Los padres de familia de alguna fortuna envían sus hijos a los colegios de Sierra Leona para ser educados... Visten casi todos a la europea y son muy políticos y civilizados» (26). Por el paseo marítimo —señala Martínez y Sanz— corren fácilmente los carruajes del gobernador y de madame Matthews, tirados por ocho o doce crumanes (27). «Desde la plaza hacia el Oeste —indica Navarro— hay una hermosa vía de 15 a 20 varas de ancha y de una milla y media de longitud, que va al terminar al mar y sirve de paseo público. Los domingos, cuando el tiempo lo permite, se ve poblado de la aristocracia de la colonia» (28). Más tarde, la viajera y escritora Mary Kingsley hará una comparación entre Freetown y Clarence y dirá: «Son muy parecidos [los fernandinos] a los sierraleonas de Freetown, pero preferibles» (29).

En esta etapa de Lynslager la ciudad ofrecía su mejor aspecto, debido a la superioridad de la década de los cuarenta y a la expansión de algunas firmas comerciales en estos años cincuenta.

«Cerca de Punta Williams [Punta de la Unidad Africana] hay un monumento construido por uno de los artistas de terracota de New Road, London, con la siguiente inscripción: «Consagrado a la memoria de los oficiales y hombres que murieron sirviendo en la expedición al Níger patrocinada por el gobierno británico en los años 1841 y 1842. Este monumento es erigido por sus compañeros de marina y familiares».

Entre este monumento y la nueva prisión hay una gran ceiba (Fig. 25), cerca de la cual está enterrado aquel cuyo nombre estuvo asociado a todas las empresas, Mr Beecroft, bajo un monumento levantado a su memoria por los habitantes de Clarence. Frente a la prisión están colocados varios cañones en hilera para defender el puerto, mientras en el lado opuesto de la bahía, en Longfield, hay otra batería de guerra que se utiliza para los saludos de fuego. Las principales casas, mirando desde el mar, son: un establecimiento de un comerciante de Liverpool, la capilla y residencia pertenecientes a la misión baptista, una nueva casa levantada por el gobernador Beecroft, ahora en posesión de Lynslager, cuya residencia propia se halla cerca del camino que va hacia el mar» (30).

(25) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 181.

(26) NAVARRO, J.: *Apuntes...*, págs. 63, 73-74.

(27) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 38.

(28) NAVARRO, J.: *Apuntes...*, pág. 73.

(29) Cf. KINGSLEY, M. H.: *Travels in West Africa*, Londres, 1897, pág. 72.

(30) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, págs. 186-87.



Fig. 25.—La ceiba, que se hizo famosa en la ciudad, hacia la mitad de la pequeña península junto a la zona militar. En primer plano los bueyes que se compraban en Calabar (The M. H., octubre 1848).

Por su parte Martínez y Sanz nos describe la ciudad con los siguientes detalles: «Tiene Santa Isabel una plaza, a la que desemboca la subida del puerto; divide esta plaza en dos mitades casi iguales a la calle llamada Hill Street, que se extiende a lo largo de la costa. Hay en Hill Street ocho casas de la mejor construcción, todas ellas con cuarto principal y alguna con emplomado y pararrayos. Viven en estas casas los blancos europeos y dos familias de color de las más ricas del país. La casa del gobernador hace esquina de esta calle con la plaza y la otra esquina la forma la de Mr. Wilsonsens y es la misma que nosotros teníamos alquilada para nuestra habitación e iglesia provisional».

«Viene también a desembocar a la plaza, por la parte del mediodía, la Water Fall Street, que va a terminar en el río. Diez son todas las calles de Santa Isabel. Todas rectas y anchas, y unas con otras se cruzan en ángulos rectos. El total de las casas son 158, de ellas 12 con cuarto principal y unas 14 que, aunque no lo tienen, están elevadas sobre el piso de la calle, a una altura como de vara y media» (31)

La plaza de la Independencia era entonces más amplia que en la actualidad, pues ocupaba también los edificios que fueron de la Misión Católica, en el presente de la Guardia Presidencial. Desde esta plaza hacia el Este seguía la casa de Mr. William Lynslager, hijo del gobernador, comerciante en aceite de palma y otros frutos y agente de los paquetes de la Mala o correo del Africa Occidental. Junto a ella estaban dos casitas, una de las cuales habitaba el misionero baptista, Mr. Diboll, con su señora e hijos. A estas seguía la casa-residencia del gobernador Lynslager. «Los extensos almacenes —dice Navarro— que tiene debajo del edificio y otros que tiene en la playa, más vastos aún, revelan su extenso comercio en aceite de palma y frutos de todas especie. A esta casa viene a terminar la rampa que con plano inclinado parte desde la playa en el desembarcadro de los botes, que está bastante bien construida y tiene formado un pavimento de piedra. A la mitad de la subida y labrada en la roca está la cárcel de la colonia, que es

(31) NAVARRO, J.: *Apuntes...*, págs. 71-73.

malsana, peor ventilada y muy inconvenientemente situada. Para las mujeres hay otra cárcel debajo de los almacenes del ex gobernador» (32).

La rampa que partía del puerto se dividía hacia la mitad en dos tramos: uno que iba a la plaza y el otro, el más antiguo, que se dirigía hacia la primitiva casa del gobierno, construida por Owen, ocupada después por los cónsules británicos.

«El cementerio protestante, o sea el general de la colonia —continúa Navarro— está situado en la extremidad de la avenida que termina en el río y en el ligero murmullo de la cascada. El río está a espaldas del cementerio y en sus aguas poco profundas se ven diariamente a las horas de la tarde a la mayor parte de las señoras del pueblo ocupadas en lavar su ropa y en sus acostumbradas abluciones, que verifican con un singular compás que llama mucho la atención del forastero» (33).

En la década de los 50 ciertamente disminuye el comercio en la ciudad de Clarence. Como hemos referido, los barcos que venían al golfo de Biafra zarpaban de sus puertos provistos de alimentos frescos para varios meses. No tenían necesidad de recalar en Clarence, donde los artículos resultaban más caros. Por otro lado, había decrecido la exportación de aceite de palma proveniente de la isla. Hutchinson nos informa de la producción de aceite en el golfo de Biafra en los años 55 y 56 (34). Dada la pequeñez de la isla no queda mal parada la proporción en la producción de aceite, pero según Hutchinson los bubis eran perezosos para este trabajo.

Producción de aceite, 1855-56 (Toneladas)

| | | |
|---------|--------------|--------|
| 1855-56 | Brass | 2.280 |
| 1854-55 | Bonny | 16.124 |
| 1855-56 | Calabar | 4.090 |
| 1855-56 | Bimbia | 96 |
| 1855-56 | Camerún | 2.110 |
| 1855-56 | Fernando Poo | 360 |

Total: 25.060 toneladas.

A pesar de la disminución en la exportación del aceite de la isla, aún es grande la proporción de barcos que surten en el puerto de Clarence si la comparamos con otros puertos. He aquí la lista del número de barcos del aceite en los puertos del golfo en 1855 (35).

| <i>Puertos</i> | <i>Barcos</i> |
|----------------|---------------|
| Bonny | 24 |
| Fernando Poo | 13 |
| Calabar Viejo | 12 |
| Gabón | 6 |
| Río Benito | 5 |
| Camerún | 3 |

(32) NAVARRO, J.: *Apuntes...*, págs. 73-75.

(33) *Ibidem*.

(34) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 252.

(35) Cf. LYNN, M.: «Change and Continuity in the British Palm Oil Trade with West Africa», *J. of Af. Hist.*, 22, 1830-35, *Journal of African History*, 22 (1981), págs. 331-348.

| <i>Puertos</i> | <i>Barcos</i> |
|----------------|---------------|
| Calabar Nuevo | 2 |
| Corisco | 2 |
| S. Tomé | 2 |

Clarence se mantiene todavía como un puerto comercial importante en el golfo de Biafra. Martínez y Sanz nos dice: «En los seis meses de estancia he visto ir por carbón y agua» (36):

| | |
|-------------------|----|
| vapores de guerra | 17 |
| buques veleros | 6 |
| buques franceses | 1 |

buques mercantes:

| | |
|-------------|----|
| ingleses | 5 |
| franceses | 3 |
| americanos | 2 |
| portugueses | 1 |
| Total | 34 |

Muchos de los productos, sin embargo, que se acumulaban en el puerto no eran de la isla, sino del continente. Nos dice Martínez y Sanz: «El comercio de Fernando Poo ofrece en el día muy pocas ventajas, porque apenas hay artículos de exportación, ni quien consuma los que pueden traerse de fuera, a no ser tabaco y aguardiente. Los comerciantes ingleses y holandeses (se refiere a los Lynslager que para Martínez y Sanz son holandeses) avencidados en la isla hacen su principal ganancia en el continente, en donde toman aceite de palma, cera, palo tinte, oro, marfil y pieles a cambio de algodones, pólvora, aguardiente, tabaco. Según he oído al gobernador de la isla, apenas [de ella] se exportarían 400 toneladas de aceite y de 15.000 a 20.000 ñames, muy estimados en la costa» (37).

No obstante, el comercio de Clarence era en gran parte imposible de registrar, pues las transacciones se hacían con frecuencia directamente con las tripulaciones de los barcos, entre ellas las tripulaciones de los barcos de guerra, lo que convertía a la ciudad de Clarence en una ciudad próspera y rica. «Los que viven en Santa Isabel —añade Martínez y Sanz— fuera de un cerrajero, tres zapateros, tres sastres, seis carpinteros y una docena de cuberos, todos se ocupan en tomar de los fernandianos [bubis] aceite de palma, ñames, algún mono o loro para venderlos a los buques y al continente. Este comercio les es tan próspero y productivo que Santa Isabel es con él solo y sin ninguna clase de industrias una población rica, como lo prueba bien las muchas tiendas y el buen despacho que hay en ellas. El gobernador me ha dicho que había en Santa Isabel más de cien personas que pudieran disponer en el acto de mil libras esterlinas» (38).

(36) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 35.

(37) *Ibidem*.

(38) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 36.

De estas tiendas pueden destacarse en particular diez con almacenes, «en las cuales —señala Martínez y Sanz— se vende indistintamente de todo: así, a la misma tienda se va por tocino fresco o salado, por telas de algodón y seda, por clavos, llaves, candados, por pantalones, paraguas y cerveza; por hilo, agujas, vinagre y champagne; por azúcar, café, té, aceite, sombreros, zapatos y cacharros. Las mismas tiendas sirven también de carnicería y pescadería cuando hay que vender carne fresca y pescado».

«Y no se crea que con ser tantas las tiendas y tan corta la población de Santa Isabel, vaya ser pequeño en ellas el despacho: uno de los niños que he tenido conmigo, Jorge Beecroft [de once años] [bautizado más tarde por S. Antonio M.^o Claret] estaba encargado de vender en una de ellas y me ha asegurado repetidas veces que raro es el día en que la venta no llegaba a 30 libras esterlinas, es decir, aproximadamente 300 reales»

«Casi lo mismo había oído yo decir al gobernador hablándome de lo rica que es la población de Santa Isabel. No es tanto la venta como lo subido de los precios lo que proporciona tan pingües ingresos a los tenderos. Los capitanes y tripulación de los buques que anclan en el puerto figuran en primera línea entre los consumidores, especialmente en el ramo de vinos y licores» (39).

Los precios altos y los bajos costos de la compra estimulaban el comercio, comercio del que la isla, los bubis, apenas participaba. Martínez y Sanz anotaba: «En Príncipe, a 40 leguas de distancia, se compró una cabra con su choto por una camisa de algodón que costaría en Europa de 10 a 12 reales. Las cabras traídas de Príncipe se vendían en Clarence de 60 reales en adelante» (40).

Como en las ciudades europeas del siglo pasado, los ricos de Clarence se permitían el lujo de rodearse de sirvientes y criados. «En Santa Isabel hay seis casas de comercio —indica Martínez y Sanz—, que tiene cada una de ellas de 20 a 40 crumanes y además de las familias negras medianamente acomodadas apenas hay una que no tenga de 2 a 10 crumanes para su servicio. Los amos mantienen a sus crumanes con dos o tres fiames cada día y además les dan de salario dos duros cada mes, de modo que el costo de cada crumán viene a ser mil reales al año» (41).

A esto habría que añadir lo que se vendía en el mercado de productos frescos que producían las fincas de alrededor de la ciudad, lo que traían los fernandinos de las fincas que comenzaban a cultivar junto a sus factorías en el litoral de la isla y lo que producían las huertas y establos en el patio de las casas. «En los alrededores de Clarence —apuntaba Baikie en 1854— crecen en abundancia las naranjas y limones, las papayas son numerosas y un solitario árbol del pan está pujando hacia arriba» (42). Crece además la palmera, el algodón, la caña de azúcar y los árboles del café y el cacao (43), según Martínez y Sanz.

El cacao, nombrado tímidamente por John Clarke, es asegurado ahora con toda certeza por Martínez y Sanz. De Clarence podemos decir que, después de Príncipe y S. Tomé, es el primer lugar donde se desarrolla en todo el golfo de Guinea. Además, es de Bioco, de donde parte el cacao a todo el golfo, así ser la

(39) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, págs. 34-35.

(40) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 37.

(41) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 14.

(42) BAIKIE, W. B.: *Narrative of...*, págs. 347-49.

(43) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 23.

ciudad de Clarence en el siglo pasado el centro de intercambio de todos los puertos. En Ghana se erigió un monumento al primer ghanés que lo llevó de la isla de Bioco. Martínez y Sanz detalla que el cacao está descuidado, «reclamando brazos», lo que indica que había sido llevado a la isla por lo menos hacía diez años.

Martínez y Sanz habla además del añil, ricino, cidra, cocotero, tamarindo, nuez moscada, bananas, plátanos, piñas, mangos, guayabas, batatas. En la casa de Mr. William he visto —dice— el canelo, a mi parecer» (44).

La carne de los establos era también abundante. Así como el padre Usera nos habla de vacas y cerdos en el patio de su casa, Martínez y Sanz nos dice que «por la noche tenía que bajar a encerrar las cabras que teníamos» (45).

Conectada con la ciudad de Clarence hay que pensar en la incipiente ciudad de Lubá, donde los comerciantes fernandinos de Clarence desarrollaban un comercio activo desde que los crumanes fueron desalojados de ella. El misionero Wadell, que residía en Calabar y visitaba con frecuencia la isla de Bioco, quedó impresionado del comercio de Lubá en los años 50. «Miles de ñames se transportaban a los varios barcos de los ríos del eceite que anclaban en la bahía» (46). John Campbell, William Matthews, la casa Scott tenían allí sus factorías atendidas por ellos o sus representantes.

Por todo lo dicho podemos afirmar que después de Freetown, Clarence destacaba como la primera ciudad en todo el golfo de Guinea. Clarence fue un centro de acogida para personas venidas de Sierra Leona, Liberia, Ghana, Dahomey, Nigeria, Camerún, Río Muni, Gabón, Congo, Príncipe y S. Tomé. Estas personas formaron la sociedad fernandina, a la que hay que atribuir, bajo la guía de Owen, Nicolls y principalmente de Beecroft y los misioneros bautistas, el nacimiento, desarrollo y prosperidad que alcanzó la ciudad de Clarence desde 1827 a 1858.

3. LA EXPEDICION MISIONERA DE DON MIGUEL MARTINEZ Y SANZ

La expedición misionera de Martínez y Sanz puede compararse a la expedición de Jamaica realizada trece años antes. Ambas expediciones fracasan en sus propósitos, pero dejan prendida la semilla del cristianismo en el proceso de evangelización de los habitantes de la isla. En ambas se advierte la misma causa del fracaso: un modo de acción improvisado para el campo, aún no preparado, en el que habían de trabajar.

Don Miguel Martínez y Sanz era un sacerdote que trabajó con gran celo en la iglesia de Chamberí de Madrid. Hombre romántico se lanzó primero a reunir mujeres piadosas para atender a los enfermos en sus casas. Ante la llamada de la reina de España, Isabel II, para evangelizar a sus súbditos de la isla de Bioco, de Corisco y Annobón, se ofreció a una nueva aventura.

Para ello reunió una comunidad de 40 misioneros, compuesta de

Don Miguel Martínez y Sanz
4 sacerdotes
1 diácono

(44) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 23-24.

(45) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 15.

(46) WADELL, H. M.: *Twenty Years in the West Indies and Central Africa*, Londres, 1863, págs. 412-13. Sobre la isla de Bioco, cf. págs. 228-29, 239-40, 412-13, 435-37, 534-35.

- 8 catequistas
- 1 maestro carpintero con su mujer y su madre anciana
- 2 aprendices de carpintería
- 1 sastre
- 1 zapatero
- 1 alpargatero
- 5 labradores
- 12 beatas, siervas de María.

Ninguna expedición previa había realizado para estudiar el campo en que había de trabajar grupo tan heterogéneo, preparar alojamiento y conocer las economías que pudieran desarrollar para el propio sustento. Sabían de lo mortífero del clima tropical en Africa, pero su entusiasmo les cegó ante esta realidad, tan determinante del éxito o del fracaso. No contaban con retaguardia ante las posibles bajas.

La expedición llegó a Clarence el 14 de Mayo de 1856. Su primer contratiempo se debió al desconocimiento del inglés que les volvió inactivos mientras no aprendieran este idioma. El único que se salvó de la inactividad fue el carpintero, que arregló la casa que había pertenecido a don Jerónimo Usera y trabajó para el gobernador Lynslager (47). Martínez y Sanz pudo entenderse principalmente en francés y portugués y medianamente en inglés y su labor fue fecunda.

Trabajó con la pequeña comunidad cristiana de Santomé, el primer grupo católico que se formó en la isla de Bioco, al que hemos de atribuir el origen de la iglesia católica que hoy está elevada a diócesis en la isla.

«Fuera de los crumanes —dice Martínez y Sanz— son los más numerosos entre los alienígenas los portugueses procedentes de las dos vecinas islas de Príncipe y Santo Tomé. Sólo en la capital se contaban en el mes de Julio de 1856 veintidós familias cuyos jefes y cabezas, según la matrícula que de ellos formé, eran los sujetos siguientes: Manuel Hamilton, José Beecroft, Antonio Bick, Juan Shower, Felipe Scott, Guillermo Michael, José Michael, José Bishop, Gabriel Shower, Manuel Brown, Eliseo Scott, Juan Scott, Jorge Scott, Constante Showers, Eliseo Bishop, Juan Hensman, Joaquín Bishop, Jorge Hamilton, Antonio Meni, Manuel Antonio Francisco Díaz, María Robert, María Renuelles: 22 familias con 105 miembros, todos católicos (48).

Esta comunidad católica de 105 miembros en 1856 comenzó a formarse, como ya dijimos, desde la fundación de Clarence. A ellos se unieron otros que huyeron de Príncipe en 1835 (49), a los que hay que añadir aquellos que se asentaban en la isla saltando a tierra de los barcos portugueses que recalaban en el puerto de Clarence y los que por sí mismos se dirigían a Bioco, atraídos por la prosperidad de la ciudad. Trabajando al principio como sirvientes, adoptaban los apellidos de sus amos; de ahí sus nombres ingleses. Lo admirable es que conservaran su fe católica, formando sin duda un grupo que deseaba mantener su propia personalidad, debido a su lengua y a su religión. Debieron ser sencillos y pacíficos, pues en ningún caso se les nombra en las frecuentes revueltas de la ciudad por motivos laborales o políticos.

(47) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 102.

(48) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 22.

(49) Cf. HUNTLEY, H.: *Seven Years Service on the Slave Coast of W. Africa*, Londres, 1860, pág. 93.

Dicha comunidad católica tuvo la suerte de ser visitada por el primer Prefecto Apostólico de Bioco, enviado por el Papa. Martínez y Sanz se alojó en una casa que hacía esquina a la plaza y a la calle Presidente Nasser. Parte de ella la adecentó para capilla, la primera capilla con el Santísimo en el territorio de Bioco. Junto a esta casa los jesuitas construirán después la primera iglesia, y derruida ésta por un incendio, sobre sus terrenos los misioneros claretianos elevarían la actual, hermosa y esbelta, catedral.

Los católicos santomés vivían en una gran ignorancia de la misa, faltos de la presencia del sacerdocio. «Baste decir —escribe Martínez y Sanz— que apenas uno de ellos ha dejado de venir a postrarse delante de mí y pedirme les rociase con agua bendita; sin embargo, eran muy contados los que asistían a misa y rarísimo el que recibía los santos sacramentos de la penitencia y comunión, fuera de los casos de enfermedad» (50).

Martínez y Sanz trató de reunirlos en comunidad en torno a un acto común religioso: el rosario, pensando en su regreso a España. Desde Madrid debió seguir comunicándose con esta pequeña comunidad católica de Bioco, pues dice en su libro de *Breves Apuntes* «que dejó una familia católica encargada de mantener la fe. Me consta que esta familia sigue cumpliendo con el encargo que yo les hice: rezar diariamente el rosario, convidando a los portugueses a que asistan, especialmente los domingos» (51).

Para dar a conocer la religión católica a los fernandinos y a los bubis, el Prefecto Apostólico puso la Virgen de la Inmaculada en la ceiba que se erguía solitaria junto al monumento de Beecroft hacia la mitad de la Punta de la Unidad Africana y a ella consagró la naciente iglesia.

El día del Corpus, con la anuencia del gobernador Lynslager, organizó la procesión en un acto vistoso que llamó la atención de todos. A los católicos de la ciudad, pocos en número, se unió la tripulación católica del buque francés *Victor* con su banda y sus uniformes. El palio del Santísimo era un regalo de la reina de España. Al final de la procesión el Prefecto Apostólico tuvo la idea de bendecir el barco francés y el puerto y éste es el origen de la bendición que se imparte sobre el puerto de Clarence en la procesión del Corpus en la capital (52).

La estancia de D. Martínez y Sanz con sus compañeros fue breve. A los seis meses recibió una llamada de la reina para que volviera a la Península. España pensaba ya más seriamente sobre sus posesiones en Africa. Quería que se encargara de las misiones en estos países una congregación misionera con garantía de continuidad. El 16 de Junio de 1857, después de llamar a diversas congregaciones, salió la real orden confiando a la orden misionera de la Compañía de Jesús «la evangelización de los territorios del golfo de Guinea» (53).

Al mismo tiempo se preparaba la expedición de Carlos Chacón con el propósito de impulsar el desarrollo de la isla y encargarse de su gobierno. Martínez y Sanz y sus compañeros salieron de Clarence el 3 de Noviembre de 1856. Consigo llevaron dos niños fernandinos, Alfonso Jorge Beecroft y Francisco de Asís Richer y Richer, que fueron bautizados, como ya señalamos, por San Antonio M.^o Claret en la parroquia de San Martín en Madrid (54).

(50) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 22.

(51) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 87.

(52) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 25.

(53) Cf. MIRANDA JUNCO: *Leyes coloniales*, Madrid, pág. 18.

(54) Parroquia San Martín, Madrid. Libro de Bautismos, I, fol. 1698.

El 22 de mayo de 1858 llegaba Chacón a la ciudad de Clarence. Con él comienza el período de influencia española. Desde ese momento la isla tendrá gobernadores españoles hasta su independencia. Pero la colonización será obra principalmente de los fernandinos hasta el final del siglo (Fig. 26).



Fig. 26.—Una visión de Clarence, del cónsul Hutchinson, poco antes de la expedición española de Chacón de 1858 (Hutchinson, *Impressions...*, pág. 1).

CAPÍTULO VII

VIAJES DEL MISIONERO JOHN CLARKE AL INTERIOR DE LA ISLA (1841-1846)

El misionero John Clarke (Fig. 27) dejó escrito en su diario la siguiente frase: «Amo mucho a este pueblo [el pueblo bubí] y desearía, y estaría muy contento de ello, terminar mis días entre este pueblo si el Señor así lo marca en mi camino» (1). John Clarke ha de ser estimado entre los grandes, como Antonio Aymemy, Joaquín Joanola, Isidoro Abad o Bienvenido Pereda, que han amado profundamente al pueblo bubí o nos han legado escritos sobre sus costumbres, como Tessman.



Fig. 27.—El misionero baptista, John Clarke, gran lingüista y escritor sobre los bubis y sobre las costumbres de Clarence. John Clarke nos legó su valioso y extenso diario en cinco volúmenes de unos dos mil folios de gran tamaño (Johnston, H., pág. 19).

(1) Diario de John Clarke, 6-12-1845.

Dedicó toda su vida a la promoción y estudio de los africanos. Grenfell escribía: «El Rev. John Clarke, de la comunidad de Jericó de Jamaica, fue uno de los primeros estudiosos de las lenguas africanas de la escuela moderna, comprendió la comunidad de lenguas habladas en África y la unidad en su origen desde Zanzíbar a Fernando Po. Publicó en 1844 los *Specimens of Dialects. Short vocabularies of about two hundred african languages*, que lo obtuvo de su labor con los esclavos. Sin duda influyó en la gran obra: *Poliglota Africana*, de Koelle en Sierra Leona. Publicó: *The Adeeyah Vocabulary* (1841) y la *Introduction to the Fernandian Tongue* (1848). Debido a la enfermedad tuvo que dejar Fernando Poo en 1846 con el grupo de emigrantes de Jamaica» (2). En esta isla moriría el 28 de Septiembre de 1879.

Su interés por el pueblo bubí se manifiesta desde el momento en que pone pie en la isla. Habla con ellos, apunta sus palabras, pregunta sobre su modo de pensar, sobre el significado de sus gestos y actos simbólicos, se interesa por los nombres de los jefes y poblados. En Junio de 1841 tenía ya consignados 40 nombres de poblados (3). Su afán se cifra en poder visitarlos todos, teniendo que dormir en una hamaca tendida de los postes del *riebapua*. Aprende su lengua; al segundo viaje reza ya en bubí con ellos, traduce el evangelio de San Mateo al bubí (4) y publica en la imprenta de la misión de Bimbia un opusculito sobre sentencias bubis (5).

Su diario de viajes al interior de la isla (6) es de sumo interés, pues nos revela al pueblo bubí con sus modos de vida sin interferencias con los modos de vida extranjeros. Sin embargo, observaremos en el pueblo bubí muchos elementos culturales, sobre todo de la cultura material, que son propios de la ciudad de Clarence, a través de los cuales podemos comprender la influencia de esta ciudad en toda la isla, influencia que debe atribuirse a la expansión fernandina por todo el litoral de Bioco.

En la presentación de este diario hemos querido conservar su propia frescura, con ligeros comentarios nuestros, prescindiendo de ofrecerlo por temas generales, pues su principal valor etnológico está en el encuentro del misionero, venido de otra cultura, con el mundo bubí, que se da a conocer precisamente mediante este encuentro. Los temas que desarrolla sobre alguna costumbre particular los trasladamos al capítulo siguiente.

Los viajes se desarrollan desde su llegada a la isla, en la misma tarde en que desembarca. La región Norte, por estar cerca de Clarence, la visita con frecuencia. Hacia el Este realiza tres viajes en las estaciones secas de 1842, 1844 y 1845 (en 1843 se encuentra, como sabemos, en Jamaica). Por el Oeste emprende dos viajes, también en la estación seca, en Diciembre de 1841 y Diciembre de 1844. Advertimos que aquí sólo ofrecemos un resumen del extenso diario (Figs. 28 y 29).

(2) JOHNSTON, H.: *George Grenfell and the Congo... and Notes on Fernando Po, 1840-1858*, Londres, 1908, pág. 19.

(3) The M. H., octubre 1841, pág. 148.

(4) Clarke, J. Bible Bube. U Toko Twé Twé, Takaidi Maetew, Bimbia (s.d.).

(5) CLARKE, J.: *Sentences in the Fernandian Tongue*, Bimbia, 1846.

(6) Diario de John Clarke, 1841-1846, 5 vols. Archivos de la B.M.S. A/2, Oxford.

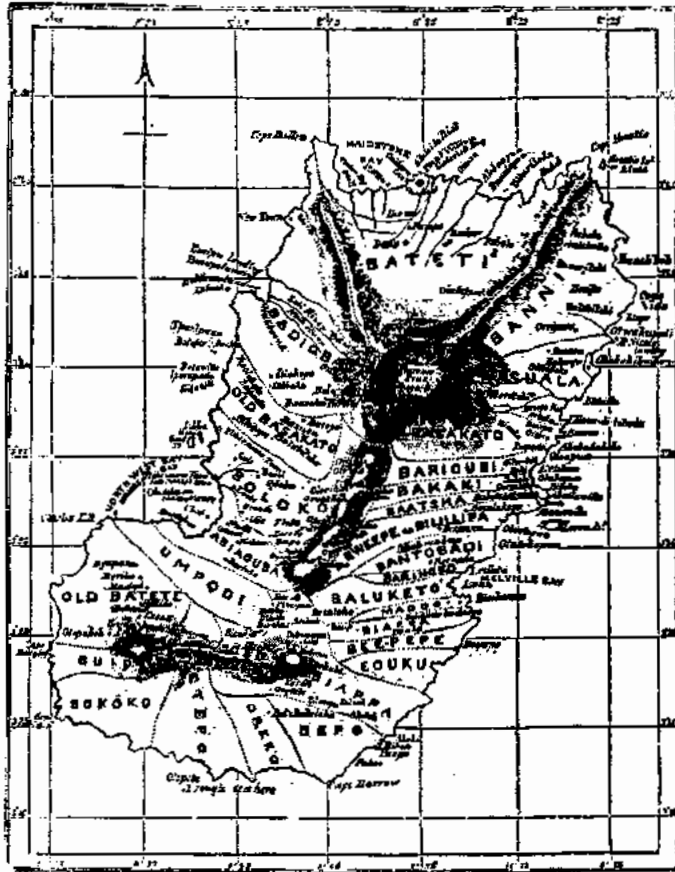


Fig. 28.—Mapa elaborado por John Clarke sobre los pueblos bubis en los años 1841 a 1846 (*The M. H.*, agosto 1852).

1. VIAJES AL NORTE DE LA ISLA

En las cercanías de Clarence, 1-25 de Enero de 1841 (7)

Día de su llegada: 1 de Enero de 1841.—Salí por la tarde a dar una vuelta y pude ver algunos aborígenes del país. Los hombres tienen la cara escarificada con profundas incisiones por toda su faz. Presentan el cuerpo todo él pintado con barro y aceite de palma. Los cabellos forman con el barro como un yelmo que llega a pesar varias libras.

10-12 de Enero.—Dando un paseo por la tarde con el capitán White se acercó un bubí y vino conmigo a casa. Es natural del pueblo de Basupú [del Norte] a siete millas de distancia, que recorrió en dos horas. El jefe del pueblo se llama Boidiba y el nombre de mi visitante es Betapolo. Este hombre habla sensatamente y de modo que con poco esfuerzo le pude entender. Vino a verme Glorio Bokobo,

(7) Diario de J. C., I, págs. 124-162.

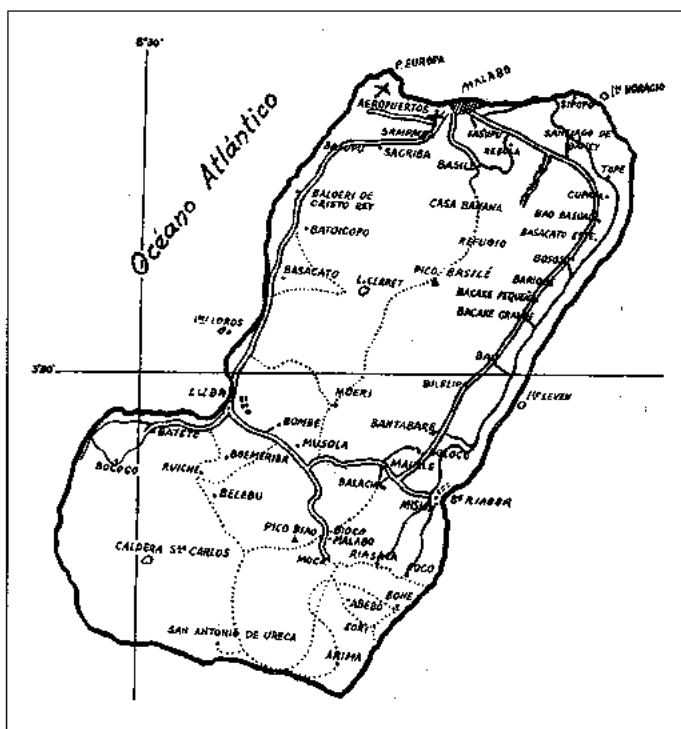


Fig. 29.—*Mapa actual de los poblados bubis.*

por haber ido a visitar a su hermano, Mocco. Glorio se hizo famoso en tiempos de Owen. Le dieron el apelativo de «Cut-Throat». Es uno de los jefes de Banapá. Me dice que su «buala» consta de 600 personas [posiblemente es el jefe del «buala» de toda la comarca].

Hoy —día 12— he transcrito varias palabras de la lengua bubí. Aboobe significa hombre. Recibo visita de uno que reside entre los bubis hace como cerca de once años. Tiene la cara cortada como los bubis. Se llama George Allen. Le he rogado que fuera nuestro intérprete. Me ha contado que un marino blanco vivió durante muchos años entre este pueblo. No supe si era inglés o portugués. Allen me ha informado sobre los bubis, sus modos de vida, sus costumbres. Fue salvado de la muerte por uno del pueblo de Banapá, que después murió en la guerra con Basuala. En ella murieron cuatro de Basuala y cuatro de Banapá. Actualmente —me dice— lo único que solicitan los bubis de los extranjeros es pipas para fumar, fusiles, pólvora y ron. Después tuve visita de un noble bubí. Es jefe de un pueblo distante. El poblado tiene dos jefes y él es uno de ellos. No deseaba tabaco, sino ron para beber. Le dije que yo no bebía.

Cinco bubis, que hablaban bastante bien el inglés, vinieron a verme por estar enfermos al haber perdido las manos.

Paseando por la ciudad me encuentro con Mocco, su esposa y un hombre mudo. Le prometí ir con el doctor Prince a su cabaña. Al ir, encontramos a Glorio en su finca, en la que trabajaba ayudado de sus tres esposas y varios hijos.

20-25 de Enero. Fui a la bahía de Cockburn [la siguiente al Oeste de Malabo],

donde encuentro una aldea de pescadores bubis. Viven en ella el jefe, varios hombres, sus mujeres y los niños. Están aquí desde el año 1829. [¿Se trasladaron aquí desde la bahía de Malabo al fundar la ciudad?]

Recibo varias delegaciones de bubis en nombre de Mocco. Les pregunté si creían en Dios y me dijeron que sí. Sentí profundo interés por la salvación eterna de este interesante pueblo.

Siete bubis vienen a visitarme. Uno de ellos, de fina inteligencia, ha estado en Bimbia y Camerún con el coronel Nicolls. Este deseaba llevarlo consigo a Inglaterra, pero su padre se opuso con un rotundo: «No quiero».

Banapá, Basilé, Basupú, 25-30 de Enero (8)

El doctor Prince y yo caminamos largo trecho para llegar a Banapá. [Banapá, el actual Sampaka, estaba situado entonces al Este del río S. Nicolás]. Su jefe se llama Bowapá. Avistamos Basilé por la tarde. La casa de la palabra tiene 27 pies de longitud por 6 de anchura. La plaza, riosa, tiene 130 pasos de circunferencia. Es hermosa. El doctor Prince ha dibujado un esquema de la misma. Está rodeada de unas 100 palmeras. Por todas partes vemos monos y fritambos. Estaremos a ocho millas de Clarence y a una altura de 100 pies.

Saludé al jefe del pueblo, que se llama Boita. Hay aquí 16 crumanes. Más arriba, en la montaña, como a una 10 millas de Clarence, aparece la residencia que fue del coronel Nicolls. Basilé podía ser un buen lugar descanso de los misioneros.

De aquí hay dos millas de distancia a Basupú, cuyo jefe se llama Bobiboota o Boidiba. Distante media hora de Basupú se halla Rebola, cuyo jefe, Betoppe, murió hace poco y le sucede Wuirobia.

Es tiempo de ir a la plaza [de Basilé]. La trompeta ha convocado a la gente. Con nosotros se han juntado unas 300 personas, hombres, mujeres y niños. Les hablamos de Dios y de Cristo. Nos expresan el deseo de tener maestros y recibir instrucción.

Por la tarde —día 29— nos encaminamos a Basupú. El día 30 hablamos en la plaza ante 200 personas. Concluido lo cual, nos dirigimos a Clarence por un sendero que atraviesa cuatro ríos. En dos horas llegamos a casa.

A los misioneros les llamó la atención especialmente el que los bubis dispusieron de una plaza cuidada con tanto esmero. En la revista misionera escribirían más tarde. «El esquema dibujado por el doctor Prince representa la plaza de Basilé, donde los bubis se entregan a sus danzas y fiestas. Se abre en una circunferencia de unos 130 pasos rodeada de palmeras, cañas de bosque y variedad de arbustos (Fig. 30).

«El cobertizo levantado sobre un banco de tierra al lado derecho hace de «casa de la palabra». Es el lugar para presentar agravios, decidir disputas y establecer resoluciones sobre asuntos sociales. De los postes de este cobertizo suspendimos nuestras hamacas la noche del 28 de Enero. El pequeño chamizo que se advierte a la izquierda de la «casa de la palabra» es una especie de jaula para trampa de las ratas que en la proximidad destruyen los campos de ñames. Más allá se advierte un «tocón» de árbol. Junto a este tocón hay un tejadillo donde se hacen

(8) Diario de J. C., I, págs. 162-178.



Fig. 30.—Plaza, en *bubi riosa*, del poblado de Basilé en 1841. Su explicación en el texto (*The M. H.*, octubre 1841).

hechizos para curar las enfermedades. Siguiendo hacia el centro hay un árbol en el que se apoyan dos pértigas unidas en la cima, la cual sostiene un racimo de dátiles de palmera de aceite. Se trata de un hechizo prescrito para preservarse de daños personales en los juegos o cuando se manejan y lanzan las jabalinas».

«En el centro de la plaza hay un conjunto de árboles vivientes, originalmente plantados como estacas por orden del brujo, que ahuyentan a los seres maléficos» «Dentro de este recinto, el jefe, con algunos de sus súbditos más ancianos, toma su asiento en las reuniones públicas y aquí se sentó cuando el 29 de Enero nos recibió a los misioneros para entablar conversación con él» (9).

Basilé, Banapá. Fiesta en Banapá. 12-17, Febrero (10)

Subimos hasta Basilé. Boita, el jefe, a veces llamado también Boabiri, nos recibe amablemente. Pronto nos vimos rodeados de gente que nos chocaba las manos y nos daba la salutación acostumbrada: *Oí porí*, buenos días.

Bajamos a Banapá, que estaba en fiestas. Se han juntado en la plaza unos 150 personas para la danza. Pero el gran día es mañana. Al amanecer ya estaban en la plaza grupos de niños y niñas divirtiéndose con sus juegos; después aparecieron jóvenes de doce a dieciséis años, de manera que éstos fueron los primeros que en su alegría anunciaron la fiesta.

Vinieron algunos negros de Clarence y les advertí que no molestaran a los nativos, pero ellos me dijeron que los mismos nativos los habían invitado a sus juegos. [Por ello podemos ver que la fiesta unía a nativos y fernandinos, lo que sucederá también después con los españoles]. Los fernandinos fueron a varias casas para conversar con algunos del pueblo.

(9) Diario de J. C., I, págs. 232-238.

(10) Diario de J. C., I. Cf. *The M. H.*, octubre 1841, pág. 146.

Pudimos después contemplar cómo a un joven bubi, que había residido algunos años en Clarence, le embadurnaba su esposa con un barro azulenco y aceite de palma. A otros los pintaban de amarillo. El jefe de Basupú tenía el brazo derecho pintado hasta el codo. Después le iban adornando con marcas de puntos redondos o cuadrados por todo el cuerpo.

El barro rojizo proviene de las montañas a una considerable altura y el azul de ciertas hierbas o juncos que se dan en las fuentes y los ríos junto al mar. El color pardo-moreno es también obtenido de una tierra, así como el ocre-amarillo del fondo de los ríos. El carmesí lo dan las hojas de una planta que mezclan con aceite. Pertenece a las mujeres el trabajo de embadurnar la frente con el barro y pintar los cuerpos de estos nobles.

Uno tenía en su mano un cráneo de búfalo con sus cuernos y muchos se presentan con las cabezas orladas de pequeños cráneos de monos y otros huesos. Por detrás de los sombreros cuelgan pieles de grandes serpientes. Las sartas de vértebras de serpiente se colocan por encima de todo el ornamento. Los cuellos, las cinturas se ven rodeadas de variedad de objetos. Del cuello penden piezas de grasa de cabra y, en algunos, trozos rotos de vasijas de barro. En los brazos, por encima del codo, se ven sartas de monedas o de hierbas secas que en unos pocos se unen a abalorios comprados. En el brazo izquierdo no falta el brazalete con el cuchillito, al que se puede tener prendido una testuz de cabra o de novillo. Las plumas de gallo o gallina pueden aparecer también como pegadas con sangre al pecho, a la espalda o a los hombros (Fig. 31).

Si descendemos a debajo de las rodillas, aquí hay también en abundancia sartas de conchitas de dinero y huesos. Se completa el aderezo con las pesadas bandas de moneda nativa colocadas en los tobillos, cubriendo los pies hasta tocar el suelo.

Tuvimos la suerte de contemplar cómo se ponían un par de estas pesadas bandas y vimos que el esfuerzo que tuvieron que realizar fue sumo, especialmente al colocar las bandas alrededor de los brazos, las piernas y la cintura.



Fig. 31.—Objetos mediadores en un bubi alrededor del cuello (Baumann, O., pág. 105).

Las mujeres se presentaban con ornamentos más sencillos. Además de las pinturas y sargas de conchas, lo más llamativo en ellas eran los faldellines de hierbas secas alrededor de la cintura y las faldillas también de hierbas que colgaban debajo de la rodilla o de sus brazos por encima del codo (11).

Fernandinos en los poblados bubis. Marzo-Noviembre, 1841 (12).

Durante estos meses John Clarke visita con frecuencia los poblados de Banapá, Basupú y Basilé. Compraron un terreno entre Basupú y Basilé, que llamaron Dibelako, donde edificaron una cabaña para descanso de los misioneros. Quere-mos dejar aquí constancia de algunas observaciones particulares, principalmente de la actuación de los fernandinos en los poblados bubis.

Los fernandinos se había acostumbrado a residir en los poblados bubis. Ya vimos cómo en Basilé había 16 crumanes. Hasta el mismo Basupú, a dos horas de distancia de la ciudad de Clarence, deseaban los ibos extender sus fincas. Un día John Clarke recibe la queja de ocho bubis. La gente ibo —me dijeron— se ha hecho dueña de terrenos que son nuestros. Después de limpiarlos de la maleza han puesto un papel escrito en el suelo y nos han dicho que si algunos de nosotros tocaba ese terreno después de haber puesto el papel, moriría muy pronto o le acaecería una desgracia. Les prometí que hablaría a los de Clarence de esta conducta injusta y compartí con ellos un poco de topé.

El día 4 de Marzo llegamos a Rebola. El jefe se llama Buiribu. Me dice que el pueblo de Clarence está exigiendo mucho por una cabra. Al principio pedían cuatro cestos de aceite de palma y ahora reclaman 20. Tenía miedo además de que algún blanco fuera a residir entre ellos. Le regalé una camisa que le hizo exclamar: *sisi alle*; pero, al ponérsela, los que estaban presentes se opusieron, manifestando su disgusto.

2. VIAJES AL ESTE DE LA ISLA

Primer viaje. 5-22 Enero, 1842

Baney, 5-7 Enero (13).—Llevo conmigo al intérprete George Allen. Es un aku que vivió en Banapá ocho años y después en Bepara tres años. Me acompañan el doctor Prince y nueve personas. Saltamos a tierra en Etoppé, un caladero de pescadores. Nos reunimos con este pueblo. Después llegamos a Twakapottá, y tomamos tierra junto a dos pequeños ríos llamados Dieramo. Aquí encontramos dos chozas. Una de ellas, sin paredes; la otra abierta por un lado. Nos preparamos para emprender nuestra caminata a los poblados de *Basupú*, *Basaritshi* y *Rebola*.

En tres cuartos de hora alcanzamos el primer poblado, situado en la ladera de una colina, elevado y con hermosa vista. El suelo, lleno de rocas. Las fincas muy bien cuidadas; juntan las piedras en montículos y los ñames crecen entre ellos. El

(11) Diario de J. C., I, pág. 522.

(12) Cf. The M. H., julio 1844, pág. 313.

(13) Diario de J. C., II, págs. 576-580.

pueblo está ocupado en las plantaciones. No obstante el jefe principal, llamado Bitòd, y el segundo jefe, Boita, convocan al pueblo y logran juntar a 110 en la plaza del «buala». Expresaron sus deseos de tener entre ellos un maestro para la instrucción de los niños. Cuando les dejamos, el jefe Bitòd prometió enviarnos un regalo al atardecer. Nos llamó la atención un niño que hablaba algo el inglés. El inglés se lo enseñó su padre, que había estado en Clarence. Este nos fue indicando el nombre de los poblados con sus jefes. Después nos condujo de Basupú a *Basaritshi* en media hora.

Este pueblo está menos abierto al mar y a las brisas que el anterior. Nos acercamos a la casa de su jefe principal, Boriakko, que pronto apareció con otros jefes. Nos trataron amablemente, nos escucharon con atención y prometieron informar de nuestra visita a la gente, que se hallaba en las fincas. Una mujer albina vive aquí, la cual huyó de nosotros y no pudimos verla de nuevo. Preguntando por este fenómeno nos dijeron que el bubi sabe muy bien que Dios lo hace así, por lo que son tratados igual que los demás. A nuestro intérprete lo llaman aquí «bolo», que significa fusil. Parece que lo conocen muy bien.

En veinte minutos, dejando *Basaritshi*, llegamos a los barrios exteriores de *Rebola*. Tardamos diez minutos en aproximarnos a la casa del jefe, cuyo nombre es «Eao» (hacha). El poblado es muy extenso y se asienta sobre varias colinas. Ascendido en lo alto, desde él se disfruta de una hermosa vista del mar y del continente. Desde Clarence —nos informan— hay un día de jornada hasta este pueblo. Es el más cercano de la comarca de Baney a *Rebola* de *Batete* del Norte. El suelo se presenta algo duro, pero fértil, abundante en palmeras. Hablamos con el jefe y su gente. Deseaban vivamente tener instructores entre ellos.

Rebola tiene a su costado una montaña en forma de mesa que se ve desde el mar, montaña muy sana por su altura. Por el lado oriental, en su base, se asientan los pueblos de *Basupú* y *Basaritshi*. El distrito es limpio y al menos habrá 1.000 personas entre los tres pueblos.

El jefe Boriakko, además de otros ornamentos, tenía sobre su pecho unos cuernos de cabra. El jefe Eao llevaba cuatro pequeños cráneos de mono en la frente, bajo el sombrero, y sobre el sombrero, los cuernos de carnero. Este pueblo es el que luchó contra el de *Oiloeri* de los *Bariobatá*. El jefe de *Basupú* fue el principal en esto y aun ahora la guerra sigue con el jefe *Boyamma* de *Oiloeri*.

Descendimos después al atracadero de *Twakapotá*. Tardamos un cuarto de hora; la distancia no debe ser más de cuatro o cinco millas, pero el camino es pendiente y rocoso.

Al día siguiente por la mañana fuimos al atracadero de *Kopapa*, para dirigirnos de aquí al poblado de *Bepara*, que está cerca del distrito de *Basuala*. En cuarenta minutos, por un camino moderadamente bueno, nos presentamos ante el pueblo. Fuimos muy bien recibidos. Aquí estuvo tres años nuestro intérprete Jorge. Los amigos vinieron a él por alguna hoja de tabaco. El propio jefe vino desde su casa a vernos, pero el que llamó a la gente para la reunión fue el segundo jefe, llamado *Boneke*. Vino después el jefe de *Balubishu* y su gente se unió también con la de *Bepara*. No eran muchos porque la mayoría, según se nos explicó, estaban de caza, reuniendo carne para el día del *buala*. Los jefes expresaron su interés por escuchar el mensaje cristiano y su disposición a construir la casa necesaria para un maestro. Dejamos *Bepara* con la intención de encaminarnos por tierra al poblado de *Basusu* del distrito de *Basuala*.

Basuala, 7-8 de Enero (14).—Cruzamos el río Alahaj [Laja], ahora seco, y en media hora alcanzamos *Basusu*. La casa del jefe se presenta hermosamente situada en la cima de una colina. Esperamos y vinieron a su casa algunas de sus mujeres y algunos hombres. Por fin llegó el jefe, llamado Eao, y, no teniendo ninguna otra compañía que el jefe, cinco hombres y tres mujeres, a ellos les hablamos del camino del cielo. Nos dijo el jefe que él no podía decidir sobre nuestra propuesta de recibir instrucción, pero que hablaría de ello al jefe principal, que llaman Boobwalla, y que éste quedaría muy contento en oírnos. El aire de la montaña es fresco y confortante.

Volvíamos hacia el mar a donde llegamos en media hora. Desde aquí enviamos a nuestro guía, bien armado, para comunicarse con Boobwalla, que estaba en la finca. Boobwalla parece más avanzado en inteligencia y modales que los otros jefes. Se sacó uno de los brazaletes de conchas para que pudiéramos medir su peso. Yo calculo que muy bien puede pesar dos libras, de modo que todas las bandas que transportan de estas sartas de trocitos de conchas en brazos, piernas y cintura llegarán a pesar 12 libras, mientras se dedican a las faenas agrícolas. Nos rogó que nos quedáramos en Basusu para pasar la noche. Los de Basusu construirían una casa para el maestro catequista y él mismo se cuidaría de que nadie molestase a los misioneros. Cuando ya me marchaba nos dijo: «Na puloo», y nos acompañó hasta el atracadero de Basuala, distante hora y media de Basusu.

En el atracadero del Basuala nos acomodamos en casa de Samuel Cooper.

Tiene aquí una factoría comerciando con ñames y aceite de palma. Tiene además rebaños de ovejas y cabras. Se excusó de no poder ofrecernos otra cosa que ñames y gallinas. Al atracadero vino Loé, diciendo de sí mismo que era el jefe de *Rilaka* de Basuala. Nos habló de los siguientes poblados de Basuala: de una parte, Batsukutu, Oitorishi, Batete, Belakka, y de la otra parte, los barrios Batoicoppo, Butirishi, Biupá y Rebola. Nos indicó que los poblados se hallaban a gran distancia y el camino casi imposible de subirlo para uno que no fuera un nativo. Sobrevino la lluvia y desistimos de subir a los poblados. Se nos informó que el jefe de Batoicoppo se llamaba Boolibicho, el de Buturishi, Boolipuah, el de Batete, Booebió, y el de Rilaka, Loé, nuestro amigo.

Antes de que Nicolls se estableciera en Basilé acostumbraban los de Basuala a guerrear con los de aquel pueblo, pero desde entonces ya no hay entre ellos ninguna pelea.

Basacato del Este, 8-12 de Enero (15).—Tardamos una hora en llegar por mar a la tierra llamada Bolibipupu, un lugar rocoso; sentimos a veces se quebraría nuestro bote, pero afortunadamente quedamos sobre las piedras. Nuestro hermano Christian había construido aquí una choza para nosotros. De esta choza partimos para los pueblos, donde la gente al principio se mostraba temerosa, más después amable y confiada; las mujeres corrían a vernos y examinaban nuestras manos, el cabello, la nariz, etc.

El primer poblado que visitamos se llama *Basupú*. Nos acomodaron en una cabaña del que era hermano de un jefe, pero a la hora y media nos indican que nuestra estancia en dicha cabaña era incorrecta, pues había tres jefes en el poblado y nos debía recibir el jefe principal. Este, llamado Boita, nos esperaba sentado al pie de un árbol, a poca distancia del poblado. No quiso darnos los nombres de

(14) Diario de J. C., II, págs. 580-85.

(15) Diario de J. C., II, págs. 585-96.

los otros jefes reunidos con él. Le hablamos del mensaje de salvación y le anunciamos el envío de maestros.

Nos encaminamos después a los poblados de Rebola, Basiritshi y Bepara. En *Rebola* había estado ya el coronel Nicolls y muchos de ellos, pienso yo, han visitado Clarenc. El jefe miraba a uno de nuestros crumanes y le pidió alguna remuneración por haberle ayudado en la construcción de un cayuco. El jefe manifestó que no pedía mucho, que le bastaba una señal de estarle reconocido. Prometimos darle un machete. Los del pueblo se mostraron amables y expresaron deseos de recibir catequistas.

La reunión duró poco. Es un pueblo muy disperso y el jefe indicó que necesitaba asistir, a la otra parte del pueblo, a la fiesta que daba a sus amigos, el segundo jefe, llamado Dikona, por haberle ayudado a la plantación de los ñames. El «hombre del mo» estuvo amistoso. Dijo que nosotros habíamos venido para hablarles de Dios y que ellos debían estar atentos a lo que habían oído de nuestros labios. Mandó recado para que trajeran hojas verdes de una planta especial y entregó una a cada persona. Al ofrecerla al Mr. Prince, éste la arrojó al suelo, lo que desconcertó al «hombre del mo». Tuvieron que llamar a nuestro intérprete y, después de prolijas aclaraciones, explicó lo que aquello expresaba: «Que Dios os bendiga por las palabras que habéis dicho; que otros blancos habían ido allí para comerciar, pero que nunca habían conocido a un blanco que les hablara de Dios y de lo que sucede después de la muerte». Terminó todo, manifestándonos que deseaban tener catequistas y que ellos mismos construirían las casas apropiadas.

El jefe de Rebola se llama Boosapamoni, siendo moni palabra inglesa. También se le puede llamar Boibéshika y a veces Boipelle, que es el nombre de la aldea en que vive. Otro de los jefes se llama Boleito, el cual tenía una pequeña campanilla de factura europea, sonando, colgada al pecho. Otro jefe, llamado Boikuddi, era de inteligente mirada, como de unos cuarenta o cincuenta años, ornamentado con ristras de vértebras de serpientes que podían llegar a treinta o cuarenta. El jefe Dikona tenía puesto en la frente un peso de plata español, al que había hecho un orificio para sujetarlo al cabello.

La fiesta de Dikona resultó curiosa. Vino una mujer con un pesado bulto sobre la cabeza y así estuvo largo tiempo ante la choza. La preguntamos por qué no ponía el fardo en el suelo; se limitó a sonreír diciendo que no era demasiado pesado para ella. Fueron acercándose otras con grandes fardos de provisiones. Se sentaron en el suelo sosteniendo los cestos y las ollas sobre las rodillas en condición de servicio sin hablar una palabra. Dikona y un amigo sirvió la comida, consistente en trozos de cabra bien mezclados con aceite y verdura cocida. El reparto se hizo con una concha y los platos eran coberteras de las ollas. La mano se usa como cuchara. Sirvieron también ñames y después el topé. Duró el banquete como hora y media, sin ruido ni confusión alguna. Dos hombres estaban atentos para que el servicio transcurriese cabalmente para todos, después de lo cual se sentaron a comer. Lo principal de la cabra se reservó para los jefes y para una fiesta que después habían de dar a sus favoritos. El «hombre del mo» pronunció extraños sonidos y puso la vara del mo sobre los ñames como guardia contra los posibles malignos. Participaron unos 40. Las mujeres comían en presencia de los hombres, pero éstos sentados sobre sus rodillas.

En *Basaritshi* se acercó el «hombre del mo» pronunciando sus enigmáticos sonidos, que no entendíamos. Yo, un poco riendo, le dije: «Mo lello besoi», el

mo es toda una mentira, y me respondió: igual que el hombre del mo. Actuó como un hombre sensible e inofensivo.

En *Bepara* el doctor Prince intentó sentarse en la silla del jefe. Y se nos dijo: «Eso no está permitido; cualquiera que se aventure a sentarse en la silla del jefe, fuera de él mismo, podría, por esta temeridad, quedar afectado de «crocró».

Desde *Bepara* vimos pasar un bote de los fernandinos de Clarence. Los cayucos de pesca bubis estaban también faenando. Una mujer de unos cuarenta años tenía cortadas las manos. Con éste es ya la tercera mujer que vemos así.

Estando en *Bepara* se nos acercó un viejo del poblado de *Bassibileppi*. Prometió informarnos de sus amigos de dicho poblado, que nos proponemos visitar mañana. Mucha gente de *Bepara* se reunió con nosotros. Les hablamos de Dios. Dicen que ellos no saben bien lo que puede suceder después de la muerte; pues cuando un amigo o pariente muere lo sienten mucho y la causa de este dolor es muchas veces que desean hablar con su amigo y éste no responde y no saben cómo puede ser esto. Precisamente, cerca de *Bepara*, hay un lugar, llamado *Byyoba*, donde se abre una cueva, en cuyo interior se les presenta el mo y les habla.

El día siguiente, día 12, salimos para *Bassilibepi*. Por un sendero muy duro, en tres cuartos de hora, nos presentamos ante el pueblo. Durante el camino nos decían que a cualquiera que destruya una palmera se le castiga con la confiscación de la casa o de los terrenos que posea según determinare el jefe.

El jefe principal de los *Bassilibepi* se llama *Bolosobé*, el segundo, *Eao*, y el tercero, *Boatshakka*. Se juntaron cerca de cien en la plaza del *buala*. Les hablé, entre otras cosas, que no se debía tener más de una mujer. Por ello se disgustó, se levantó poco después, se despojó de sus preseas y se fue. El pueblo siguió escuchándonos y los demás jefes manifestaron que el jefe volvería.

Al principio tenían miedo de nosotros, mas después fueron serenándose y mandaron a los que entendían el inglés que comunicaran en su lengua todo lo que habíamos dicho. Expusieron que ellos no hacían ninguna ceremonia para maltratar o injuriar a alguien, sino únicamente para proteger a la gente de los robos del vino de palma o de los ñames.

La abrupta partida del jefe fue sólo un incidente. Puede decirse que no aceptan todavía el casarse con una sola mujer.

Cuando volvimos de nuevo a *Bassilibepi*, el jefe no quiso prestarnos ningún guía que nos condujera al siguiente poblado. Pero nos señalaron el camino y en hora y media avistamos un poblado muy bonito que llaman *Oisinoka*. Después de llegar a él, tuvimos que ascender penosamente a una colina donde estaba la plaza del *buala*. No se presentó nadie; pues decían que los del pueblo estaban molestos con el otro poblado porque había seducido a una mujer suya; unos cuarenta estaban a los pies de la colina con jabalinas y palos. Estaban sentados y yo les hablé del mensaje de Dios. Nos escucharon atentamente, pero manifestaron que necesitaban más tiempo para conocer bien tal mensaje y cual era lo recto y no recto ante Dios. Nos dieron *topé*.

Se nos hizo tarde para ir a otro poblado, muy distante de aquí, asentado encima de una montaña escarpada. Tuvimos que bajar y en cincuenta minutos nos hallamos junto a la tienda que habíamos instalado cerca del mar. Decidimos volver hacia *Basuala* para conocer los pueblos que no habíamos visitado.

Basuala, 13-14 de Enero (16).—Desde el atracadero de *Basuala* emprendimos

(16) Diario de J. C., II, págs. 598-607.

nuestro viaje al poblado de *Reipara*. El camino es bueno pero a lo último con una pendiente considerable. El poblado de *Reipara* está en lo alto sobre la altura de una montaña, de manera que la subida es dificultosa. Es grande y las casas están dispuestas sobre un gran espacio, aunque parecen juntas cuando se las ve de lejos.

Nos indicaron la casa del jefe, que se llama *Boakku*, y sin invitación nos sentamos en su interior. Una mujer nos trajo agua, los vecinos nos rodearon y se admiraban de nuestro reloj y del cristal que lo cubre. Durante el camino nos encontramos con algunos jóvenes: primero temblaron, después unos se acercaron y nos saludaron, otros huyeron al bosque. Después se reían de habernos saludado así. Vino el hombre del mo a casa del jefe y, como siempre, comenzó a emitir los extraños sonidos. Yo le dije: «*Mo bel-lo bisoi*, y se puso a temblar. Fuimos invitados a ir a la plaza. Allí estaba el jefe con cerca de 80 personas. Confesaron que eran ignorantes y que necesitaban instrucción. Estarían muy conformes en que viniera un catequista. Varios nos siguieron hasta llegar al atracadero de *Basuala*. Los crumanes estaban preparados para conducirnos a *Bakake*. Pero antes se nos presentó el jefe *Boleito* que nos pedía un machete. Otros nos habían estado esperando para recibir un regalo, pero se cansaron y se habían ido.

Bacaque, 14-15 de Enero (17).—Por la tarde pusimos proa hacia *Bakake*, pasando de largo la región de los *Bariaobe*, y atracamos en un lugar que llaman *Balubiso*. Aquí encontramos un bote que venía de *Clarence*. Todo sigue bien en esta ciudad. Tomamos el camino que nos llevaría a los poblados de *Itoishi* y *Babula*. El jefe principal y los otros jefes no estaban en el pueblo y no volverían hasta la noche. El intérprete *George* nos dice que no entiende la lengua de *Bakake*, por lo que nos será difícil transmitir nuestro mensaje.

A la mañana siguiente volvimos a *Babula*, ayudados por una mujer. Casi toda esta zona abunda en caña brava, como en los demás distritos de la montaña. Atravesamos dos riachuelos y dos profundos barrancos. La mujer nos condujo a la casa del jefe, *Boirriako*. Pronto aparecieron el jefe y el hombre del mo. Este había dicho que Dios tenía un hombre que hablaría un mensaje. Nos ofrecieron dos calabazas de fresco topé. Antes de ofrecerlas, el jefe y el hombre del mo pusieron un poco de vino en la palma de la mano y bebieron de él, para demostrar que no contenía veneno. Se hallaron presentes únicamente 10 nativos a quienes hablé de Dios.

El jefe nos dijo que *Wakki*, el jefe de *Bilelipa*, está siempre promoviendo pelea, su gente es gente turbulenta que no quiere escuchar nada bueno. En tiempo del capitán *Owen* se acercó también un blanco que nos habló de Dios de modo similar. Necesitaban más instrucción y escucharían bien cuando les diga el catequista.

El poblado de *Itoishi* está cerca de *Babula*. Nos indica *Boirriako* que él es también jefe de *Itoishi*. Por ello determinamos dirigirnos a *Bariaobe*.

Bariaobe, 15 de Enero (18).—Tuvimos que bajar un gran precipicio y pasar dos arroyuelos. Cruzamos por delante de un montículo, que, como los de la ciudad de *Hawick Scotland*, tenía todas las apariencias de haber sido hecho por labor humana, quizás para cubrir los cuerpos de los muertos o para defensa (18 bis).

(17) Diario de J. C., II, págs. 606-12.

(18) Diario de J. C., II, págs. 609-11.

(18 bis) Estos montículos artificiales son llamados en la prehistoria montículos buelá. Se forman con la acumulación de los desechos de un poblado. Cf. MARTÍN DEL MOLINO, A.: *Secuencia...*, pág. 46.

Guiados por un niño, andamos una hora y veinte minutos hacia el pueblo de *Ribetete*. El pequeño no sabía qué hacer, pero nosotros nos decidimos a entrar en el pueblo. Los niños y los jóvenes huían al vernos. Una niña de seis años nos condujo a la casa del jefe, llamado Boebial-le. No estaba en casa, ya que nos esperaba en la plaza del buala. Yo iba con impermeable y con paraguas a causa de la lluvia. Esto, al parecer, les atemorizó, pues al principio se mostraron irascibles en sus miradas, pero después de explicarles el motivo de nuestra visita, la escena cambió. He notado siempre que están muy atentos cuando se les habla del Dios del cielo.

Me entero que hay otro pueblo que llaman *Bariobatá*, situado en lo alto de la montaña. Manifiesto mis deseos de visitarlo, pero Boebial-le me dice que él es también jefe de Bariobatá. Que llamará a todos para que vengan de sus fincas a escucharnos. Y así se hizo.

A la gente de estos distritos la llaman Balakki; son pacíficos y acostumbran a comerciar aceite de palma y ñames con los habitantes de Clarence.

Baho-Bilelipa, 16-20 de Enero (19).—De Bulibeso, el atracadero de Bakake, a las siete de la mañana, nos hicimos a la mar hacia el Sur. Desde el mar la tierra se presenta menos abrupta, de pendiente más suave hacia la montaña. Son abundantes las palmeras de aceite. El país parece más rico que el de los montes rocosos que hemos pasado. El panorama se extiende hasta la cima del Pico donde ya no se ve sino hierba. Abundan lo que los apotó llaman «bushduck». Hombres, mujeres y niños se emplean en la pesca sobre las rocas; otros pescan desde los cayucos a corta distancia de la playa. En hora y media llegamos a un lugar que llaman Robí, pero los crumanes temen a los habitantes de este lugar y proscguimos hasta la playa-atracadero de Dioh, junto al río Upá.

En seguida acudió gente pensando que íbamos a comprar ñames. Había uno que tenía en la mano la vara del mo, sujetos a ella unos trozos de calabaza. Nadie nos quería decir el nombre del poblado donde atracamos primero ni de su jefe. Se acercaron los pescadores y nos dijeron que el jefe no come nunca pescado ni puede bajar al mar; si bajase, todos los peces dejarían inmediatamente de aproximarse a la costa. Sólo pudimos reunirnos con los habitantes de la aldea de pescadores. Serían unos 50. Les hablamos de Dios, pero no estaban muy atentos; deseaban más bien tabaco. Así es el carácter de estos pescadores, que han estado más en contacto con los comerciantes de Clarence. Dicen que está muy bien lo que hablamos, pero que les demos algo. Enseñé a algunos niños el ABC; parece que serán muy buenos escolares.

Al fin pudimos oírles que el distrito que pisábamos se llama Bilelipa, pero que los poblados están muy lejos, arriba en la montaña, y que la gente de este país es muy belicosa. Los crumanes manifestaban su temor y deseaban retornar a Clarence. Algunos pocos de los pueblos de la montaña nos saludaron y nos escucharon con atención. Nos prometieron transmitir nuestro mensaje al jefe principal, al entregarles para él algunos regalos.

Nos aproximamos después a otra aldea de pescadores, a cierta distancia del mar, habiendo atravesado el río Ubá dos veces. La aldea la forman ocho miserables chozas, con unas 30 personas. Alrededor de las casas crecen unos pocos ñames y tomates del país. Para vivir tienen que vender el pescado a los agricultores. Los pescadores han nacido a veces en un distrito distante del que están

(19) Diario de J. C., II, págs. 612-638.

ahora. Si los pescadores se atreven a producir más ñames de lo convenido con ellos por el jefe o jefes de los agricultores éstos destruyen sus plantaciones. Dicen los pescadores que ellos tienen sólo una mujer, pero que en realidad es porque son pobres, que los jefes de los pueblos cercanos tienen muchas mujeres. Una mujer, de unos treinta y cinco años le interrumpió y dijo: «No es bueno que un hombre tenga más de una mujer, porque esto suscita muchas envidias» (20). Los pescadores manifestaron su descontento con los *apdotó* (los extranjeros) por su abuso en los precios. Uno de ellos entendía el inglés y nos informó de los pueblos de Bilelipa y de sus jefes. He aquí los nombres que después veremos si son correctos:

| <i>Pueblos</i> | <i>Jefes</i> |
|----------------|----------------|
| Buttorishi | Iriuoi o Wakki |
| Bassula | Ikoba |
| Abosatshi | Ibobwe |
| Babala | Obusari |
| Abadya | Okó |
| Biapara | Ilokoko |

Iniciamos nuestra marcha hacia los poblados de Bilelipa. Los loros por aquí son innumerables. Los niños se emplean en echarlos de las plantaciones de los ñames, cuando éstos son jóvenes. El primer poblado con el que topamos es *Itorishi*, también llamado *Basellikopa*. Es un día especial en que todos tenían que permanecer en casa. Por ello nos encontramos con una «barrera» puesta en el camino con otras señales que indicaban la prohibición de entrar en el poblado. Celebraban la ceremonia de expulsar a todos los malignos del poblado y sería peligroso acercarse. Pienso que el viejo Wakki, al conocer que venían dos blancos y 12 *apdotó* ha cerrado el pueblo.

Nos dirigimos a una choza fuera del poblado. Todos se nos quedaban mirando; ninguno hablaba; ni una mano se nos tendió y nadie se movió del asiento. Fue inútil que les habláramos. Christian nos aconsejó que no siguiéramos insistiendo en sacarles de su mutismo.

No tuvimos otro remedio que decidirnos por nosotros mismos a entrar en el poblado. El camino es ancho, abierto y las casas dan a él. Nosotros avanzábamos ante las miradas atónitas que provenían de las casas. Un niño se sobresaltó y se ocultó entre unas cañas. Alargamos nuestras manos a los que encontrábamos por el camino, pero éramos rechazados. Llegamos a una plaza de la que salían tres caminos. Había en la plaza una choza y en ella un hombre. Nos miró fijamente, alarmado. Llevaba muchos ornamentos sobre el cuerpo. Damos unos pasos hacia la choza. Le sonreímos, le hablamos de paz y le pedimos entrar. No nos permitió. Yo deseaba sentarme y beber algo. Me senté en la raíz de un árbol. Entonces manifesté en voz alta para que me oyeran: *Nana bopi*, quiero agua. Tales palabras excitaron admiración y pronto tuve junto a mi una calabaza llena de agua fresca. Como hacía tanto sol, abrí el paraguas y esperé. George consiguió unos ñames, los preparó y comimos.

Nuestra espera se vio favorecida con la presencia de unas cuarenta personas. Con ellas estuve hablando hasta que vino una delegación del jefe diciendo que

(20) Diario de J. C., II, pág. 615.

nos fuéramos, que bajáramos a la playa y allí podrían escucharnos. Yo repliqué que deseaba ver al jefe y reunirme con el pueblo en la plaza.

Por fin nos declararon que todo el pueblo estaba recluido para atraer el bien y expulsar el mal del poblado, y retornamos a la playa.

Esperando visitar de nuevo Itorishi nos encaminamos hacia el poblado de *Basaleboko*, cuyo jefe recibe los nombres de Wakka, Erobe o Aappo. El recibimiento fue muy extraño. No se nos permitió entrar en el pueblo ni ver al jefe. Tuvimos que quedarnos en una choza a las afueras, no pudiendo hablar sino a veinticinco personas. Con el catequista Christian me dirigí en el bote al primer lugar donde atracamos, a Robi. Marchando por la playa vinieron a reunirse con nosotros unos cuarenta pescadores. Les hablé de Dios. Deseaban que sus hijos pudieran leer el buen libro y que hubiera un maestro entre ellos. Ninguno, sin embargo, nos quiso indicar el camino para el próximo poblado. Tomamos un sendero por el borde de un barranco en cuyo fondo se veía un río que llaman *ikobopuá*. Después de caminar tres cuartos de hora hallamos un terreno limpio y cultivado con muchas palmeras. Nos llevó media hora atravesar los cultivos; se presentaron ante nosotros los barrios de un poblado, del que obtuvimos su nombre: le llaman *Iko* y también Itorishi, pero nadie nos quiso manifestar el nombre de su jefe. Encontramos en el pueblo a un joven y una joven que sabían inglés. Eran amigos de George. Habían estado en la ciudad de Clarence, sirviendo en la factoría de Scott. Les preguntamos por qué habían vuelto a las costumbres *bubis*, a vivir desnudos. Nuestro padre y nuestro hermano vinieron por nosotros —contestaron—. Su choza se distingue de las otras porque tiene puerta.

Después de estar algún tiempo en la plaza, se acercaron varios hombres con jabalinas, machetes y fusiles de chispa. Venía con ellos el hermano del jefe con semblante de disgusto, diciendo que por qué habíamos entrado en el pueblo sin permiso. Yo les respondí: «¿Acaso no tenéis información de nuestra venida? ¿No habéis oído que hemos estado en Dioh desde el viernes? Si vosotros no habéis querido acercarnos a nosotros, nosotros nos hemos acercado a vosotros. Les hablé de Dios y la obligación de dejar de pelear con los vecinos. Treinta y seis se marcharon con el hermano del jefe, de modo que muy pocos se quedaron con nosotros. Nos fuimos a casa de un nativo y cenamos ñames con «*miná*». En una hora retornamos a la playa de Robi y de aquí, por mar, a Dioh.

Veinticinco nativos de Itorishi nos estaban esperando. Como el jefe, el viejo y peleador Wakki, tiene prohibido bajar a la playa, subimos la pendiente que nos conducía a su casa. Se hallaba muy excitado. El pueblo de *Basilikoppo* historiaba que había sido echado a la fuerza del distrito de Baney. Los de Bakake los consideraban intrusos en su actual territorio. En tiempos del coronel Nicolls hubo guerra entre *Basilikoppo* y Bakake en la que murieron dos de *Basilikoppo*. Los de Bilelipa apoyaron a éstos para impedir la agresión. Entonces se unieron los de Bakake, Basuala y Banny contra los de Bilelipa. Por eso dicen los de Bilelipa que ellos no hacen la guerra, que son ellos los ofendidos.

Bilelipa tenía otra guerra por el Sur, con el pueblo de Barióbatá. El viejo Wakki había acordado un ataque contra este pueblo. Resolvimos entonces dirigirnos a Barióbatá.

Llegamos en cuarenta minutos a una hermosa playa, llamada Lubá, frente al islote Leven; en ella tienen sus factorías los de la ciudad de Clarence. El pueblo recibe el nombre de *Bepara* y su jefe el de Koppa. El camino es ancho y muy limpio. Al vernos fueron a llamar a un viejo que nos condujo al poblado de

Barióbatá, llevando en la vara unas brasas encendidas. Las mujeres y los niños mostraban su satisfacción por nuestra llegada. El viejo nos hizo pasar por un sendero detrás de la plaza del pueblo, donde, nos dijo, celebraban junta los jefes para reunirse después con nosotros. Nos indicó que el gran jefe no estaba allí, porque no se le puede ver, pero todo lo que dijéramos lo admitía como dicho para él. Después de un tiempo volvimos a la plaza y una gran multitud nos recibe con amabilidad. El viejo que nos conducía encendió fuego con aquellas brasas y pudimos secarnos los pies y las piernas de la humedad que habíamos cogido de la alta hierba del camino.

Nos explicaron que hace unos ocho meses el jefe Wakki, sin ninguna provocación de su parte, envió a sesenta de su gente y se apoderó de cuarenta cabras y ovejas de su poblado, sin poder obtener hasta ahora que las devuelva.

Contaron que hacía nueve años se habían trasladado del distrito de Bantabaré para situarse en el lugar actual, que entonces encontraron desocupado. Habían estado antes en la cresta de la montaña que no era buen lugar para su vida y cultivos. Querían vivir en paz, pues no eran muchos y al principio habían trabado amistad con la gente de Bilelipa. Pero un joven huyó con una mujer de este pueblo y desde entonces ha sobrevenido una continua pelea. Para conseguir la amistad con el pueblo ofendido mataron un buey, realizaron todo el ceremonial de la paz, pero los de Bilelipa no querían sino la guerra. Cuando se presentaban en son de guerra, ellos, por amor a la paz, al principio huían al bosque y tenían que permanecer allí hasta que se marcharan.

En la plaza se eleva un poste alto, cercado de palos vivientes, todo él cubierto de calabazas. En la cima termina en una calabaza grande que debe representar al jefe; debajo de ella hay otras calabazas en grupo que deben señalar sin duda a los otros jefes y las restantes al pueblo. Estas calabazas correspondían a los guerreros que se habían distinguido en los combates. No consideran guerreros a los que huyen en la lucha. En aquel momento habría como unas 100 calabazas.

Hablamos en la plaza a todo el pueblo, como unas 110 personas, de las cuales 12 eran mujeres y 20 jóvenes. El jefe mandó recado de que no podía ir a saludarnos, pero que deseaba que todos nos escucharan. Les hablé de Dios y de Aquel que El nos ha enviado para decirnos lo que hemos de hacer.

Volvimos a nuestra tienda en la playa de Lubá y, como los crumanes se negaban a seguir adelante por miedo a los bubis de la región del Sur, pusimos proa hacia el atracadero de Basuala, lo que deshizo nuestras esperanzas de visitar los distritos alrededor de la bahía de Biappa. De otro lado, no podíamos estar ya por más tiempo ausentes de la ciudad de Clarence.

Basuala, 21-22 de Enero (21).—En Basuala Samuel Cooper nos rogó que pasáramos un día con él. Fuimos al poblado de *Buturishi*. Habían desaparecido todos los temores, de modo que sin ningún reparo nos condujeron a la plaza. Tuvimos la suerte de estar presentes a una gran concentración de jefes de los distritos de Baney, Basuala y Bakake. El motivo era lograr la paz entre los pueblos de Buturishi y Butshukutu, enemistados por el siguiente suceso.

Hacia tres meses, un hombre de Buturishi tomó por esposa a una mujer de Butshukutu. Conforme a la costumbre, la llevó a la casa de encierro, construida especialmente para ella, donde había de permanecer sola hasta que se manifestase que podía darle su primer hijo. Una mujer joven enferma, que no podía trabajar,

(21) Diario de J. C., II, págs. 639-41.

la visitaba diariamente. Esta pudo observar que un joven de Butshukutu, llamado Beidyo, venía con frecuencia a traer topé a la novia. El joven había sido su compañero de juegos infantiles. Un día el joven preguntó a la mujer enferma si iba allí para espiar su conducta. Dijo que no, que sólo lo hacía para hacerla compañía en su reclusión, puesto que estaba enferma y no podía ir a la finca. Beidyo le dijo que, si era verdad, le agradecería que quedara en su casa al día siguiente, porque deseaba hablar con Urí —así se llamaba la novia— de un asunto particular. La enferma se lo prometió.

Beidyo vino con topé y le manifestó a Urí que fuera su esposa, que él había construido una cabaña para vivir en ella entre las palmeras que le daban el topé. La novia se sintió atraída por él y, saliendo de la casa en que estaba recluida, huyó con Beidyo hacia el palmeral.

Pasaron tres días en los que no pudo saberse el paradero de Urí. Hasta que unos hombres de Buturishi, que iban de caza, vieron a Urí que se escondía en la choza del palmeral. Informaron al esposo y éste con unos amigos fácilmente pudieron capturarla y llevarla de nuevo a la primera casa de su noviazgo. Encontraron también a Beidyo y lo golpearon con estacas hasta el punto que tres días después no podía salir de la casa de sus padres para estar presente en el juicio contra él en la plaza.

Se habían formado a raíz de esto dos bandos de uno y otro pueblo, luchando entre sí con estacas. Allí estaba uno con la muñeca herida, a otro le habían roto un dedo y otro no podía mover el talón por los golpes.

Este era el motivo de la reunión. Habló primero con mucha calma y sin ninguna pasión, Bownalla, el jefe de Basusu, de buenas dotes naturales, a quien todos escuchaban con atención y a quien todos consideran como el jefe más inteligente en las tres regiones de Basuala, Bakake y Baney. Dijo que era cosa mala el hacer la guerra un pueblo contra otro; que se habían reunido para prevenir el que se repitiese lo que había sucedido hacía tres meses entre Buturishi y el pueblo vecino.

Le tocó después hablar a Abilipúa, jefe de Butshukutu. Dijo lo siguiente: «Estoy avergonzado de lo sucedido. Yo estaba ausente en Boloko por varios días cuando ocurrió lo malo y cuando llegué casa deseé que no hubiera pelea». Habló con mucha energía. Con gran demostración de gestos se expresó después la madre de Beidyo. No podía creer que su hijo fuese culpable de una acción tan mala como el quitar la mujer de otro. También el padre y los hermanos de Beidyo manifestaron que era inocente; pero su culpabilidad era demasiado manifiesta para que los jefes dudaran del juicio que se habían formado sobre los hechos.

Se castigó al padre de Beidyo a entregar a una joven y dos cabras. Si cometía otra falta entregaría dos cabras más. Pero el jefe Abilipúa de Butshukutu replicó que el padre no debía pagar ni una joven ni dos cabras, pues no tenía ninguna joven para entregar ni una oveja.

Se deliberó de nuevo y recayó la sentencia en que el padre mismo debía entregarse y pasar a residir para siempre en el otro poblado.

Entonces intervino yo arguyendo que el dictamen era injusto. No se podía obligar al padre a que abandonara su casa, su finca, sus amigos y permaneciera de por vida como súbdito de otro jefe.

Después de mi intervención, Bobwalla estuvo conforme en buscar otra alternativa. Se llegó al consenso de celebrar un ceremonial de paz que Butshukutu debía ofrecer a los injuriados.

Había allí veintiocho jefes de las tres comarcas y otros nobles. En total sesenta personas influyentes. Aproveché el momento para hablarles de la necesidad de la instrucción, que concluyó con el asentimiento de que se les enviara un maestro.

De labios de Samuel Cooper nos enteramos de que había en la isla dieciocho distritos, que en cada distrito había dos o más poblados, que cada poblado tenía su jefe principal y que había también jefaturas para varios distritos, como es el caso de Bobwalla para Basuala, Baney y Bakake.

A la mañana siguiente, después de disfrutar de las atenciones de Samuel Cooper, emprendimos por mar nuestro regreso a la ciudad de Clarence.

Segundo viaje al Este, 16-26 de Noviembre de 1844

Como hemos podido observar John Clarke se decidió a realizar su primer viaje al Este de la isla con el fin de conocer la disposición de los bubis para recibir instrucción e instalar escuelas de catequesis en sus poblados, ilusionado John Clarke con la expedición que vendría de Jamaica. Esta llegó a la isla el 16 de Febrero de 1844. La expedición no correspondió a los sueños de John Clarke. Por el Este únicamente pudo instalarse la escuela de Basuala, que ahora visita en este su segundo viaje. Le acompañan Peter Nicolls, Philips, W. Smith, el intérprete George, Samuel Cooper y Mr. Byl.

Basuala, 16-19 de Noviembre (22).—El 16 de Noviembre saltamos a tierra en el atracadero de Basuala, donde tiene su factoría Samuel Cooper. Está dentro de la finca Salem de cinco acres, que fue de la Compañía y ahora es de la Misión.

Se convino en edificar la escuela en el lugar más adecuado y sano. Todos los niños pueden venir a la escuela, puesto que no tienen trabajo. Pero aquí nada se hace sin previa asamblea de los jefes. El jefe de todo el distrito de Basuala se halla en Rebola. Hemos de visitar los pueblos de Oitoikoppo, Oitorishi, Reipala y Rebola. El jefe de Rebola, Bosupu-moni, está ya viejo y enfermo, aunque es inteligente. Me hizo preguntas y observaciones muy interesantes para llevar a cabo nuestra labor. Por fin se determinó el sitio junto al río Basapo y el río Bowilotolo, cerca del mar.

Basacato del Este, 19 de Noviembre (23).—Desde Basuala podemos caminar hasta el vecino pueblo de *Basupú* de Basakato. El camino es montañoso entre rocas. Casi todo el territorio lo tienen desboscado para sus fincas. Vemos el poblado sobre una montaña alta, con la antigua plaza o riosa a sus pies. Un poblado unido a Basupú y casi uno con él es el llamado *Oisoso*. Ascendiendo a lo alto de la montaña encontramos la morada del jefe principal, llamado Buale y también Maishi. Nada más llegar nos vimos rodeados de mucha gente, por lo que en seguida comencé a predicarles. El jefe, muy amable, nos ofreció terrenos para construir y me regaló el presente de una gallina y una cabra. Nos indicó el camino para ir a *Oisinoka*, que ya visitamos en 1841.

Bariobé, 20 de Noviembre (24).—El camino para Bariobé desde Basakato es también muy rocoso. Nuestro intérprete lo considera como el distrito suyo y nos dice que ninguno de Bakake puede pasar por él. En hora y media llegamos al primer poblado. Hallamos en la «gran casa de recepción» o palacio del jefe, a

(22) Diario de J. C., IV, págs. 29-36.

(23) Diario de J. C., IV, págs. 36-38.

(24) Diario de J. C., IV, págs. 41-42.

unos *bitaki* o mensajeros de Bilelipa, que traían «palabra». Los poblados de Bariobe son: Itorishi, jefe: Bowetopa; Babula, jefe: Bowewwte; Baliwata, jefe: Iloá.

En *Itorishi* una mujer deseaba comunicarse conmigo. Decía que ella había oído que yo era *BoiRupé*. Pues bien, ella era también *WyRupé*, mujer de Rupé, pero, aunque el pueblo la llamaba así, sabía poco de Dios. Me pedía que le hablase de El para conocerle mejor.

De Itorishi pasamos a *Babula*. Los jefes estaban sentados en la choza del riosa y nos invitaron a charlar con ellos. Visitamos la casa-factoría que tiene aquí Samuel Cooper. Para ir a Baliwatá necesitaríamos cruzar cuatro arroyos y para acercarnos al distrito de Bakake sólo tres. Determinamos dirigirnos a Bakake.

Bacaque, 20-25 de Noviembre (25).—De Babula de Bariobe a *Babula de Bakake* tardamos veinte minutos. Antes de alcanzar Babula pasamos por una cueva de espíritus donde se averigua cuál es el culpable de robos. El acusado debe entrar en el hoyo, que lo cierran después con una piedra. Allí permanece hasta que hace confesión de su culpa o de su inocencia. El *mo* informa entonces a sus «hombres del mo» lo que han de pedir al culpable como restitución.

Un joven me decía que él no creía en el *mo* y que le encerraron por ello en esta cueva. Allí le obligaron a permanecer hasta casi perecer de hambre. Entonces oyó una voz que le decía: «¿No crees ahora en el *mo* para que el *mo* pueda ayudarte?» Confesé que sí y en ese momento se abrió la cueva, removiéndose la piedra. Volví al pueblo creyendo firmemente en la existencia y el poder del *mo*.

Al día siguiente por la tarde los botuku fueron sorprendidos por los gritos de ¡*Ei bité e loke!* ¡*Ei bité e loke!* ¡La guerra ha venido de la playa! ¡La guerra ha venido de la playa! Se llamó a las mujeres y a los niños que huyeron en seguida a ocultarse en el bosque. Un joven subió a lo más alto de una palmera para actuar como centinela en conexión con el jefe. Los guerreros se armaron con cinco o siete jabalinas cada uno y se lanzaron precipitadamente pendiente abajo para enfrentarse al esperado enemigo. Muchos venían corriendo de sus fincas y de las partes altas del poblado para unirse a los guerreros, mientras unos pocos se quedaban en el poblado para su defensa. El joven seguía colgado en lo alto de la palmera para informar de la marcha de la guerra. Yo me oculté detrás de una choza, pero el intérprete era de la opinión que debíamos ir con los guerreros a fin de parar la lucha; otros me decían que me escapara al bosque. Después de dos horas, se oyó el grito de un hombre del mo: «In se ba lissi», es toda una mentira.

Pronto tuvimos a nuestro alrededor las mujeres que venían con sus niños y por fin a los guerreros que subían lentamente por el camino. En medio de la confusión se informó que un joven perverso del bote de Mr. Scott, que lo había enviado aquí para comerciar, había secuestrado a una mujer en una finca que tenía en el bosque para exigir el pago de una cantidad que le debía el pueblo. La joven, al verse en esa situación, utilizó el grito de guerra para ser liberada. Ya es la segunda vez que ese joven, un *isubu*, llamado Mbila, se sirve del secuestro para cobrar deudas. Últimamente había robado una mujer y la guardó hasta que recibió la paga.

El jefe se mostró como un verdadero amigo. Estuvo muy conforme con la creación de una escuela en sus terrenos. Babula de Bakake e Itorishi de Basuala son los dos mejores sitios para ello. Sus jefes son jóvenes e inteligentes.

Dejamos la casa del jefe y un viejo llamado Ekalihó, se nos ofreció a guiarnos

(25) Diario de J. C., IV, págs. 46-69.

para conocer el lugar en el que se libró la famosa batalla en la que vencieron los de Bakake a los habitantes de Batette del Norte y a otras muchas fuerzas aliadas de otros pueblos. Nos llevó por un camino estrecho y rocoso casi cubierto por el bosque, de pendiente empinada. Nos señaló la eminencia de la colina en la cual se asentaba el pueblo que quisieron asaltar y el espacio del terreno donde se desarrolló lo principal de la batalla. Algunos postes clavados en el suelo marcaban donde habían muerto guerreros. Y abajo veíamos el río donde fueron arrojados cerca de 300 enemigos, muertos después con piedras.

Convendrá añadir aquí el relato que John Clarke escribió en su diario en Noviembre de 1842 sobre la guerra de los Bacaque con los Bariobe y los pueblos del Norte, que tuvo lugar en tiempos del coronel Nicolls (26). No conocemos suficientemente el motivo de esta guerra. Pero sabemos por el padre Antonio Aymemy (27) que los Bacaque procedían de Ureka y puede ser que los Bariobe los consideraran durante mucho tiempo como unos intrusos. Escribe así John Clarke:

«Bariobe hizo una llamada a otros muchos jefes de distrito para expulsar de su tierra a los Bakake. Si no lo hacían, debían pagar al menos nchibo, cabras y mujeres. Acudieron los jefes Nschila y Eate de Bilelipa, Kopopa de Balabosoko y Boiteha de Baney, Boketshibetshu de Basilé, Boidiba de Basupú del Norte y Bitope de Rebola. Se abstuvieron de ir los jefes de Basakato y Basuala».

«Bokobo (Glorio Bololo) de Banapá comenzó el asalto por sorpresa, prendiendo fuego a un pueblo llamado Dibula, asesinando a un centenar de niños y viejos. El humo alarmó a todo Bakake, poniéndolo en pie de guerra».

«Después de una junta celebrada por los jefes aliados de Bariobe, Glorio Bokobo volvió a Banapá. Al enterarse Nicolls, se preparó para evitar más derramamiento de sangre, pero al parecer no intervino».

«A Glorio le sucedió Boketshibeshu al frente de la batalla. Intentó destruir otra población, mas ya para entonces los de Bakake se habían juntado para enfrentarse, concentrándose en la defensa del pueblo de Itorishi. Los pueblos están sobre colinas y por consiguiente muy difíciles de ser tomados por asalto». «Un hombre de Bakake, llamado Watshabaila, se hizo famoso en el manejo de la jabalina. Por la noche entró en la cabaña de Bokeshe de Basilé y lo mató. Los de Batete emprendieron la huida, mas, al tener que cruzar el río que corre al fondo de un gran barranco, los de Bakake pudieron con facilidad arrojar piedras sobre ellos y muchos murieron. Se dice que Etopa de Rebola fue herido y perdió 300 de los suyos. Derrotados, los de Batete volvieron a su tierra».

«Mientras tanto los de Bakake celebraron su triunfo de modo salvaje. Las mujeres se echaron sobre el cuerpo de Bokeshe profanándolo. Después, con cuchillos le sacaron toda la piel. Le cortaron los brazos, las piernas y las mujeres lo arrastraron hacia la plaza para enterrarlo más tarde».

«Estaban los de Bakake celebrando juegos en la plaza cuando oyeron el rumor de la gente de Bilelipa que se acercaba. Venían con fusiles y pólvora que habían traído los de Batete en plan de exigir el desquite».

«Los de Bakake estaban preparados y los recibieron también con fusiles. Desde sus puestos defensivos mataron a 60 de Bilelipa, lo que obligó a éstos a retirarse. Muchas atrocidades se cometieron en esta guerra» —concluye John Clarke—. Continuamos con la relación del viaje por tierras de Bacaque.

(26) Diario de John Clarke, 13-11-1842, III, págs. 16-17.

(27) Cf. AYMEMI, A.: *Los bubis*, Madrid, 1943, pág. 32.

Después, el viejo Ekaliho nos dijo en voz baja que estábamos cerca de la cueva del *mo* y que un poco más allá veríamos algo maravilloso. Se paró de pronto y nos manifestó que él no podía mostrarnos aquel escondrijo; los hombres del *mo* podían quitarle la vida. Botshika, el intérprete, le aseguraba que nada tenía que temer y éste, por fin, se animó a ir sólo a enseñarme la boca de la cueva. La orilla del río tiene aquí una forma singular. Forma una cresta que se eleva a 20 yardas del río y adopta el aspecto de arco por el cual cae una cascada preciosa de 20 a 30 pies de altura. Debajo de esta cascada se abre la cueva. Una casa del *mo* está a las afueras de la entrada para recibir a los que vienen a consultar al *mo*, como una choza de reunión y espera.

Baney, 25 de Noviembre (28).—A la vuelta de Bakake pasamos por *Rebola de Baney*. Aquí pudimos escuchar a una mujer del *mo* que andando por el pueblo gritaba: «La guerra está viniendo. Yo veo a los hombres que son muertos. No los veo con mis ojos, pero los veo. Están caminando en la lucha. La guerra está viniendo. Hemos de estar preparados para ello. Va a venir». Así estuvo gritando por todo el pueblo hasta que unos truenos apagaron su voz y la lluvia la obligó a que tuviera que buscarse un cobijo.

Tercer viaje al Este, 24 de Febrero-6 de Marzo de 1845

El tercer viaje se debe al afán de John Clarke por conocer la comarca de Riabba. Después de visitar Basuala y Bakake nos da nuevas noticias de Bilelipa. Le acompañan Ben Johnson, Christian, Philips, Duffis, dos jóvenes nativos, dos crumanes, que con él van en un bote. En otro van: Peter Nicolls, James Hume y el intérprete nativo, Boishica.

Bilelipa, 27-28 de Febrero (29).—Desembarcamos junto a la finca que posee Peter Nicolls en Ulopopuatá. Por un camino bueno, con árboles de los que hacen cayucos, nos dirigimos a los poblados de Balibishu y Repala.

Balubishu es hermoso, situado en un terreno inclinado, con buenas calles y casas, dispersas y numerosas. Soy probablemente el primer blanco que visita este pueblo, pues la gente huye, los viejos se acercan para palpar mi cuerpo y librarse del miedo del que pudiera ser un fantasma.

Con Peter Nicolls fuimos directamente a la casa del jefe. Su casa la encontramos cerrada con pequeñas ramas de árbol, como señal de que no nos quería recibir. Pasamos al *riosa*, ya junto a una montaña que está entre las bahías de Riabba y de N. W. Bay [Lubá]. En la *riosa* había mucha gente. Algunos se ocupaban en plantar los postes, de tres pies de altura, alrededor de la plaza. Y encontrando una choza nos fuimos a ella.

Aquí comenzamos a hablar a sólo unos pocos cuando nos interrumpió una voz de fuera que nos dijo: «El *botuku* desea que salgan de la choza y que vayan al camino, porque el pueblo está reunido para reparar la plaza». Pero Nicolls me dijo que el verdadero motivo era porque sospechaban que nuestra presencia sería un maleficio para la plaza. Entonces obedecí y pedí entrar en otra choza para librarme del sol. Y me contestan: «No, pues no hace mucho sol». Tuve que hablar a los pocos que me siguieron por el camino. A éstos les rogué que presentaran al

(28) Diario de John Clarke, IV, pág. 69.

(29) Diario de J. C., IV, págs. 134-142.

pueblo mi propuesta que no era otra sino el aceptar un maestro que les enseñara el mensaje de Dios.

Se reunieron en ese momento los jefes en consulta sobre mi propuesta. Y resolvieron que mi palabra era buena, pero que no estaban seguros de sus efectos. Dijeron a Peter que, según esa palabra, ellos eran malos y Dios les castigaría por sus maldades, de lo cual me harían a mí el responsable.

Con esta respuesta seguimos nuestro camino hacia el Sur y llegamos al territorio de Itokopuá. Junto al camino vimos un gran espacio abierto con una profunda caverna en el fondo. Nos dijeron que era una caverna del *mo* que penetra en la tierra hasta otra que se abre a poca distancia.

Boloko del Este, 1 de Marzo (30).—Al dejar Itokopuá vemos las rocas que salen del mar a la entrada de la bahía de Biappa. Pasamos algunos cocoteros, donde los españoles pusieron uno de sus fortines. El terreno es rocoso, lo que nos permitió pararnos para examinar el sitio. Hay muchas piezas de cañón y unos pocos ladrillos que los nativos no se han llevado todavía.

Llegamos al atracadero de Boloko, donde hay dos factorías en los lugares llamados Esouh y Luflata. Junto a éstas se extiende una aldea de pescadores, en la que encontramos a Jobe, alias John, el hijo de Boidiba de Basupú, que estuvo sirviendo en la casa de Mr. Sturgeon y pasó después a comerciar aquí para Mr. Mathews.

Andando a lo largo de la playa topamos con dos cañones de diez pies de largo y tres de nueve pies, hundidos en la arena, casi cubiertos por la grava. Entre los matorrales aparecen muchos ladrillos, como señal del segundo fortín de los españoles.

En la aldea de pescadores me fijé en una choza separada del resto de las casas y que tenía puerta, hecha de hoja de palma. Abrí la puerta y vi una estera extendida en el suelo. Me enteré de que es de un comerciante que trabajó para Lynslager, el cual se enamoró de la hija del pescador y éste, muy astutamente, le obliga ahora a trabajar para él.

Subimos al bote y nos fuimos hacia la bahía de Riabba. En la bahía se nos presenta el panorama de un activo mercado. Cerca de 200 personas se movían entre montones de ñames que no bajarían de 20.000. Muchos comerciantes hacían su negocio de compra.

Gran número de personas vinieron a juntarse alrededor del hombre blanco. Algunos decían: «Queremos a la gente de Clarence. Antes vivíamos en continuas guerras con la gente de nuestro país y con los crumanes de Lubá, pero ahora todo está en paz y podemos pensar que ya nunca más vendrá la guerra. Queremos vestidos y un maestro que nos enseñe las cosas de Dios».

Para el culto, en el día del Señor, se juntaron setenta personas. Philips y Scott fueron a las aldeas de pescadores, Basepaonko y Bisokosoko. Algunos querían ir de pesca y, al decirles que era el día del Señor y que el *boiRupé* estaba allí, dejaron la pesca y acudieron a la reunión. Varios vinieron de otras aldeas.

Muchas cosas nos contaron los que habían ido al próximo poblado de Boloko, situado a unas dos millas de la playa en un escenario bello. Recibí a varios *botaki* que vinieron del poblado para verme. Se sentaron para escucharme antes de que ellos pronunciaran su mensaje. Uno se llamaba Hada, otro Butshu y el tercero Luha. La aldea del jefe, me dijeron, estaba en la cima de una montaña. Querían saber cuál era el objeto de nuestra visita.

(30) Diario de J. C., IV, págs. 143-148.

Más tarde vino otro mensajero manifestando que el jefe quería verme. Yo y Nicolls seguimos por un sendero que nos llevó al encuentro del corpulento anciano de no menos de sesenta años de edad. Se llamaba Bokope y se proclamaba jefe de ambos Bolokos, que ocupan el espacio que hay entre las dos bahías. En un día puede uno ir y venir de Riabba a Lubá. Todo el espacio está cubierto de poblados.

Bokope estuvo amable y, después de oírnos, nos contó la historia de la últimas guerras y de los sufrimientos que él y su pueblo habían pasado. Fueron echados de un lugar a otro, hasta que al fin encontraron un lugar fértil donde ninguno parecía querer injuriarles ni molestarles.

El origen de tanto sufrimiento era el siguiente: El y su grupo formaban un pequeño *buala* en una de las montañas de la Biappa alta. El no llegó a alcanzar el alto privilegio de lo que se llama *loetta*, porque el anterior *buala*, a quien había pagado moneda nativa, cabras y ovejas, en tal cantidad que tenía derecho para adquirirlo, no quiso admitirlo, antes bien vino la repulsa. No hubo otra salida que declarar la guerra y fueron derrotados en una gran matanza. Huyeron al pequeño distrito llamado Biepepe y allí residieron por algunos años. Vinieron después los crumanes y todos los de esta zona de Biappa tuvieron que huir. El poblado fue destruido; las cabras robadas; los ñames arrancados.

Los de Biappa alta reconocieron sus derechos y le otorgaron el título de *loetta*, permitiéndoles ocupar el territorio actual cerca del Boloko que está junto al mar.

Riabba. 3-4 de Marzo. Lupo, rey de Moca y de la isla (31).—Al sur de la bahía se encuentra el territorio de la nueva Biappa, compuesta por los poblados de Biappa, Baouku y Oilobé.

En Biappa, junto al mar, encontramos a un hombre sin las dos manos, castigado según se decía por robar, pero él me dijo que el verdadero motivo era porque él quiso residir en el poblado del jefe Bokopé. Esto ofendió tanto a sus parientes que le prendieron y le cortaron las manos, hacia sólo cuatro años.

Un pescador, llamado Nkopa, su mujer y otros muchos de la aldea de pescadores de Biappa vinieron a visitarme. Mi intérprete pudo hablarles en su propia lengua y escucharon con mucha atención la palabra de «El Libro». Este pescador, Nkoppa, es el más antiguo comerciante de esta zona. Se contenta con una pequeña choza que tiene en Isolin de Boloko.

La antigua Biappa se compone de los siguientes pueblos y aldeas: Abepo, Eori, Raaka, Ribetti[*o Ribiri*, el pueblo del rey Mokata], Ariha, Etutu, Boope, Bolihi, Botelli, Boeppa, Bobapu, Basukabutshi, Diwasopo, Eokko, Bokotta, Iteepua, Bosatshashi, Dieka, Esapí, Botoolla, Boko, Biasaka, Kotari, Petaoñpe, Omeyeyi, Bahake, Diwallo, Eatte, Dikadya, Unkeke, Kotari (el que está sobre la montaña), Omoni, Dalika (hacia Lubá).

Sobre estos pueblos manda el gran jefe de la antigua Biappa. Ningún otro tiene tanto poder como éste en toda la isla. No es visible sino por muy pocos jefes de su propio distrito y por sus esposas. Su residencia se halla en lo más alto de las montañas, en una aldea, que actualmente se llama Basepa Oñka. Su nombre es Lupoà.

A primera hora del día 3 de Marzo nos preparamos para ir a Aohoh o Abepo. Se presentó un comerciante de Cabo Palmas que tenía allí una gran casa y como en Aohoh sólo pueden tomar tierra los pequeños cayucos, se ofreció a llevarme

(31) Diario de J. C., IV, págs. 149-60.

y conducirme después a Clarence. Mientras tanto Peter Collins partía para Clarence con las cosas de nuestro viaje.

Llegamos en dos horas y media, después de pasar Biepepe y, un poco más adelante, una aldea de pescadores donde un marino portugués vive aquí desde hace mucho tiempo y actúa ahora como jefe. Se ha acomodado a todos los hábitos de los nativos, pues ha estado entre ellos desde la juventud y no quiere saber nada de su origen europeo. Sólo encontramos un cayuco cerca de un cocotero en este lugar.

A las dos horas pasamos la factoría de Mr. Bull y media hora después tratamos de desembarcar con grandes dificultades. En Aohoh encontramos a un pobre boy que comerciaba para el alemán Thompson, con el que estaba un joven nativo, que no nos quiso dar mucha información por miedo a los hombres del *mo* y a los *botukus*.

Bepoh es el nombre del siguiente territorio. John Showers tiene allí una factoría que administra Peter Collins.

Más allá hay una aldea de pescadores llamada Babo, ya cerca de la Punta Barrow [Santiago].

Apareció Peter Nicolls y con él el jefe y unos 20 del pueblo, incluyendo el hombre del *mo*. Peter fue a otros dos pueblos, a unas tres millas de distancia.

3. VIAJES AL OESTE DE LA ISLA

Primer viaje, 30 de Noviembre-4 de Diciembre de 1841

Región de Barióbatá, 30 de Noviembre-1 de Diciembre (32).—Embarcamos con dirección a Botlenose [Botonós]. No nos detuvimos en el primer embarcadero de Basupú, del que se dice que los comerciantes han sido expulsados desde que Beecroft compró estos terrenos.

El segundo embarcadero está todavía abierto, pero, al parecer, por poco tiempo, pues los pescadores y los comerciantes extranjeros se querellaron contra Beecroft, resultando cuatro heridos, uno de ellos severamente en una pierna. Los pescadores tuvieron que marchar al Este de Clarence y el que comenzó la querrela parece que fue envenenado, después de ser puesto en el calabozo con el fin de recuperar algunos bienes robados. El embarcadero tiene ahora mal nombre, aunque la gente, a la que ahora pertenece, no quiere disturbios.

El siguiente embarcadero es Basapo que presenta un escenario como el de los otros: playa de piedras, terrenos próximos que se levantan a la altura de 100 ó 200 pies sobre el mar, árboles y hierbas hasta la orilla del agua, abundantes palmeras, palo rojo, ceiba común.

Llegamos después al embarcadero de Botlenose. El nombre de Botlenose no es indígena, sino dado por los comerciantes, debido a que el jefe de la aldea de pescadores era demasiado amante del ron y su nariz parecía cargada de este licor. Teníamos delante una vista preciosa: el Apú y el Nale fluían al mar y en medio una pequeña isla rocosa con cuatro palmeras brotando de una vegetación exuberante que ocultaba las chozas de los pescadores. Echada el ancla, muy pronto los cayucos de los nativos nos llevaron a tierra. Aquí saludamos a varios amigos de

(32) Diario de J. C., II, págs. 525-28.

Clarence, que moraban en pequeñas chozas hechas con hojas de palma. Una persona que sostenía un pesado bastón nos dio uno más leve a cada uno y nos invitó a partir con él. Nos condujo a una gran cabaña repleta de nativos y de otras personas, casa de reposo y dormitorio.

Por la tarde se presentó una mujer del *mo* perteneciente a la cercana aldea de pescadores. Fantásticamente aderezada gritaba ronquidos extraños y repentinos al tiempo que manifestaba buena voluntad conmigo. Se quitó un gran tomate rojo que colgaba de su cuello y me lo ofreció.

Una gran calabaza estaba puesta en el suelo de la choza como lámpara; el aceite ya se había terminado y la calabaza empezaba a convertirse en humo, de modo que fue providencial no vernos involucrados en un fuego que podía ser peligroso. Dormí con la intención de partir al día siguiente para Oiloeri. Decían que estaba lejos en la montaña, que el camino era malo y me llevaría todo el día para llegar allí. Pregunté entonces si no había un poblado más cercano y me dijeron que el más cercano era Basapo, pero que tenía que alquilar un cayuco para llegar allí por mar.

Basapo, 1 de Diciembre (33).—En efecto alquilamos un cayuco bubi y en media hora desembarcamos en una playa de fina arena, junto a la desembocadura de un pequeño río. Había allí un cobertizo. Dos bubis descansaban bajo su techo. Los saludamos y se unieron a nosotros para ir a Basapo, es más, nos ayudaron a llevar la carga.

En media hora alcanzamos el poblado, teniendo que pasar antes los dos arcos de entrada. El primero lo pasamos por debajo; encima de nosotros pendían multitud de hechizos que obligarían a detenerse a cualquier persona con malas intenciones. Delante de él había una pértiga en cuya cima colgaba una calabaza.

Avanzando un poco más oímos las voces de unos bubis que nos llamaban desde una choza a poca distancia del camino. Algunos nos previnieron de mirarlos y de hablar con ellos, pero en seguida se levantaron para invitarnos a la casa del jefe.

Pasamos una chozas que formaban la aldea, rodeadas de una cerca y nos paramos a la sombra de un árbol, próximo a la entrada de la choza-residencia del jefe.

El jefe Eao se ocupó mientras tanto en vestirse de hechizos para guardarse de todo maligno y tan pronto como terminaron de oírse los extraños murmullos y las ceremonias consiguientes, se dirigió a la gente reunida con él con palabras que no entendíamos y nos invitó a pasar para rendirle nuestro respeto.

Eao es un hombre de unos treinta y tres años, de apariencia agradable, muy pintado con los colores rojo y amarillo en la nariz, boca y mejillas. Muy abierto y amable, convocó en seguida a todo el pueblo a reunirse en la plaza, donde podrían escuchar nuestro mensaje acerca de Dios y de la instrucción cristiana.

Se juntaron unos 200 y tuve la impresión que me escuchaban con gozo y alegría. Nos hablaron de la contienda que había entre ellos y un pueblo de la montaña. Ellos no deseaban sino vivir en paz. Les prometimos prestarles toda nuestra ayuda en sus buenos propósitos.

Basupú, 1 de Diciembre (34) (Fig. 32).—Después de una hora en compañía de los de Basapo, partimos para el poblado de Basupú, habiendo de andar entre

(33) Diario de J. C., II, págs. 528-32.

(34) Diario de J. C., II, págs. 532-39.



Fig. 32.—La gran casa de recepción del jefe de Basupú del oeste en 1841 (*The M. H.*, diciembre 1846).

cañaverales de gran altura. En cuarenta minutos nos vimos ante los diversos barrios que componen el poblado, que pasamos hasta llegar al del jefe principal, llamado Boalokko.

El jefe estaba trabajando en el campo; le enviamos un mensajero para informarle de nuestra llegada. Pronto vino, con aspecto de gran patriarca. Se sentó ante nosotros, sin ninguna ceremonia supersticiosa, sobre una silla que provenía de Inglaterra. Escuchó nuestra palabra y dijo que todo era bueno, pero sentía que los demás jefes no estuvieran allí presentes y que habría que esperarles; en esa hora estaban en sus fincas con su gente. Largo rato esperamos, sobre todo por uno que no acababa de llegar.

Mientras tanto Boalokko nos decía que él deseaba que sus hijos fueran instruidos al igual que los blancos. Que ni él ni su padre conocían tales enseñanzas. Le parecía bien que construyéramos una casa junto al mar, pero que él desearía más bien que el maestro que enviáramos viviera cerca del pueblo para que pudieran ver su conducta y cómo trataba a sus hijos y requerirle que los deje si no demuestra ser un amigo.

A lo largo de la entrevista las mujeres del jefe se sentaban agachadas a sus pies, muy atentas a cualquier necesidad. Había allí un albino, el cual, al estar cubierto de aceite y pintura roja, daba la apariencia de pertenecer a otra raza.

Una casa grande nos ofrecieron para dormir aquella noche. Los postes estaban podridos y el suelo tapizado de excrementos de oveja. Una mujer lo barrió y pudimos acostarnos.

No mucho tiempo después de habernos tendido sobre aquel suelo, una mujer corría delante de nuestra choza con paso acelerado. Era una madre que había perdido a su hija y conforme a la costumbre se lamentaba por el pueblo. El significado de lo que decía era el siguiente: ¡Mi hija ha muerto! ¿Por qué me ha dejado? ¿Por qué ha marchado tan pronto de mi? ¿Quién cuidará ahora mis ñames? ¿Quién me traerá ahora el agua? ¿Quién me atenderá cuando me enferme? ¡Mi hija me ha dejado! ¿Por qué se ha ido tan pronto?

El cuerpo fue preparado privadamente para la sepultura. Un hoyo fue excavado

en la tierra como a unas cien yardas de la casa del jefe. Se la puso en postura sentada y fue cubierta de tierra que apenas tapaba la cabeza. Todo se hizo de noche, sin ninguna lamentación en aquel momento de la madre. Todo en la mayor quietud.

Pude ver un pozo pequeño, oblongo, para uso del jefe; no estaba cubierto ni tenía nada alrededor; aún así, decía mucho del amor a la limpieza de este pueblo.

Nos informaron que subiendo la montaña, a las pocas horas, nos encontraríamos con bueyes salvajes y más tarde con mucha hierba alta y sin árboles.

Por fin tuvimos la reunión con 12 jefes, Baolokko comenzó diciendo que hacía sólo unos días habían ido al bosque de Rupé, y Rupé les había comunicado que dos hombres vendrían para darles una palabra que ninguno de sus padres había oído nunca. Que él esperaba que después hablásemos también al pueblo, antes de que los dejase. De buen grado hablé de nuevo a aquel pueblo que nos escuchaba con tanto entusiasmo.

Nos proveyeron de tres cargadores, como guías que nos habían de conducir al próximo poblado de Oiloeri, que debía estar a la mano, pues la noche anterior oíamos los cantos y danzas que provenían de sus alegres habitantes. Por entre largas cañas y hierba y por un estrecho sendero, nada más cruzar el río Apú, nos encontramos ante la vista de los primeros barrios. Sólo veinte minutos de caminata desde la casa del jefe Baolokko hasta la primera casa de Oiloeri. Aquí nuestros guías pusieron en el suelo la cargas.

Baloeri, 2 de Diciembre (35).—Los hombres de Oiloeri se interesaban poco por nosotros; seguían con sus labores manuales de poner cuerdas en las estacas que sirven de soporte a los flanes, como si no estuviéramos presentes. No nos fuimos directos a la casa del jefe, sino que los guías, conforme a las instrucciones que recibieron de Baolokko, enviaron primeramente un mensajero. Oiloeri es tan grande que consta de dos jefes y otros muchos jefes para su regulación y gobierno. No podría dar una idea correcta del número de sus habitantes, pero la ciudad cubre una superficie de dos millas de Este a Oeste.

Nos rogaron que tuviéramos paciencia en esperar hasta que a uno de los dos grandes jefes se le notificara nuestra visita. Pero no resistimos y nos fuimos acercando al centro del poblado. Pasamos una plaza grande y limpia; pronto alcanzamos otra cubierta de hierba y allí decidimos esperar. Un considerable temor nos invadió. Vino el mensajero que nos condujo a través de hermoso arco formado por árboles vivientes, con semillas de bambú esparcidas por el suelo. Seguimos hacia arriba por un estrecho camino hasta una casa de la palabra abandonada, que parecía no haber sido utilizada hacía varios años.

Nos sentamos. Frente a nosotros se sentó también un nativo con una jabalina en la mano, mirándonos con sospecha, fijeza y determinación. Prestaba poca atención a nuestros cumplidos. Sus ojos agudos, resueltos, inteligentes diferían mucho del aspecto de la gentes de los poblados bajos.

Después de largas esperas, se presentó el gran jefe, de nombre Booyamma, anciano, acompañado de sus mujeres, de un joven jefe llamado Eao y de su hijo favorito, de gran poder e influencia en el poblado. Una de sus mujeres traía un taburete hecho de un tronco, y otra, de mirada valiente, llevaba en sus manos los cuernos de un búfalo y el escudo de piel del mismo animal. Después de sentarse realizó la ceremonia de ponerse hechizos para preservarse de toda influencia maligna. Le presenté mi recado y contestó que la «palabra» entre los dos estaba

(35) Diario de J. C., II, págs. 539-47.

dañada porque me había dirigido primero a otros jefes. El era el mayor, el gran jefe y no debía haberle tratado con tanta falta de respeto. Le indiqué mi ignorancia y mis buenas intenciones, mis deseos de amistad. Todo fue inútil. El gran jefe manifestó su deseo de que nos fuéramos sin dilación. Inquirí si había visto antes algún hombre blanco y si realmente quería tratarnos de modo diferente a como nos habían tratado los jefes de otros pueblos. Entonces dijo: «Sí; aquí ha estado un hombre blanco, el gobernador Nicolls; se sentó donde yo estoy sentado ahora».

Viendo que no había nada que hacer, decidimos alejarnos. Los guías de Basupú no querían ya acompañarnos; manifestaban que sólo se habían comprometido a guiarnos hasta Oiloeri. Hubo necesidad de regalarles machetes y entonces accedieron.

Después de pasar el poblado por la calle principal, llegamos al punto en que los caminos parten hacia diferentes cuarteles. Aquí había un espacio abierto con el árbol de la cola en medio: enfrente, las raíces tabulares de una gran ceiba y entre las raíces miles de hechizos para arrojar los seres maléficos del poblado.

Llegamos al mar, en la caleta de Botlenose, entre el río Apú y el Nale. Por este camino Botlenose no distará de Oiloeri más de tres horas.

Booyamma significa «hombre fuerte» en la lengua bubí. Quizás se acerque, pienso yo, a los ochenta años. Sus ojos duros, sus brazos poderosos, su pose firme, su hablar tienen mucha más fuerza y vivacidad que la de un joven. El y su pueblo han ofendido repetidas a veces a otros pueblos y fue con el fin de arreglar una de estas contiendas que el gobernador Nicolls lo visitó.

Hace dos años que algunos de ellos se presentaron de improviso en las montañas de Baney. Encontraron a cuatro durmiendo por la noche junto al fuego; los mataron lanzando contra ellos las jabalinas y huyeron precipitadamente. Los cuerpos de los hombres asesinados fueron más tarde hallados por sus amigos. Las jabalinas que dejaron los homicidas eran de la clase utilizada por el pueblo bariobata. Los jefes de Basapo y Basupú protestaron de su inocencia, alegando que no tenían ningún conocimiento de tales hechos. El viejo Booyamma, sin embargo, se enorgulleció de conocerlo, desafiando así a los de Baney.

No siguió a esta acción de muerte una guerra abierta. Unos pocos de Baney realizaron una emboscada en los terrenos de Oiloeri y tuvieron éxito capturando a cinco hombres. Les cortaron las manos y se los llevaron a Baney. Un ambiente de venganza persiste todavía entre los dos pueblos. No hace mucho una mujer embarazada que fue al bosque en Oiloeri apareció con una jabalina metida en el cuerpo. A pesar de la herida y de estar embarazada, logró llegar a su casa del pueblo. Hubo asamblea y se decidió que si esta mujer moría, se tomaría amplia venganza de los de Baney.

Llegamos a Botonós (por este nombre lo conocen los comerciantes) ya de noche y decidimos visitar la aldea de pescadores cuando éstos volvieran de su trabajo. Dirigimos la palabra a unas treinta personas, hombres, mujeres y niños. Se mostraron muy atentos, pero cuando les manifesté el deseo de alquilar un cayuco para ir a Pulpula, presentaron sus excusas: que no estaban bien con sus vecinos, que habían de cuidar de tener la pesca preparada que exigían por la mañana. Así estuvimos hasta la tarde, cuando pasó un bote que se dirigía al atracadero de Otoicopo.

Batoicopo, 4 de Diciembre (36).—En el atracadero de Otoicopo nos encontra-

(36) Diario de J. C., II, págs. 549-50.

mos con muchos nativos enfermos. Parecían muy contentos con nuestra visita. Nos ofrecieron topé como señal de su buena voluntad. Nos sentamos y les hablamos de Dios. Nos informaron que el poblado estaba bastante lejos en el bosque. Ningún guía nos podían ofrecer ni mi intérprete conocía el camino. Yo me hallaba con fiebre. En poco tiempo un bote cargó mil fiames y subiendo de nuevo al bote emprendimos nuestro regreso a Botonós. De aquí partimos para nuestra morada en la ciudad de Clarence.

Segundo viaje al Oeste. 9-20 de Diciembre de 1844

John Clarke se propone en este viaje llevar la palabra de Dios a toda la comarca de la bahía de Lubá y conocer incluso los distritos de Babiaoma, Ombori y el antiguo Batete. Desea además reunirse con Ennis, la maestra venida de Jamaica que trabaja con los niños de Basacato del Oeste. De paso visita de nuevo la región de los bariobata: Basapo, Basupú, Oiloeri y Otoikopo.

Basapo, Basupú, Baloeri, 9-12 de Diciembre.—En todas partes es bien recibido, ansiosa la gente de conocer lo que dice «El Libro». El jefe Eao de Basapo se hallaba muy enfermo, sin poder moverse de la choza que había construido junto a la playa. Le sustituye en las funciones de gobierno su pariente Bisoho, al que se le obliga a proveer de topé al verdadero jefe (37).

El anciano jefe de Basupú recibe ahora el nombre de Bolekia. Bolekia se manifiesta como un gran amigo de John Clarke. Este le invita a vivir solamente con una mujer, pero Bolekia no lo puede entender: «¿Cómo cuidaré de mis fincas —le dice— con una sola mujer?» Bolekia, abierto con él, le revela los nombres de las pinturas que adornan su cuerpo: el color carmesí, *ntola*; el rojo, *yobo*; el blanco-ceniza, *mpepa*; el azul, *boah*; el amarillo, *siobo*. John Clarke interviene en el asunto de una mujer que se había escapado del pueblo y se encontraba ahora en Dikarikaku, después de haber recorrido otros muchos pueblos. Bolekia desea que se integre de nuevo en su poblado (38).

El viejo y temido Booyamma había muerto. Le había sucedido otro con el nombre de Bomao. El pueblo le recibe bien, pero no le presta la atención debida a su mensaje. El viejo Booyamma había ordenado que no le acogiesen ni le dispensaran ningún favor. De Oiloeri se dirigió a Otoikoppo.

Batoicopo, 12 de Diciembre (39).—El poblado de Otoikoppo se halla muy disperso y en la actualidad lo conocen con el nombre de Balósobé. El jefe se llama Lopé. Muy complaciente en recibirnos y en que la gente reciba la instrucción de un maestro.

Mientras charlábamos con él vino un hombre del *mo*, entró en la cabaña y comenzó a golpearse el cuerpo pronunciando extraños gritos. Se calmó y, dirigiéndose a mí, decía con voz insinuante: «Yo y Rupé somos amigos. Yo he dado a Rupé una esposa. Le he dado una cabra. De cada cabra que sacrifico le doy a Rupé la cabeza. Cualquier cosa que me entreguen es para Rupé». Otro hombre de la reunión manifestaba señalando al hombre del *mo*: «Los dos somos hermanos porque los dos pertenecemos a Rupé». Yo les quise hacer callar, pero el jefe Lopé me replicó que

(37) Diario de J. C., IV, pág. 81.

(38) Diario de J. C., IV, pág. 84.

(39) Diario de J. C., IV, págs. 87-88.

todo lo que decía ese hombre era verdad porque Rupé estaba con él. Siguió con sus danzas y sus misteriosos ruidos hasta que, fatigado, se sentó. El hombre del *mo* parecía tener como unos treinta años. A veces cuando están en la posesión matan a una persona y dicen que ha sido Rupé o algún *mo* el que lo ha hecho.

El hermano de Lopé se llama Etata, que es el jefe de guerra de Oitoikoppo. Junto a la aldea de Etata hay otra llamada Basoko, donde encontramos otra mujer sin manos.

Estando en Oitoikoppo vino el segundo jefe de Oiloeri, llamado Eao, a interesarse porque los niños de su poblado recibieran instrucción. Pudo estar presente a la charla que tuvimos ante la gente de Oitoikoppo, en los que se notaba el interés que suscitaba en ellos lo que decíamos.

Basakato del Oeste, 13 de Diciembre (40).—Deseaba visitar a la maestra Ennis de Jamaica. Dirigimos nuestro bote hacia la playa de Yabbá, cerca de la cual hay una aldea de pescadores de los Boloko, para emprender el camino a Basakato al día siguiente. En esta playa pudimos ver varios galones de aceite de palma que estaban allí, sin ningún guarda, lo que dice mucho del respeto a lo ajeno de este pueblo, unido a un temor supersticioso.

Emprendimos el camino y en media hora nos hallamos en la aldea de *Bosapa*. Saludamos al jefe, ya muy viejo, que nos recibió amablemente. El poblado, no lejos de la aldea de Etata de Oitoikoppo, está en lo alto, con preciosa vista frente al mar. ¡Qué delicia sería vivir aquí y recorrer los poblados desde la región de Barióbatá hasta Boloko!

La maestra Ennis vive aquí en una casa de 10 por 27, donde convoca a los niños, aunque en medio de muchas dificultades. El jefe invitó a la gente de los tres pueblos: *Bosapa*, *Basipú* y *Reipala*, a reunirse en la plaza para escuchar lo que dice «El Libro». Después en veinte minutos nos acercamos a *Basipú* y subimos hasta el pueblo de *Reipala*, situado en lo más alto. Muchos de Boloko se encuentran en este pueblo para intercambiar ñames y aceite.

Boloko del Oeste, 14-18 de diciembre (41).—En cuarenta minutos descendimos hasta la playa de Yabbá, a la que van tres ríos de finísima agua. Cerca de uno de estos ríos puede verse una casa del *mo*, donde el espíritu acude a encontrarse con el hombre. Se dice que el espíritu tiene su morada en el agua, a los pies de un árbol. Está construida en un sitio oscuro entre un ficus y una palmera. Un camino de 90 yardas conduce a un recinto exterior que da entrada a otro más oculto, donde no observé nada notable.

Nos embarcamos hacia la isla de Los Loros. Actualmente no hay allí otro indicio de presencia humana que una choza y un cocotero junto a ella. Pero antes los pescadores vivían aquí. Aún puede notarse el solar de la aldea con su plaza recubierta de maleza. Fueron los crumanes los que obligaron a los bubis pescadores a trasladarse a Jabbá. Nos mostraron la sepultura de un crumán que había perecido en la lucha.

De esta playa salimos para N. W. Bay [Lubá] y en hora y media nos acercamos al poblado crumán de Jack Massie. Viven aquí como unas cincuenta y dos personas en seis grandes casas y otras más pequeñas. Jack sería asesinado más tarde por su rival Charlie a causa de un asunto de mujer. A nosotros nos recibió galantemente, sirviéndonos en vasos y platos al estilo inglés.

(40) Diario de J. C., IV, págs. 94-99.

(41) Diario de J. C., IV, págs. 99-110.

Junto al poblado de Jack Massie hay un pueblcito bubi de pescadores, muy desesperados por las molestias y maldad de los crumanes. En el momento de nuestra visita salían dos cayucos a pescar tortugas. En la gran bahía destacaban entre los cayucos dos grandes barcos, uno de Liverpool y otro que venía de Bonny a comprar fñames.

Fuimos después al poblado de Charlie con la intención de proseguir adelante hacia Batete y Bakoko. No nos recibió con buenos ojos. Le dijimos que no habíamos venido a comerciar, sino a hablar al pueblo de la Palabra de Dios. Nos contestó: «El negro no es como el blanco. El negro no necesita del Libro. Usted no debe ir a los bubis, porque los bubis no pueden aprender ese libro. No puede ir usted a la montaña. ¿Es que usted desea llevar el mensaje a los bubis para que me maten? Lo que usted debe hacer es volverse a Clarence y cuando venga aquí debe presentarse primero a mí». Le dije que yo no deseaba volver a Clarence, sino ir a Batete. Replicó: «Si usted se dirige a Batete, le destruiremos el bote; tenemos hombres en varios lugares a lo largo de la costa».

Nuestro acompañante Mula tenía miedo de que Charlie se enterara de que él era un sirviente de Beecroft. Botshika, el intérprete, estaba más tranquilo. Algunos reconocieron a Mula, pues era nativo de la próxima aldea de pescadores, y éste oyó a uno que decía: «Mira; ése es un pescador, prendámosle». Otros insinuaron: «Va con un hombre que lee el Libro; es un hombre de Dios». Y huyeron al poblado. No había duda de que teníamos que retornar a Yabbá.

En Yabbá decidimos visitar los pueblos de Boloko. En una hora llegamos al pueblo de *Belaoh*, a cuatro millas de distancia. Pero la mayoría estaba ausente y con un guía nos acercamos al siguiente pueblo, de nombre *Boyuloeri*. Desde las cinco a las seis de la tarde estuvimos esperando en el poblado. No apareció nadie.

El guía entonces se empeñó en seguir adelante. Cruzamos un río y la noche se nos echó encima. Subimos la pendiente de una montaña. No sabíamos qué hacer. Oímos a gran distancia el sonido de *njaki*, la trompeta bubi. Nos animamos a andar en esa dirección otras dos millas, ya de noche. Por fin percibimos las voces que salían de unas casas cerca del camino. Botshika dirigió los pasos hacia la primera casa, saludando: Oípodí. Un hombre, conociendo que hablaba un dialecto diferente, le respondió: *Obé* (en el dialecto de Boloko *obé* significa: «¿Cómo está?»). Nosotros nos fuimos a esperar junto a un árbol.

En ese momento la gente que pasaba notó mi presencia y una mujer con voz chillona dio la alarma con estas palabras: *A ma rimo moo wohah okke*, ¡Espíritus que han subido de la playa! *Ma mamotshu botshio*: ¡Andan por la noche! Otros comenzaron entonces a gritar: ¡Echadlos fuera! ¡Que no entren en el poblado! Un hombre vino hacia nosotros blandiendo su vara (*sahá*) para echarnos de allí y señalándome exclamaba: ¡Este espíritu es muy grande! Yo le dije en bubi: ¡Hombre, choca la mano! Se convenció de que yo era un espíritu bueno. Chocamos las manos. Después, demostrando coraje, todos los presentes. No se cansaban de mirar nuestra cara, ponían sus brazos alrededor de mi cuello. Y terminaron por decir: «Ven con nosotros y duerme en nuestra choza».

Se hizo un gran fuego y me senté sobre un leño. Nos dieron fñames a la brasa. Dormí muy bien con los pies donde había estado el fuego.

Al clarear el día salí para ver el horizonte; estábamos entre la bahía de Lubá y la de Biappa. El nombre de mi amigo más joven y también más caluroso era Jobo, su hermano, Isoma; su otro hermano, Eriberi; el tercero, Mumakalli; el cuarto, Moriba, y su padre, Bieru Betshu.

Jobo fue pronto a Bokope, jefe del pueblo de *Olohome*, donde estábamos. Pero el viejo rehusó vernos. Dijo que él tenía su propio *mo* y que no tenía por qué conocer otros. Afirmó que el gran *mo* era su *mo* y que Rupé no era su Dios. Explicó además que se placía mucho de que Jobo nos hubiera detenido para que escuchara de nosotros que estábamos con los crumanes. Que otro hombre de Dios le había regalado el presente de una bagatela y que le había dicho que él y todo el pueblo morirían pronto. Y así él no quería que alguien más viniese a él. Este fue Mr. Ennis que había subido a verle y había leído el primer libro de la Biblia a algunos del pueblo.

Viendo la gente que el jefe no quería recibirnos, comenzaron a mostrarse recelosos de nosotros. Reuní algunos para hablarles de Dios, pero ellos se mostraban inquietos; no deseaban sino que terminásemos pronto y manifestaban que no les interesaba otra cosa de los extranjeros que el comercio.

Jobo quiso acompañarnos hasta la playa. Tardamos cuatro horas y tres cuartos en llegar, por lo que calculamos que al menos habíamos recorrido doce millas. Atrás quedaba *Olohome* con su río y seis arroyos, dos de ellos secos.

CAPÍTULO VIII

LOS BUBIS

A lo largo de estas páginas son muchos los datos que han ido aflorando sobre las costumbres bubis, proporcionados por los habitantes de la ciudad de Clarence. Tratamos ahora de presentar otros, obtenidos de diferentes autores que escribieron durante este período de 1827 a 1858, reunidos por temas, que nos permitan un mejor conocimiento del modo de vida bubí antes del período de influencia española y en sus primeros contactos con las nuevas culturas que entraron en la isla por la ciudad de Clarence. Nos atenemos exclusivamente a lo que dijeron de ellos los autores de aquella época, sin interpolación con datos adquiridos en épocas posteriores.

1. ORIGEN Y NOMBRE

Navarro, copiando a Hutchinson escribe que «muchos bubis atribuyen el origen de su pueblo a un descenso que se verificó en tiempo inmemorial de lo alto de la montaña» (1). Se trata evidentemente de un origen mítico. Todos los autores lo consideran procedentes del continente vecino. Ateniéndose a las marcas de tatuajes, Hutchinson los emparenta con una tribu, cerca de Lagos, al Sur de Nigeria (2).

Sobre el nombre *bubi* hay ya una referencia en 1816 (3). La afirmación de Hutchinson de que «el nombre de *boobees* se lo dio el capitán Kelly cuando tomó tierra en George's Bay (actual bahía de Lubá) en 1822» (4), se ha de interpretar en el sentido de que hizo público este nombre en su artículo publicado en la revista *Quarterly Review* (5), nombre dado anteriormente a los habitantes de la bahía de Lubá por los comerciantes del aceite. En cuanto al significado de este nombre, dado por los comerciantes, se muestra muy explícito John Clarke cuando dice que «se les dio el nombre de un pájaro del mar, conocido con este nombre en inglés por los marineros» (6).

(1) NAVARRO, J.: *Apuntes...*, pág. 89. Cf. HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 201.

(2) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 192.

(3) Cf. *Royal Gazette and Sierra Leone Advertiser*, 10-11-1821.

(4) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 186.

(5) KELLEY, Capt.: «Fernando Po», *Quarterly Review*, octubre, Londres, 1821.

(6) *Diario de J. C.*, 8-10-1841.

Más tarde el doctor Thompson, de la expedición al Níger de 1841, llamará a los habitantes de la isla con el nombre de «adeeyah» (7), pero John Clarke le replica en su diario. «Mi intérprete bubí ha estado dos años en Clarence y habla bien el inglés. Dice que la palabra «booby» significa simplemente «hombre» y es utilizada por los nativos para hablar de sí mismos con nosotros, así como entre ellos mismos. Así, éstos dirán «a booby pali bawe»: «¡Hombre! ¿Cómo estás?». «Adeeyah» es el nombre general de todo el pueblo en su conjunto, con referencia al país en que habitan; porque *itchiañ* significa «nuestro país». Batete es la gente de los cuatro poblados de Banapá, Basilé, Rebola y Basupú con todas sus fincas más las aldeas de los pescadores. Y así, «adeeyah» es la gente de toda la isla» (8).

Posiblemente fue John Clarke el que generalizó el nombre de bubí, como proveniente de «aboobe», «hombre», tal como lo interpretarán todos los autores posteriores.

2. CALCULO DE LA POBLACION

Antes de la expedición del Níger de 1841, los viajeros se limitan a decir, sin ningún cálculo serio, que la isla tendría unos 5.000 habitantes. El doctor Allen, jefe de la expedición, se plantea ya el problema del cálculo de la población. Sus palabras nos parecen acertadas: «No puede asegurarse —escribe— el número de bubis en la isla, pues falta realizar el censo, pero puede estimarse, utilizando la proporción de los que habitan la zona Norte y pensando en la extensión de la isla, que habrá de 15.000 a 20.000 habitantes. Esto concuerda con lo que nos dice un negro liberado de Clarence que ha estado en casi todos los poblados» (9). Es decir: si toda la isla está habitada por término medio como lo está la zona norte de Banapá, Basilé, Basupú y Rebola, el cálculo sería de 15.000 a 20.000 habitantes. Ahora bien; en 1841, por los datos que poseemos, se desconocía la numerosa población de Rebola. En 1845 el pastor Diboll se quedaría asombrado de los muchos barrios de este poblado, que reclamaba al menos dos escuelas para sus hijos (10).

Fue John Clarke el que trató muy en serio el cálculo de la población. Tuvo interés en averiguar el nombre de todos los poblados y de sus jefes. Para junio de 1841 tenía ya anotados los nombres de 40 poblados, indicando al mismo tiempo que aún no había obtenido los nombres de muchos poblados del Sur. En marzo de 1845 había concluido el mapa de la isla con sus comarcas y pueblos, que sale a la luz más tarde en la revista misionera de los baptistas en agosto de 1852 (11).

En su diario anota, al concluir el mapa, lo siguiente: «El número de habitantes de la isla puede ser de 30.000, en vez de los 10.000 que antes había estimado. En mi mapa constan 140 poblados, además de las aldeas de los pescadores y de las fincas dispersas. A 200 por cada poblado serían 28.000 habitantes; incluyendo las aldeas de los pescadores pienso en 30.000, es decir: calculando 2.000 el número de pescadores». Y añade: «Es imposible contabilizar la población por el número de

(7) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 218.

(8) Diario de J. C., 12-11-1846, II, pág. 523.

(9) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, pág. 198.

(10) Cf. pág. 167.

(11) Cf. The M. H., agosto 1852, vol. X, n.º 159, pág. 1.

casas, ya que están dispersas y ocultas en el bosque y, además, un hombre puede tener 20 ó 30 chozas y algunos hasta 40 ó 50 familiares entre esposas y niños y otro una sola choza con su mujer y dos, cuatro o nueve familiares» (12).

Pero a este cálculo de John Clarke tiene que hacerse necesariamente la siguiente observación. John Clarke no distingue con claridad la diferencia entre poblado y aldea. La aldea bubí es el lugar de la familia extensa. Consta de los hermanos mayores con sus esposas y todos sus hijos y nietos. Las aldeas o barrios pueden reunirse formando un poblado o bien permanecer dispersas en toda una comarca. John Clarke no pudo visitar por falta de tiempo y por las guerras de Lubá la zona sur de los Baloketo, Baabba, Babiaoma, Ombori, Batete, Bakoko, Bareka, de las que ha obtenido por sus informadores, no los nombres de los poblados, sino de las aldeas. Difícilmente una aldea puede llegar a los 200 habitantes. Por ello, de la cifra de 30.000 creemos que deben rebajarse unos miles. La cifra más aproximada, como cálculo, para la población bubí de la isla en estos años, sería la de 25.000 habitantes.

He aquí el esquema presentado por John Clarke de la población de la isla (13).

| <i>Comarcas</i> | <i>Poblados</i> |
|-------------------|--|
| Batete del Norte | Banapá Basilé Basupú Rebola |
| Baney | Rebola Bassirtshi Basipú Basusu Bepara Balubitshu |
| Basuala | Baturishi Rebola (Rilako) Batoicopo (Basukutu) Bepara Basupu |
| Basacato del Este | Rosibileppi Reipara (Rebola) Oisinoka Relakka (Repedi) Basupú-Oisoso |

(12) Diario de J. C., 4-3-1845, IV, pág. 259.

(13) Para confeccionar esta lista nos servimos de la realizada por J. C. al final del segundo viaje al Este de la isla el 26 de noviembre de 1844, IV, pág. 69, y de la que presenta al final de su diario el 2 de febrero de 1846, V, pág. 171, teniendo en cuenta además los poblados consignados en el mapa publicado en la revista «The Missionary Herald» en agosto de 1852.

| <i>Comarcas</i> | <i>Poblados</i> |
|-----------------|--|
| Bariaobe | Ribeté Babula (Oitorishi) Barióbatá |
| Bakake | Babula Oitorishi |
| Baho-Bilelipa | Balutshatsha Basalekopo Wyowopo Bepara |
| Bantabaré | Oboweuwe Ripara |
| Barinoko | Willata |
| Boloko del Este | Isou Bosatsha |
| Maddo | Bisokosoko |
| Baappa (14) | Aohoh Ori o Eori Ebaka Woopé Biasaka Eloko o Eoko Bttali o Bosadya, Dikadya, Wayatsha Boela Okoidda Diwali Eadda o Diabba Eadde o Eedda o Jabba o Boloko Abaká Eitshabwa o Etshabwa, Einapwa Eoki Baie Diwasobo Boake Bilette Adihah Olodihoh Oraka o Duaka |

(14) Cf. Mapa realizado por J. C. y publicado en la revista «The Missionary Herald» en agosto de 1852.

| <i>Comarcas</i> | <i>Poblados</i> |
|--------------------------|--|
| Baappa (continuación) | Oakoa Woesabe Dieké Watoto Oguma o Bibiomah o Olohome Moeba o Oboriba Agodday Bosibe o Mosibe Botoalo o Botale Eaggo o Dimoloaggo o Bibolohaka Eburu o Ebudu Boebe o Bebebe Boh'he o bohhe Oelubé o Oelubí Alahoh o Balahoh Bosayo o Bosoko o Misoh'ah Ettodu Motoam Baule Esohu Yadyi Loobe Idiahe Orie Otohan o Odohah Diboridi Orobe da Mopi, Oromo a Bopi Miohina Omepilo o Mepilo o Mpimo Weteheh Didiinko Oloitta Ilako o Rilako o Dimolako Isowydia Baoli |
| Abepo | Bikoh Boepo |
| Bareka | Batshubitshu |
| Bakoko | Bakoko |
| Buidye | Obolako |
| Batete del Sur | Biapara Biribo Maulopi |

| <i>Comarcas</i> | <i>Poblados</i> |
|----------------------------------|--|
| Batete del Sur (continuación) | Balibo Butuloeri Eseoli Olopoho |
| Ombori | Bokotá Ribela Riraká |
| Babiaoma | Maddo Ritosobi Riobwa Omoari Barinko |
| Boloko del Oeste | Sule Barey Oraha Oinari Irio Bankke Oloriha Oloritta Boaraba Omihuahu Otohu Opetwa Buitshi Boopa Rahaka Oloeddi o Butuloedi o Moedi |
| Basakato del Oeste | Tipolapola Reipala Basepo Basupú Oitoicopo Balabitsha |
| Bariobata | Basapo Basupú Oiloeri Otoikopo |

A estos poblados y aldeas de los agricultores había que añadir las aldeas de los pescadores, situadas junto a los ríos, embarcaderos y playas. Desgraciadamente su cómputo es deficiente, debido a que los pescadores no se prestaban a decir

sus nombres, nombres, por otro lado, muy difíciles de escribir. ¿No hablarían estos pescadores una lengua propia distinta de los bubis agricultores, como descendientes de las primeras emigraciones?

De ellos nos dice Hutchinson: «Los bubis que residen en pequeñas poblaciones que se ven por las costas de la isla, cada una de las cuales tiene su nombre peculiar de muy difícil escritura y todavía de más difícil pronunciación, son pescadores y viven todos de esta industria» (15).

John Clarke calcula su número en 2.000. En sus viajes aduce algunos nombres, algunos como Dikarikaku ciertamente nombres de aldea, pero otros más bien del lugar en que están situados. En la región Norte, de Clarence hasta Baney, señala: Dinsul, Buriówata, Obualapwa, Elehah, Dikarikaku; en Baney, isla Horatio, Bunelia, Ulokoeipwa, Etopé, Boriéwatá, Otwakapotí, Ekokopwa, Koraisosu; en Basuala, Obokobuilá. De Clarence hasta Lubá: en Barióbatá; Bitá, Basapo, Nale, Dibioko, Ipaprepala, Batewillá; en Boloko; Sitesile, Yabá Omoiri, Obutulapwa, Eohko, Ebeka y Bwelapwá.

Posteriormente a John Clarke, reflexionando sobre la cifra de 30.000 habitantes aducida por él, el cónsul Hutchinson, residente en la isla durante varios años, advertía: «He oído que la población de la isla se estima en 30.000, pero juzgando por los poblados que he visitado, no puedo concebir que este número sea correcto. Además es imposible realizar un censo» (16). Baikie, de la expedición al Níger de 1854, con prudencia estimará la población de la isla entre 20.000 y 30.000 personas (17). La cifra de 30.000 ciertamente debía ser rebajada.

3. ORGANIZACION SOCIAL

No es mucho lo aportado por los habitantes de la ciudad de Clarence sobre la organización social bubí. Se desconoce el grupo clánico matrilineal, fundamental para entender la vertebración de la sociedad tanto en el matrimonio como en la cúpula del gobierno. Se desconoce la familia extensa, que es la aldea donde se desarrolla la mayor parte de la vida social bubí. Se desconoce también la asociación con los espíritus, que son los que en último término deciden lo que ha de hacerse bajo el principio de lograr en todo la paz y armonía universal. Sin embargo, podemos recoger datos interesantes sobre el matrimonio, el gobierno y la asociación del «buala».

Matrimonio

En la concepción dualística bubí, la celebración del matrimonio no es sólo la unión de dos personas formando pareja y por ende, asimismo, la unión de dos clanes, sino además la celebración de la armonía del universo. Este enlazar a todo el universo en la unión matrimonial nos puede explicar el aprecio de la sociedad bubí por la virginidad y los severos castigos que traía consigo el adulterio. Al

(15) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 201. Cf. NAVARRO, J.: *Apuntes...*, pág. 89.

(16) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 189.

(17) BAIKIE, W. B.: *Narrative...*, II, pág. 342.

haberse perdido el cantoral matrimonial no es posible ya desarrollar como convendría este tema, pero algo de ello podemos vislumbrar en lo que escribe Hutchinson: «Para la boda, en Basupú del Norte, a la que fui invitado, vino un *nepi*, un cantor, que bien podría ser un juglar de los pueblos de esta isla, el cual había recorrido seis millas aquella mañana para asistir profesionalmente a la ceremonia. Comenzó su canto con un solo de melodías que exaltaban las virtudes y cualidades de la novia y que producían gran satisfacción en la audiencia, pues las coreaban con energía con los alaridos de ¡Hié! ¡Hié! ¡Ye! ¡He!, con el sentimiento al mismo tiempo de aprobación y de exclamación de nuestro ¡Bravo!.

Siguió un cántico en que convidaba a toda la naturaleza a manifestarse con ímpetu en universal alegría. Entre otras cosas, como pude saber por la traducción que se me hizo, recordaba la existencia de un pueblo malvado de monstruos anfibios en el continente, que sin duda hubieran llevado a cabo el perturbar la universal armonía, si las fuerzas del bien no los hubieran arrojado a las aguas del mar, donde muy pronto fueron devorados por los tiburones» (18).

El matrimonio, al menos en la zona Norte, se celebraba con gran pompa y algazara. La ceremonia de la unión matrimonial tenía lugar en la aldea de la novia, a ella seguía el traslado de la pareja a la aldea del novio y aquí se brindaba al público la fiesta de la boda.

Ceremonia del matrimonio en la aldea de la novia.—«Lo primero que nos llamó la atención dentro del poblado —escribe Hutchinson— fue la cocina. Había allí gran cantidad de puercoespines (*ipá*), venados (*sechie*), listos para ser mezclados con aceite de palma, y varios gusanos retorciéndose (*inchaki*), que son obtenidos de los árboles de la palmera. Los espectadores los aderezaban con unos palillos con los que parece que añadían picantes al menú que se preparaba.

A las afueras de la pequeña cabaña, que pertenecía a la madre de la novia, reconocí al novio, muy feliz, que estaba sometido a la *toilette* de manos de la futura cuñada. La señorita de la cosmética, que tenía una pequeña pipa en la boca, procedía a untarle con la pomada de la *ntola*. Profusión de bandas de sargas de *nchibo* eran colocadas alrededor del cuerpo, de las piernas y los brazos.

«El novio volvió su mirada a una pieza de ñame, pintada de color castaño, en forma de riñón, con una pluma roja de loro fijada en su parte convexa, y la cogió en la mano. Según me informaron, esta pieza se llama en ese momento *ntshoba* y es la protección que le defiende en ese día de cualquier influencia del maligno».

Por medio de dos grandes alfileres, adornados con cuentas de cristal, rojas y blancas, sujetaron el sombrero al cabello de su cabeza y entonces él y un amigo «atacaron» un plato de carne estofada con aceite de palma, que colocaron delante de ellos» (19).

A veces el adorno de los novios se hacía más complicado y en un clima de gran fiesta. «Delante de la choza de la ceremonia —apunta John Clarke— un grupo de mujeres viejas y jóvenes se entregaban a la danza con una vara en la mano, mientras otro grupo de hombres bebían topé sentados en el suelo. Durante la danza dos o tres mujeres se empleaban en el aderezo del novio y otras en el adorno de la novia, que estaba bajo un cobertizo de hojas de palma».

«Las mujeres acicalaron los cabellos del novio untándolo con aceite y después

(18) HUTCHINSON, T. J.: *The Years Wandering among The Ethiopians*, Londres, 1861, págs. 308-9.

(19) HUTCHINSON, T. J.: *The Years...*, págs. 305-6.

con un barro llamado *buea*. Sobre su cuerpo, pintado de *ndola*, pusieron una mixtura llamada *biri*, en la que entraban varias cenizas y tierras como la *mpepa*, dándole un último tono de color blanco. Cuando se terminó el tocado del cuerpo con otros muchos adornos, se acercó un hombre con varias pieles de gato montés. Unas cuantas fueron colocadas alrededor de sus lomos y otras en la vara que sostenía en la mano. Dos niños, que estaban junto al novio y que irían detrás de él en la procesión, fueron pintados también de blanco».

«Nos trasladamos después al cobertizo donde se adornaba la novia, que parecía más tranquila y serena que el novio. Las bolitas de barro en que terminaban las trenzas del cabello, como deditos de un niño, no bajarían ciertamente de doscientas. Sobre la frente, cayendo encima de las cejas, resaltaban cinco *dyoko*, grandes monedas blancas y redondas de concha. Pintado todo su cuerpo de varias pinturas, fue coloreada por último con polvos blancos, obtenidos de las cenizas de una madera escogida para este acto. El sombrero fue ornado con blancas colas de las ovejas del país» (20).

Cargada con estos adornos, entre ellos posiblemente con un gran yelmo hecho de piel de búfalo, la novia ha de realizar con solemnidad la espera del novio, que puede durar más de una hora. Mientras tanto un cantor o un coro de cantores hace el elogio de la novia, de su belleza, de sus atractivos, de su buen carácter. Al llegar el novio, los cánticos se vuelven más solemnes, aludiendo a mitos, como el ya indicado, sobre la paz y armonía universales. Se inicia entonces la pequeña procesión de los dos novios, desde la choza en que había estado recluida la novia hasta la choza frente a la cual tendrá lugar el compromiso matrimonial. Les acompañan dos mujeres de edad, llamadas *boonanus*, que quiere decir abuelas, madres del novio y de la novia, y los dos niños que significan la armonía del universo, pintados de blanco. Al llegar a la choza se encontrarán con el padre de la novia y la hermana del novio.

El padre toma en sus manos una especie de velo hecho de sartas de trocitos de conchas y lo coloca sobre la frente de su hija, que le cae hasta la punta de la nariz (21). Le habla entonces, en un breve discurso, con estas o parecidas palabras: «Si eres infiel a este hombre vendrá sobre ti la mala suerte. El es un hombre bueno; no puedes tener ninguno mejor; no vayas por lo tanto a buscar ningún otro en los poblados de alrededor. Cuando hayas dado a luz tres hijos, debes pagar por tu esposo la cantidad de moneda que es usual para el adorno de su persona (100 ristras). Pero si tienes siete hijos, pagarás mucho más, a fin de que tu esposo se presente conforme al honor que le es debido». De igual modo la hermana del novio dirige a éste algunas recomendaciones.

Se colocan después cinco doncellas al lado de la novia por orden de estatura, cada una varias pulgadas más baja que la otra, estando la más niña en el extremo. Las doncellas están ataviadas con plumas de loro sobre sus cabezas, adornada también con estas plumas la vara que sostienen en sus manos. Las abuelas se colocan detrás de los novios. En este momento el novio ha de tender su brazo alrededor del cuerpo de la novia. Los cantores entonan, al abrazarla, varias canciones canturreadas.

La madre del novio se presenta seguidamente ante los dos novios y los une, atándolos por los brazos con la cadena de conchitas de *nchibo*, mientras dice al

(20) Diario de J. C., 16-12-1841, II, pág. 562.

(21) Diario de J. C., 16-12-1841, II, pág. 563.

novio que tenga cuidado de aquella tierna criatura, aunque él haya podido tener antes varias esposas. Aflojado el brazaletes que los une, la madre de la novia lo impone de nuevo, aconsejando al oído de su hija que su deber es atender la finca de su esposo, cultivar los ñames y la malanga y serle fiel durante toda su vida. La ratificación de estas promesas se verifica pasando una copa de vino de palma, de la madre a su hijo, de éste a la novia, de ésta a su madre, tomando un sorbo cada uno.

Efectuado el matrimonio, surge la danza, la alegría, los parabienes de todos (Fig. 33). «Era de ver —escribe Hutchinson— aquella danza de cuerpos embadurnados de colores, colgando de sus caderas colas de monos, de gatos monteses, con sombreros redondos que sostenían penachos de plumas de loro o manojos de hojas de helechos arborescentes, con sargas de conchas pendientes como ramilletes de los brazos, los puntitos blancos y rojizos pintados alrededor de los ojos o sobre las espaldas, todo ello en el marco de graciosas palmeras, encumbradas ceibas, magníficos árboles tropicales, cocoteros y plantas de vistosas hojas» (22).

Traslado de la pareja a la aldea del novio y fiesta de la boda.—Fatigados por la danza —dice Hutchinson—, los cantores, agitando en sus manos los *elebó* o campanas de madera, dirigidlos por el *nepi* o jefe de cantores, inician la marcha hacia la aldea del novio, con melodías alusivas al acto. Les seguían las seis esposas que en este caso tenía el novio, después el novio y detrás la novia, seguida de las cinco doncellas y gran acompañamiento de familiares y amigos. La comitiva pasó por las otras aldeas del poblado, suscitando la fiesta en todos sus habitantes. Media milla distaba la aldea del novio. Al llegar a esta aldea los cantores y esposas se detuvieron y ejecutaron una danza girando alrededor del arco de entrada. Entonces invitaron a la novia a que no tuviera miedo y se decidiera a ingresar. Los cantores y las esposas se abrieron en dos filas y el novio, abrazando a la novia, la condujo al ingreso»

«Uno de los hijos del novio presentó en ese momento un ñame descomunal pintado de color moreno y se lo ofreció a la novia al tiempo que le avisaba, como antes su madre, que debía dedicarse al cultivo del ñame. Otros hijos imponían en



Fig. 33.—La danza de los *elebó*, campanas de madera, en el sur de la isla (Baumann, O., pág. 102).

(22) HUTCHINSON, T. J.: *The Years...*, pág. 309.

la novia nuevos adornos de *nchibo*. El novio le impuso también cuatro anillos, asimismo, de *nchibo*, en el dedo medio de la mano derecha. La madre se dirigió nuevamente al novio recomendándole cumpliera los compromisos que había contraído con su esposa»

«Entraron en la aldea y los novios visitaron a sus familiares para no identificarles que ya estaban casados. La ceremonia había terminado. Se iniciaba el ritual de ofrendas a los novios. Los amigos venidos de diferentes partes traían cestos de comida, las mujeres se acercaban transportando sobre sus cabezas fajos de leña que depositaban en una choza»

«El banquete, animado; la bebida, de vino de palma, y las danzas, cerraron el gran día de la boda» (23).

Noviazgo.—La institución del noviazgo era observada con esmero cuando se trataba de la primera mujer. El noviazgo debe prolongarse al menos por dos años, durante los cuales el aspirante a poseer una mujer debe realizar ciertos trabajos para no perder a su prometida. Debe llevar aceite de palma al mercado, agua para las necesidades domésticas de la familia de la novia, y plantar ñames, etc. (24).

Es costumbre que una niña sea asignada como futura esposa a un hombre. Cuando ya se acerca el día de la boda, el novio visita con alguna frecuencia a la familia de la novia, llevando algún presente. Si ella no es fiel, el hombre debe manifestar su enfado amenazando con el abandono de su trabajo y de sus regalos y exigiendo que se le pague el valor de lo donado.

La madre vigila ansiosa para que su hija conserve la virginidad. Si ve que puede ser injuriada por la mala conducta de su hija rehúsa el presentarla a él como esposa y retrasa la ceremonia de la boda seis o doce meses. Si ella no es apta para traer un hijo, la fiesta se retrasa lo suficiente para comprobar su esterilidad; si ésta es confirmada la novia quedará con sus padres. En este caso el novio no puede exigir la devolución de los trabajos realizados por ella (25).

Para asegurar la virginidad y las señales de fecundidad, la madre encierra a su hija en una choza generalmente cerca de su casa. El encierro puede durar dos años. El novio la visita y al final cohabita con ella para cerciorarse que puede ser madre (26).

La seducción de una joven prometida —y todas lo son desde muy niñas— se considera una ofensa muy grave, uno de los mayores crímenes que pueden cometerse en el sistema social *bubi*. El joven violador de una alianza, que ha determinado la comunidad, es severamente castigado y se le obliga a su familia al pago de fuertes multas.

Adulterio.—De igual modo es considerado el adulterio. Por la primera transgresión ambas partes son castigadas con la pérdida de una mano. En caso de nuevas transgresiones el hombre no puede perder la otra mano, pero si la mujer, que será echada de la tribu si repite el pecado.

Estas infortunadas mujeres buscan refugio entre los *crumanes* de Clarence, aunque no dejen de sentir profundamente la exclusión de su pueblo, mirándolo como una pérdida mayor que la privación de sus manos.

(23) HUTCHINSON, T. J.: *The Years...*, págs. 309-314. Cf. HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, págs. 199-200. En NAVARRO, pág. 88.

(24) Cf. ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 203.

(25) Diario de J. C., 16-12-1841, II, págs. 564-65.

(26) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, pág. 204.

La amputación es realizada con un cuchillo común en la juntura con la muñeca. Después de la operación se le aplica un astringente vegetal muy activo, que, según se dice, cierra la hemorragia perfectamente. Se le pone un barro especial por todo el cuerpo y el brazo se mantiene vertical por un grupo de amigos. El barro que cubre el cuerpo guarda al paciente lo más caliente posible. «Examiné —dice Allen— algunos muñones de estos infelices y mostraban estar tan bien cicatrizados, como si hubieran sido curados por el mejor cirujano inglés (27). Por otro lado, el estar sin manos no les impedía trabajar. «He visto —afirma John Clarke— en un pueblo de Basakato del Este a una mujer sin manos lavar, cocinar y retirar la olla común del fuego del hogar» (28).

¿*Monogamia o poligamia?*—Cuando en 1841 John Clarke inicia sus viajes al interior de la isla, muchos jefes son polígamos; de alguno dice que tiene 60 mujeres. Sin embargo, las leyendas bubis, cuyo contexto se remonta mucho más allá del siglo pasado, no hacen nunca alusión a la poligamia, ni ésta es objeto de ningún drama o de problemas sociales. La expedición de Gómez Ferreira de 1770 muestra su extrañeza ante el hecho de que los bubis admitan sólo una mujer en el matrimonio. Lo mismo afirman los ingleses que fueron presos por los bubis, liberados después por Gómez Ferreira (29).

Esto nos indica que la poligamia se introdujo en el siglo pasado y, por las conversaciones de John Clarke con los jefes, podemos averiguar su causa. Al exhortarles el misionero para que abandonasen sus mujeres y se quedaran con una sola, la respuesta fue siempre ésta: «Quién nos ayudará en la plantación y cosecha de los ñames?» (30). Por ello deducimos que la poligamia se introdujo por razón del comercio. La demanda de ñames por parte de los extranjeros cambió el sistema social bubí. La producción se limitaba anteriormente a las necesidades de la familia; ahora los jefes, en indudable competencia unos con otros, necesitaban producir para exportar y, como mano de obra, fue escogida la mujer. Pero esta conducta no se ajustaba a la tradición bubí. Muchos bubis le hablaban a John Clarke en contra de este abuso. Y de hecho la monogamia cristiana no ha tenido problemas importantes entre los bubis, como ha sucedido en otros pueblos africanos.

Gobierno

Hoy conocemos suficientemente que la agrupación básica de la sociedad bubí era la familia extensa, cuya vida de relaciones y de trabajo se desarrollaba en una aldea. La aldea estaba gobernada por un «jefe» o *botuku*, que correspondía al hombre de mayor edad en la familia. Siempre gobernaba en nombre de su padre difunto, verdadero propietario de la aldea y de las fincas.

Los habitantes de Clarence nombran únicamente a este jefe sin indicarnos sus funciones en la aldea. Sin embargo, nos señalan de algún modo sus relaciones con otros jefes. Llegan a distinguir, entre los jefes al principal de un grupo de aldeas o «poblado». Y les llama la atención cómo este jefe principal no puede tomar

(27) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 206.

(28) Cf. The M. H., abril 1845, pág. 54.

(29) SILVEIRA, L.: *Descripción de...*, págs. 12-15.

(30) V. pág. 240.

ninguna decisión sin consultar antes a los otros jefes. Es una especie de parlamento democrático en que la última palabra la tiene el jefe del poblado (31) Pero no nos indican por qué el jefe de una aldea determinada ostenta la jefatura principal. En algunos poblados señalan dos jefes principales como si se tratara de dos pueblos unidos (32). En realidad estas dos jefaturas se dan en todos los poblados, que constan siempre de dos partes, el *barío* y el *walosobé*, conforme a la concepción dual bubi de todo organismo.

Del poblado nos dice Guillemar de Aragón: «Las poblaciones bubis se componen de un grupo de caseríos con un cercado alrededor de cada uno, cubierto de árboles y hierba. Las estacas que forman el cercado son comúnmente arbustos que producen nuez medical. El jefe de Banapá tenía siempre a un hombre a quien daba sus órdenes, el cual hacía las veces de tambor, transmitiendo aquellas por medio de una calabacita como la de los peregrinos, en la que se habían practicado tres agujeros y cuyo sonido representaba la frase que indicaba el mando» (33).

En cada poblado había una plaza o *riosa* con entradas formando arcos, de cuyos travesaños colgaban objetos simbólicos. «Según me explicó el intérprete —manifiesta Hutchinson— estos símbolos son para guardarse del espíritu maligno cuando vaga por las proximidades. Los habitantes creen que tan luego como toquen una de estas conchas con su dedo grueso o con sus garras, retroceden inmediatamente».

«Entrando por este arco se ve un espacio abierto, una especie de foro, donde se celebran las asambleas legislativas y se discuten las «palabras». Se usa también muchas veces como plaza de mercado y otras se destina para juego público de los jóvenes. En su centro aproximadamente hay un grupo de arbustos, con piedras al pie de cada arbusto, probablemente para asiento de los jefes» (34).

Aquí celebraba ordinariamente John Clarke sus entrevistas con los jefes. Debido a la lluvia, la «riosa» contaba con un cobertizo amplio, lugar habitual de las reuniones.

Por encima del grupo de aldeas que forman un poblado está la agrupación superior de la «comarca», compuesta de los poblados y del espacio de un territorio determinado. Los habitantes de estos poblados, en número de dos, tres o más, se consideran descendientes del grupo emigratorio que por primera vez se asentó en la comarca. La jefatura corresponde ahora al descendiente del «jefe de emigración» y al clan matilineal al que perteneció. De ahí que la jefatura de la comarca no se herede de padres a hijos, que supondría pasar de una clan a otro, sino de tío a sobrino. Es lo que apunta Hutchinson cuando dice: «La monarquía es hereditaria, no de padre a hijo, sino de tío a sobrino».

Después añade, hablando del monarca de los batete del Norte que residía en Basupú: «Al entrar en casa del monarca, lo primero que llama la atención es su trono y su corona. El primero consiste en un asiento de madera, prenda de la familia que ha ido transmitiéndose por espacio de muchas generaciones. La corona es una especie de sombrero hecho de hojas de bambú, con una cola de mono que cuelga del mismo».

«En la ceremonia de la coronación interviene el *botakimo*. Ha de bajar pre-

(31) V. pág. 237.

(32) V. pág. 238.

(33) GUILLEMAR DE ARAGÓN, H.: *Opúsculo...*, pág. 66.

(34) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 195. En NAVARRO, pág. 84.

viamente a una cueva donde entablará conversación con un *mmo*, que ha sido *kukaruko*, el cual le revela los planes y miras que tiene para el futuro. El *botakimo* entrega luego al monarca el mensaje del *mmo*, que le servirá como norma y guía en el desempeño de sus funciones. Echa sobre él cierta cantidad de polvos de *siobo*, una sustancia orgánica que se encuentra en las aguas de los pequeños ríos, como residuos de una masa gredosa. Pone después sobre su cabeza el sombrero de su padre, con lo cual la coronación queda concluida»

«Hecha la coronación, el monarca no puede gustar de ciertos alimentos o condimentos en sus comidas. El ceremonial finaliza con la imposición, por parte del *botakimó*, de dicho polvo amarillo en la frente de algunos asistentes, a quienes da instrucción para que hagan uso de esa sustancia de igual modo durante siete semanas consecutivas».

«Todo monarca tiene a su lado una especie de primer ministro, o sea una persona en que deposita su confianza y que se llama *boakitshi*: es general en jefe de los ejércitos, primer ministro, principal consejero del rey, jefe y presidente de los mercados, todo en fin, desde primer ministro hasta campanero» (35).

Además de estos jefes de comarca existía un rey de preeminencia para toda la isla, el llamado por los europeos «rey de Moca». No creemos que desempeñara ninguna función de gobierno, a juzgar por la nula intervención suya en las luchas entre comarcas. Pero, según tradiciones conservadas en Moca, sus embajadas a todos los pueblos de la isla, mediante mensajeros, eran siempre bien recibidas. Permanecía inaccesible en las alturas del valle de Moca, sólo visible para sus familiares y para algunos, muy pocos jefes de la comarca de Riabba. En 1875 los misioneros Huy Born y Clowes llegaron al poblado del entonces rey Mocata, pero no tuvieron éxito en ver al gran jefe. Estaba en una reclusión parecida a la del Gran Lama, visto por muy pocos bubis: sus más viejos asistentes, sus cuarenta esposas y sus hijos. De su aldea-palacio partían senderos que comunicaban con el litoral Sur, Este y Oeste (36). Su actitud de rey invisible cambió con la llegada de los misioneros claretianos españoles.

Con la noticia que nos da John Clarke sobre el nombre del rey de Moca en 1845, hoy podemos enumerar los siguientes reyes de la isla en el siglo pasado: Lupoá, 1845; Moadyábitá, Sbaocó, Mocata.

Propiamente la organización social bubí queda cerrada en la comarca. Dentro de su espacio las aldeas y poblados pueden cambiar de lugar y el jefe de la comarca, en unión con los otros jefes, dirime todos sus problemas. Varias comarcas, sin embargo, aceptaban la última palabra de un jefe de prestigio, para resolver mejor los asuntos entre ellos y evitar contiendas o defenderse de un agresor (37).

Eran comunes las guerras entre comarcas por variedad de causas: el secuestro de una mujer, litigios territoriales y más comúnmente por demostrar poderío limitándose a simples escaramuzas. Hay señales de que a veces unas comarcas querían imponerse a otras. «En Rebola de Baney —escribe John Clarke— los hombres y mujeres del *mo*, han proclamado que Bokope, del distrito de los Baloko, está viniendo en son de guerra. Bokope desea recibir presentes o más bien una especie de tributo de las comarcas distantes» (38).

(35) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, págs. 196-97.

(36) Cf. JOHNSTON, H.: *George Grenfell...*, págs. 960-61.

(37) V. pág. 226.

(38) Diario de J. C., 23-2-1845, IV, pág. 126.

El buala

La organización social bubi es bastante compleja: además de las jefaturas, los clanes, están los *buala*, organizaciones que reúnen a una generación que duran de cuarenta a sesenta años. Mientras reine un *buala* se va formando el siguiente, que toma el poder cuando aquél parece por el escaso número y decrepitud de sus miembros.

El *buala* constituye el prestigio de una comarca por sus competiciones de juegos, de música, y sobre todo por su poder militar. A él se le encomienda la defensa del territorio y la venganza de los agravios que la comarca ha recibido. Los habitantes de Clarence pudieron contemplar la actuación de estos *buala* en todo su esplendor.

«Durante mi primer mes de residencia —anota Hutchinson— bajaron de la población de Banapá trescientos o cuatrocientos fernandinos y pasaron en revista militar por la plaza contigua a mi despacho. Todos ellos venían armados con jabalinas y muchos llevaban enormes escudos de búfalo, suficientemente grandes para proteger sus cuerpos de las jabalinas, armas de aspecto imponente. Pude contemplar los enormes sombreros, muchos de ellos con grandes plumas de color escarlata, sus trenzas terminadas en bolitas de barro de color rojizo, las conchas *tshoco*, ciñendo sus frentes, los collares de vejiga, denominados *bahala*, rellenos de grasa, las pieles de vaca, de serpiente o de cabras, según la riqueza del que los llevaba, las colas de mono, ceñidas a la cintura, y la diversidad de colores con que tiñen sus rostros: rojizo, blanquecino, azul o amarillo. En el desfile de los pelotones y en las marchas para atacar a un enemigo imaginario, sería imposible dar idea del estridente sonido que produce a la combinación de todas sus voces. Su canto de guerra era profundo, solemne y no sin armonía. Un grupo de mujeres y chiquillos los acompañaban y se sentaron a uno de los lados de la plaza, mientras que los guerreros verificaban sus evoluciones» (39).

Por su parte, Allen y Thompson nos dejaba esta impresión sobre los *buala*: «En sus ordenamientos militares no son menos sagaces y prudentes que en su gobierno civil. Sobre la edad de quince años, todos están obligados a tomar parte en la guerra. Los ejercicios con que se preparan para ella, los realizan con una precisión que asombra al europeo. Formados en secciones, marchando en orden riguroso, armados de lanzas largas de madera, hondas, y unos pocos con fusiles, el *boyaRupé* y el *botakimó* o sacerdote cantor y otros con el tono de sus canciones dirigen con singular maestría las variadas y la vez complicadas evoluciones» (40).

Las demostraciones de destreza en la guerra y el canto las realizaban los *buala* visitando diversas comarcas o bien la ciudad de Clarence. El lugar propio de sus entrenamientos estaba en el *riosa* o plaza especial del *buala*.

John Clarke, después de anotar los nombres de los *buala* reinantes en los poblados de los Batete del Norte: en Rebola, Butoloeri; en Basupú, Basibilippi; en Basilé, Oreipala; en Banapá, Basiritshí, pudo presenciar los ejercicios marciales ejecutados en la *riosa* de Basupú (Fig. 34), probablemente como un ritual de lucha contra la enfermedad.

«La reunión fue convocada mediante los sonidos agudos de la pequeña cala-

(39) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, págs. 193-94. En NAVARRO, págs. 81-82.

(40) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 205.



Fig. 34.—Una interpretación del inicio de la danza guerrera de un *buala*. Los guerreros se dirigen a la plaza en procesión (Hutchinson, T. J., *Ten Years...*, pág. 1).

baza abierta por cada lado, llamada *hejaki*. Los cantores son llamados *Tuwelle witsha*; los guerreros, *akobitá*; las jabalinas, *boshika*; los cuchillos, *juba*; fusil, *etata*; el hacha, *eao*; la pica de madera, *manna*; el pelear, *bawlilisi*; la guerra, *bitá*, y el trueno, *ekukw*.

Los jóvenes se juntaron en seguida en respectivos bandos, cada uno con su escudo o con un manajo de jabalinas. El escudo cubre todo el cuerpo y es simplemente la piel disecada del búfalo de la montaña. Este es negro y pesa no menos de 28 libras. Tiene también el nombre de *inkobbo*. Varias jabalinas se sujetan también a los escudos.

El sonido de guerra comenzó y cada uno de los combatientes, después de blandir sus jabalinas y golpear los escudos, adelantó unos pasos hacia sus contrincantes. Después retrocedieron a sus líneas respectivas. Otros imitaron una batida y algunos corrieron hacia mí, imitando el lanzamiento de la jabalina contra mi pecho y poniéndola después sobre mi cara. Entonces uno de ellos gritó: *O shi lo bola mi lami o shi lobo?* «¿Es que no soy un hombre valiente? ¡No soy un cobarde; soy un hombre valiente!» Otro, al término de haber mostrado su proeza en un ejercicio difícil, tomó mi mano y diciendo: *sa siatshi*, «no está bien» y después: *sa ssiale*, «está bien», corrió en seguida a colocarse en su lugar, en la fila que le correspondía.

Los compañeros se lanzaron a encontrarse unos con otros terminando en la formación de un círculo. Se separaron inmediatamente y realizaron el simulacro de una batalla. Los lanceros se refugiaron detrás de los que sostenían los escudos e imitaban la acción de arrojar la jabalina al supuesto enemigo. Mientras tanto se cantaba en un gran concierto, a menudo con sonidos profundos, otras veces en tono recitativo, contestándose mutuamente los dos bandos.

Pienso que no bajarían de 250 los guerreros que se habían reunido para estos ejercicios, ejecutados con un semblante de demasiado buena voluntad.

Hice que uno de los jefes repitiera despacio la canción guerrera y me asistiera

un noble nativo que entendía perfectamente el inglés. Pongo a continuación las siguientes estrofas indicando a un lado el número de repeticiones.

- 1.3. *Ab si be ba wam*: Nos parecemos a la serpiente.
- 2.3. *Ai low le bita wilo*: Nos aderezamos mucho y así nos envidian otros.
- 3.3. *Su bakka ar balla e shibe*. Somos fuertes como un río que se esfuerza en llegar al mar.
- 4.3. *Umari ejo quebli pari diakko*. Los pueblos de alrededor se fijan en nuestro país.
- 5.5. *A i lw li bito bioali bilah epe*. La guerra es para nosotros cosa fácil; estamos preparados para la guerra.
- 6.3. *A ma balaba tukku bikke*: Tenemos muchos grandes hombres en nuestro territorio.
- 7.5. *A bobuea bwidi rebakke epe*: Somos fuertes y podemos disponer de nuestros propios deseos.
- 8.3. *A i lope tebit tassi borie billa*: Estamos firmes en nuestro lugar como el árbol de la palmera.
- 9.3. *Uru bakke buro balla e shiba*: Todos los pueblos de alrededor se hallan temerosos de nuestra fuerza.
- 10.3. *Elea ja i huribi shekke bolokko*: Nuestros hijos han nacido para la guerra.
- 11.3. *A puti pulleti able a billo witti polle alleti alla billo*. Cualquier país que ponga pelea contra nosotros le seguiremos a la guerra.
- 12.3. *A bibwa sulibitta bi seso*: Si alguien viene a la guerra, le mandaremos al bosque.
- 13.3. *A butipo di a ker*: Somos fuertes; sólo al vernos huirán ante nosotros.
- 14.3. *Bobu sula a biri ba la hudu*: Nosotros no quitamos la vida ni herimos a los últimos.
- 15.3. *Bumbue oli obas lo bitwe bio*: Cualquiera que quiera herirnos no nos preguntará por sus heridas.
- 16.3. *Twe o okko e bittá e biseso*: Si dos países guerrean, nosotros los separaremos.
- 17.5. *Ailow libito bioali bilah*.
- 18.3. *A bitta eoló mabatshu*. La guerra ha matado a mucha gente. La guerra es mala.

Los ejercicios marciales duraron una dos horas. El jefe Boidiba estaba enfermo y no pudo acudir al principio. Apareció seguido de una de sus mujeres que llevaba en su mano la vara de los fetiches: la circuían una hojas como hechizos recientemente cortadas de un árbol. Se sentó junto a un pequeño fuego y en seguida todos, abandonando los ejercicios, se dirigieron a donde él estaba. Cada uno se presentaba ante él; le volvía la espalda y curvándose hacia el suelo, el jefe tocaba su espalda con la vara. Después se levantaba y daba paso al siguiente. A continuación se untaron todos con un barro contenido en una pieza de tronco excavado a modo de artesa. Fue un momento de gran confusión; hombres, mujeres y niños rivalizaban por un puñado de aquel barro. Dijeron que era para quitar la enfermedad. La enfermedad es un mal que si ataca al jefe todos participan de ella.

Seguidamente, a una señal, aparecieron todos con una pulsera de hojas verdes, de una especie de junco, en la muñeca, llamada *dukulu*. Dieron otra señal y cada

uno la cambió de una muñeca a otra, para ir después a depositarla en el río. Este rito lo mandó hacer el hombre del *mo* para hacer desaparecer la enfermedad del poblado. Al final, sobre la vara de fetiches, se enlazó una calabacita y ésta fue colocada a la puerta del dormitorio del jefe para cerrar la entrada a toda influencia maléfica.

Tienen una manera curiosa de contar el número de participantes a los ejercicios del buala. Cada uno lleva una concha unida a una fibra con la que pueden colgarla a una pértiga. Y así, por el número de conchas, saben los que han acudido. Cuando la reunión es sólo de juegos y canciones lo llaman buala, pero este día, de ceremonia de ejercicios marciales, lo denominan «robo» (41).

El paso de un buala a otro se convierte en un rito de transición en el que se quebranta toda norma y la muerte juega un papel importante. El pastor Diboll pudo asistir al cambio de un buala en Batete del Norte.

«Los poblados de Banapá, Basilé, Basupú y Rebola, aunque distintos y separados uno de otros tienen ciertos ritos, ceremonias y observancias comunes. Al final del último mes, Octubre de 1855, oí que en Banapá y Rebola se realizaba cambio de buala. Escogen entre los jóvenes a los pertenecientes al nuevo buala y los inician en las artes y misterios de la nueva fraternidad. A estos jóvenes se les separa del poblado; un largo cobertizo se construye para su residencia, donde han de recluirse por espacio de seis semanas, sin que se les permita ninguna relación con los de fuera. Los hombres del *mo* los instruyen en secreto hasta que abandonan esta escuela y vuelven al poblado. Pero en el caso de Banapá no podrán volver al pueblo sin antes haber matado a un hombre y en el caso de Rebola no sin que antes hayan raptado a una mujer y todos hayan abusado de ella.

Cuando me enteré de esto les hablé del gran pecado que cometían. Después de muchos encuentros con la gente y de conversaciones con el jefe, logré que éste me llevara al lugar donde estaban reunidos los jóvenes. Con ellos conversé largas horas, pidiendo que abandonasen tan inicua práctica. Al fin produjo sus efectos y entregué un presente al jefe como testigo entre Dios y nosotros de que se cumpliría la promesa.

Me encaminé a Basupú. Celebré una reunión con el jefe y los jefes del poblado. Me dijeron que estaban avergonzados de lo que hacían los jóvenes de Rebola. Que en el cambio del anterior buala habían abusado de tres mujeres. Dos de ellas murieron y de la tercera no supieron más de ella; que seguramente moriría también. En Basilé me manifestaron que estaban ya cansados de tan abominable práctica de adulterio y asesinato.

El día siguiente fui de nuevo a Rebola y me encontré con el jefe y los guerreros del buala reunidos en asamblea discutiendo al parecer un asunto grave. Era un grupo numeroso en el que cada uno asistía con las armas en la mano. En medio de la asamblea estaba un hombre a quien se le había raptado la esposa y, si no es por nuestra llegada a tiempo, lo habrían matado por protestar. Recibí la promesa de que ninguna mujer sería tocada.

La mayoría del pueblo pensaba como nosotros, pero los hombres del *mo* y algunos conservadores querían seguir con la violencia.

La próxima semana estando en Clarence, recibí una carta de la escuela de Basupú, diciéndome que al mismo tiempo en que el jefe de Rebola me hacía la promesa, unos hombres de ese pueblo habían raptado a una mujer. Mi sirviente

(41) Diario de J. C., 16-12-1841, II, págs. 556-61.

había asistido a un sacrificio para el que se habían reunido todos los hombres del *mo*. Cuando terminó el sacrificio, él se quedó, apagó el fuego con los pies y cogiendo las cenizas las arrojó sobre la cabeza de algunos hombres que estaban cerca, los echó del pueblo y los persiguió por el bosque hasta media milla.

Convoqué a los jefes de Basupú, Banapá y Basilé en nuestra casa de Clarence. Durante tres días estuvimos discutiendo sobre estas prácticas y, al tercer día, el gobernador Lysnlager les declaró que prohibía bajo fuertes penas todo comercio de Clarence con el poblado de Rebola. Tan pronto como este pueblo dio muestras de arrepentimiento, el comercio se abrió de nuevo y nosotros les enviamos un maestro» (42).

4. CULTURA MATERIAL

La ciudad de Clarence trastornó en gran medida la cultura material bubí. Desaparecieron los ceramistas y los tallistas de la piedra. Las pequeñas piezas de hierro que compraban a los europeos las acomodaban al principio al estilo de los anteriores cuchillitos o azuelas de piedra, que llevaban atadas al brazo para cortar los racimos de la palmera de aceite. «Pulimentan esos trozos de hierro —dice Lander— y los engastan en una especie de trenza de hierba; esta obra de arte se lleva como brazalete y es muy apreciada por los europeos» (43).

Los ceramistas siguieron en parte en las comarcas del Sur. La expedición del Níger de 1854 anota lo siguiente. «Los dialectos del Sureste de la isla son tan ininteligibles a los que están cerca de Clarence que cuando éstos los visitan para comprar vasijas de barro y jarras que hacen allí, el tráfico se realiza por señas» (44).

Sobre la industria de hachas de piedra nos informa Hutchinson: «He oído decir que en una localidad que llaman Basakato uno de los jefes posee varias hachas de piedra. Esta clase de instrumentos la usaban para cortar madera y para separar los racimos de dátiles del tronco de la palmera. El conocimiento que ahora tienen del hierro los bubis lo deben al intercambio que hicieron al principio con los comerciantes europeos en la Isla» (45).

Vivienda (Fig. 35)

Por los datos que nos han transmitido los informadores de Clarence resulta difícil conocer cómo era la vivienda ordinaria bubí antes de toda influencia extranjera. Cuando John Clarke visita los poblados y aldeas generalmente tendía su hamaca de los postes que sostenían el cobertizo del *riebapúa* o bien se acomodaba en la casa de los huéspedes, el *boechá*, que está a la entrada de toda aldea. John Clarke no nos describe la vivienda ordinaria que está dentro del cercado y a la cual no tienen acceso los visitantes.

De ella parece hablar Usera cuando dice: «Habitan en chozas fabricadas de

(42) Cf. The M. H., abril 1856, págs. 58-59.

(43) LANDER, R. y J.: *Journal...*, pág. 265.

(44) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 195.

(45) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 192.



Fig. 35.—Casa comunal en un poblado del sur (Baumann, O., pág. 86).

ramaje cubierto con tierra» (46). Con algún detalle más la describe Martínez y Sanz: «Habitan los fernandianos en chozas compuestas de estacas y ramas cubiertas con tierra muy bajas: con un hueco o agujero que sirve de puerta, ventana al mismo tiempo y por lo regular apenas tienen cuatro pies de altura; esto hace que el ingreso en sus casas sea difícil e incómodo. Trasladan con la mayor facilidad las poblaciones de un sitio a otro. Esto suelen practicarlo cuando la repetición de defunciones en poco tiempo les hace temer que el genio del mal o espíritu malo se ha apoderado de aquel sitio» (47).

El doctor Allen quedó impresionado por la sencillez de la vivienda en que moraban los habitantes del Sur. «No tienen más que un techo —dice— de hojas de palma sobre cuatro estacas, abierto a todos los vientos. Unos troncos para apoyarse, una olla de barro para cocer los ñames y una pipa de madera para fumar eran los únicos artículos de confort» (48).

En otro lugar se refiere al apoya-cabezas con los siguientes detalles: «La “almohada” es un bloque de árbol de la palmera o un tronco o palo de cuatro pies de largo elevado sobre el suelo como unas seis pulgadas mediante dos horquillas clavadas en el suelo. La ventaja de esta singular almohada es que una pareja de amigos puede abrazarse pasando uno su brazo alrededor del cuello del otro por debajo del palo» (49). Y añade: «Algunas personas influyentes tienen el domicilio protegido con hojas de palma cosidas entre sí, a veces con cierto empaste de barro encima, particularmente en Banapá y Basupú, pero probablemente, al estar cerca de Clarence, han imitado las viviendas de la ciudad. A pesar de estas condiciones en la vivienda, gozan los bubis de buena salud y se mantienen robustos» (50)

(46) USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria...*, pág. 14. Este tipo de vivienda podía corresponder a los pescadores, pues Usera no llegó a visitar ningún pueblo agricultor.

(47) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 16.

(48) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 305.

(49) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, pág. 197.

(50) *Ibidem*.

Dentro de una aldea bubi se dan muchos tipos de vivienda: se da la vivienda-salón para huéspedes, la vivienda-estar para las ocupaciones del día, la vivienda-dormitorio, la vivienda-cocina y la vivienda de los niños. Creemos que el cobertizo descrito por Allen es una vivienda sencilla de descanso para pasar el rato al aire libre (51). La dificultad estriba en conocer las transformaciones que hubo en la vivienda bubi al contacto con las cabañas de los fernandinos en Clarence y en sus asentamientos alrededor de la isla o al utilizar los nuevos instrumentos del hacha de hierro y los machetes.

Hutchinson describe así la morada del jefe de Basupú: «Las paredes están hechas de tabletas hincadas en el suelo que permiten transmitir la luz. Dentro de casa se ven muchos palos a manera de perchas, de los cuales cuelgan sombreros, pieles, fusiles, llenos de humo, lienzos y calabazas. No se ven ventanas ni sillas, ni mesas, excepto un vetusto tronco» (52). John Clarke, por su lado, después de afirmar que las chozas son bajas y oscuras, nos informa con estas palabras de la «casa de huéspedes» de la aldea principal que correspondía al jefe de Basupú de los Batete del Norte: «Estacas puestas en fila forman las paredes; el techo, de seis pies de alto, está confeccionado con hojas de nipa; por su parte delantera tiene tres entradas con una altura de tres pies y medio» (53).

Caza (Fig. 36)

Todos los informantes de Clarence convienen en que los bubis son expertos cazadores. «Son remarcablemente expertos en el manejo de la jabalina —nos dirá

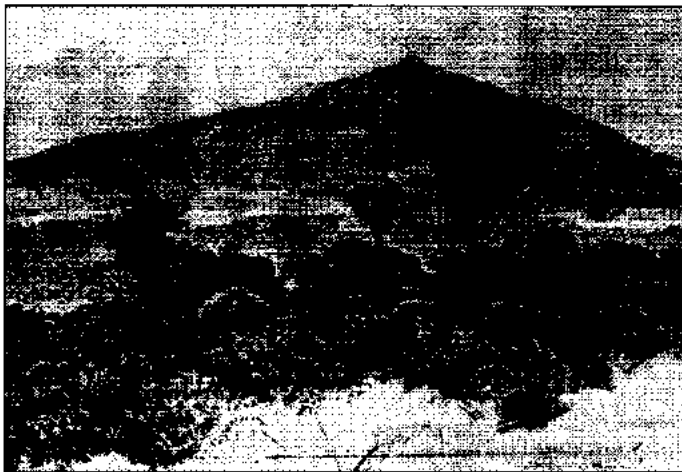


Fig. 36.—Visión de la tupida vegetación de la isla y de las laderas del Pico, donde se daba la caza de búfalos (Johnston, H., pág. 21).

(51) Por los años 1950 aún podían verse estos cobertizos en los poblados del Sur, bajo los cuales se encendía el fuego al espíritu del Mmo-oró y se tomaba alguna vianda con los amigos.

(52) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 197.

(53) Diario de J. C., 10-1-1841, I, pág. 140.

Allen—, así como de la honda y difícilmente un animal, aunque pequeño, que esté a poca distancia, puede escapárseles».

«Por ello se les da muy bien el arma de fuego, en la que muy pronto han llegado a ser tiradores de primera clase, usándola contra los monos y los grandes antílopes. Se estacionan cerca de ciertos arbustos y árboles, adonde los animales apetecen ir a tomar comida; imitan de tal modo con fidelidad sus diferentes gemidos que estos incautos animales del bosque se acercan a pocos pasos al lugar donde el cazador está preparado para saludarlo con una descarga mortal» (54).

De la caza colectiva con red tenemos un testimonio precioso debido a la pluma del doctor Allen y el doctor Thompson de la expedición al Níger de 1841. «Varios oficiales estaban ansiosos de presenciarse el método de cazar de los bubis; con este fin llegamos a un acuerdo con el jefe de Banapá para que reuniera a su pueblo. Sólo algunos nos aventuramos a penetrar en la selva, a pesar de la posibilidad de adquirir las fiebres y otros peligros. Fuimos al lugar señalado para el encuentro, a tres millas de Clarence. Allí estaban nuestros amigos los bubis congregados en número de unos 200. El lugar escogido para la escena de la caza era hermoso y pintoresco y de vistas muy variadas; sólo deseábamos que el tiempo nos fuera más favorable para gozar plenamente del día. Los nativos, desnudos y untados de barro, estaban sentados en pequeños grupos, fumando con evidente placer el apreciado tabaco y especulando sobre los éxitos de la jornada.

Poco después de nuestro arribo comenzaron a sujetar una larga red, hecha de fibras de palmera, a los árboles del alrededor, a cuyo seno intentaría conducir la caza. El *botakimó* abrió el fuego y dirigió súplicas al gran espíritu *Rupé*, primero en tono profundo y llano, más tarde, excitándose por grados en tonos muy altos, propiciando la asistencia de la deidad, al tiempo que, ocasionalmente, realizaba con la lanza varias gesticulaciones, a las que se unía el numeroso grupo de compañeros en rudo coro. Las facciones del sacerdote volvíanse cada vez más contorsionadas, su cuerpo se cubría con el sudor del esfuerzo y sus miradas se tornaban más vagas y sin punto fijo.

En un instante se precipitaron todos hacia unos pequeños arbustos de hojas algo anchas, que arrancaron y frotaron entre las manos y pusieron después en el brazo a modo de brazaletes y a nosotros en los ojales de nuestras chaquetas. El intérprete nos dijo que esto era para que todos formáramos un todo compacto y unido y que si alguno fuera herido o muerto por lanza o fusil se considerara como un accidente y no por mala voluntad.

Concluida esta ceremonia, los nativos se extendieron en dos grandes filas hacia derecha e izquierda de la red, avisándonos nos colocáramos alejados de un posible peligro y fuera del estrecho sendero por donde se esperaba correrían los grandes venados hacia la red.

Después de lo cual, comenzaron a batir el bosque. El ruido y el «huhú» que provenía de todas partes se volvió ensordecedor, especialmente cuando la caza saltaba de sus escondites y las jabalinas y los palos eran arrojados desde todas las direcciones a las tímidas criaturas, que, si escapaban, irían a correr entre las dos líneas de cazadores y llegar impulsadas a la red donde serían capturadas por los cazadores.

Esta caza tumultuosa duraría como hora y media, cuando, para nuestra des-

(54) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, pág. 205.

gracia, tuvo que suspenderse por la proximidad de un tornado, que nos podía envolver por momentos.

Los «ediyá» se lamentaron de no poder complacerlos del todo como hubiera sido su deseo. Sólo pudieron capturar ratas de bosque, puercoespines y dos pequeños antílopes. La caza iba dirigida a capturar venados (*Cephalophorus Ogilbgi*) de un rico color pardo, más claro en el vientre, la cara, orejas y tras la nariz, con mechón de pelos negros a lo largo de la espalda.

«Al final vinieron dos bubis con monos y ardillas que habían cazado con la honda» (55).

John Clarke se lamentaba de no haber podido ver los búfalos de la isla. De su caza no nos ha quedado ningún relato (56). Extinguida esta especie en el siglo pasado, de ella únicamente podemos aducir lo que nos dice John Clarke: «Los búfalos, según cuentan, son muy feroces, sobre todo cuando han de proteger a sus crías. Un hombre me ha referido que fue atacado por un búfalo cuando estaba cazando en la montaña y que fue mal herido. Su color es negro, su tamaño no muy grande para África, sus cuernos cortos; la piel disecada sirve ahora de escudo, llamado *kobo*. Frotan los huesos sobre el cuerpo como medicina y si son los huesos de un búfalo que ha mostrado gran coraje, los usan en ceremonias supersticiosas como ante mí lo hizo el jefe Booyama de Oileri» (57).

Pesca (Fig. 37)

La desaparición de los pueblos pescadores bubis es uno de los fenómenos más importantes de la historia de la isla en el siglo pasado. Se inicia cuando la expedición inglesa de 1827 trae consigo a pescadores crumanes para aportar alimentos a la tripulación. Divididos en pequeñas aldeas a lo largo de todo el



Fig. 37.—Cayucos bubis con la caña cimbreante, terminada en mechón, de la proa (Baumann, O., pág. 38).

(55) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, págs. 212-215.

(56) Cf. MARTÍN DEL MOLINO, A.: «En la era de los búfalos», *La Guinea Española*, Santa Isabel, 1962, págs. 100-4.

(57) *Diario de J. C.*, 2-12-1841, II, pág. 546.

litoral de la isla, su cultura sencilla no pudo soportar la presencia de los fernandinos y crumanes. Su carácter de pueblo sometido a los agricultores, su independencia de éstos para trasladarse de lugar y, por lo tanto, no integrados plenamente en la organización social de la comarca, hace pensar que no eran descendientes de los grupos migratorios que comenzaron a invadir la isla en el siglo IX. Los pueblos pescadores serían los descendientes de las primeras emigraciones bubis hace 2.000 años.

La presencia de John Clarke en estos pueblos fue siempre de paso, sin que nos haya dejado ninguna aportación importante sobre su organización y modos de vida. La aldea que abastecía de pescado al poblado de Basupú del Norte (actual Basupú Fiston), se llamaba Dikarikaku. John Clarke nos narra su experiencia en este pueblo. «Estábamos agotados de sed y decidimos aproximarnos a la aldea de pescadores. Apareció un hombre que llevaba una calabaza de vino de palma. Parecía disgustado con nosotros cuando le pedimos que nos condujera al poblado. En Dikarikaku el pueblo se mostró inquieto y ansioso por nuestra estancia. Pronto tuvimos que proseguir nuestro camino que nos llevaría dos horas hasta la ciudad de Clarence» (58).

También los agricultores ejercían la pesca, principalmente sus mujeres. Según Martínez y Sanz, «las mujeres hacen unos apartaditos con piedras a la orilla del mar, en los cuales entran los peces al subir las aguas y quedan allí encerrados cuando éstas se retiran» (59). Utilizaban asimismo cedazos de fibras y cestos de mimbres con los que recogían pececillos llamados *yoko*, que condimentados con aceite de palma y picante proporciona a la comida un gusto exquisito» (60). Pero la captura en alta mar y de grandes peces pertenecía a los pueblos pescadores. Eran éstos especialistas en la pesca del atún y de la ballena. La pesca de la ballena, a la que hacen referencia muchas leyendas, debió interrumpirse con la llegada al golfo de los barcos europeos. «En los meses de Julio, Agosto y Septiembre pueden verse gran número de grandes ballenas acercándose a las bahías de la isla» —dice Hutchinson— (61).

Los informadores de Clarence pudieron presenciar sólo la pesca del atún que llamó poderosamente la atención de los europeos (62).

«La pesca más abundante —escribe Allen— es una especie de sardina que se parece a nuestro arenque pequeño que obtienen en pequeños cayucos; pero la pesca favorita es la del atún, con ejemplares grandes y de gusto agradable».

«El atún frecuenta las bahías mañana y tarde para procurarse el alimento de las diminutas sardinias. Estas, por otro lado, son usadas como cebo; desde los cayucos cada uno se emplea con un pequeño hilo y anzuelo en capturar estos pececillos. Para la pesca del atún los cayucos son largos, para seis a doce remeros, más bien de gruesa quilla, pero afilada, terminando en una punta muy prominente y con la popa en ángulo recto donde se sienta el timonero. Esta es precisamente la persona de mayor importancia, como lo demuestra su cabello tendido hacia arriba, amasado con barro rojizo, tan grande y pesado que es imposible mirarle sin sentir la impresión de que en un movimiento brusco no vuelque y caiga al fondo del agua como una piedra. Usan velas hechas de fibras y en la cima de una

(58) Diario de J. C., 26-11-1844, IV, pág. 72.

(59) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 13.

(60) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 201. En NAVARRO, pág. 89.

(61) HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, pág. 202.

(62) Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, págs. 332-33.

fina caña, que hace de mástil, se halla siempre un manojo de hierbas con un amuleto, para protegerse del peligro o de la mala suerte» (63).

Concertado el día y la hora para la pesca del atún se reúnen tres o cuatro cayucos formando como un círculo de unos 50 metros de diámetro. Echan al centro gran cantidad de pescado menudo para que sirva de cebo. Los remeros, en las afueras del círculo, golpean con fuerza el agua, como empujando el atún para que entre en la trampa, mientras otros con los cebos pendientes de hilos lo atraen hacia el interior. Estrechado el círculo, arrojan los anzuelos hechos de huesos y garras de aves y de las espinas en gancho de un árbol. Con estos anzuelos la mitad de los peces que pican logran escapar, pues les faltan las barbillas que los sujeten plenamente al anzuelo. No obstante, consiguen abundante pesca, con ejemplares de varios kilos (64).

Otra estampa típica de la pesca bubi es la captura del cangrejo, muy común en los bordes de las bahías. Por el día, casi inactivo, el cangrejo sale por la noche a las playas en incontable número. Los nativos descienden de noche a las playas caminando resueltamente llevando antorchas de una madera resinosa. Con esta luz los atraen y los capturan fácilmente. «Pude contemplar una noche —dice Allen— la bahía de Lubá toda iluminada por el número de luces que se dirigían en todas direcciones» (65).

Agricultura

Los bubis adquirieron fama por sus hermosos campos de cultivo del ñame con emparrados que desde lejos parecían surcos tan rectos como en cualquier país adelantado. En esto se distinguía el bubi de cualquier otro pueblo africano (66). Ligado estrechamente a este cultivo, podemos decir que el bubi era el representante genuino del neolítico del ñame. Por desgracia, son muy pocas las noticias que nos han legado los de Clarence sobre los rituales, instrumentos y formas de este cultivo (67).

«Durante el tiempo de la plantación del ñame —nos informa el doctor Allen— todos los pueblos están afanosamente ocupados. Tiene lugar al final de las lluvias en Noviembre y, como el matorral crece tan rápidamente, el principal trabajo se da en desbrozar el terreno de malezas. Las plantaciones del ñame, y ahora también del maíz, las conservan en excelente orden; el foliaje de la enredadera del ñame se sostiene en soportes de caña verticales, dando en parte la apariencia de un campo de parras al comienzo de la estación seca».

«Los ñames de la isla son considerados justamente como los mejores del mundo, finos y muy harinosos. Bien cocidos semejan el sabor de la patata de calidad» (68).

Una de las características del trabajo agrícola bubi era el realizarlo en comu-

(63) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 207.

(64) Cf. HUTCHINSON, T. J.: *Impressions...*, págs. 201-2. Cf. HOLMAN, J.: *Travels...*, I, pág. 202.

(65) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 208.

(66) KELLY, Capt.: «Fernando Po», *Quarterly Review*, octubre, 1821.

(67) Las muchas variedades autóctonas de la isla podían revelarnos la antigüedad del cultivo del ñame en la isla.

(68) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, págs. 205-6.

nidad. Para el desbroce y la plantación se reunían todos los de una aldea y se invitaba a familiares de aldeas vecinas. Acerca del trabajo en común, la expedición del Níger de 1841 nos ha dejado un testimonio valioso. «Una extraña peculiaridad de las tribus “ediyas” es su inclinación a trabajar, cazar o danzar todos unidos. Cuando se les pide un trabajo, acuden siempre todos los varones de una aldea o poblado. De este modo, en pocos días, puede realizarse un buen negocio. Mr. Scott, persona de color, que generalmente es su capataz cuando trabajan para la ciudad de Clarence, nos informaba que podían mover los más pesados troncos y transportarlos sin dificultad, debido al hábito que habían adquirido de usar la fuerza todos juntos, de modo que con el mismo número de otros negros, que muchas veces empujan unos contra otros, sin mucho efecto, los “ediya” son capaces de trasladar enormes pesos. Sin embargo, son caprichosos en el trabajo; basta que el *boyaRupé* les ponga en la cabeza que los *mmo* no son propicios para que todo el pueblo deje de trabajar sin previa noticia» (69).

A lo ya referido antes sobre la obtención del aceite y vino de palma podemos añadir lo que nos dice Baikie: «En nuestro caminar a los poblados veíamos a los bubis siempre con su gran vara que apoyan en el suelo al dirigirse a la ciudad. Pasábamos campos de palmeras, algunas llenas de enredaderas como señal de que no eran utilizadas y otras con una marca, pues todo nativo hace una señal en las palmeras que le son propias. A veces una palmera pertenece a varios que la trabajan en unión. Entre las plantas veíamos también a la malagueta que podíamos llamar malagueta bastarda y también el árbol de la kola con sus frutos de sabor amargo pero agradable» (70)

5. VIDA RELIGIOSA

Visión general

Un buen resumen de la religión bubí nos lo ofrecen Allen y Thompson en 1841:

«La religión de este extraño pueblo consiste en el culto a un Gran Espíritu, como supremo objeto de adoración, a quien llaman *Rupé* y de quien aseguran ser la Regla Suprema del Universo. Los intermediarios son llamados *moh*.

Hay dos sacerdotes oficiantes en cada tribu: el *botakimó*, que canta en los grandes festivales religiosos y el «hombre de Dios», el *buyehRupé*. A éstos se les presta confianza ilimitada ya sea en asuntos de salud y enfermedad o de paz y de guerra. Cuando ocurre alguna disputa o pelea, la sentencia definitiva depende más de su influencia que de los mismos jefes, a quienes se les encomienda los asuntos civiles. Tienen objetos de madera o de barro que representan sus *mmo* bajo el cuidado de los sacerdotes, a quienes ofrecen porciones de carne de venado, gallinas —si son blancas mucho mejor—, ratas de tierra y vino de palma y topé que el pueblo entrega para el culto.

«Los *ediya* escupen siempre lo primero que beben como ofrenda a sus *mmo*. Cada uno lleva sobre su persona diversos hechizos para protegerse del maligno. Uno de los más valorados es la testuz de carnero, el intestino grueso de la oveja

(69) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, pág. 208.

(70) BAIKIE, W. B.: *Narrative of...*, págs. 341-42.

o cabra, colocado al cuello, y la piel de pequeñas especies de gato montés, la gineta (*Genetta Richardsoni*), que son muy escasas y difíciles de procurar. Pendiente del cuello puede verse un pequeño modelo de cayuco, conteniendo huesecillos cubiertos con barro.

El principal festival religioso del año es justamente antes de la plantación del ñame. Comienza partiendo cada aldea para una gran caza, en la que podrán capturar venados, monos, ratas gigantes (*grombif*) y búfalos. Estos últimos, según nuestros informadores, son salvajes, escasos y sólo capturables a considerable altura. Lo llaman *bushbif* o *encopo*. Se dice que el color de la piel es negro y blanco en el vientre. Todo lo obtenido en la caza es ofrecido al Dios majestuoso y desconocido, Rupé. Porciones de comida son presentadas a este gran Espíritu por mediación de los *mno*, después de lo cual la multitud participa de lo ofrecido hasta hartarse, uniéndolo con abundantes libaciones de vino de palma o topé. Creen que mediante esta ceremonia son propiciados los dioses y queda asegurado un buen año de ñames.

«A la muerte de un hombre de la tribu se hacen lamentaciones por siete lunas o una semana. Se lava primero el cuerpo del difunto y después se le cubre de barro todo blanco y se le entierra en un hoyo el día de su fallecimiento. El hoyo es suficientemente grande para recibir el cuerpo puesto de lado con las piernas dobladas, como sentado en cuclillas, y la cabeza mirando hacia la montaña más alta, llamada Pico de Clarence. El tiempo completo del duelo es un mes o veintiocho lunas, durante las cuales se juntan todos los familiares en la plaza, donde comen y beben, usando en esta ocasión el topé en su estado más fermentado o bien licores, si pueden obtenerlos. Parece más bien una sesión de apacible regocijo que de aflicciones desesperadas. Al final del mes, cuatro de los hijos del difunto o de los más allegados, si no los tuviera, van de caza de *grombif* (*Aulacodus Poensis*), del que participan únicamente estos cuatro, dejando algo de ñame y vino de palma para colocarlo sobre la tumba del fallecido. Al enterrar el cadáver han de tener cuidado en no tocar los pies del difunto, pues vendría la muerte a algún desgraciado. Además, se le ha de enterrar con todos los ornamentos indicativos de su dignidad y posición social.

«Crean en la inmortalidad del alma y en las almas condenadas. *Mno walla bi* es la expresión para indicar el infierno o lugar de los malos espíritus, los cuales pueden afligir en cualquier momento y en cualquier lugar, hasta el punto que una de las principales competencias del *buyeRupé* es otorgar hechizos que tienen el poder de arrojar fuera su influencia perniciosa.

«A la entrada de los poblados, además de la cabaña para arreglar las "palabras" y dar consejos a la comunidad, hay otra choza para las ceremonias secretas del *buyeRupé*. Hay en ésta un montón elevado de barro desde el cual pronuncia éste sus encantaciones, mientras la gente va pasando a su alrededor en procesión» (71).

Eran frecuentes las unciones y bendiciones de todo el pueblo por parte del sacerdote.

A esta visión general de la religión bubí podemos añadir algunos detalles de otros autores.

Segun Martínez y Sanz, «tienen en algunos distritos la costumbre de encerrar los cadáveres en su propia casa, dejándoles la cabeza fuera de la tierra. Los que

(71) ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative...*, II, págs. 198-202.

así lo hacen, siempre que ocurre una muerte, mudan sus viviendas a otra parte. Pasados algunos años vuelven sin ninguna dificultad al sitio que dejaron antes» (72).

«Las festividades anuales —nos dice Hutchinson— tienen lugar en la estación seca, que ellos reconocen como el comienzo del nuevo año. Estas festividades con el nombre de *robo* se inician generalmente en Noviembre y continúan durante los dos meses siguientes. Comprenden danzas, cánticos, comida de puercoespín o de antílope, bebida de vino de palma fermentado o sin fermentar. Durante el período del *robo* celebran los desfiles y marchas de los buala» (73).

Al inicio de la estación seca se colocaba también el *robo* del año, el objeto u objetos que manda poner el espíritu en un poste u arbolillo de la plaza para el éxito del nuevo año en la salud, nacimiento de nuevos hijos, prosperidad en los cultivos y destrucción del mal. Nos dice el pastor Diboll:

«Me hallaba en Basupú (del Norte) cuando fui informado de que nadie podía salir del poblado ni realizar ningún trabajo al día siguiente. Estaba inquieto, pues necesitaba trabajar y que me ayudaran. De mañanita hicieron fuego los fusiles y el pueblo comenzó a gritar y golpear todo el poblado. Se hacía esto para expulsar toda enfermedad y toda muerte. Al salir el sol sonaron los silbatos y la gente de todas partes llamaba a los espíritus de sus padres para que estuvieran con ellos aquel día y les ayudaran a ser felices».

«Me fui a donde estaba reunido el monarca y los demás jefes para hablarles del trabajo que había de realizarse en la escuela. Me contestaron que tenían mucho que hacer. A las seis de la mañana habían comenzado las danzas. De la entrevista con el jefe me uní a un grupo que se dirigía al arco de entrada».

«Les hablé entonces de lo que había visto en la plaza: la piel de una serpiente que colgaba de una larga pértiga. Me dijeron que se había colocado allí para que todo el pueblo la mirara y la tocara, sobre todo las mujeres que debían elevar a sus hijos en los brazos para que la contemplasen y los acercaran a ella y la tocasen si podían con sus manecitas».

«Por la noche aún continuaban las danzas; todos los niños estaban en la plaza. Yo toqué la campanilla gritando: «¡A la escuela! ¡A la escuela!» Un grupito me rodeó y les enseñé durante algún tiempo» (74).

Rupé

Sobre el nombre de Rupé observamos que los bubis, al querer designar al misionero lo llamaron *boyaRupé* «hombre de Dios». Fueron, pues, los mismos bubis los que aplicaron el nombre de Rupé al Dios de los cristianos. Sin embargo, cuando John Clarke llega a la tierra de los boloko no es aceptado por el jefe porque él no reconoce a Rupé como el verdadero nombre de Dios. El lo llama gran Mmo, lo que nos indica la profunda división existente entre los pueblos del Norte y los pueblos del Sur (75). John Clarke no llegó a descubrir el nombre de

(72) MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes...*, pág. 16.

(73) HUTCHINSON, T. J.: *The Years...*, pág.

(74) The M. H., agosto 1856, págs. 124-25.

(75) Según el nombre aplicado a Dios podemos distinguir cuatro círculos culturales en la isla: el del Norte con el nombre de Rupé, con un enclave. el de Baney, con el nombre de Elaalo

Elaalo, con el que invocan a Dios los de Baney. En todo caso la creencia en un Dios que los misioneros propagaban no tuvo problemas entre los bubis.

Hablando John Clarke con Bololo, jefe de Banapá, éste le indicó que Rupé le había manifestado la obligación que tenía de guardar buen corazón, incluso después de haber hecho el mal, arrepintiéndose de ello. John Clarke entonces le preguntó: «¿Y cómo sabes tú lo que dice Rupé?» Bololo le contestó: «Yo voy a un lugar donde hay una persona por la cual Rupé nos habla. Esta persona mora en un bosque, al cual no tiene acceso ningún blanco» (76).

Esto coincidía con lo que había oído decir John Clarke a otros de Basupú: «A los hombres de Rupé los llaman ahora “docta”. Se introducen en un bosque, el bosque de Rupé, y allí habita un hombre que les habla la palabra de Rupé, y tan seguros están de ello que se pasan un día en el bosque y a la mañana siguiente los acompaña un hombre hasta presentarse ante la “gran casa”, no muy lejos de un lago, donde pueden escuchar lo que les dice el “docta”. John Clarke preguntó si no sería por ventura un blanco. A lo que ellos respondieron: «Ningún blanco tiene conocimiento de esto. Pero estamos contentos de que usted haya movido sus pies para venir a vernos. Nosotros sabemos que hay un Gran Espíritu que todo lo ve y que nos mira. Tuvimos un “docta” que nos hablaba de Dios; murió y ahora todavía no tenemos otro» (77).

En Basuala, en una conversación con un *moman*, «hombre del espíritu», John Clarke escuchó estas palabras: «Nosotros hacemos todo esto porque así lo hemos visto hacer a nuestros mayores. Pero sabemos que hay un Gran Espíritu que lo ha hecho todo, que hace truenos y relámpagos, y del cual es muy poco lo que sabemos; por eso estamos ansiosos de saber algo más de El» (78).

La buena acogida que tuvo John Clarke al internarse en la isla, excepto en los casos en que había guerras entre comarcas, se debió al deseo de los bubis de conocer más cosas de Dios, sobre todo si se hallaban escritas en *El Libro*.

La casa de los espíritus (Fig. 38)

Ya en nuestra obra *Los Bubis. Ritos y creencias* reconocemos que los bubis del Norte disponen su casa de los espíritus de distinto modo a como la presentan actualmente los bubis del Sur (79). John Clarke tuvo la fortuna, en su segundo viaje al Este, en Noviembre de 1844, de conocer una de estas casas en el poblado de Babula de Bacaque. Dice así:

«Estando en Babula pudimos ver que quince mujeres pasaban delante de nosotros cargadas de leña y cantando. El cántico se dirigía evidentemente al *mo*. Las seguimos y las vimos llegar al recinto del *mo*. Allí, entre hermosos árboles, danzaron dando golpes en el suelo y batiendo las manos con ritmo frenético hasta que se cubrió su cuerpo con espeso sudor. Terminaron en una suerte de oraciones que mi intérprete no pudo descifrar porque desconocía una forma tan antigua de hablar. Durante la danza vino a mí y decía: “e botshika”, refiriéndose al intérpre-

y el del Sur, con un nombre esotérico que sólo pueden pronunciar los espíritus, el de Eri, y con un enclave también, en el Suroeste con el nombre de Potó.

(76) Diario de J. C., 12-2-1841, I, pág. 230.

(77) Diario de John Clarke, 12-2-1841, I, pág. 231.

(78) Diario de J. C., 25-2-1845, IV, pág. 125 bis.

(79) Cf. MARTÍN DEL MOLINO, A.: *Los Bubis. Ritos y creencias*. Madrid, 1989, pág. 379.



Fig. 38.—Una casa de espíritus con el bosquecillo sagrado a su entrada (The M. H., marzo 1846).

te, mientras otra, detrás palmeaba hacia el bosquecillo en que yo me encontraba. La danza fue muy extraña. La gente palmea, danza, golpea el suelo y grita : «¡Hump! ¡Hump! *Iloa mo*. ¡Hump! ¡Hump! *¡Iloah mo!*, y esto por más de una hora, como si estuvieran poseídas de un espíritu».

«El bosquecillo está delante de la casa del *mo*, donde se han plantado elegantemente ciertos arbolillos y algunas enredaderas de forma que en algunas partes se forma como una oscuridad que envuelve todo el recinto».

«Dos caminos conducen a la casa del *mo* y al bosquecillo que se extiende delante de ella. Esta tiene una entrada que da hacia fuera del recinto y dos que dan hacia la placita del bosquecillo. La casa del *mo* es baja, sin ventanas y muy oscura. Un fuego arde en medio de la casa y alrededor cuelgan gran multitud de amuletos. Un cuenco de barro está en el pequeño vestíbulo, con un agua sucia, que llaman *dobó*. Un recipiente de cuero aparecía sobre las vigas junto al techo. Este recipiente fue comprado a Mr. Henson para guardar el aceite de palma y ahora lo usan para contener el tabaco del *mo*. El siguiente plano nos da idea de la casa del *mo* y del bosquecillo» (80).

Nos permitimos un breve comentario sobre el plano del recinto de los espíritus que nos ha dejado John Clarke (Fig. 39). En él podemos distinguir tres partes. La primera es el pequeño bosque de árboles, arbustos y enredaderas. Este bosque, en la mentalidad bubi, es el bosque propiedad de los espíritus. Estos son los que hacen que la tierra brote y se expande en manifestaciones de vida como son los árboles. Muchas veces los árboles son residencias de los espíritus. Para llegar a la casa de los espíritus se ha de atravesar este bosque sagrado por los pasillos —siempre lo dual—, por el que, saliendo de lo profano, nos introducimos en su morada.

La segunda parte es la plaza, plaza pequeña donde se desarrollan las danzas.

(80) Diario de J. C., 25-11-1844, IV, págs. 50-54.

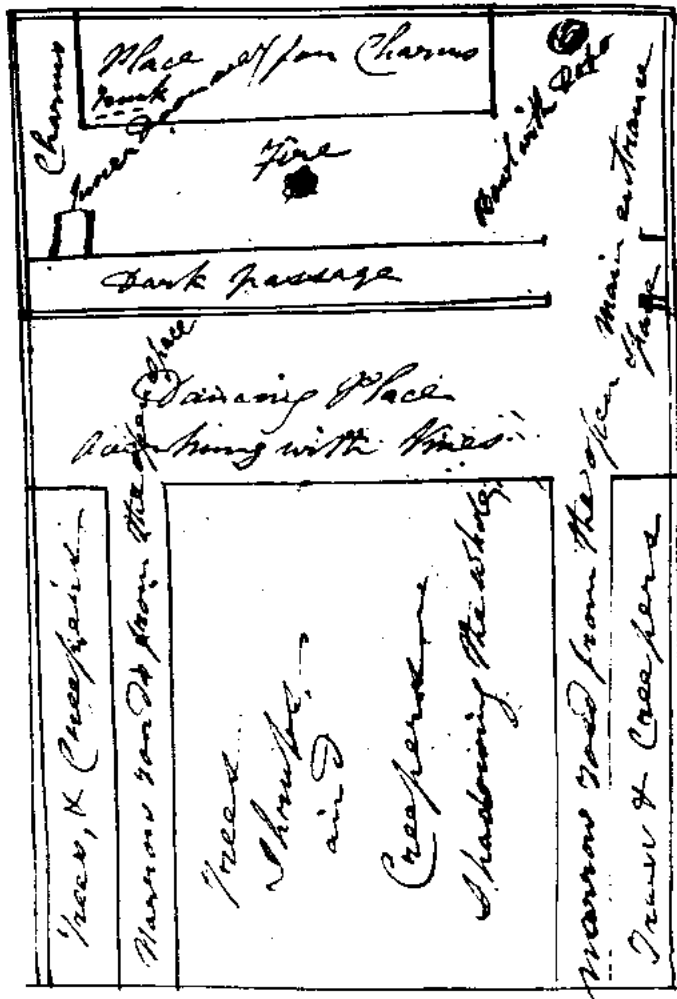


Fig. 39.—Plano del recinto y de la casa de los espíritus. Dibujo con letra de John Clarke de su diario. Su explicación en el texto (Diario de J. C., IV, pág. 53).

A estas danzas acuden los espíritus, pues constituyen una invocación a su venida. No es extraño que John Clarke indique que danzaban cada vez con más frenesí, «como si estuvieran poseídas».

La tercera parte es la casa propia de los espíritus donde éstos hablan por sus poseídos. John Clarke no nos señala ceremonial alguno dentro de esta casa, ya que él se mantuvo fuera en el bosquecillo. Pero logró entrar más tarde en ella y distinguir varias secciones. En primer lugar, un pasaje oscuro que da a un recinto secreto, donde el espíritu principal tienen indudablemente su asiento y su altar con objetos propios, signos de su poder y de su acción benéfica. El hombre del espíritu se sentaba teniendo a su espalda este recinto secreto. Distingue también un poste

detrás del cual hay un lugar para los muchos objetos del espíritu que usan los poseídos. El significado del poste de madera es parecido al significado del *menhir*, que señala el lugar de encuentro del otro mundo con éste. John Clarke indica sólo un fuego; sin embargo, los del Sur siempre conciben la casa de los espíritus con dos fuegos: uno para los espíritus que podríamos llamar masculinos y otro para los femeninos. El cuenco junto a la entrada especial que no da al bosquecillo —seguramente sólo para los espíritus— contiene agua de mar, bebida que los espíritus anhelan y los atrae para acudir a la llamada de los hombres.

BIBLIOGRAFIA

I. FUENTES

National Maritime Museum. Londres

CO O/3/A. Correspondencia de Owen con el Almirantazgo y original de la proclamación de la ciudad de Clarence (actual Malabo) en 1827.

Public Record Office. Londres

COLONIAL OFFICE

C.O. 82/1-2. Correspondencia de Owen. 1828-29.

C.O. 82/3-9. Correspondencia de Nicolls. 1829-34.

C.O. 82/9. Correspondencia de John Clarke. 1841.

C.O. 82/11. Correspondencia de Hay a Nicolls. 1828-30.

FOREIGN OFFICE

F.O. 2 (Fernando Po). Consulado británico. Expediciones al Niger. 1849-1872.

F.O. 84. Correspondencia e informes sobre el tráfico de esclavos.

Parliamentary Papers. Shanon, Ireland. Irish University Press. 1969.

1821-22. Comunicaciones del Almirantazgo sobre el tráfico de esclavos. XXIII. Informe del Comodoro Sir George R. Collier sobre Fernando Po, 27-12-1821.

1826-29. Correspondencia sobre el tráfico de esclavos. XXVI.

1830. Informe del «Select Committee on Sierra Leone and Fernando Po», 1830.X (661).

1831-32. Correspondencia sobre el tráfico de esclavos. XLVII.

1847-48. Cuatro informes del «Select Committee on Slave Trade». XXII (366) (536) (623).

1844-53. Cantidades de aceite de palma importadas en el Reino Unido. LXV (296).

Archivo de la «Baptist Missionary Society». Oxford

A/2. Diario de John Clarke. 5 vols. 1841-46.

A/11. Church Book of Clarence, Fernando Po. 1842-49.

2 mapas de la ciudad de Clarence.

Correspondencia sobre la ocupación española de Fernando Poo.

Archivo de la «Church Missionary Society». Londres

Minutes, n. 129. Correspondencia, informes y diarios de viajes al Río Núñez y Fernando Po, 1844, 1856.

I. LIBROS Y ARTICULOS CONTEMPORANEOS

- ADAMS, J.: *Remarks on the Country Extending from Palmas to the River Congo*, Londres, 1823.
- ADAMS, J.: *Sketches Taken During Ten Years Voyages to Africa between the Years 1786-1800*, Londres, 1822.
- African Agricultural Association (Richard Dillon Tenger, Secretary) s.d.
- ALLEN, W.: *Fernando Po in Nature and Stone*, Londres, 1838.
- ALLEN, W. y THOMPSON, T.: *Narrative of the Expedition... to the River Niger, in 1841*, 2 vols., Londres, 1848.
- BAIKIE, W. B.: *Narrative of an Exploring Voyage... in 1854*, Londres, 1856.
- BANDINEL, J.: *Some Account of the Trade in Slaves from Africa*, Londres, 1842.
- BEECROFT, J.: «On Benin and The Upper Course of the River Quorra or Niger», *Journal of the Royal Geographical Society*, vol. 11, 1841.
- BEECROFT, J.: «Letter Relative to an Ascent of the Quorra», *Journal of the Royal Geographical Society*, vol. 6, 1836.
- BEECROFT, J.: «Details of Exploration of the Old Calabar River in 1840 and 1841», *Journal of the Royal Geographical Society*, vol. XIX, Londres, págs. 260-283.
- BOTELER, T.: *Narrative of a Voyage of Discovery to Africa and Arabia... from 1821-26*, Londres, 1835.
- BOUET-WILLAUMEZ, L.: *Commerce et Traité des Noirs aux Cotes occidentales d'Afrique*, Paris, 1848.
- BOUDYCK BASTIAANSE, J. H. VAN: *Voyage a la cote de Guinée, dans le golfe de Biafra, a l'île de Fernando Po...*, La Haye, 1853.
- BRYSON, A.: *Report of the Climate and Principal Diseases of the Station*, Londres, 1847.
- BURTON, R. F.: *A Mission to Gelele, King of Daoemey*, Londres, 1854.
- BURTON, R. F.: *Abeokuta and the Cameroons Mountains*, Londres, 1863.
- BURTON, R. F.: *Travels in Madeira, Sierra Leone... Fernando Po*, Londres, 1840.
- BURTON, R. F.: *Wanderings in West Africa from Liverpool to Fernando Po*, Londres, 1863.
- BUXTON, T. F.: *The African Slave and its Remedy*, Londres, 1839.
- BUXTON, T. F.: *Letter on Fernando Po*, 1839 (National Library of Ireland, Dublin).
- BUXTON, T. F.: *Memoirs*, Londres, 1848.
- CANNING, G.: *Exchange of Letters about Fernando Po*, 1825.
- CENCILIO DE PINEDA, M.: *El brigadier Conde de Argelejos y su expedición militar a Fernando Poo en 1778*, Madrid, 1948.
- CLARKE, J.: *The Adeeyah Vocabulary for the Use of Schools*, Falmouth (Jamaica), 1843.
- CLARKE, J.: *Bible Bube. U Toko Twé Twé, Takaidi Maetew*, Bimbia, s.d.
- CLARKE, J.: *Introduction to the Fernandian Tongue*, Berwick, 1848.
- CLARKE, J.: *Sentences in The Fernandian Tongue*, Bimbia, 1846.
- CLARKE, J.: *Specimens of Dialects*, Berwick, 1848.
- CROWTER, S.: *Journal of an Expedition up the Niger and Tshadda Rivers*, Londres, 1855.
- CROWTER, S. y SCHON, J. F.: *Journals of the Rev. James Frederick Schon and Mr Samuel Crowter*, Londres, 1842.
- DANIELL, W. F.: *Sketches of the Medical Topography and Native Diseases of the Gulf of Guinea*, Londres, 1849.
- DE LOS RÍOS, J. M.: *Memoria sobre las islas africanas de Fernando Poo y Annobón*, Madrid, 1844.
- A Description of the Harbour... Productions and Situation of the Islands of Fernando Po...* (S.a.s.d.) (National Library of Ireland, Dublin).
- DIBOLL, J.: «Letters». *Blackwoods Magazine*, vol. XLVIII, págs. 253-56, 709, Edimburgo, 1856.
- DE LOS RÍOS, J. M.: *Memoria sobre las islas africanas de Fernando Poo y Annobón*, Madrid, 1844.

- DUNCAN, J.: *Travels in Western Africa*, Londres, 1847.
- ELLESMORE, EARL OF.: «Obituary of John Beecroft», *Journal of the Royal Geographical Society*, vol. XXV, 1855.
- FERNANDES ALEMÁN, V.: *Description de la Cote Occidentale D'Afrique*, 1506. Bissau, 1951.
- «Fernando Po, State of the Slave Trade», *Quarterly Review*, vol. 51, págs. 51-82, Londres, 1821.
- GREAT BRITAIN: *Select Committee on the Settlement of Sierra Leone and Fernando Poo*, Report (661), Londres, 1830.
- GUILLEMAR DE ARAGÓN, A.: *Opúsculo sobre la colonización de Fernando Poo y...*, Madrid, 1852.
- HAMILTON, A.: *The River Niger and The Progress of Discovery and Commerce in Central Africa*, Londres, 1862.
- HASTINGS, A. C. G.: *The voyage of Dayspring*, Londres, 1926.
- HOLMAN, J.: *Travels in Madeira, Sierra Leone..., Fernando Po*, 6 vols., Londres, 1840.
- HOLT J.: *The Diary of John Holt*, publicado en Liverpool, 1948.
- HUNTLEY, H.: *Seven years service on the Slave Coast of Western Africa*, Londres, 1860.
- HUTCHINSON, T. J.: *Impressions of Western Africa*, Londres, 1858.
- HUTCHINSON, T. J.: *Narrative of the Niger, Tshadda and Binue Exploration*, Londres, 1855.
- HUTCHINSON, T. J.: *Ten Years Wandering among the Ethiopians*, Londres, 1861.
- HUTCHINSON, T. J.: «On the General Features of West African Trade», *Journal of Society of Arts*, vol. 22, 1874.
- HUTTON, W.: «A Voyage to Africa», *Royal Gazette and Sierra Leone Advertiser*, 10 noviembre, Freetown, 1821.
- JACKSON, R. M.: *Journal of a Voyage to Bonny River*, Londres, 1826.
- JAMIESON, R.: *Appeal to the Government and People of Great Britain against the Proposed Niger Expedition*, 1840.
- JAMIESON, R.: *Is Central Africa to Remain Sealed against Intercourse with the Civilised World?*, Liverpool, 1844.
- JAMIESON, R.: *Commerce with Africa*, 1859.
- JOHNSON, J. F.: *Proceedings of the General Anti-Slavery Convention...*, Londres, 1843.
- JOHNSTON, H.: *George Granfell and the Congo... and Notes on Fernando Po, 1840-1858*, Londres, 1908.
- KELLY, Capt.: «Fernando Po». *Quarterley Review*, octubre, Londres, 1821.
- KINGSLEY, M. H.: *Travels in West Africa*, Londres, 1897.
- KINGSLEY, M. H.: *West African Studies*, Londres, 1899.
- LAIRD MAC GREGOR: *Narrative of an Expedition into Interior of Africa*, Londres, 1837.
- LANDER, R. y J.: *Journal of an Expedition to Explore the Course and Termination of the Niger*, Londres, 1832.
- LEONARD, P.: *Records of a Voyage to the Western Coast of Africa*, Edinburg, 1833.
- MCQUEEN, J.: *A Geographical and Commercial View of Northern Central Africa*, Edinburg, 1821.
- MCQUEEN, J.: «Fernando Po. A Review of the Slave Trade», *The Quarterly Review*, vol. XXVI, págs. 51-82, Londres, 1822.
- MCQUEEN, J.: *The Colonial Controversy*, Glasgow, 1825.
- MCQUEEN, J.: *A Geographical Survey of Africa*, Londres, 1840.
- MCWILLIAM, J. O.: *Medical History of the Expedition to the Niger during the Years 1841-42*, Londres, 1843.
- MATOS, R. DA CUNHA: *Corografía Histórica das Ilhas de S. Tomé e Príncipe, Ano Bom e Fernando Poo*, S. Tomé, 1810.
- MARTÍNEZ Y SANZ, M.: *Breves apuntes sobre la isla de Fernando Poo en el Golfo de Guinea*, Madrid, 1859.

- MOROS Y MORELLÓN, J. y DE LOS RÍOS, J. M.: *Memorias sobre las islas africanas de España, Fernando Poo y Annobón*, Madrid, 1844.
- NAVARRO, J.: *Apuntes sobre el estado de la Costa Occidental de Africa y principalmente de las posesiones españolas en el Golfo de Guinea*, Madrid, 1859.
- NEWBURY, V. W.: *British Policy towards West Africa: Select Documents*, vol. 1, Oxford, 1965.
- OWEN, W. F.: *Narrative of Voyages to Explore the Shores of Africa, Arabia and Madagascar*, Londres, 1833.
- OWEN, W. F.: *Proclamation made as Superintendent of Fernando Po*, 1827, Londres, National Maritime Museum.
- OWEN, W. F.: *West Coast in Africa. Cape Formoso to Fernando Po*, Londres, 1838.
- PACHECO PEREIRA: *Esmeraldo de Situ Orbis*, Lisboa, 1505-8.
- READE, W. W.: *Savage Africa*, New York, 1864.
- ROBERTSON, G. A.: *Notes on Africa, particularly... between Cape Verd and the River Congo*, Londres, 1819.
- SMITH, J.: *Trade and Travels in the Gulf of Guinea*, Londres, 1851.
- The State of Slave Trade, *Quarterly Review*, vol. 34, págs. 602-8, Londres, 1826 (s.a.).
- A Statement of the Superintendent of Fernando Po*. National Library of Ireland, Dublin (s.a.s.d.).
- SILVEIRA, L.: *Descripción de la isla de Fernando Poo en visperas del Tratado de San Ildefonso*, Madrid, 1959 (informe de Gómez Ferreira, 1770).
- THOMSON, T. R. H.: «The Bubis or Edeeyah of Fernando Poo», *Journal of the Ethnological Society*, vol. II, págs. 105-6, Londres, 1850.
- USERA Y ALARCÓN, J.: *Memoria de la isla de Fernando Po*, Madrid, 1848.
- USERA Y ALARCÓN, J.: *Observaciones al Opúsculo de Guillemar de Aragón*, Madrid, 1852.
- WADDELL, H. M.: *Twenty Years in the West Indies and Central Africa*, Londres, 1863.
- WILSON, J. L.: *Western Africa*, Londres, 1856.

Revistas

- The Missionary Herald, Londres (De la Sociedad Misionera Bautista).
- Quarterly Review, Londres.
- Journal of the Royal Geographical Society, Londres.
- Royal Gazette and Sierra Leone Advertiser, Freetown.
- Times, Londres.

III. LIBROS Y ARTICULOS POSTERIORES

- ALAGOA, E. J.: *A History of the Niger Delta*, Ibadan, 1972.
- ANGUANO, M.: *Misiones Capuchinas en Africa*, Madrid, 1950.
- ANSTAY, R. T.: *The Atlantic Slave Trade and British Abolition 1760-1810*, Londres, 1975.
- ARDENER, E.: *Coastal Bantu of the Cameroons*, 1956.
- AYMEMI, A.: *Los bubis*, Madrid, 1943.
- BALANDIER, G.: «Economie, société et pouvoir chez les Duala anciens», *Cahiers D'études Africaines*, vol. 15, 1975.
- BAUMANN, O.: *Eine Africanische tropen-Insel. Fernando Poo and die Bube*, Wien, 1888.
- BEHRENS, C.: *Les Kroumen de la côte occidentale d'Afrique*, Bordeaux, 1974.
- BENNET, W. R. y BROOKS, L. E.: *New England Merchants in Africa. A History through Documents, 1802-1865*, Boston, 1965.
- BLAKE, J. W.: *West Africa: Quest for God and Gold, 1454-1528*, Londres, 1977.
- BOUCHAUD, J.: *La Côte du Cameroun dans l'Histoire et la Cartographie*, Paris, 1952.
- BOUCHAUD, J.: «Les Consuls Anglais de la Baie de Biafra», *Etudes Camerounaises*, n. 25, 1949.

- BOUCHAUD, J.: «La Côte du Cameroun, aux environs de 1800», *Etudes Camerounaises*, ns. 23-4, 1948.
- BURROWS, E. H.: *Captain Owen of the African Survey*, Rotterdam, 1979.
- BROWN, R. T.: «Fernando Po and the Anti-Sierra Leonean Campaign: 1826-1834», *International Journal of African Historical Studies*, vol. 6, n. 2, 1973.
- BRUTSCH, J. R.: «Fernando Po et le Cameroun», *Etudes Camerounaises*, ns. 47-48, 1955.
- CASTILLO BARRIL, M.: «Os franceses e as Ilhas do Golfo Da Guiné», *Arquivos do Centro Cultural Português*, vol. III, págs. 717-719, París, 1971.
- CURTIN, P. D.: *The Image of Africa*, Madison, 1965.
- CURTIN, P. D.: *The Atlantic Slave Trade: a Census*, Madison, 1965.
- DAVIES, P. N.: *Trading in West Africa, 1840-1920*, Londres, 1976.
- DAVIES, P. N.: *The Trade Makers*, Londres, 1973.
- DIKE, K. O.: *Trade and Politics in the Niger Delta, 1830-85*, Londres, 1956.
- DIKE, K. O.: «John Beecroft, 1790-1854», *J. Hist. Soc. Nig.*, vol. I, n. 1, Ibadan, 1956.
- FLINT, J. E.: *The Cambridge History of Africa*, vol. 5:1790-1870, Cambridge, 1976.
- FORDE, D.: *Efik Traders of Old Calabar*, Londres, 1956.
- GALLAGHER, J.: «Fowell Buxton and the New African Policy 1838-42», *Cambridge Historical Journal*, vol. 10, n. 1, 1950.
- GLENNIE, R.: *J. Jackson Fuller, an African Christian Missionary*, Londres, 1933.
- GLOUGH, R. G.: *Oil Rivers Trader*, Londres, 1972.
- GOLDSMITH, H. S.: «MacGregor Laird and the River Niger», *Journal of the African Society*, vol. 31, Londres, 1932.
- GOLDIE, H.: *Calabar and its Mission*, Edinburg, 1901.
- GROVES, C. P.: *The planting of Christianity in Africa*, Londres, 1957.
- HALLET, R.: *The Niger Journal of Richard and John Lander*, Londres, 1978.
- HESS, R. L. y COGER, D. M.: *A Bibliography of Nineteenth Century Tropical Africa*, New York, 1972.
- HOGG, P. C.: *The African Slave Trade and its Suppression, a Bibliography*, Londres, 1973.
- JONES, G. I.: *Trading States of the Oil Rivers*, Londres, 1969.
- KALU, E. UME: *The Rise of British Colonialism in Southern Nigeria*, New York, 1980.
- LANCEY, M. W.: *A Bibliography of Cameroon*, New York, 1975.
- LATHAM, A. J. H.: *Old Calabar, 1600-1891*, Oxford, 1973.
- LINIGER-GOUMAZ, M.: *Bibliografía de Guinea Ecuatorial*, Berna, 1978 y ss.
- LITTLE, K.: «The significance of the West African Creole for Afrinist and Afro-American Studies», *African Affairs*, XLIX, 197, octubre 1950, págs. 308-19.
- LYNN, M.: «Change and Continuity in the British Palm Oil Trade with West Africa, 1830-55», *Journal of African History*, vol. 22, págs. 331-348, 1981.
- LYNN, M.: «Commerce, Christianity and the Origins of the "Creoles" of Fernando Po», *Journal of African History*, vol. 25, págs. 257-78, 1984.
- MARQUES, J. M. DA SILVA: *Descobrimientos Portugueses*, vol. III, 1461-1500, Lisboa, 1971.
- MANNING, P.: «Slaves, Palm Oil, and Political Power on the West African Coast», *African Historical Studies*, vol. 2, n. 2, 1969.
- MARTIN, E. C.: *The British West African Settlements, 1750-1821*, Londres, 1927.
- MARTIN, W. A. G.: *A Century of Liverpool's Commerce*, Liverpool, 1950.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: «Cuando Santa Isabel fue capital del Golfo de Guinea», *Guinea Española*, Santa Isabel, 1961.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: «Danza guerrera», *Guinea Española*, Santa Isabel, 1962, págs. 263-64.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: *Etapas de la cultura carboneras de Fernando Poo en el primer milenio de nuestra era*, Madrid, 1968.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: «Datos etnográficos de los bubis en el siglo XVIII», *Guinea Española*, Santa Isabel, 1963, págs. 35-42.

- MARTÍN DEL MOLINO, A.: «En la era de los búfalos», *Guinea Española*, Santa Isabel, 1962, págs. 100-4.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: «La Familia Real», *Guinea Española*, Santa Isabel, 1962, págs. 228-32.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: *La figura del Abba en la religión de los Bubis*, Madrid, 1956.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: *Los bubis. Ritos y creencias*, Madrid, 1989.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: «Los pescadores de Ureka», *Guinea Española*, Santa Isabel, 1962, págs. 69-71.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: «Origen del pueblo bubí de Fernando Poo», *Guinea Española*, Santa Isabel, 1963, págs. 174-77; 191.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: «Prehistoria de Guinea Ecuatorial», *Africa 2000*, Malabo, 1989, págs. 4-21.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: *Secuencia cultural en el Neolítico de Fernando Poo*, Madrid, 1965.
- MARTÍN DEL MOLINO, A.: *Tipología de la cerámica de Fernando Poo*, Santa Isabel, 1960.
- MATTHEWS, M.: *Materials for West African History in the Archives of the U.K.*, Londres, 1973.
- MILSOME, J. R.: «The Story of John Beecroft», *West African Review*, vol. 30, 1959.
- MORENO MORENO, A.: *Reseña histórica de la presencia de España en el Golfo de Guinea*, Madrid, 1952.
- NORTHROP, D.: *Trade without Rules*, Oxford, 1978.
- NORTHROP, D.: «The Compatibility of the Slave and Palm Oil Traders in the Bight of Biafra», *Journal of African History*, XVII, págs. 353-64, 1976.
- NZEMEKE, A.: *Imperialist Venture in the Niger Valley 1851-1905. A Case Study of Afro-British Contacts in West Africa*, Munster, 1971.
- ROSS, D. A.: «The Career of Domingo Martínez in the Bight of Benin 1833-64», *Journal of African History*, vol. 6, n. 1, 1965.
- SAKER, E. M.: *Alfred Saker: Pioneer of the Cameroons*, Londres, 1929.
- SUNDIATA, I. K.: «The Rise and Decline of Krou Power: Fernando Po in the Nineteenth Century», *Liberia Studies Journal*, Newark, 1975.
- TERZORIO, C. DE: *Missioni de Minori Capuccini*, vol. 10, págs. 340-550, Roma, 1938.
- TESSMAN, G.: *Die Bubi auf Fernando Poo*, Darmstadt, 1923.
- UNDERHILL, E. B.: *Alfred Saker, Missionary to Africa*, Londres, 1884.
- UNZUEFA Y YUSTE, A. DE: *Geografía histórica de la isla de Fernando Poo*, Madrid, 1947.
- WILLIAMS, G.: *History of the Liverpool Privateers and the Liverpool Slave Trade*, 1897.
- WILLIAMS, J. B.: «The Development of British Trade with West Africa 1750-1850», *Political Science Quarterly*, vol. 50, 1935.

IV. TESIS NO PUBLICADAS

- AKPAN, M. B.: *The African Policy of the Liberian Settlers 1841-1932*, Universidad de Ibadan, 1968.
- BERMANN, S.: *Spanish Guinea: an Annotated Bibliography*, Universidad Católica de América, Washington D.C., 1961.
- DRAKE, B. K.: *Liverpool's African Commerce before and after Abolition of the Slave Trade*, Universidad de Liverpool, 1974.
- GERTZEL, C. J.: *John Holt, a British Merchant in West Africa in the Era of Imperialism*, Universidad de Oxford, 1959.
- GWEL, S. N.: *History of the British Baptist Mission in Cameroun, with its Beginnings in Fernando Po: 1841-86*, Baptist College, Zurich, 1966.
- LYNN, M.: *John Beecroft and West Africa 1829-54*, Universidad de Londres, 1979.
- SCOTTER, W. H.: *International Rivalry in the Bights of Benin and Biafra, 1815-85*, Universidad de Londres, 1933.

- STILLIARD, N. H.: *Rise and Development of Legitimate Trade in Palm Oil with West Africa*, Universidad de Birmingham, 1938.
- SUNDIATA, I. K.: *The Fernandinos: Labor and Community in Santa Isabel de Fernando Poo 1827-1931*, Northwestern University, Evanston, 1972.
- VAZ PIRES, M. J.: *Excmo. Señor don Jerónimo Mariano Usera y Alarcón, misionero y colonizador en Guinea Ecuatorial*, Madrid, 1967.

INDICE

| | Págs. |
|---|-------|
| PROLOGO | 7 |
| INTRODUCCION | 9 |
| | |
| Cap. I. CRONICA DE LA FUNDACION DE CLARENCE (25 diciembre 1827) | 13 |
| 1. El capitán Owen | 13 |
| 2. Rumbo a la isla de Bioco | 15 |
| 3. El primer encuentro con los bubis | 17 |
| 4. Decisión sobre el lugar de la ciudad | 19 |
| 5. Entrevistas con los jefes | 20 |
| 6. Acuerdo de límites y compra del terreno | 25 |
| 7. El mercado | 27 |
| 8. Nacimiento de la ciudad | 31 |
| 9. Medición de la isla | 32 |
| 10. El primer edificio terminado | 34 |
| 11. Los primeros saotomés | 35 |
| 12. La inauguración | 35 |
| | |
| Cap. II. PRECEDENTES A LA FUNDACION DE CLARENCE (1750-1827) | 41 |
| 1. La isla de Bioco, territorio español | 41 |
| 2. En busca de esclavos | 45 |
| 3. Los comerciantes del aceite de palma | 48 |
| 4. Las expediciones del capitán Kelly y del comodoro Bullen ... | 51 |
| 5. La expedición de Vidal y Boteler | 54 |
| 6. Gestiones ante España para la fundación de Clarence | 58 |
| | |
| Cap. III. BAJO EL GOBIERNO DEL CAPITAN OWEN Y DEL CORONEL NICOLLS (1827-1835) | 61 |
| 1. Crecimiento de la ciudad. Los primeros fernandinos | 62 |
| 2. Relaciones con los bubis | 66 |
| 3. Crisis en la colonia | 68 |
| 4. La renuncia de Owen | 72 |
| 5. La gestión de Nicolls y Beecroft | 73 |
| 6. Los hermanos Lander, descubridores de la desembocadura del Níger, en Bioco | 77 |
| Descripción de la ciudad | 80 |

| | <u>Págs.</u> |
|---|--------------|
| El barrio fernandino | 81 |
| El mercado | 82 |
| Los bubis | 82 |
| Importancia de la isla de Bioco | 84 |
| 7. La política de Nicolls y la decisión del Comité Parlamentario de Inglaterra de trasladar la capitalidad de Freetown a Clarence. | 85 |
| 8. Inglaterra abandona Clarence | 89 |
| Cap. IV. CLARENCE, CIUDAD INDEPENDIENTE (1835-1843) | 93 |
| 1. Los fernandinos forman su propia comunidad y su propia cultura | 93 |
| La población | 93 |
| La sociedad fernandina | 94 |
| La nueva ciudad. El nuevo barrio fernandino | 100 |
| 2. Llegan los primeros cristianos a la isla de Bioco | 103 |
| 3. La Compañía del Africa Occidental | 105 |
| 4. La rebelión de los crumanes y primera guerra de Lubá | 108 |
| 5. La expedición al Niger de 1841 | 110 |
| 6. Los fernandinos colonizan la isla. El Pidyinglish | 112 |
| 7. España rechaza la propuesta inglesa de compra de la isla de Bioco | 116 |
| Cap. V. JOHN BEECROFT, GOBERNADOR DE LA ISLA DE BICO EN NOMBRE DE ESPAÑA (1843-1854) | 119 |
| 1. El gobierno de John Beecroft | 119 |
| 2. La ciudad de Clarence en el momento de su mayor auge | 127 |
| Cambio profundo en la ciudad después de la marcha de la Compañía | 127 |
| Censo de la población | 128 |
| Nuevos aspectos de la ciudad | 129 |
| Auge económico | 133 |
| 3. Acción cultural y religiosa de los misioneros baptistas | 137 |
| Evolución de la misión baptista | 137 |
| Actividades. Escuela e Iglesia | 138 |
| La expedición de Jamaica | 142 |
| Apostolado entre los bubis | 144 |
| 4. Los primeros misioneros católicos, Jerónimo Usera y Juan del Cerro | 147 |
| 5. Los fernandinos, ¿súbditos británicos? | 150 |
| 6. La segunda guerra de Lubá | 153 |
| Conflictos entre fernandinos y crumanes | 153 |
| Conflictos entre crumanes | 154 |
| Conflictos entre fernandinos y bubis | 155 |
| Cap. VI. BREVE GOBIERNO DE WILLIAM LYNSLAGER (1854-1858). | 157 |
| 1. El gobierno de Lynslager y Hutchinson | 157 |
| 2. Elegancia y riqueza de la ciudad de Clarence | 164 |
| 3. La expedición misionera de don Miguel Martínez y Sanz | 169 |
| Cap. VII. VIAJES DEL MISIONERO JOHN CLARKE AL INTERIOR DE LA ISLA (1841-1846) | 173 |
| 1. Viajes al Norte de la isla | 175 |

| | <i>Págs.</i> |
|--|--------------|
| En las cercanías de Clarence | 177 |
| Banapá, Basilé, Basupú | 177 |
| Basilé, Banapá. Fiesta en Banapá | 178 |
| Fernandinos en los poblados bubis | 180 |
| 2. Viajes al Este de la isla | 180 |
| Primer viaje, 5-22 de Enero de 1842 | 180 |
| Baney | 180 |
| Basuala | 182 |
| Basacato del Este | 182 |
| Basuala | 184 |
| Bacaque | 185 |
| Bariobe | 185 |
| Baho-Bilelipa | 186 |
| Basuala | 189 |
| Segundo viaje, 16-26 de Noviembre de 1844 | 191 |
| Basuala | 191 |
| Basacato del Este | 191 |
| Bariobé | 191 |
| Bacaque | 192 |
| Baney | 194 |
| Tercer viaje, 24 de Febrero-6 de Marzo de 1845 | 194 |
| Bilelipa | 194 |
| Boloko del Este | 195 |
| Riabba | 196 |
| 3. Viajes al Oeste de la isla | 197 |
| Primer viaje, 30 de Noviembre-4 de Diciembre de 1841 | 197 |
| Región de Bariobotá | 197 |
| Basapo | 198 |
| Basupú | 198 |
| Baloeri | 200 |
| Batoicopo | 201 |
| Segundo viaje, 9-20 de Diciembre de 1844 | 202 |
| Basapo, Basupú, Baloeri | 202 |
| Batoicopo | 202 |
| Basacato del Oeste | 203 |
| Boloko del Oeste | 203 |
| Cap. VIII. LOS BUBIS | 207 |
| 1. Origen y nombre | 207 |
| 2. Cálculo de la población | 208 |
| 3. Organización social | 213 |
| Matrimonio | 213 |
| Ceremonia del matrimonio en la aldea de la novia | 214 |
| Traslado de la pareja a la aldea del novio y fiesta de la boda | 216 |
| Noviazgo | 217 |
| Adulterio | 217 |
| ¿Monogamia o poligamia? | 218 |
| Gobierno | 218 |
| El buala | 221 |
| 4. Cultura material | 225 |
| Vivienda | 225 |

| | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------|--------------|
| Caza | 227 |
| Pesca | 229 |
| Agricultura | 231 |
| 5. Vida religiosa | 232 |
| Visión general | 232 |
| Rupé | 234 |
| La casa de los espíritus | 235 |
| BIBLIOGRAFIA | 239 |



LA CIUDAD DE CLARENCE

Surge de la necesidad de actualización y búsqueda de mayor rigor científico en el tratamiento de los acontecimientos históricos de los pueblos de Guinea Ecuatorial.

Se dirige a los ecuatoguineanos. A los africanistas, estudiosos e interesados en la historia, antropología, etnología y procesos urbanizadores habidos en el territorio de Guinea Ecuatorial y especialmente a todos aquellos comprometidos, dentro y fuera del país, en procurar la amistad y el conocimiento mutuo entre los pueblos.

Otras obras del autor

En 1959 publica su primera monografía, titulada *La figura del Abba en la Religión de los Bubis*. Le siguieron otras varias y numerosos artículos en diversas revistas sobre temas etnológicos. Su obra mayor, hasta la aparición del presente libro, lo constituye la publicación titulada *Los Bubis. Ritos y Creencias*, que en la actualidad conoce su segunda edición.

La ciudad de Clarence

Primeros años de la actual
ciudad de Malabo,
capital de Guinea Ecuatorial,
1827-1859

A finales del siglo XVIII surgió en Inglaterra y en el resto de Europa un movimiento en contra del indigno tráfico negrero y su traslado en condiciones degradantes al continente americano. Al tiempo se promovía el retorno al África de los negros americanos. Para asentarlos durante la represión de la trata se fundaron las ciudades de Free Town en 1787, Monrovia en 1821 y Clarence en 1827. La ciudad de Clarence, fundada por Inglaterra en 1827 en territorio español, será inglesa hasta 1858, cuando España la recupera con el nombre de Santa Isabel como capital de la nación guineana y así hasta 1968, donde cambiará, tras la independencia, al nombre actual de Malabo. La fundación de Clarence representa el comienzo de la historia de Guinea Ecuatorial. Clarence no fue propiamente colonia europea, sino más bien africana, formada por negros liberados procedentes de Sierra Leona, las costas de África Occidental y Central. Sólo puede hablarse de colonización europea en sentido estricto desde 1900.

COLECCION ENSAYOS / 10

